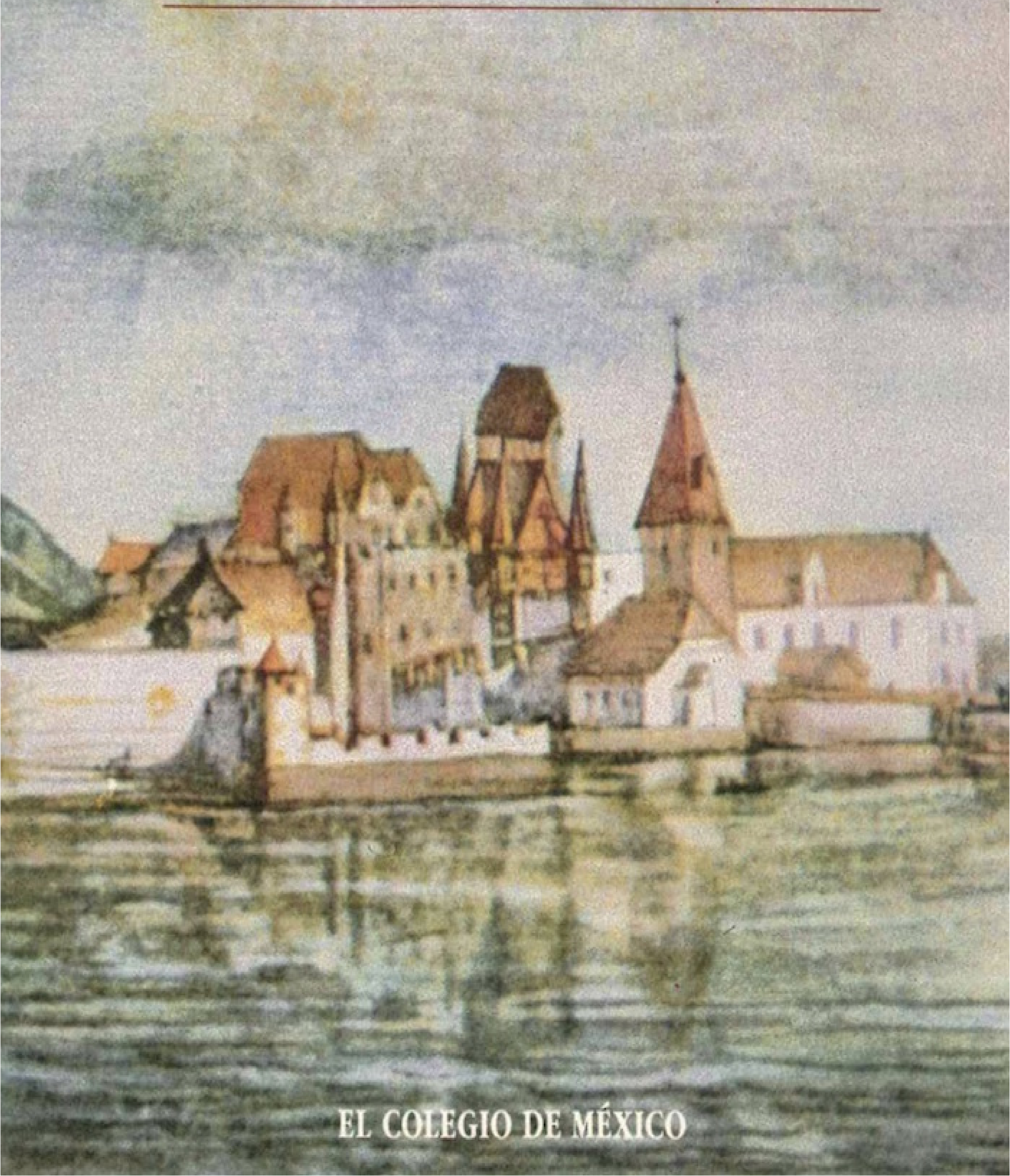
Jan Bazant

Breve historia política y social de Europa central y oriental



EL COLEGIO DE MÉXICO

0 75131

BREVE HISTORIA POLÍTICA Y SOCIAL
DE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL


CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

BREVE HISTORIA POLÍTICA Y SOCIAL DE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL

Jan Bazant



EL COLEGIO DE MÉXICO

Ilustración de la portada:
"Innsbruck", acuarela de Alberto
Durero, tomada del libro
Albrecht Dürer. Landschaftsaquarelle
de A. E. Brinckmann. Woldemar Klein,
Berlín, 1934

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Portada de Mónica Diez-Martínez

Primera edición, 1991

ISBN 968-12-0472-7

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Sucede con frecuencia que grandes fuerzas sociales en pugna se encuentran en un momentáneo equilibrio y que una fuerza relativamente insignificante puede decidir cuál de ellas obtendrá el triunfo... Estos casos demuestran que la corriente principal de los grandes acontecimientos puede a veces depender de los actos de un solo individuo...
El material (histórico) es demasiado complejo para ser reducido a leyes científicas... Hay demasiados sucesos que... parecen una casualidad y hay muchas probabilidades de que intervengan fuerzas incalculables.

BERTRAND RUSSELL, *Understanding History*, p. 38

PREFACIO

El libro presente contiene una breve historia de Europa central y oriental desde la época del Imperio Romano hasta la Segunda Guerra Mundial. A causa del poco espacio a mi disposición, me limité esencialmente a la historia política y social.

Durante un cuarto de siglo me dediqué a escribir monografías sobre la historia moderna de México, de las cuales la más trabajosa para mí resultó ser la que trata de la desamortización y la nacionalización de los bienes eclesiásticos. También escribí una breve síntesis de la historia moderna de México. Después comencé a sentir una nostalgia por mi tierra natal, Europa central, en concreto Checoslovaquia. Decidí entonces redactar una síntesis de la historia de esa parte de Europa, que pudiera ser útil para el público en general. Terminaba yo de escribirla cuando tuvieron lugar, a fines de 1989, los conocidos acontecimientos en Europa central y oriental. Considero, por lo tanto, que el tema de la obra es de mucha actualidad.

Agradezco al licenciado Mario Ojeda, presidente de El Colegio de México, y a la doctora Alicia Hernández, directora del Centro de Estudios Históricos del mismo Colegio, su continuo apoyo; y a mis colegas Clara Lida y Bernardo García sus observaciones. Menciono especialmente a Paul Ganster, profesor de la San Diego State University, por haberme permitido usar la biblioteca de su universidad. También doy gracias a mi esposa Emma y a mi hija Mílada por su crítica. Finalmente agradezco al Departamento de Publicaciones de El Colegio de México la competente edición de esta obra.

J.B., octubre de 1990

INTRODUCCIÓN

A partir de 1945 se impuso la costumbre de dividir a Europa en dos partes, occidental y oriental. Hasta entonces Europa solía dividirse en las partes occidental, central y oriental, además de la meridional —aproximadamente al sur del paralelo 45— y la septentrional —al norte del paralelo 55 más o menos. Esta división en cinco partes tiene una base geográfica, histórica y cultural.

Europa occidental incluye a la Gran Bretaña, los Países Bajos, Bélgica, Francia, una parte de España y Portugal. Estos países bordean el océano Atlántico y tienen un clima llamado precisamente atlántico: veranos no demasiado calurosos e inviernos benignos; llueve la mayor parte del año y la nieve no es muy frecuente. Se cultivan cereales en abundancia, y donde hay demasiada humedad, el forraje verde. Son países que podemos llamar afortunados, pues tuvieron colonias y dominaron el mundo hasta entonces conocido o accesible. Es obvio que tienen mucho en común a pesar de sus diferencias culturales.

Al cruzar hacia el oriente el río Rin, la situación cambia. Se entra en Europa central. Sus límites aproximados son el mar Báltico en el norte, los Alpes en el sur, una región pantanosa al oriente, más o menos alrededor del meridiano 25, y como ya se ha dicho, el Rin al poniente. Europa central tiene inviernos más fríos y veranos más calurosos que Europa occidental. Se cultivan varios cereales, la cebada cervecera y papas. Los países centroeuropeos no tuvieron colonias (sólo Alemania tuvo unas colonias de poco valor y por poco tiempo). Son países obviamente menos afortunados que los occidentales. Europa central abarca a Alemania, Austria, Suiza, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y una parte de Yugoslavia y Rumania. En Alemania, Austria y la mayor parte de Suiza se habla el alemán; en Checoslovaquia el checo y el eslovaco; en Polonia el polaco; en Hungría el húngaro; en Yugoslavia el esloveno y el serbocroata, y en Rumania el rumano. Esta variedad de países y culturas nacionales tiene, salvo en Serbia y Rumania, una herencia común occidental-romana. Serbia y Rumania recibieron su cultura del Bizancio. En cambio, tres pequeños países bálticos, Lituania, Letonia y Estonia, aunque pertenecen geográficamente a Europa oriental, culturalmente forman parte de Europa central.

Los límites de Europa oriental son el río Volga o los montes Urales al oriente, los mares Negro y Ártico al sur y al norte respectivamente, y los pantanos ya mencionados al oeste. El clima en el norte es frío y en el sur árido, estepario, un clima en pocas palabras duro para el hombre. Se cultivan principalmente el centeno y la papa; en el norte predomina el bosque. Las naciones que habitan allí, los rusos y los ucranianos, recibieron su cultura de Bizancio —cultura medieval griega— e integran la Unión Soviética.

Falta decir unas palabras sobre la parte meridional y septentrional de Europa. La parte meridional o mediterránea incluye parte de España y de Francia, a Italia, Grecia, Bulgaria y parte de Yugoslavia y de Rumania. Se cultivan varios cereales como en Europa occidental y central. Además, el clima permite el cultivo generalizado de la vid y el olivo. Se puede tal vez decir que es la región europea más afortunada tanto por su clima privilegiado como por su historia y cultura griega y romana, antigua y medieval.

En contraste, la naturaleza no mimó a la Europa septentrional. Un clima frío apenas permite cultivar los cereales en su fracción sur. Las naciones que la forman, Islandia, Dinamarca, Noruega y Suecia se ven unidas por el parentesco de la lengua. El último país nórdico, Finlandia, absorbió en el pasado mucha influencia sueca, pero ahora es independiente culturalmente.

En México y, en general, en América Latina, se ha estudiado con interés y en detalle la historia de Europa occidental, que es la historia de las potencias coloniales. Con igual interés se estudia la historia antigua de Grecia y de Italia por la riquísima herencia cultural que nos ha dejado. En cambio, poco se sabe de la historia de Europa central y oriental, exceptuando su historia moderna y contemporánea.

Me propongo en este pequeño libro sintetizar la historia de Europa central y oriental desde sus principios, desde que esa región fue descubierta por las naciones entonces civilizadas, pues en mi opinión el conocimiento de su historia antigua (sólo en el caso de Alemania) y medieval nos puede ayudar a comprender su historia moderna y contemporánea.

Hay dos métodos para lograr este objetivo. Uno sería tratar cada país por separado, esbozar toda la historia de un país, después continuar con otro hasta terminar con el último. Me parece mejor dar a la obra un tratamiento cronológico, esto es, dividirla en etapas históricas y tratar de explicar cómo actuaron los diferentes países en cada una de ellas. Pienso que esto facilitará la lectura.

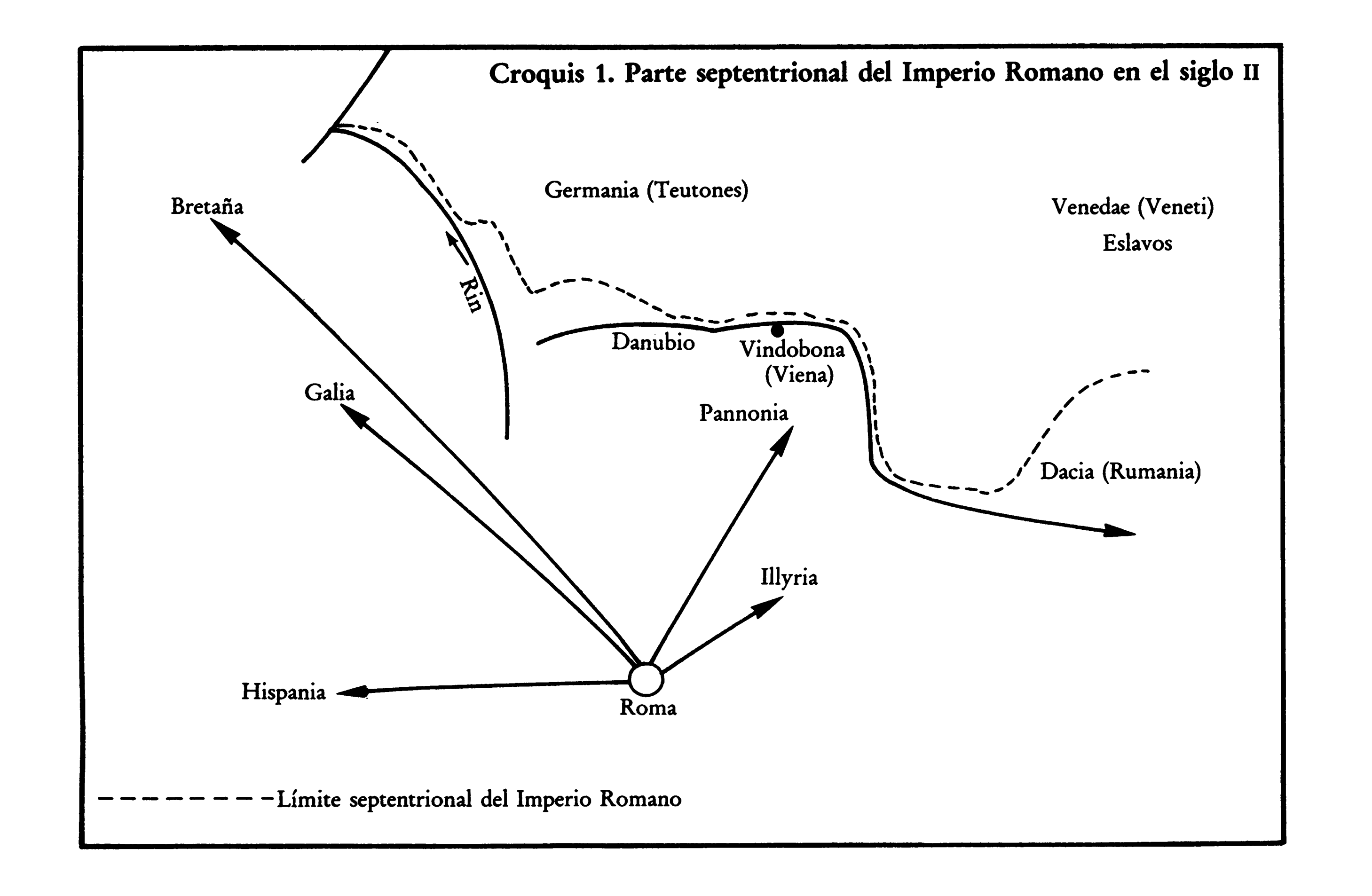
1. EUROPA CENTRAL DURANTE EL IMPERIO ROMANO Y LAS GRANDES INVASIONES

El Imperio Romano llegaba en el siglo segundo de nuestra era —cuando alcanzó su máxima extensión— a los ríos Rin y Danubio (véase croquis 1). No es una casualidad que los romanos, tras conquistar el mundo mediterráneo y atlántico, se detuvieran en los límites aproximados de Europa central. César conquistó la Galia habitada por los celtas hace más de dos mil años. Así llegó el poder romano hasta el Rin. Bajo el emperador Augusto, las legiones romanas intentaron penetrar al oriente del Rin y conquistar la región llamada Germania, habitada por diversas tribus teutonas. Pero fueron derrotados decisivamente en el año 9 de nuestra era, y a partir de entonces tuvieron que contentarse con el valle del Rin como límites del Imperio. Para acortar su línea de defensa, los romanos cruzaron después los Alpes y se fortificaron en el Danubio, formando así una frontera natural que corría desde la desembocadura del Rin en el mar del Norte hasta la desembocadura del Danubio en el mar Negro. Como excepción a esta regla, cruzaron el Danubio en el oriente para semiconquistar y colonizar Dacia, llamada después Transilvania, parte de la actual Rumania.

Los límites septentrionales del Imperio Romano fueron fijados por el Rin y el Danubio también por razones del clima. Como pueblo mediterráneo, los romanos aborrecían el frío, que se hacía más intenso precisamente en Europa central. Los que tenían que vivir en la frontera se instalaban una calefacción y pasaban una parte del tiempo en balnearios de agua caliente.

En parte para defender su frontera contra los ataques teutones, el emperador Marco Aurelio estableció su base en Vindobona, hoy Viena. Más al norte, en Bohemia y Moravia, las tribus germánicas Markomanni y Quadi estaban en guerra con el poder de Roma. (Nota: antes de los teutones, Europa central estaba habitada por diversas tribus celtas que dejaron su huella en la toponimia: los Boii vivieron en Boiohemia —Bohemia.) Pero Marco Aurelio murió en Viena en el año de 180 d.C. sin terminar su obra. Se puede especular que si Roma hubiera conquistado y colonizado Germania, no habría habido ni la edad media ni las guerras posteriores entre Francia y Alemania.

En su *Germania*, el historiador romano Tácito (55-116 d.C.), puso a los


Croquis 1. Parte septentrional del Imperio Romano en el siglo II
Germania (Teutones)
Venedae (Veneti)
Eslavos
Bretaña
Rin
Danubio
Vindobona
(Viena)
Galia
Pannonia
Dacia (Rumania)
Illyria
Hispania
Roma
Límite septentrional del Imperio Romano

teutones como ejemplo de muchas virtudes. Probablemente exageró con el fin de levantar la moral romana. Si bien los teutones, los antepasados de los alemanes actuales, eran bien conocidos, de los eslavos se sabía únicamente que vivían al oriente de los germanos. Plinio (23-79 d.C.) y Tácito los llaman Veneti o Venedae, de donde deriva probablemente la palabra Wenden, con la que los teutones designaban a los eslavos.

Después de la muerte de Marco Aurelio el Imperio Romano occidental, con su capital en Roma, empezó a declinar. No hay que olvidar que el Imperio Romano oriental —en realidad griego— con su capital en Constantinopla, continuó incólume. Esto fue el principio de la división del cristianismo en dos iglesias: griega oriental, llamada ortodoxa y sujeta al emperador bizantino, y la romana occidental, dirigida por el papa. A la decadencia del Imperio Romano occidental (que tuvo causas internas que se omiten aquí) contribuyeron circunstancias exteriores que condujeron a la postre a su completa desintegración. Se hace referencia aquí sobre todo a la invasión de Europa oriental por los hunos en el año 375 de nuestra era. Los hunos, una tribu nómada que se trasladaba a caballo, venían de Asia, quizás desde las fronteras de China, empujados, según algunos historiadores, por un desfavorable cambio climático. Los hunos hicieron su base en el territorio de la actual Hungría, a cuyo clima semiestepario estaban acostumbrados en Asia y en el sur de Rusia. (Hasta la fecha Hungría lleva en castellano el nombre de sus primeros invasores asiáticos, pero sus habitantes actuales, los magyars, no tienen parentesco con los hunos.) Por su parte, los hunos empujaron a las numerosas tribus germanas hacia el occidente. Los teutones cruzaron los límites del Imperio Romano y pronto conquistaron varias de sus partes. Los hunos mismos no duraron mucho tiempo. Su caudillo, Atila, el "Azote de Dios", murió en el año 453 d.C. y su imperio se desintegró.

Pero las diversas tribus germanas ya estaban en posesión del Imperio Romano y en diferentes partes de él formaban sus estados. Así, en la actual Francia se establecieron los francos, quienes después dieron su nombre a ese país latino. Su jefe Clodoveo, ya cristiano romano, se hizo rey en 486.

En el siglo VI tuvo lugar la segunda invasión asiática, la de los ávaros. Con su base de nuevo en Hungría, los ávaros llegaron a dominar o por lo menos influir en una región mucho más amplia. Sobre todo afectaron a los eslavos, cuya patria original era probablemente los pantanos en la parte occidental de Rusia y Ucrania. Se supone que en un principio los eslavos formaban una sola nación o tribu y que, por tanto, hablaban una sola lengua llamada por los lingüistas el eslavo primitivo. Pero con la dispersión de tribus eslavas hacia los cuatro puntos cardinales, en una emigración forzada por la invasión ávara, se empezaron a formar lenguas y tribus separadas.

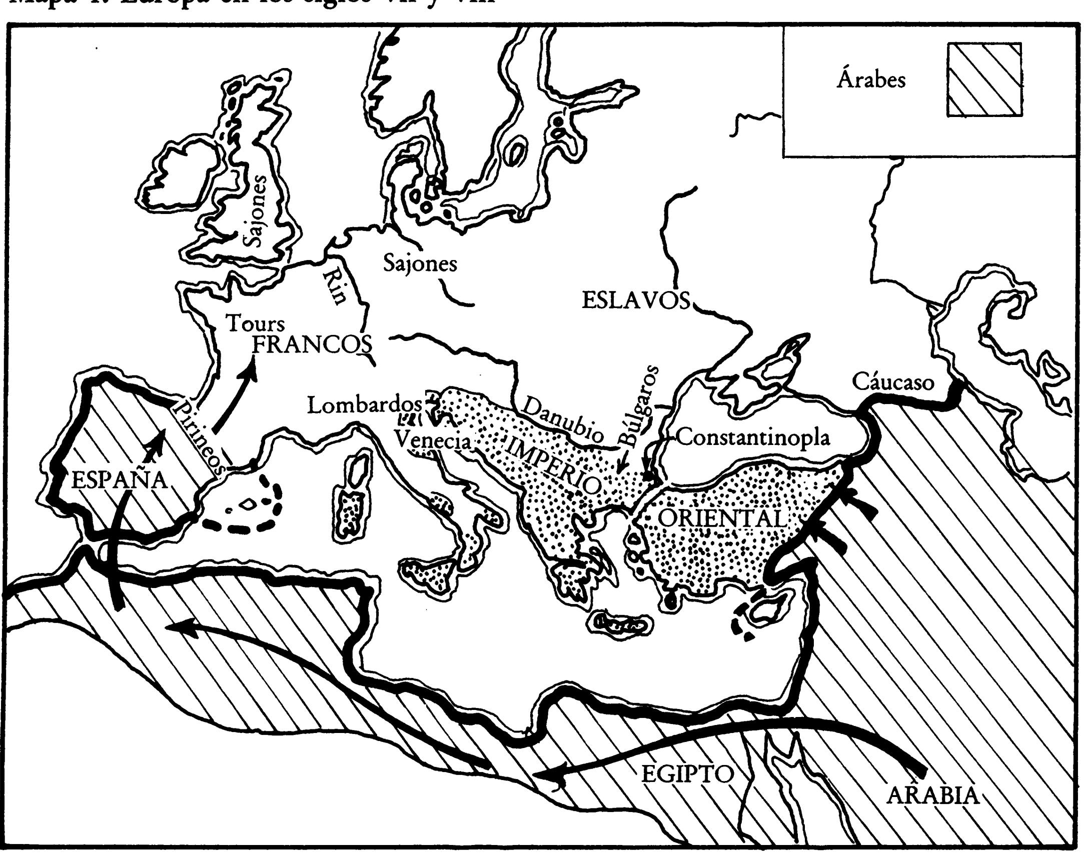
Al poniente se fueron los polacos; los checos se asentaron en Bohemia y Moravia, y otras tribus, que llegaron hasta el río Elba, fueron subyugadas

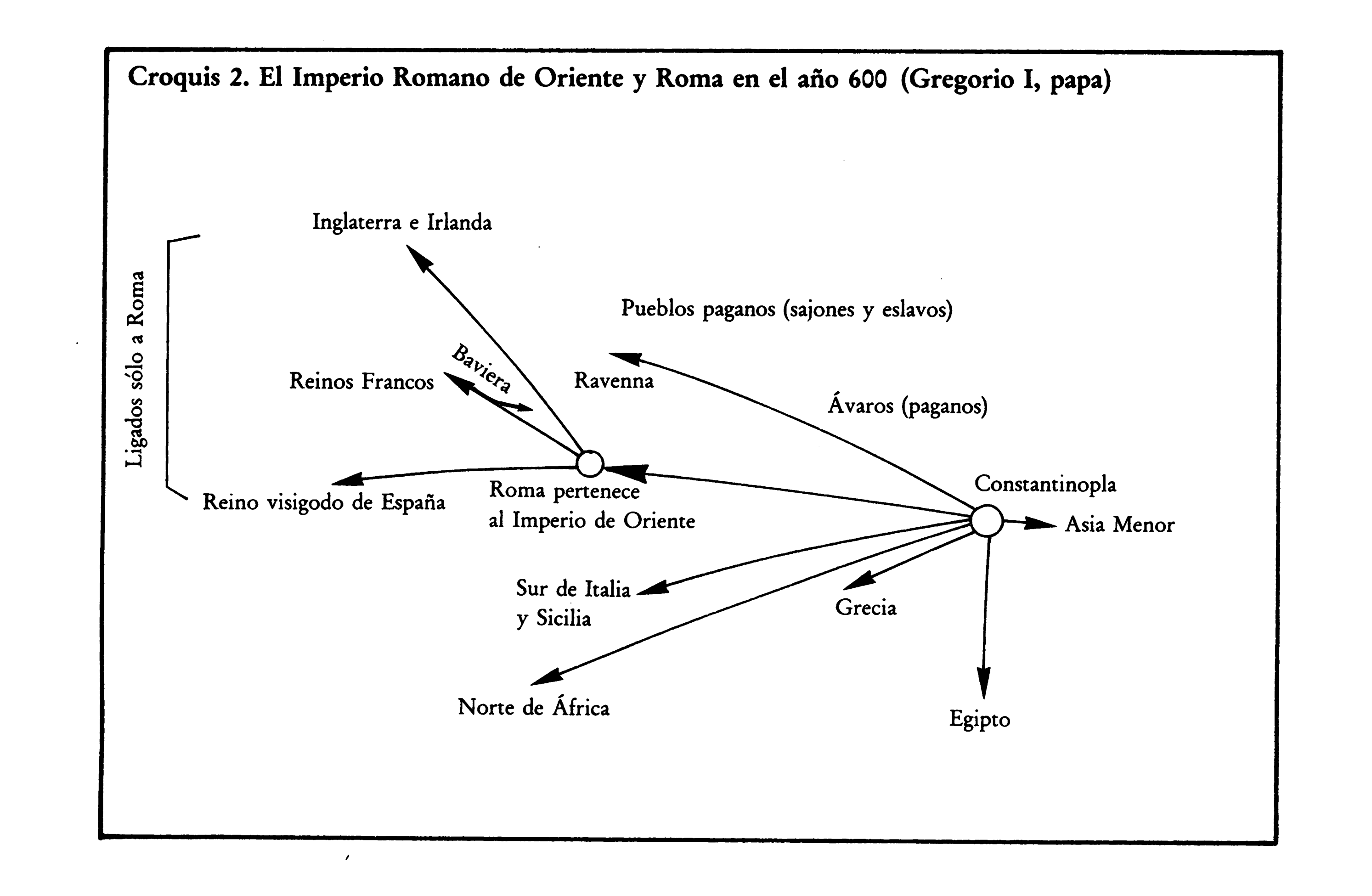
después por los alemanes; al sur y suroeste se fueron los que hoy se llaman los búlgaros, los serbocroatas y los eslovenos. Estos últimos se asentaron en la parte oriental de Austria (allí fueron después asimilados por el elemento germano) y al sur de ella, llegando así al mar Mediterráneo. Los rusos se fueron al norte y al oriente. Sobre estos acontecimientos hay poquísima información, pues en los siglos VI, VII y VIII, tanto los ávaros como los eslavos permanecieron paganos y no dejaron documentos escritos. Sólo hay información proveniente de algunas crónicas teutonas. Así, dice la crónica franca de Fredegar del siglo VII que los eslavos occidentales se rebelaron contra el dominio de los ávaros, lograron sacudir su yugo y llegaron a formar un estado bajo el liderazgo de un mercader franco llamado Samo. Según otra crónica, la de Salzburgo, Samo era un eslavo. De todos modos, su reino, que duró de 623 a 658, se desmoronó después de su muerte y los eslavos cayeron de nuevo bajo el dominio ávaro.

A mediados del siglo VIII, los francos estaban en posesión no sólo de casi toda la futura Francia sino también —hacia el oriente— de casi todo el territorio habitado por las tribus germanas (véase el mapa 1. Europa en los siglos VII y VIII). El reino franco llegaba hasta las fronteras de Bohemia e incluía a Baviera, entonces llamada Baiovaria, país de los "hombres de Bohemia" (Boiohemia), descendientes de los markomanni, quienes habían sido expulsados de Bohemia probablemente por los ávaros. Al norte el reino franco colindaba con los sajones, la última tribu germana aún no cristianizada. Renania era el centro de esta parte del reino franco. Era una región que había absorbido mucho de la cultura romana y hacia 750 contaba con el arzobispado de Maguncia, más de diez obispados y otros tantos monasterios. Es un hecho conocido que los obispados eran al mismo tiempo centros escolares y que en los monasterios los pacientes monjes escribían crónicas de los eventos que tenían lugar cada año. Se pueden contar así aproximadamente diez anales, algunos de los cuales empezaron a ser llevados en el siglo VII. Algunos de ellos continuaron siendo escritos durante dos siglos o más. De las crónicas francas, todas escritas en latín, se pueden mencionar la de Fredegar, llamada *Historia Francorum*, del siglo VII, *Anales Fuldenses* (608-901), *Anales Mettenses* (687-830), *Anales Weingartenses* (708-936) y otros. Se entiende que la religión del reino era cristiano-romana, pues los francos mantenían buenas relaciones con el papa, quien había formado en Europa occidental una zona independiente de la Iglesia ortodoxa-griega de Constantinopla. (La dependencia de Roma del imperio oriental se puede apreciar en el croquis 2.)

El nuevo rey franco, Carlomagno, emprendió una expansión hacia el este, tan pronto sucedió a su padre en el trono en 768. Después de una cruenta guerra sometió a los paganos sajones y también reforzó su poder sobre Baviera. Pero esto fue sólo el principio. En 795 Carlomagno derrotó y prácticamente exterminó a los ávaros en Hungría y en 803 fundó Ostmark

Mapa 1. Europa en los siglos VII y VIII



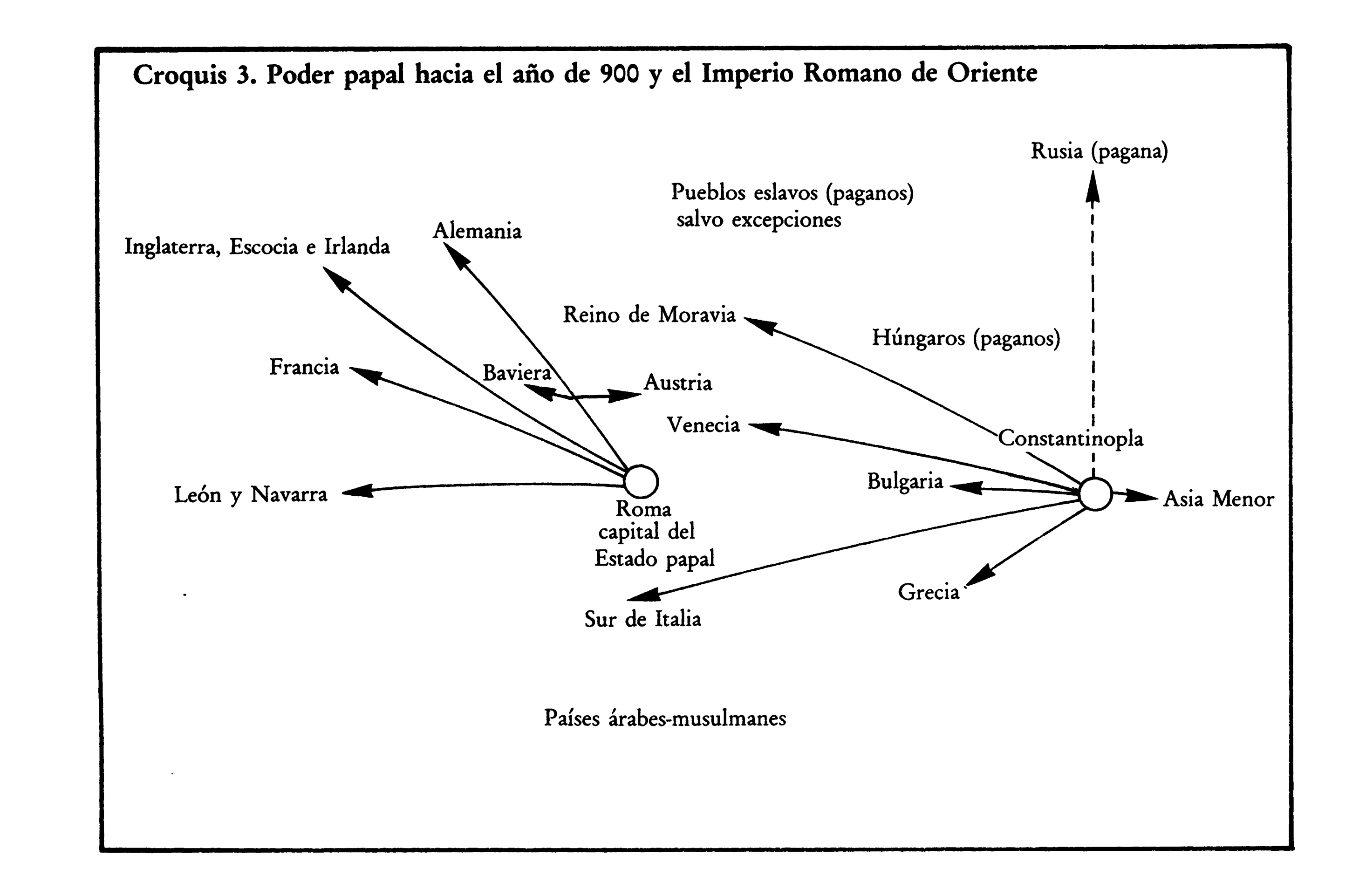

Croquis 2. El Imperio Romano de Oriente y Roma en el año 600 (Gregorio I, papa)
Inglaterra e Irlanda
Pueblos paganos (sajones y eslavos)
Ligados sólo a Roma
Baviera
Reinos Francos
Ravenna
Ávaros (paganos)
Constantinopla
Reino visigodo de España
Roma pertenece
al Imperio de Oriente
Asia Menor
Sur de Italia
y Sicilia
Grecia
Norte de África
Egipto

(el germen de lo que fue después Austria) como un baluarte contra las invasiones provenientes de oriente. Y por último, en 805 se le sometieron los jefes checos de Bohemia. Ya antes, en el año 800, Carlomagno fue coronado en Roma por el papa como emperador romano, esto es, universal, a pesar de que el Imperio Bizantino de Constantinopla también se llamaba así.

Carlomagno murió en 814. Su imperio se debilitó no sólo porque faltaba su genio sino también por las invasiones de los paganos vikingos. El resultado fue la división del reino franco, en 843, en la parte occidental, la futura Francia y en la parte oriental, la futura Alemania.

Los checos de Moravia se aprovecharon de esta debilidad para sacudirse la doble tutela de los germanos y de la Iglesia romana. Fundaron un estado independiente por el año de 830. Eran paganos todavía. Las misiones católicas alemanas hacían un esfuerzo por convertirlos, pero ellos temían que detrás de la Iglesia vendría el poder germano. Por esta razón el príncipe de Moravia, Rostislav, pidió a Constantinopla que le enviara misioneros que pudieran instruir a su pueblo en la lengua eslava. Así, en 863 llegaron a Moravia dos hermanos griegos, Constantino y Metodio. Estaban bien preparados para su trabajo. Originarios de Salónica, conocían bien el dialecto eslavo local (los eslavos habían llegado hasta Grecia) y adaptaron para la lengua eslava el alfabeto griego. En la liturgia se emplearía desde entonces el eslavo antiguo, todavía en uso en la liturgia de los países eslavos de religión ortodoxa griega. Los hermanos Constantino (quien cambió de nombre a Cirilo) y Metodio tuvieron pleno éxito en su misión, pues una conversión voluntaria que emplea las dulces palabras de Cristo es más fácil de aceptar que una conversión por las armas. Metodio fue nombrado después arzobispo de Moravia. (La situación internacional se puede apreciar en el croquis 3.)

En la historia este reino se llama Gran Moravia porque incluía, a parte de Moravia y Bohemia, a otras tribus eslavas que vivían en Eslovaquia, Hungría, y partes de Polonia, Austria y Alemania. Esto iba contra la intención germana de expandirse a oriente. El rey franco Arnulfo, descendiente de Carlomagno, pronto halló un instrumento útil en su lucha contra el naciente reino eslavo. En 889, una tribu nómada de lengua magyar establecida en lo que es ahora Ucrania occidental, inició su marcha al oeste bajo el liderazgo de Arpád. Arnulfo encontró en esta agresiva y dominante tribu al aliado que buscaba: los llamó en 892 para que le ayudaran contra el rey de Moravia. Los magyars, llamados después húngaros, se establecieron en 895 en la árida planicie húngara, donde se sentían a gusto, y poco tiempo después agredieron el reino de Gran Moravia. El reino sucumbió por el año de 906. Los húngaros lo destruyeron de raíz. La destrucción fue tan completa que la capital y otros centros importantes de Moravia fueron borrados del mapa. En la actualidad, los arqueólogos están buscando su capital, Velehrad ("Gran Castillo") en donde había sido enterrado el arzobispo Metodio.



Croquis 3. Poder papal hacia el año de 900 y el Imperio Romano de Oriente

Destruida Moravia, el centro de gravedad de los checos se trasladó a Bohemia, región vecina difícilmente accesible por estar rodeada de montañas cubiertas de bosques. Allí establecieron un pequeño estado gobernado por una dinastía nacional que pretendía descender de Premysl, un personaje mitológico, y se vieron obligados a aceptar el cristianismo romano y, con él, la tutela germana. Los húngaros invadieron después a Alemania, pero fueron derrotados en 955, por lo que se replegaron a Hungría y al fin decidieron aceptar el cristianismo.

2. LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS Y DE LAS CULTURAS NACIONALES (SIGLOS VIII-FIN DEL XIII)

Y así empezaron a surgir las naciones existentes hasta la fecha. Dinastías diferentes, una por cada pueblo, formaron los diversos estados en un proceso que duró dos siglos, el IX y el X, y que, iniciado en occidente, terminó extendiéndose al oriente.

La región más occidental de Europa central era Alemania, que no sólo era ya cristiana sino también la más avanzada, porque estaba en contacto con la parte occidental del reino franco habitada por los galo-romanos, mezclados con los francos. Ya se ha dicho que Carlomagno y su dinastía dominaron tanto a los galo-romanos como a los alemanes, a la futura Francia y a la futura Alemania. Carlomagno murió en 814 y su imperio fue dividido en 843 en el reino franco occidental y en el oriental, con lo cual este último se independizó de la más adelantada parte occidental. En ambas gobernaban los descendientes de Carlomagno. Las fronteras del nuevo reino fueron ajustadas en 870, acercándose más a las de la futura Alemania. La dinastía carolingia en el "reino franco oriental" se extinguió en el año de 911, con lo cual se rompieron definitivamente los lazos con el "reino franco occidental" y nació Alemania propiamente dicha. Desde el principio se estableció la costumbre, válida después, de que cada rey fuera elegido por los príncipes más importantes del reino. Pero en la práctica el rey elegido formó una dinastía que gobernaría a Alemania hasta la extinción de aquélla. Después de un reinado efímero de Conrado I, en 919 ascendió al trono alemán la dinastía sajona. Ya en 920 se habla de "regnum teutonicum", reino alemán. Alemania era ya un hecho tanto político como étnico.

La dinastía sajona se dedicó sobre todo a conquistar, o tratar de conquistar, a los pueblos eslavos situados al oriente. Allí vivían, diseminadas hasta los ríos Elba y Báltico, varias tribus llamadas por los alemanes los wenden. Parece que la casta sacerdotal de estas tribus eslavas resistía con mucha fuerza la penetración del cristianismo. Huelga decir que los pueblos más fuertes o más adelantados —lo que puede ser lo mismo— suelen aprovecharse de sus vecinos más débiles o más atrasados. Además, Alemania tenía el pretexto de que estaba obligada a introducir el cristianismo entre los pa-

ganos. Y así siguió una larga guerra cruenta, cuyo resultado fue la extinción o exterminio o asimilación de los eslavos y la colonización de su territorio por los alemanes.

Dos pueblos vecinos, Bohemia y Polonia, aprendieron una lección de estos acontecimientos. Era preferible ceder, aceptar el cristianismo y sobrevivir. Se ha dicho antes que después de la destrucción del reino de Gran Moravia por los húngaros, Bohemia tomó el lugar de Moravia como líder del pueblo checo. Bohemia ha sido llamada "un brillante", no por tener yacimientos de diamantes sino porque es una cuenca rodeada y protegida por una sierra montañosa que tiene una forma octagonal. En cambio, su vecina Moravia parece un corredor, pues allí las montañas que rodean a Bohemia bajan a la altura de 300 metros sobre el nivel del mar, formando un paso favorito de los mercaderes e ideal para los invasores procedentes de los cuatro puntos cardinales. Es obvio que la geografía influye en el destino de las naciones, y que ella forma hasta cierto punto su carácter; pero igualmente se puede afirmar que es el carácter nacional el que forma el destino de cada pueblo y se sobrepone a los obstáculos geográficos.

Pues bien, la Bohemia gobernada por la dinastía Premysl prefirió aceptar el cristianismo romano y la soberanía alemana. Por 929 o 935 (la fecha exacta no se conoce) hubo una pugna entre dos hermanos: el príncipe Wenceslao (después San Wenceslao) quería seguir sometido a Alemania, por lo que su hermano Boleslav decidió asesinarlo; no obstante, después de una prolongada guerra Boleslav tuvo que aceptar el mismo sometimiento a Alemania que había propugnado su hermano.

También Polonia, vecina detrás del río Oder de los eslavos wenden, quienes estaban subyugados por Alemania, prefirió, para sobrevivir, aceptar ser tributaria. En Polonia gobernaban los descendientes del mítico Piast (literalmente: puño). Fue el príncipe Mieszko quien se casó con la hija del príncipe de Bohemia, Boleslav, y fue bautizado en 967; y al año siguiente se fundó un obispado en la ciudad polaca de Poznan.

En cuanto a los húngaros, al verse derrotados en sus incursiones a Alemania, decidieron no sólo contentarse con la cuenca danubiana y sus príncipes, descendientes de Arpád, sino también que era conveniente convertirse al cristianismo.

De los tres pueblos de los que se ha hablado, Bohemia, Polonia y Hungría, parecía al principio que el primero descollaría sobre los otros dos por ser el más occidental y el primero en aceptar el cristianismo. Pero no sucedió así. La primera causa fue de carácter geopolítico. Una mirada al mapa enseña que una vez incorporadas a Alemania lo que hoy es Austria y las tribus eslavas entre los ríos Elba y Oder, Alemania tenía que ver en Bohemia un cuerpo extraño en el suyo propio, una cuña que la amenazaba; por esta razón, Alemania trató de incorporarla y lo logró, a causa de su superioridad numérica y material. En cambio, Polonia y Hungría estaban más le-

jos, incluso Polonia podía ser un aliado contra los eslavos paganos y Hungría contra Bizancio.

Pero también contribuyó al resultado un factor humano. La dinastía Premysl, con su sede en Praga, dominaba sólo la mitad occidental de Bohemia. La otra parte estaba en las manos de otra familia, llamada Slavnik por su jefe, más culta que la todavía primitiva dinastía de Premysl. Entre las dos familias reinaba una rivalidad muy natural. De la familia Slavnik procedía un obispo de Praga (obispado fundado en 973), Vojtech-Adalberto (después San Adalberto), quien por supuesto era hostilizado allí y al fin abandonó a Bohemia. Era un hombre de perfil internacional, amigo del joven rey alemán (y después emperador romano) Otto III, sobre quien tenía influencia, y del nuevo príncipe polaco Boleslav.

En el año de 995 el príncipe de Praga, Boleslav II (llamado en los textos de historia "el Piadoso") asaltó la sede de la familia rival y exterminó físicamente a todos sus miembros. Bohemia quedó unificada. Unos cuantos sobrevivientes de la familia Slavnik se hallaban en Alemania y Polonia, entre ellos Vojtech-Adalberto quien dos años después sería martirizado al querer convertir a los paganos prusianos (al norte de Polonia). Nada más natural que el rey alemán Otto III favoreciera a Polonia y después también a Hungría en perjuicio de Bohemia. Gracias a su recomendación, Polonia obtuvo el arzobispado de Gniezno en el año 1000. Otto mismo liberó a Polonia de su estatus tributario y otorgó a su príncipe el título de "patricius", lo que se interpretó como "rey". El primer arzobispo de Gniezno fue Radim, hermano de San Adalberto. De modo semejante Otto favoreció a los húngaros. Influyó para que aceptaran el cristianismo romano, y gracias a él se estableció el arzobispado húngaro en Gran (Esztergom) en 1001, y en el mismo año fue coronado como rey de Hungría su príncipe Esteban (después San Esteban), tataranieto de Arpád. El primer arzobispo húngaro fue Radla, amigo de San Adalberto. Mientras el arzobispo cristianizaba a los húngaros, el rey Esteban suprimía en forma violenta las sublevaciones de los elementos hostiles a la unificación del país y a la nueva religión.

En esta forma Polonia y Hungría se convirtieron en países independientes, en reinos con una organización eclesiástica también independiente. Sea a causa del factor geopolítico o del factor personal, Alemania, Polonia y Hungría llegaron a formar en la Edad Media un triángulo de tres potencias aliadas, mientras Bohemia y Moravia tuvieron que contentarse con una mera autonomía dentro de los límites del reino alemán.

Una de tantas partes de Alemania, Austria (o lo que hoy se llama así) estaba habitada en buena parte por los eslavos. Su parte occidental pertenecía a Baviera, incluyendo el arzobispado de Salzburgo (obispado en 739, arzobispado en 798). También en Austria, el elemento alemán logró subyugar y asimilar a los eslavos después de una larga lucha. El conde Leopoldo von Babenberg fundó en 976 la dinastía austriaca. Ya en 996, Austria

se conocía por su nombre actual —Oesterreich, Ostarrich en el alemán de entonces.

También la parte de habla alemana de la Suiza actual pertenecía al reino alemán. Alemania era el reino centroeuropeo más extenso y más poderoso. A diferencia de los países más pequeños, como Hungría y Polonia, que eran territorios unificados, el reino alemán se dividía en una multitud de principados y ducados, como por ejemplo, el ducado de Baviera, el principado de Bohemia y Moravia, el ducado de Sajonia y los arzobispados de Maguncia, Colonia y Tréveris. Seis de ellos elegían al nuevo rey. A Alemania pertenecían también el norte y el centro de Italia, e inclusive el sur de Roma. El estado papal fue un protectorado alemán. Se ha dicho que Carlomagno fue coronado en Roma emperador romano y desde entonces Alemania tuvo el sueño —durante mil años— de ser la cabeza del Imperio Romano, un imperio fantasma que en teoría aspiraba a abarcar a toda la cristiandad occidental (porque existía también el Imperio Romano oriental, bizantino), pero a causa de la formación de otros estados independientes como los ya mencionados Hungría y Polonia, y luego Francia, Inglaterra, Escocia y otros, en la práctica se limitó a Alemania y a buena parte de Italia. Si un rey alemán era coronado en Roma por el papa, se convertía en emperador romano; y si no, de todos modos continuaba siendo rey de Alemania. Es obvio que en este "imperio romano" no hubo romanos; tampoco los había habido ya en la época de Carlomagno. Pero el prestigio del desaparecido Imperio Romano universal era tal que la ilusión persistió hasta el año de 1806.

La dinastía sajona que había gobernado a Alemania desde el año de 919, se extinguió en 1024 con la muerte de Enrique II (después San Enrique). Una asamblea de los príncipes alemanes eligió rey al duque Conrado, descendiente en línea materna del rey Otto I de la dinastía anterior. Se conservó, pues, una cierta continuidad. A Conrado se le considera fundador de la dinastía franco-sálica. Después de ser coronado en Aquisgrán (ciudad de Carlomagno) rey de Alemania, Conrado entró en Italia, que era una posesión alemana, y fue coronado por el papa como emperador romano. Hasta entonces, el papa y la Iglesia en general estaban sujetos al rey y a los nobles; el poder espiritual al poder físico, material, temporal, en una palabra, a la fuerza.

Con la desintegración del Imperio Romano, los obispos de Roma se habían constituido en sucesores espirituales de los emperadores, al grado de adoptar el título sacerdotal empleado por los emperadores romanos, es decir, el de *pontifex maximus*. En los primeros siglos de la Edad Media dominó la fuerza de las armas; los reyes tenían no sólo más fuerza sino también más riqueza; los bienes considerados como eclesiásticos eran en realidad del rey. Ciertamente, el rey franco Pipin (padre de Carlomagno) donó en 756 a la Sede de Roma lo que sería después el Estado papal (pontificio)

"Patrimonium Petri", pero éste se convirtió de hecho en un protectorado de los reyes francos y, después, de los alemanes. En aquel entonces apareció un documento falso, hecho sin duda por algún clérigo, según el cual el emperador Constantino había donado en el siglo IV toda Italia al papa (la llamada donación de Constantino). Con la coronación de Carlomagno y de algunos reyes alemanes en Roma se sentaron las bases del conflicto entre los llamados emperadores romanos y los sucesores de San Pedro, quienes se consideraban superiores. San Pablo había dicho que una sola Iglesia con Cristo como su cabeza necesitaba un solo Estado. Pero ¿cuál de los dos debería ser el primero? En el imperio bizantino la Iglesia vivió sujeta al Estado en un sistema que suele llamarse cesaropapismo; esto es, que el emperador es al mismo tiempo jefe de la Iglesia. Pero en el occidente, con la desaparición del Imperio, la formación del papado y el "restablecimiento" del Imperio en el año 800, surgió una situación diferente.

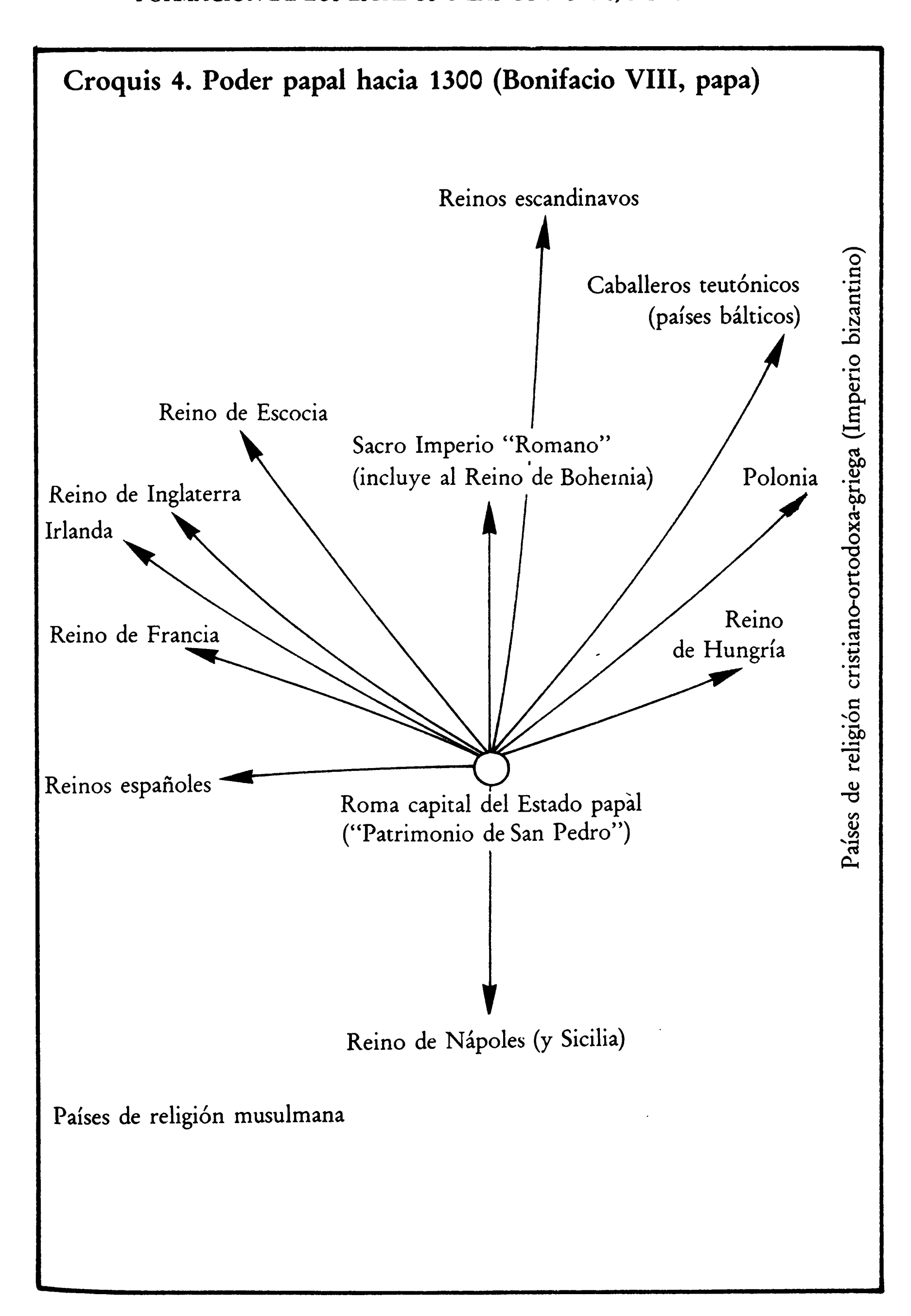
Los papas aspiraban a ocupar el lugar superior. Para lograrlo fue preciso dar a la Iglesia una organización nueva. Hasta entonces los papas eran elegidos por el clero y el pueblo de Roma, y la elección debía ser confirmada por el emperador. Pero en 1059 el papa en turno dispuso por consejo de Hildebrando, el futuro papa Gregorio VII, que los papas deberían ser elegidos en primer lugar por los cardenales. Después, Gregorio impuso el celibato del clero secular. En 1075 Gregorio VII condenó el otorgamiento feudal de tierras al clero, con lo que desató un conflicto que duraría un siglo y medio. La mitad de la tierra y de la riqueza de Alemania estaba en manos de los obispos y los abates quienes habrían recibido la tierra del rey bajo ciertas condiciones. Pero por decreto del papa, los obispos y los abates serían liberados del control imperial o real, y pasarían a depender del papa. El emperador protestó y fue excomulgado al año siguiente. Gregorio proclamó la superioridad absoluta de la autoridad espiritual, a la que debía estar sujeta toda la humanidad, incluso los gobernantes, a quienes él podía excomulgar y privar del trono. El papado y el imperio hicieron las paces en 1122 mediante el concordato de Worms, que fortaleció el poder real del papa.

Poco tiempo después, en 1125, murió el último emperador de la familia franco-sálica. Un miembro de la familia Hohenstaufen ambicionó el trono, pero no fue sino hasta 1138 cuando los Hohenstaufen se volvieron reyes de Alemania. El emperador más famoso de esta dinastía fue Federico I llamado Barbarroja, elegido y coronado rey de Alemania en 1152. Tres años después fue coronado por el papa emperador romano. Pero la paz entre ellos no duró mucho tiempo. En 1157 un legado papal afirmó que el imperio dependía de la Santa Sede. Para resaltar el carácter sagrado de su puesto en reacción a la pretensión papal de superioridad, el imperio se empezó a llamar en Alemania Sacro Imperio Romano. Estallaron de nuevo las guerras entre Barbarroja y las ciudades del norte de Italia apoyadas por el

papa. Después de un largo reinado, el emperador murió en 1190 en Asia, cuando se hallaba al frente de la tercera cruzada, y se convirtió en Alemania en objeto de leyendas. Su no menos famoso nieto, Federico II, gobernó de 1212 a 1250. El principio de su gobierno coincidió con el papado de Inocencio III, quien ordenó en 1215 la supresión de las sectas albigense y valdense por la inquisición. La Iglesia llevaba las de ganar. Federico II tal vez contribuyó a ello al aumentar en 1220 el poder de los príncipes eclesiásticos. Algunos años después extendió los privilegios de los príncipes seculares. Así reforzó a la Iglesia y debilitó el Imperio. La guerra abierta entre el papa y el emperador estalló en 1227 con la excomunión del emperador. Doce años después Federico II, llamado por su inteligencia "el asombro del mundo" fue excomulgado de nuevo; y el papa quiso realizar una nueva cruzada contra él, no sin tratar al mismo tiempo de producir una sublevación en Alemania; entre otras cosas lo acusó de haber llamado a Moisés, Cristo y Mahoma "tres impostores". Al morir el emperador en 1250, la balanza se inclinaba a favor de la Iglesia. Con la muerte de su hijo en 1254, terminó el reinado de la familia Hohenstaufen. En Alemania se produjo un interregno y, con él, una guerra entre los aspirantes al trono. (El fortalecimiento del poder papal hacia el fin del siglo XIII se puede ver en el croquis 4.)

Mientras tanto progresaba la conquista del Báltico por la Orden de los Caballeros Alemanes. Esta Orden había sido fundada por el hijo del emperador Federico Barbarroja en el año de 1190 (durante la misma cruzada en que el emperador murió) y pronto concentró sus energías en una conquista de Europa noroccidental. Habiendo sido llamada por Polonia para que la ayudara contra sus vecinos los prusianos, la Orden de los Caballeros Alemanes se asentó en 1230 en Prusia (después llamada Prusia oriental, hoy una parte de Polonia), habitada por una población aún pagana que hablaba un idioma báltico. La Orden no ahorró esfuerzos para servir a Alemania y al cristianismo. Después de una resistencia feroz, el territorio fue "evangelizado" y "pacificado" en 1283. La Orden de los Caballeros Alemanes tuvo menos trabajo con dos naciones situadas más al norte, a las orillas del mar Báltico: Letonia, en donde se hablaba también una lengua del grupo báltico, y Estonia, donde se hablaba un idioma afín al finlandés. En estos tres territorios llegó a predominar el alemán como lengua oficial; pero mientras que la lengua prusiana se extinguió, las lenguas letona y estoniana existen hasta la fecha. La Orden intentó continuar sus conquistas, pero fue derrotada cerca del actual Leningrado por el príncipe ruso Alejandro Nevsky, descendiente de San Vladimiro, príncipe de Kiev.

La Orden teutona nunca pudo conquistar Lituania, una nación báltica situada entre Prusia y Letonia. En parte porque Lituania estaba rodeada de pantanos, y en parte porque los lituanos eran más belicosos, este país conservó en el siglo XIII su independencia y su religión pagana. Hubo allí un intento pasajero de formar un reino independiente cristiano-católico. El

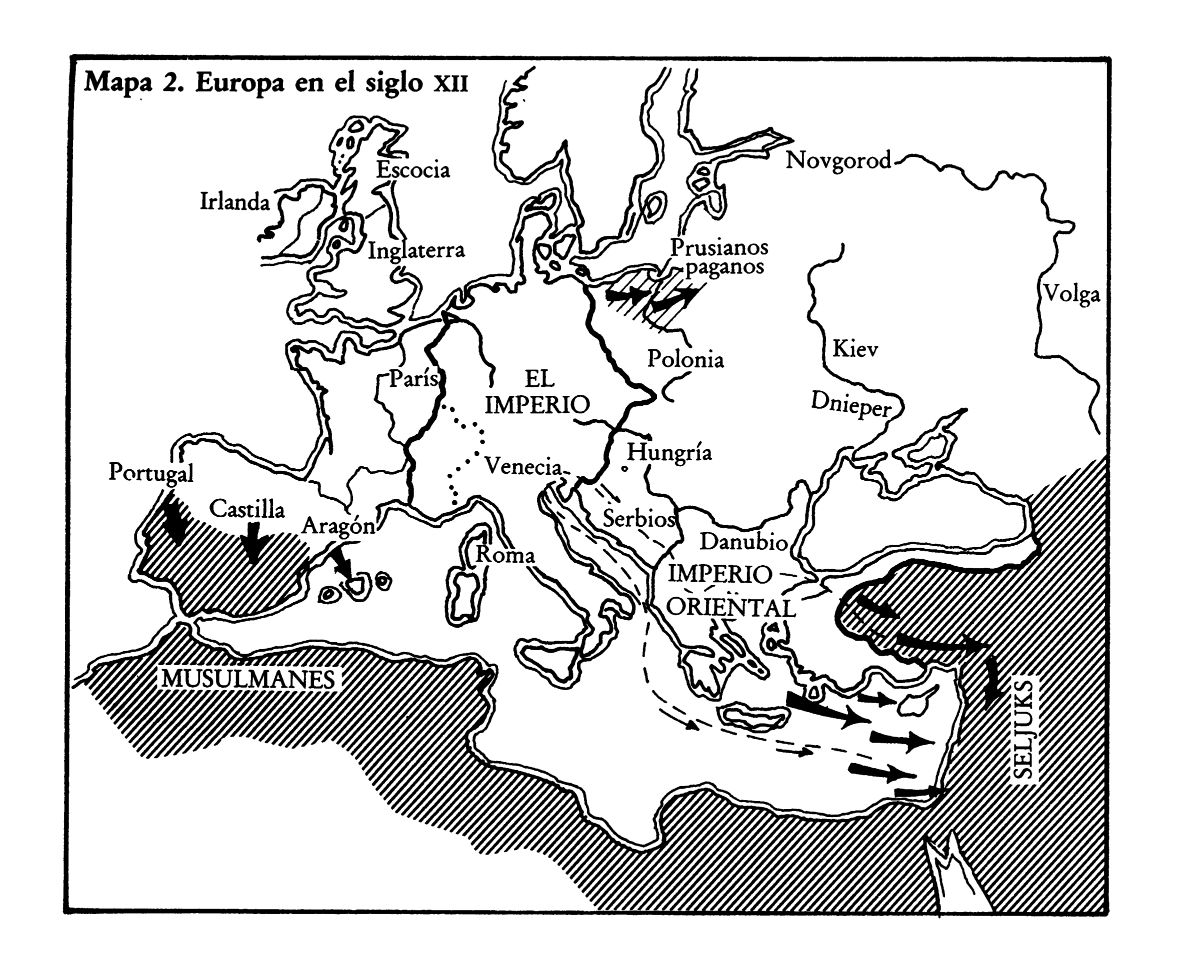

Croquis 4. Poder papal hacia 1300 (Bonifacio VIII, papa)
Reinos escandinavos
Caballeros teutónicos
(países bálticos)
Reino de Escocia
Sacro Imperio "Romano"
(incluye al Reino de Bohemia)
Polonia
Reino de Inglaterra
Irlanda
Reino de Francia
Reino
de Hungría
Reinos españoles
Roma capital del Estado papàl
("Patrimonio de San Pedro")
Reino de Nápoles (y Sicilia)
Países de religión musulmana
Países de religión cristiano-ortodoxa-griega (Imperio bizantino)

jefe Mindaugas fue bautizado en 1251 y, dos años después, coronado rey de Lituania con la aprobación papal. Sin embargo, en 1263 fue asesinado por otros jefes aún paganos, y el país retornó al paganismo (véase el mapa 2).

En el año de 1246 se extinguió en Austria, para entonces un ducado, la dinastía Babenberg. El rey de Bohemia, Premysl Ottokar II se casó con la heredera, y en poco tiempo reunió en sus manos a Bohemia, Moravia y Austria, llegando su poder casi hasta el mar Adriático. En los siglos XI y XII Bohemia no había adelantado mucho a causa de su regla de sucesión llamada *senioratus:* siempre debía gobernar el miembro más viejo de la dinastía, lo que conducía a constantes pleitos que con frecuencia llegaban a asesinatos entre los miembros de la misma familia (semejantes dificultades tuvo al mismo tiempo Hungría). Pero a fines del siglo XII quedó sólo una rama de la dinastía checa. El país pronto comenzó a prosperar y el emperador Federico II confirmó en 1212 al rey de Bohemia su título en calidad hereditaria. Recordemos que, aun cuando independiente en su política exterior, Bohemia formaba parte del Imperio Romano. Con la adquisición súbita del territorio austriaco, el rey de Bohemia se convirtió de repente en uno de los príncipes más poderosos del Imperio. Es probable que durante el interregno que siguió a la extinción de la dinastía Hohenstaufen, Premysl Ottokar II aspiró a un papel más importante dentro del imperio; quizás llegó a ambicionar la misma corona imperial. Pero aquí tropezó con dos obstáculos: en primer lugar se objetó que no era alemán sino "bohemus", checo, en segundo lugar, el partido eclesiástico o papal prefería a un emperador débil, pues un hombre fuerte como Ottokar habría podido intentar conquistar de nuevo a Italia.

Y así fue elegido en 1273 como rey de Alemania el conde Rodolfo de Habsburgo, y luego coronado en Aquisgrán. Desde el principio Rodolfo se concilió con el papa: renunció a su jurisdicción en Roma en favor del pontífice y nunca entró a Italia. Siendo conde todavía, Rodolfo tuvo la ambición principal de aumentar su patrimonio territorial para dejarlo en herencia a sus hijos. Se le presentó pronto una oportunidad cuando el rey de Bohemia se negó a reconocer su elección y empezó a preparse para una guerra. Rodolfo acudió al papa Nicolás III, y éste, en 1277, consiguió de los banqueros de Florencia un préstamo de 200 000 florines de oro para armar una expedición de Rodolfo contra Ottokar II. Con esta ayuda, el rey de Alemania venció en 1278 al rey de Bohemia, quien murió en la batalla. Como botín Rodolfo recibió a Austria. Así puso la base del poder territorial de la casa de Habsburgo. Partidario de un imperio fuerte y enemigo del poder papal, Dante lamentó en su *Divina Comedia* la flaqueza de Rodolfo.

Rodolfo Habsburgo murió en 1291. Una prueba de su debilidad es que no logró asegurar la corona imperial para su familia; ni siquiera logró que


Mapa 2. Europa en el siglo XII
Escocia
Irlanda
Inglaterra
Novgorod
Prusianos
paganos
Volga
Kiev
Polonia
París
EL
IMPERIO
Dnieper
Hungría
Portugal
Venecia
Castilla
Serbios
Aragón
Danubio
Roma
IMPERIO
ORIENTAL
MUSULMANES
SELJUKS

fuera elegido su hijo Alberto. Por lo pronto los Habsburgo tenían a Austria, y a largo plazo —en 1438— lograrían que la corona imperial les perteneciera a ellos.

Si bien Rodolfo adquirió Austria, sufrió un descalabro en Suiza. Suiza —no se llamaba así todavía— era una región pobre, montañosa y desprovista de recursos naturales; pero la parte donde se hablaba el alemán tenía una insuperable ventaja geográfica: por ella pasaba el camino que comunicaba el norte de Italia, la parte más adelantada de Europa, con el río Rin, en cuyo valle florecía la economía y la civilización alemana. La comunicación no era cómoda pues se tenía que subir a la altura de 2 114 metros sobre el nivel del mar —el Paso de San Gotardo, pero era la más directa. La región alemana que rodeaba este camino dependía de unos condes. Ahora bien, los señores feudales tenían la costumbre de cobrar impuestos a los mercaderes que pasaban por su territorio y a veces recurrían a las medidas confiscatorias. Dos distritos montañosos habitados por campesinos, Uri y Schwyz, estaban precisamente en el camino mencionado. Para evitar los posibles abusos de los condes, el emperador Federico II los declaró en 1231-1240 libres, esto es, ya no dependientes de los condes sino única y directamente del Imperio. Había ya muchas ciudades libres en Alemania, pero la liberación de dos distritos campesinos y su subordinación directa al Imperio fue un acto inusitado inspirado en la intención de dar garantías al tráfico mercantil.

Pero los condes de Habsburgo, quienes entre tanto habían cobrado fuerza en la región, no reconocieron la libertad de los dos distritos. Pronto estalló entre ellos un conflicto que fue agravado por el conde Rodolfo, el mismo que fue elegido después rey de Alemania. Rodolfo trató a los habitantes locales con despotismo, al grado de que éstos se sublevaron y, en el año de 1291 —inmediatamente después de la muerte del rey—, se juramentaron para luchar por su libertad e independencia de los condes. Esto es el origen de la Confederación Suiza. El heroísmo de estos campesinos es indiscutible, pero la crónica posterior del siglo XV incluye a personajes legendarios como el conocido Guillermo Tell.

Los Habsburgo se distinguieron por su habilidad para contraer matrimonios beneficiosos, logrando importantes herencias a través de ellos. Sin duda, con este fin el rey alemán Rodolfo Habsburgo arregló la boda entre una de sus hijas y Wenceslao, el hijo de su enemigo, el rey de Bohemia Ottokar II. Wenceslao, después segundo rey de Bohemia de este nombre, logró compensar a su país de la humillación sufrida por la caída de su padre; pero murió joven, a la edad de treinta y cuatro años, en 1305. Su hijo ascendió al trono a la edad de dieciséis años, pero fue asesinado al año siguiente por homicidas desconocidos. Así se extinguió en la línea masculina la dinastía nacional. Alberto, hijo de Rodolfo Habsburgo, fue acusado de ser instigador del asesinato de su sobrino.

La acusación no parece absurda si se toma en cuenta que Alberto (quien al fin logró alcanzar el título de rey de Alemania) presionó a la debilitada Bohemia para que aceptara como rey a su hijo Rodolfo, nieto del que había derrotado a los checos, con tan mala suerte que el primer Habsburgo en el trono de Bohemia murió en 1307 después de un breve reinado. Los nobles checos estaban al fin en libertad de escoger a su rey.

Hungría abarca hoy día sólo la cuenca danubiana o planicie central. Pero no siempre fue así. Después de subvertir y destruir el reino de Gran Moravia, los húngaros se dedicaron a conquistar las regiones adyacentes a la cuenca central: primero la montañosa Eslovaquia habitada por una población eslava afín a la de la vecina Moravia; después, en el siglo XI, le tocó su turno a la igualmente montañosa Transilvania (hoy parte de Rumania), poblada, por lo menos en parte, por un grupo que hablaba un idioma derivado del latín. Por último, Hungría adquirió hacia el año de 1100 a Croacia, un país eslavo, pero a diferencia de Eslovaquia y Transilvania, convertidas en una parte integral de Hungría, Croacia mantuvo su autonomía. Así Hungría obtuvo —excepto en su colindancia con Austria— fronteras naturales, montañas y el mar. Hungría resultó ser más grande que Polonia y mucho más grande que Bohemia y Moravia juntas.

La nobleza húngara que gobernaba los territorios conquistados (excepto a Croacia) se volvió tan poderosa que, en el año 1222, logró arrancar a su rey la llamada Bula de Oro, una "constitución" que garantizaba sus privilegios, sobre todo su derecho de resistir —*ius resistendi*— ciertos actos del rey. El poder de los grandes terratenientes húngaros se hizo proverbial —así como posteriormente el poder de los nobles polacos— y duró hasta el siglo XX.

Por lo pronto, a Hungría le tocaría sufrir una catástrofe. En 1239 llegó al país, en busca de asilo, un ejército —según algunos, 30 000 personas— de paganos cumanos, tal vez parientes de los húngaros. Los cumanos huían de los formidables conquistadores, los mongoles, quienes ya estaban en posesión del sur de Rusia (próximamente se hablará de ellos). Los mongoles entraron luego (en 1241) a Polonia, destruyeron su capital, Cracovia, derrotaron al ejército polaco e intentaron continuar hacia el poniente. Pero las montañas selváticas de Bohemia los hicieron cambiar de plan: renunciaron por el momento a la conquista de Alemania y de Europa occidental, retrocedieron un poco, pasaron por Moravia sin detenerse y entraron a Hungría, devastándola sin dificultad, y obligando a su rey a huir del país. Hungría fue salvada de la destrucción total sólo por la muerte del gran Kan Ogodai, acaecida en Karakorum, centro del poder mongol en los límites de China. Los mongoles no tenían reglas fijas para la sucesión y cuando moría un gran Kan, todos los jefes acudían a Karakorum para la elección del gran Kan nuevo. En esta forma, Batu Kan, jefe de los ejércitos mongoles

(también llamados tártaros) de occidente, abandonó Hungría en 1242 con la misma rapidez con la que había entrado el año anterior.

Dejó detrás a un país devastado y con una población disminuida a la mitad. Los paganos cumanos se quedaron en Hungría y un rey casó a su hijo mayor con una princesa cumana para asegurar la lealtad de esa tribu considerada como salvaje. Pero el hijo del matrimonio, rey Ladislao, cumano por su madre, fue asesinado por los mismos cumanos en 1290. Y la dinastía debilitada de Arpád se extinguió en 1301.

Lo que hoy día es Rumania consiste básicamente en la ya mencionada Transilvania y en lo que fueron las provincias de Valaquia y Moldavia. Valaquia se encontraba en la orilla norte del río Danubio y al sur de Transilvania. Por el lado norte Valaquia colindaba con Moldavia que, por su parte, colindaba con Transilvania por el lado poniente. Los habitantes de Valaquia se llamaban Vlachs y hablaban lo que hoy es la lengua rumana, derivada del latín. A fines del siglo XIII se establecieron los principados de Valaquia y de Moldavia. Sus nexos fuertes con Bizancio los prueba su religión ortodoxa griega; y empleaban el rito eslavo por influencia de Bulgaria, un país eslavo balcánico que está fuera del tema de esta obra. El empleo del "eslavo antiguo" en la liturgia rumana persistió hasta el siglo XVII. Para entonces Valaquia y Moldavia se hallaban en poder de Turquía.

Alemania fue formada por las dinastías carolingia, sajona, francosálica y Hohenstaufen; Bohemia por la dinastía Premysl; Polonia por la de Piast, y Hungría por la de Arpád. Aun cuando las naciones así configuradas hayan sido todas diferentes entre sí, todas fueron formadas y después gobernadas por dinastías nacionales, no extranjeras. Algo diferente sucedió en el caso de Rusia. Allí fueron mercaderes aventureros y conquistadores vikingos quienes se abrieron paso, en el siglo IX, a través del territorio habitado por los rusos, y aprovechando una red de ríos navegables, descendieron en sus barcos desde las cercanías del actual Leningrado hasta el mar Negro y establecieron un contacto comercial con Bizancio bajo el liderazgo de Rurik, un personaje semimítico. Su hijo Oleg fundó en la segunda parte del siglo IX el principado de Kiev. La influencia de Constantinopla se dejaba sentir y así, una descendiente de los anteriores, la princesa de Kiev, Olga, fue bautizada allá en 954. Entre tanto la familia de Rurik se volvía rusa a la vez que conquistaba al pueblo eslavo. Nieto de Olga, el principe Vladimiro —ya un nombre eslavo— dio el paso decisivo de bautizarse y convertir a todo el principado al cristianismo ortodoxo griego en el año de 988 o 989. Pero antes de esto sometió en forma sangrienta a los rusos, asesinó al que se negaba a darle a su hija en matrimonio, mató a su hermano y sacrificó en el altar de sus dioses paganos a varios mártires cristianos. Pero una vez convertido, se dedicó a hacer obras buenas y al fin fue canonizado (San

Vladimiro). Su hijo, Jaroslav el Sabio, dio a Rusia su primer código de leyes, construyó la catedral de Kiev en el estilo bizantino y unió el territorio ruso bajo el gran ducado de Kiev.

Este ducado era independiente de Bizancio en su política; pero la Iglesia rusa dependía de la griega al grado que los arzobispos de Kiev eran griegos bizantinos. Pero a diferencia de la Iglesia romana, que insistía en el uso del latín, la Iglesia ortodoxa-griega permitió a los eslavos usar en la liturgia su propio idioma. Para tal fin se adaptó el alfabeto griego.

Si bien los rusos fueron conquistados por una dinastía extranjera, esta misma se volvió eslava. Se puede resumir que tanto los estados centroeuropeos como el único estado de Europa oriental, deben su existencia a una dinastía fuerte que unificó al país por medios violentos. Esto pasó no sólo en Bohemia sino también en Alemania, conquistadora del espacio eslavo, en Hungría, en Rusia y probablemente también en Polonia, a juzgar por el nombre del fundador de su dinastía, que significa "puño".

Es interesante que también las dos iglesias —la católica y la ortodoxa-griega— ayudaron a fortalecer los estados nacionales al canonizar a ciertos príncipes de las dinastías nacionales: en Alemania a San Enrique (rey de 1002 a 1024); en Bohemia a San Wenceslao; en Austria a San Leopoldo (conde de Austria de 1096 a 1136); en Hungría a San Esteban, y en Rusia a San Vladimiro. Sólo Polonia no tuvo un santo entre sus primeros príncipes. Su santo patrón al principio era San Adalberto (Vojtech), un checo; pero los polacos pronto adquirieron a un santo nacional, San Estanislao, obispo de Cracovia, asesinado en 1079 en el altar por un príncipe de Polonia. A cambio, el Estado compensaba a la Iglesia con bienes materiales.

La aglutinación de los estados nacionales, cada uno con su lengua propia, llevó pronto a la formación de una conciencia nacional en el sentido dinástico. Ya alrededor del año de 1100 empezaron a redactarse en latín crónicas nacionales: en Alemania Lampert von Hersfeld escribió *Annales* en 1073-1077; Otto von Freising *Crónica mundial* hasta 1158 (continuada hasta 1209), y Helmond *Cronica Slavorum* en el siglo XII. En Bohemia, el canónigo de Praga, Cosmas, escribió una crónica de su país, que termina en el año de 1125, cuando él murió. En Polonia, un francés llamado Gallus escribió *Cronica Polonorum* hasta 1113; en Hungría hay *Gesta Hungarorum* del fin del siglo XII y *Annales Posonienses* (997-1203), todo en latín. En Rusia se escribió en eslavo antiguo: Néstor escribió una crónica que termina en 1114.

El desarrollo prometedor del principado de Kiev tuvo un brusco fin en el siglo XIII. El gran Kan Mongol Gengis Kan había conquistado Afganistán y Turquestán y su caballería avanzaba hacia el poniente. Las huestes mongólicas invadieron Rusia por primera vez en 1223 y Gengis Kan murió en 1227, pero la conquista mongol se reanudó poco tiempo después, en los años treinta. En el año de 1240 los mongoles o tártaros, dirigidos por el

sobrino de Gengis Kan, Batu Kan, tomaron el principado ruso y destruyeron su capital, Kiev. Después continuaron su marcha al poniente, de lo cual se ha hablado. Pero mientras el perjuicio que causaron a Polonia fue pasajero, pues su capital, Cracovia, fue reconstruida en 1257 por inmigrantes alemanes y flamencos, y el daño causado a Hungría fue más grave pero no irreparable, el cambio que los mongoles causaron en Rusia dejó una huella permanente, pues después de replegarse de Hungría al sur de Rusia, los tártaros se quedaron allí y establecieron un estado que se llamó la Horda Dorada o Kipchak. Los mongoles propiamente dichos eran muy pocos en la Horda Dorada. Eran los que eran o pretendían ser descendientes de Gengis Kan. Se apoyaban en un conglomerado de tribus asiáticas nómadas. Este estado era enorme para aquellos tiempos: llegaba desde Ucrania, más allá del mar Caspio, hasta el mar de Aral. Su centro de poder estaba a lo largo del río Volga. Además, los rusos del norte, de la zona boscosa, por ejemplo los de la región de Moscú, eran vasallos de la Horda Dorada: tenían que pagarle un tributo.

Lo interesante es que los mongoles de Kipchak eran tolerantes en materia de religión. Heredaron esta característica de Gengis Kan (igualmente Kublai Kan de China, el patrón de Marco Polo, fue tolerante). Es verdad que los kanes occidentales se inclinaron hacia la religión musulmana, a la que aceptaron definitivamente a principios del siglo XIV, pero entre los kanes del siglo XIII hubo por lo menos un cristiano nestoriano y por lo menos un pagano. Los kanes continuaron siendo tolerantes con la religión cristiana griega y confirmaron con algunas modificaciones la exención de impuestos a la Iglesia rusa. En esta forma, los monasterios pudieron prosperar. En la opinión del historiador ruso Pokrovsky, el dominio de la Horda Dorada desempeñó un papel progresivo en la historia rusa.

Pero la Iglesia rusa no podía estar conforme con un gobierno musulmán. Así, el arzobispado de Kiev fue cambiado en 1300 a Vladimir, una población cerca de Moscú. Y en 1326 se estableció definitivamente en Moscú. Este acontecimiento coincide con el principio del crecimiento del estado moscovita bajo el principado de Iván Kalita, descendiente de Alejandro Nevsky y por tanto, de la primera dinastía rusa.

Unas palabras sobre obras de arte. En la segunda parte del siglo XII apareció en Alemania, por influencia de los *troubadours* provenzales, una poesía lírica de amor en lengua alemana, que se llama en alemán *Minnesang*. Este arte floreció después en la primera parte del siglo XIII, tanto en Alemania como en Austria y la parte alemana de lo que fue después Suiza. El representante más conocido de esta poesía lírica es Walter von der Vogelweide, quien creó su obra después del año de 1200 y murió en 1230. El *Minnesang* se quedó prácticamente circunscrito a la región de la cultura alemana. De Bohemia se conocen pocos poetas en lengua alemana. El rey de Bohemia

Wenceslao II escribió a fines del siglo XIII una canción de amor; de la misma época data un poema del príncipe de Silesia (parte de Polonia) Enrique IV. A Hungría no llegó esta ola artística.

Al mismo tiempo floreció en Alemania una poesía épica cuyo representante principal fue probablemente Wolfram von Eschenbach (1165-1220) quien escribió también poemas líricos. Su mejor obra épica es la saga conocida con el nombre de Parsifal. En cuanto al epos heroico tenemos el famoso cantar de los Nibelungos, anónimo, compuesto a fines del siglo XII. De la misma época data el *Cantar de las huestes de Igor*, un poema épico ruso escrito en el idioma eslavo antiguo sobre una expedición trágica del príncipe Igor contra una tribu asiática que había tenido lugar en 1185. Este poema sobrevivió en un manuscrito del siglo XVI y fue publicado en 1800, pero el manuscrito desapareció en el incendio de Moscú de 1812 (durante la invasión de Napoleón). Se llegó a dudar de la autenticidad de esta bella obra, pero el lingüista Roman Jakobson la defendió en una obra publicada en 1948.

Si bien Rusia se puede vanagloriar de poseer un poema heroico medieval —a diferencia de otros pueblos eslavos— no se distinguió tanto en otras esferas artísticas. Las iglesias medievales que quedan en Rusia son modestas en comparación con las bizantinas-griegas. Pero las más importantes fueron tal vez destruidas. En cambio, en Europa central floreció en los siglos XI y XII la arquitectura románica, influida por los modelos franceses. Tales obras abundan sobre todo en el ámbito alemán (Alemania y Austria) y son menos frecuentes en Polonia, Bohemia y Hungría. En el siglo XIII empezó a penetrar —de nuevo de Francia— en Europa central el estilo gótico, que en dos siglos llenó a todos los países centroeuropeos de soberbias iglesias, monasterios, castillos y palacios municipales.

3. EL CAMPO Y LA CIUDAD

Al principio del periodo de que se habla, la situación agraria en Europa central era sencilla: por un lado estaban los campesinos, siervos de la gleba, quienes no podían abandonar el terruño que cultivaban y debían servicios y productos a sus señores, cuya cuantía dependía del país, de la región y de otros factores. La vida de los campesinos era difícil: los países eran en su mayor parte boscosos (por ejemplo, se ha calculado que Bohemia era selvática en un 80%), y la tierra virgen, lo que dificultaba el cultivo. Los campesinos cultivaban la tierra con un azadón; el arado de fierro, que era escaso, se usaba por lo regular sólo en terrenos más grandes. La alimentación de los campesinos consistía en el pan de centeno y en el pan de cebada, y unos dos tercios del ingreso total lo entregaban a su señor, al rey y a la Iglesia. El carácter todavía salvaje de la naturaleza obligaba a los campesinos a vivir juntos en un pueblo, lo que los protegía contra los animales del bosque.

En cambio, los señores vivían en los castillos, construidos al principio de madera y después de piedra sólida. Se dedicaban principalmente a la caza de toda clase de animales que abundaban en aquellos tiempos primitivos; de ahí su dieta, que consistía en carne. Y se dedicaban, además, a la guerra: su jefe, el rey, requería con frecuencia sus servicios para una de tantas guerras que asolaban los campos. Los señores eran normalmente nobles (y los nobles eran, por lo regular, al mismo tiempo señores de tierras y siervos). En algunas partes más adelantadas de Europa central podían tener cierta cantidad de tierra que cultivaban por cuenta propia con trabajo servil, esto es, el trabajo de los mismos campesinos.

Este sistema, llamado por lo regular feudalismo, tuvo probablemente varias raíces. En buena parte de Europa central los reyes, los príncipes y los nobles fueron originalmente conquistadores que convirtieron a la raza sometida en servil; yendo más atrás, eran los jefes de tribus que se habían impuesto a su propio pueblo, convirtiéndolo en servil, aunque a veces los pueblos se entregaban voluntariamente a ellos. En Renania, que había absorbido la civilización romana, la situación era algo diferente: en los tiempos romanos hubo mucha gente libre pero también muchos esclavos. En la época de las grandes invasiones, los libres sintieron la necesidad de protección, que generalmente encontraron sometiéndose a un hombre fuerte. Así perdieron su libertad y, gradualmente, se convirtieron en siervos (no

todos los siervos tenían que ser tan pobres como se ha descrito antes). La causa segunda del surgimiento del sistema señorial o feudal en la parte más avanzada de Europa central, es la decadencia de la esclavitud, difícil de explicar. Quizás se podría hallar la explicación siguiente: los esclavos requerían una supervisión constante; en la agricultura más primitiva que sustituyó a la romana con las grandes invasiones, era más fácil convertir al esclavo en siervo: arraigarlo, darle un pedazo de tierra.

Probablemente intervinieron también factores tecnológicos. En los tiempos romanos, los esclavos arrastraban el arado. Pero con el invento del collar para caballo y la herradura (en los siglos VIII-IX), que tal vez vino de Bizancio, se hizo innecesario el trabajo esclavo. El caballo remplazó al esclavo. Se puede decir que el esclavo ascendió al nivel de siervo. También se produjo una revolución en la agricultura: un mayor y mejor uso de la tierra hizo posible el cultivo de la avena de primavera, lo que a su vez llevó a un aumento en el número de los caballos para la agricultura, para el transporte, en especial los carruajes, y sobre todo para la guerra.

La guerra y el caballo en la época feudal son impensables sin el fierro no sólo para las espadas, los escudos y las lanzas sino también para las armaduras de los hombres y de los caballos. El monje de Sankt Gallen (en la Suiza actual) escribió en la crónica conventual lo que se puede llamar una apoteosis de Carlomagno y de sus caballeros, totalmente cubiertos de fierro: cascos, armaduras, guantes y otras piezas y también las armaduras de los caballos. Sin duda, esta técnica superior permitió a Carlomagno ganar las guerras.

El fierro servía también a los agricultores; una mayor abundancia de arados de fierro, azadones, palas y hachas hicieron que el cultivo progresara y se extendiera a las regiones hasta entonces dejadas intactas por el hombre.

La abundancia de los bosques en casi toda Europa central contribuyó al aumento en la producción del hierro, pues el metal requiere una temperatura mayor para fundirse y por tanto se necesita una cantidad mayor de combustible. El combustible, o sea los árboles, no costaban nada porque el bosque en aquel entonces era considerado como un enemigo del hombre todavía.

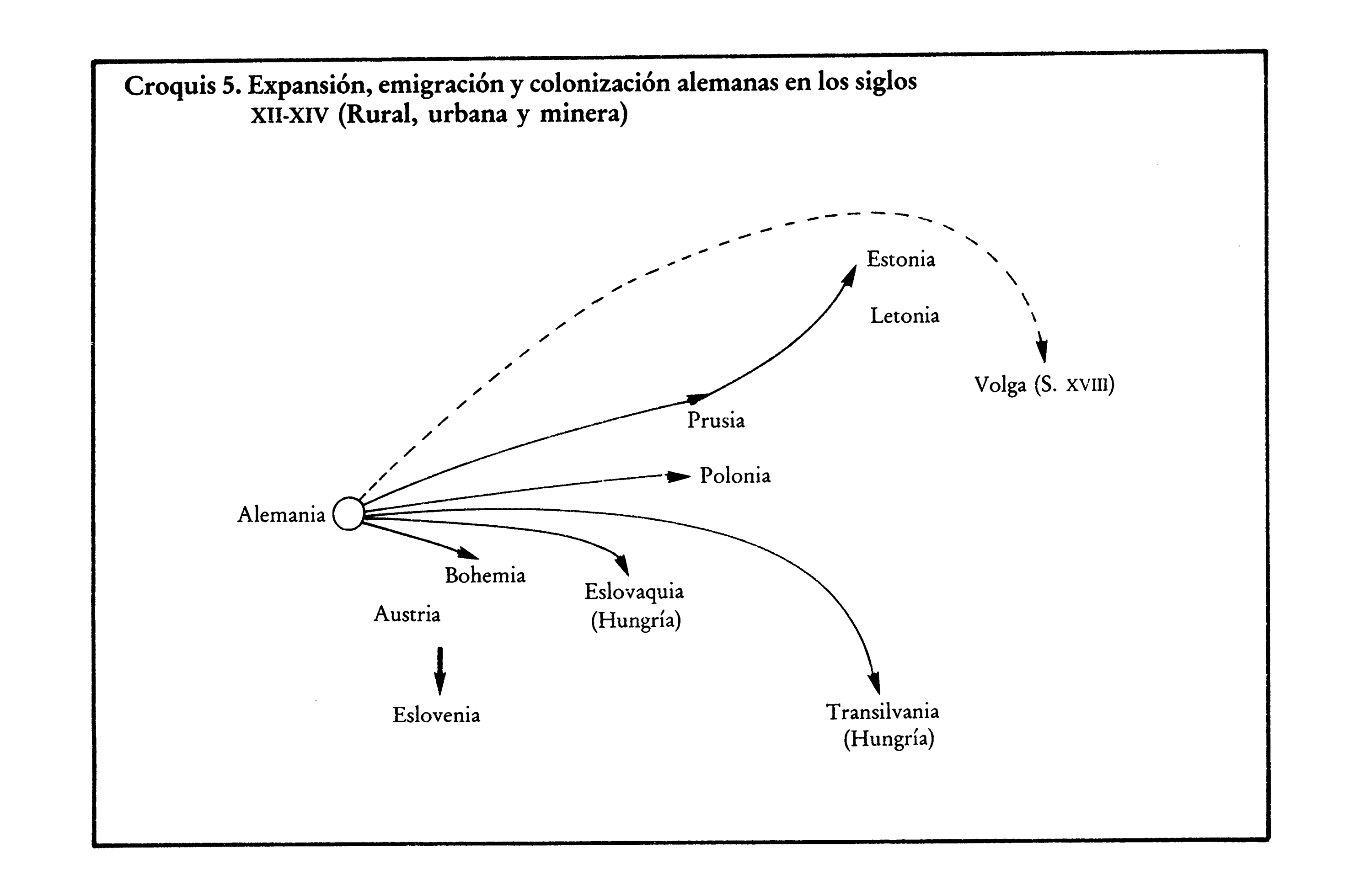
Así sucedió que en Alemania occidental, o sea en la parte más avanzada de Europa central, la agricultura progresó notablemente. Paralelamente, aumentó la población. Dada la poca productividad de la tierra en comparación con la actual, se puede hablar hasta de una sobrepoblación (relativa). En esta situación los señores concedían a sus siervos un mayor grado de libertad personal. Los señores se dedicaban más a la agricultura por cuenta propia, con mano de obra proveniente de los campesinos que no tenían tierra suficiente para sostenerse. Los señores no tenían entonces tanta necesidad de sus siervos más prósperos. La servidumbre estaba allí en los siglos XI-XIII en franca decadencia. Había otro factor: las ciudades (se hablará

más tarde de ellas). Dentro de la ciudad, cada hombre era libre. Los siervos se podían fugar a la ciudad para ser libres. Lo cual, por supuesto, ejercía presión sobre los señores. Esto explica en parte la larga hostilidad entre la nobleza y las ciudades medievales.

Así como hubo una cierta sobrepoblación en el occidente de Alemania, y aún más, en Flandes y los Países Bajos, hubo una escasez de población en Bohemia, Polonia y Hungría. La gran parte de su territorio era boscosa y pantanosa. En el siglo XII los campesinos alemanes comenzaron a emigrar al este y a colonizar las tierras incultas de los países que se acaban de mencionar. Este proceso fue fomentado por los mismos reyes o príncipes de Bohemia, Polonia y Hungría. Los gobernantes no sólo enriquecían a su país con una población que implantaba métodos nuevos de cultivo, sino que, en primer lugar, se enriquecían a sí mismos. El proceso era el siguiente: los reyes y después también los señores feudales que los imitaban, cedían una porción de sus tierras —normalmente selvátiva o pantanosa— a un grupo de inmigrantes que fundaban allí una aldea en ciertas condiciones privilegiadas: en primer lugar eran hombres personalmente libres; la tierra la compraban a plazos perpetuos (o lo que es lo mismo, la arrendaban a perpetuidad), contrato que se llamaba enfiteusis. Los enfiteutas podían vender o dividir su lote, e irse; podían dejarlo en herencia a sus hijos, pero el rey o el señor feudal recobraba el lote cuando no había herederos. Así se formó lo que llegó a llamarse "el derecho alemán". La colonización de uno o varios pueblos era dirigida por un hombre llamado "locator", persona en gran parte de origen citadino, que se encargaba de conseguir a los inmigrantes, encontrar el lugar que debería colonizarse y arreglar el contrato con la autoridad. Como premio por su trabajo de promoción, los locatores recibían un lote más grande que el normal, libre de renta. Además, recibían el título de "Richter" —juez, un puesto hereditario y, en teoría, a perpetuidad. Es obvio que los locatores como empresarios, hombres con iniciativa, obtenían un magnífico premio por su esfuerzo.

En esta forma los colonos procedentes de diferentes partes de Alemania se asentaron en considerables porciones de Bohemia y Moravia; en Polonia; en Eslovaquia (entonces parte de Hungría) y en Transilvania (entonces parte de Hungría, hoy de Rumania). (Este proceso se ilustra en el croquis 5.) A pesar de que a veces los separaban de Alemania cientos de kilómetros, los colonos alemanes conservaron su lengua; no se mezclaron con sus vecinos eslavos o húngaros y vivieron como agricultores en los mismos pueblos originales hasta el fin de la segunda guerra mundial, cuando fueron expulsados.

Naturalmente, ya en los primeros siglos después de la colonización se formaron en esos pueblos diferencias sociales; algunos tuvieron que vender sus parcelas y se convirtieron en trabajadores asalariados; por otro lado, algunos enfiteutas prósperos lograron comprar a los propietarios toda la renta capitalizada —estos últimos casos no eran frecuentes. La colonización



Croquis 5. Expansión, emigración y colonización alemanas en los siglos XII-XIV (Rural, urbana y minera)

alemana de los siglos XI-XIII contribuyó mucho al desarrollo agrícola de Europa central. Era de esperarse que esto sirviera de ejemplo a la población eslava. En efecto, en el siglo XIV, sea por la disminución de la colonización alemana, sea por el nivel alcanzado por la población nativa, los reyes y los señores feudales comenzaron a convertir a sus siervos en enfiteutas libres. De ese modo, por lo menos en Bohemia, una buena parte de los campesinos checos alcanzó su libertad. Sin embargo, este proceso no duró mucho tiempo. Por las causas que se discutirán en otro lugar, la situación de los campesinos checos en el siglo XV empeoró. En teoría eran libres, pero para poder abandonar su rancho tenían que hallar a un sustituto que ocupara su lugar.

La emigración alemana al este fue igualmente importante en la fundación de los centros mineros y de las ciudades. Primero se hablará de la minería, en concreto de la plata y del cobre, porque su extracción era muy parecida —en buena parte se extraían juntos, siendo el cobre el producto accesorio de la plata—, y sobre todo porque alcanzó en la Edad Media el nivel técnico y económico más elevado en comparación con los demás metales. La plata fue en Europa central el metal monetario por excelencia. En cuanto al cobre, su uso era general en monedas, en aleación con la plata; en objetos artísticos y de la Iglesia, como rejas, puertas, fuentes bautismales y campanas, y también en artículos para el hogar.

El auge de la minería centroeuropea empezó a fines del siglo X con el descubrimiento y la explotación del mineral argentífero en las montañas Harz en Alemania central. Menos de dos siglos después se abrieron las minas de plata en la población sajona de Freiberg, cuya riqueza causó sensación y al mismo tiempo estimuló a los mineros alemanes a buscar yacimientos metalíferos más al oriente, en los países eslavos y en Hungría. Así, en el mismo siglo XII, se inauguraron minas en Bohemia, Moravia y Silesia, territorio situado al norte de Moravia y perteneciente a Polonia. En el siglo siguiente, los mineros alemanes se asentaron más lejos, en Eslovaquia y en Transilvania. Una de las ciudades mineras más importantes era Jihlava (en alemán Iglau), en los límites de Bohemia y Moravia, hoy insignificante, pero que produjo en la segunda parte del siglo XIII el primer código minero que se conoce.

Este código nos permite apreciar tanto el nivel tecnológico de la minería y la metalurgia como su organización. En las minas había máquinas movidas por las bestias o la fuerza hidráulica. Los mineros llegaron incluso a dominar las máquinas bélicas: los de Iglau ganaron así una disputa dinástica checa a mediados del siglo XIII. Se practicó, además, la minería con galerías, algunas de las cuales alcanzaron la profundidad de 150 o hasta 200 metros y se construyeron túneles de desagüe de uno o dos kilómetros de largo. En la metalurgia hubo máquinas para romper y triturar el mineral, movidas por los molinos de agua; del mismo modo fueron movidos los fuelles para calentar el mineral. Las minas eran normalmente propiedad de las asocia-

ciones de mineros, que en el siglo XIII tenían personalidad jurídica; eran corporaciones lo mismo que las ciudades. La asociación de mineros consistía en participaciones o acciones llamadas parte de mina, que no eran partes físicas de una mina sino partes ideales. El número de las participaciones era, por lo regular, 16 o 32, a veces hasta 64. Cada parte era transferible ilimitadamente. Los dueños de las partes no eran trabajadores; eran en su mayor parte burgueses de ciudades mineras. Empleaban a los obreros asalariados. En una mina podía haber entre 20 y 30 trabajadores calificados, mineros propiamente dichos, aparte de obreros no calificados, ocupados en los trabajos auxiliares. Cuando se trataba de construir un túnel de desagüe o adquirir máquinas especiales para extraer el agua, las asociaciones recurrían por lo regular a las personas de recursos, que no eran socios de la mina. Quizás se les podría llamar capitalistas. Con el fin de acelerar la extracción de los minerales, el rey de Bohemia promulgó en 1300 una ley que se propuso fomentar precisamente el capitalismo en la minería. Por último, la metalurgia, que era desde el punto de vista mecánico más avanzada que la minería, era también más lucrativa. Los propietarios de las fundiciones compraban el mineral individualmente a cada socio y podían así ejercer una fuerte presión sobre los precios. Por lo menos en Bohemia, los mineros se quejaron en 1300 de una especie de monopolio de compradores de mineral.

Así como los campesinos-enfiteutas de origen alemán conservaron su lengua y cultura original durante muchos siglos, así también las ciudades o centros mineros continuaron siendo alemanes. Por supuesto, hubo excepciones. En un brote nacionalista que tuvo lugar en Bohemia en el siglo XV y del cual se hablará más adelante, la importante ciudad minera de Kutna Hora (en alemán Kuttenberg) perdió su carácter alemán por la emigración voluntaria o forzosa de los mineros. El elemento checo tomó el lugar del alemán.

Quizás la contribución alemana más importante al progreso de Europa central fue la fundación de las ciudades por los colonos que llegaron en los siglos XII y XIII de Alemania occidental y central. Las ciudades más antiguas en Alemania eran las que se hallaban en el territorio antaño romano, sobre todo en el valle del Rin, que era precisamente el límite del Imperio y al mismo tiempo una gran ruta comercial. Eran sobre todo las ciudades de Colonia, Maguncia, Worms, Estrasburgo, Basilea, Constanza, Spira y Francfort. Todas estas ciudades ya eran ciudades verdaderas en el siglo IX. Eran comunidades libres y en ellas había numerosos e independientes propietarios del inmueble; también había mercaderes y artesanos emancipados. Había muchos extranjeros entre los comerciantes, quienes gozaban de leyes especiales, junto con los artesanos que vendían al público, y por tanto eran considerados como comerciantes y estaban sujetos a un funcionario especial (*magister*). Gozaban también de la exención del servicio militar. Después del siglo X sus leyes se convirtieron en "el derecho común de los mer-

caderes de las ciudades reales" (las ciudades reales eran las que dependían única y directamente del rey). La "paz" —garantía del rey— incluía en esas ciudades no sólo a las personas sino también sus bienes y a las personas que dependían del mercader. Se podían percibir allí los principios de guildas mercantiles y de gremios de artesanos.

También en la región danubiana había en el siglo IX ciudades como, por ejemplo, Ratisbona y Augsburgo, y también Salzburgo, que debía su riqueza a sus minas de sal, tan escasas en Europa central. El desarrollo de Viena es posterior.

Después de extenderse los emigrantes alemanes al oriente y al norte, fundaron ciudades fuera de la zona originalmente romana, ciudades como Nuremberg en Baviera y Magdeburgo en Sajonia sobre el río Elba.

En el siglo XII los colonos de Alemania central y occidental empezaron a emigrar a las regiones sobre todo eslavas y a fundar ciudades, normalmente en los lugares que eran centros comerciales aún no organizados o centros de poder, o sea capitales de los países o castillos reales. Entre las numerosas fundaciones se pueden mencionar las ciudades de Praga, capital de Bohemia; Bruenn (Brno en checo) y Olmuetz (Olomouc), en Moravia; Cracovia, capital de Polonia; Breslau (Wroclaw en polaco), capital de Silesia; Pressburg (Bratislava en eslovaco), en lo que entonces era Hungría; Pest (la parte oriental de Budapest), Klausenburg (Cluj en rumano) y Kronstadt (Brasov), en Transilvania. Según el modelo alemán se fundaron después ciudades con una población netamente eslava.

En el Báltico, el puerto alemán de Luebeck envió emigantes que fundaron puertos en la costa, como por ejemplo, Danzig (Gdansk en polaco), en la desembocadura del río Vístula; Riga, después la capital de Letonia (hoy parte de la URSS), y Reval (Tallinn en estoniano, hoy parte de la URSS). Las ciudades alemanas en el Báltico formaron en el siglo XIII una asociación o alianza llamada Ansa (en alemán Hansa) que adquirió un siglo después no sólo un gran poder económico sino también político en todo el Báltico.

La fundación de las ciudades fue fomentada por los reyes eslavos y húngaros, quienes fueron después imitados en esta actividad por los nobles territoriales, y fue hecha posible por una sobrepoblación de las ciudades alemanas. Era natural que en una ciudad amurallada hubiera un cierto límite para el crecimiento de la población. La ciudad medieval de fundación alemana era una corporación, igual que la ya mencionada asociación de mineros, a diferencia de los pueblos de enfiteutas, donde cada agricultor entraba en contacto directo con el propietario aunque fuera por intermedio del juez. Para atraer a los inmigrantes, se estableció entre otras cosas una exención a los nuevos habitantes de los procesos entablados en otra parte. Por supuesto, cada habitante de la ciudad era libre, hecho que atraía a la población servil del campo. Los fundadores de la ciudad (*locator*) obtenían una

posición privilegiada. Los mineros y los burgueses eran las dos capas libres protegidas por el rey; tanto el interior de una ciudad como el de una mina ofrecían asilo; los siervos podían adquirir así la libertad fugándose a una ciudad en la que trabajarían como aprendices de los artesanos, o a una mina en la que serían ayudantes de los mineros. Así como la mina la fundaba por lo regular un solo individuo, dueño de la concesión, que vendía después las partes, así también la ciudad la fundaba un *locator* que la planeaba y vendía después los lotes. Tanto la mina como la ciudad debían pagar un censo al rey, que cobraban a sus asociados. A los gastos de la ciudad se contribuía según el número de lotes que tuviera una persona.

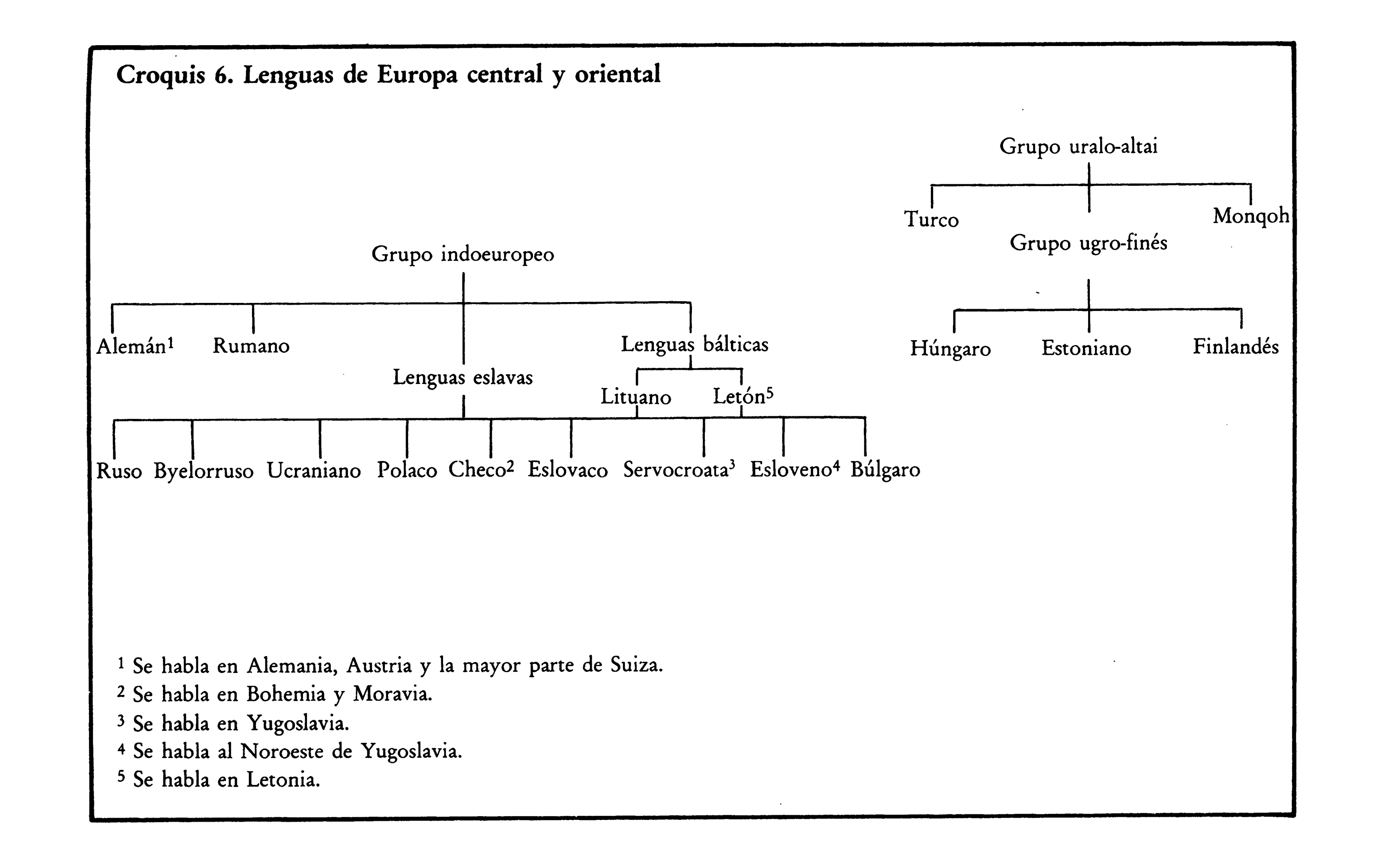
La ciudad siempre procuró construir una muralla. Había que proteger la riqueza acumulada allí por el comercio y la industria. El enemigo natural de la ciudad era el noble, quien percibía en ella un elemento extraño. Esta actitud cambió en el siglo XIV, cuando los nobles empezaron a residir en las ciudades. En la ciudad pronto surgieron conflictos: entre los propietarios del inmueble (el patriciado) y los arrendatarios (no siempre pobres), y entre comerciantes y artesanos, quienes se organizaban en gremios que aspiraban a alcanzar un monopolio de producción; no siempre lo lograban.

A Rusia no llegó esa corriente colonizadora, en parte por la distancia y en parte por la diferencia entre Europa central católica y la oriental ortodoxa. Por supuesto, existió allí también el comercio, pero no existieron ciudades como corporaciones de hombres libres. La única población rusa que hasta cierto punto se podía llamar una ciudad era Novgorod, al sur del actual Leningrado, donde la alianza alemana Ansa tenía a sus representantes comerciales sobre todo para la compra de pieles y la venta de textiles occidentales. Novgorod llegó a controlar un considerable territorio, la llamada "república" de Novgorod.

LAS NACIONES Y EL NACIONALISMO EN EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL HASTA EL SIGLO XV

Como se ve en el croquis 6, en Europa central y oriental hay por lo menos una docena de lenguas. A cada lengua corresponde una nación, excepto en el caso del alemán, que es hablado por tres naciones: la alemana, la austriaca y la suiza. Por lo menos en Europa central y oriental, la nación está basada en la lengua; la diferencia entre las naciones es también la diferencia entre las lenguas. El fenómeno es muy antiguo y deriva del hecho de que, cuando un grupo humano o un pueblo no entiende lo que dice el pueblo vecino, crea una desconfianza que va creciendo con el tiempo hasta convertirse en una hostilidad. Ya hace más de mil años, los eslavos llamaron a los alemanes "niemets", lo que significa "mudo". Hasta la fecha, un alemán en las

Croquis 6. Lenguas de Europa central y oriental



1 Se habla en Alemania, Austria y la mayor parte de Suiza.
2 Se habla en Bohemia y Moravia.
3 Se habla en Yugoslavia.
4 Se habla al Noroeste de Yugoslavia.
5 Se habla en Letonia.

lenguas eslavas se llama "niemets", mudo. En suma, exceptuando el caso del alemán, hay tantas lenguas como naciones y nacionalismos.

Las naciones actuales y los sentimientos nacionalistas ya estaban formados en los siglos XIII y XIV. Para comenzar con un ejemplo: ya se ha dicho en el capítulo anterior que los reyes alemanes eran elegidos por un pequeño grupo de príncipes laicos y eclesiásticos. El más importante código alemán de la época, *Sachsenspiegel* ("Espejo sajón"), compilado por el año de 1230, limitó el número de electores a seis: tres príncipes laicos y tres arzobispos. Expresamente excluyó del colegio electoral al rey de Bohemia, porque no era alemán sino checo, pese al hecho de que Bohemia formaba parte del reino alemán y que el rey de Bohemia era el único rey entre los príncipes del reino alemán o del llamado Imperio Romano. Se trata obviamente de una discriminación basada en la diferencia de la lengua o, si se quiere, de cultura, porque cada grupo lingüístico crea su cultura propia por el hecho de vivir separado de otros grupos lingüísticos.

Es un poco irónico que en los años en que se compiló la colección de leyes llamada *Sachsenspiegel*, reinó en Bohemia Ottokar I, hijo, nieto y tataranieto de mujeres alemanas; o sea era más alemán que checo. Precisamente este rey comenzó a fomentar la inmigración alemana en gran escala, en parte por un interés pecuniario, en parte para formar un contrapeso contra la nobleza nativa checa, y tal vez porque él mismo era en parte alemán. Descendientes de eslavos por parte de padre y madre, los príncipes (aún no reyes) de Bohemia comenzaron a casarse a partir de la primera parte del siglo XI, con mujeres extranjeras, princesas o simplemente nobles, sobre todo alemanas, pero también princesas húngaras o polacas. Esta regla se aplica también a las dinastías polaca y húngara.

El nieto de Ottokar I fue el rey Ottokar II, también hijo de una princesa alemana y el promotor más activo de la inmigración alemana. Es difícil imaginar que este rey tuviera sentimientos nacionales checos, eslavos o antialemanes; sin embargo, al verse acorralado por su enemigo, el rey alemán Rodolfo Habsburgo, pidió con desesperación ayuda a los duques polacos contra "el apetito insaciable de los alemanes", recordándoles los comunes intereses eslavos y advirtiéndoles que sólo él era un baluarte de una Polonia libre frente a la agresión alemana. El llamamiento llegó demasiado tarde y Ottakar sucumbió en 1278. Se puede dudar de la sinceridad de su nacionalismo eslavo. Sea como fuere, un sentimiento de la solidaridad eslava de los checos y los polacos debe de haber existido, por lo menos en germen, como se verá más tarde.

El hijo de Ottokar II, Wenceslao II, huérfano a los siete años de edad, tuvo un tutor alemán y después se casó con Judit, hija de Rodolfo Habsburgo (de acuerdo con el doble matrimonio de las dinastías Habsburgo y Premysl, arreglado con anterioridad por Rodolfo Habsburgo), de modo que en la corte del joven rey —reprobado por Dante por su vida licencio-

sa— la cultura alemana era dominante. Esto llegó a tal grado que el mismo Wenceslao II compuso tres poemas de amor, pero no en checo sino en alemán (estos poemas se encuentran en la llamada colección de canciones de Ruediger Manesse, quien murió en 1304).

El alemán era en Europa central la lengua de moda —como después en el siglo XVIII el francés— lo cual era natural porque en las lenguas eslavas y en la húngara no había todavía literatura propia, mientras que muchos *Minnesaenger* cantaban en alemán en el siglo XIII (una excepción es el *Cantar de las huestes de Igor* en la literatura rusa del fin del siglo XII, pero de todos modos la influencia alemana no llegaba a Rusia en aquel entonces). Así como en Bohemia, Polonia y Hungría la lengua alemana estaba de moda, así también en Alemania occidental lo estaba el francés. Por ejemplo, la dinastía de Luxemburgo, dominante en el reino alemán en el siglo XIV, era, aunque de sangre alemana, afrancesada.

Wenceslao II tuvo como consejero principal al arzobispo de Maguncia. Los reyes extranjeros de Bohemia después de la extinción de la dinastía nacional, llegaban al país siempre con sus consejeros propios y así desplazaban a la nobleza nativa checa que antiguamente dominaba en la corte. Así surgió pronto en Bohemia —en el segundo decenio del siglo XIV— una protesta: una crónica en lengua checa y en verso de Dalimil, que reflejaba los intereses de la nobleza checa vuelta nacionalista antialemana. En esta forma, Dalimil puso en la boca de Oldrich (Ulrich), un príncipe de Bohemia en la primera parte del siglo XI, que se había enamorado y casado con una mujer campesina, las palabras siguientes: "Yo preferiría a una muchacha campesina checa para esposa en vez de la reina alemana. Cada corazón se aferra a su propia nación; por lo tanto, una mujer alemana favorecería menos mi lengua. Una mujer alemana tendrá sirvientes alemanes; y enseñará a mis hijos el alemán". En estas palabras se perfila ya un nacionalismo como el que existió en siglos muy posteriores.

Quizás en parte debido a la creciente hostilidad eslava contra todo lo alemán y en parte al progreso de la población nativa eslava, el cual haría innecesaria la presencia de tantos alemanes en Bohemia, la inmigración alemana se estancó en el siglo XIV.

Polonia ofrece otro caso de un nacionalismo antialemán. En el siglo XIII, Polonia fue un país dividido y débil. En estas circunstancias, Polonia llamó a la Orden de los Caballeros Alemanes para que le ayudara a luchar contra sus vecinos del norte, los paganos prusianos. Se le prometió la posesión exclusiva de todo el territorio que pudiera conquistar, y esta promesa fue confirmada por un privilegio que le concedió a la Orden el emperador Federico II en 1226. Los caballeros comenzaron su cruzada en 1230 y antes del fin del siglo eran dueños de Prusia, como se ha dicho ya en el capítulo anterior. Polonia pagó un precio muy caro por haberlos llamado. En aquel entonces le pertenecía a Polonia una franja llamada Pomorze, situada al po-

niente de la ciudad de Gdansk, que llegaba al mar Báltico. Era la única salida de Polonia al mar. Pues bien, los embravecidos caballeros alemanes la invadieron y ocuparon en 1308 y en Gdansk mataron a todos los polacos. Así principió una larga serie de guerras entre Polonia y la Orden.

El rey polaco Wladyslav I (gobernó de 1314 a 1333) logró unificar a su país, y se lanzó a una guerra contra la Orden. Al sucederle en 1333 en el trono su hijo Casimiro III, llamado el Grande, los dos países —Polonia y Prusia— estaban en guerra. Pero Casimiro, de quien se hablará en otro lugar todavía, era un hombre de paz. En 1343 hizo la paz con la Orden y se dedicó a la tarea pacífica de hacer progresar a su país. Con él se extinguió la dinastía Piast en la línea masculina. Contra la actitud agresiva de la Orden, Polonia buscó entonces una alianza con su vecino del oriente, la pagana Lituania. En aquel tiempo Lituania era más grande que Polonia: abarcaba una buena parte de Ucrania y Bielorrusia. El resultado fue feliz para Polonia: Lituania aceptó el cristianismo católico entre 1385 y 1387 (en este último año se fundó el obispado de Vilna, capital de Lituania), su gran duque Jageylo se casó con una nieta de Casimiro III, Jadwyga, y fue elegido rey de Polonia como Wladyslav II (gobernó de 1386 a 1434). Con la unión a Lituania, Polonia surgió como una potencia. De nuevo estalló la guerra con la Orden. El ejército combinado polaco-lituano, con la participación de numerosos voluntarios o mercenarios checos que habían ido a combatir a los alemanes tal vez en parte por un sentimiento de solidaridad eslava, derrotó decisivamente en dicha guerra, en 1410, al ejército de la Orden en Tannenberg en el territorio de Prusia cerca de la frontera polaca. De entonces en adelante Polonia llevaba la delantera. La guerra estalló de nuevo en 1454 y diez años después se restableció la paz en la que Polonia recobró su salida al mar, Pomorze.

Hablando de Polonia y de su rey Casimiro el Grande, cabe mencionar aquí el asentamiento en Polonia de una gran cantidad de judíos alemanes. Desde los tiempos carolingios, Renania, una gran vía comercial y un gran centro industrial al mismo tiempo, era también un valle con una considerable concentración de la población judía. Con sus altas y bajas —porque en varias ocasiones hubo brotes violentos de antisemitismo—, los judíos prosperaron hasta el año fatal de 1349, cuando la peste negra hizo estragos sobre todo en Europa meridional y occidental, y también en Renania. En esta región el pueblo acusó a los judíos de haber envenenado los pozos y así causado la peste bubónica. Comenzó la persecución. Algunos judíos se fueron al sur, a Italia, donde el papa parece haber sido tolerante. Pero la gran mayoría de los judíos emigraron a Polonia, cuyo rey Casimiro el Grande fue probablemente el único soberano europeo en ofrecerles asilo. En Polonia se permitió a los judíos poseer tierras, y así muchos se volvieron agricultores. Otros se dedicaron a los diversos oficios. En fin, se dedicaron a la vida productiva. Al unirse Lituania y Polonia entre 1385 y 1387 aproximada-

mente, los judíos pudieron después emigrar a Ucrania y Bielorrusia, que habían pertenecido en gran parte a Lituania. Lo único que los judíos pudieron llevarse de Alemania fue la lengua alemana. Le siguieron fieles y así sucede que hasta hoy día muchos judíos —los originarios o nativos de Polonia y lo que después fue una parte de Rusia— hablan el alemán del siglo XIV, mezclado, por supuesto, con muchas palabras hebreas y eslavas. Esta lengua se llama yiddish, o sea, la lengua judía.

Falta mencionar a otro grupo humano que en el mismo siglo XIV se extendió por Europa central y oriental, los gitanos. Por vez primera, su presencia la percibe la crónica checa de Dalimil, quien los describe como limosneros. Para entonces, los gitanos ya estaban en Hungría, cuya estepa se adaptaba bien a su gusto por una vida nómada. En las diferentes regiones de Alemania los gitanos se mencionan en los primeros decenios del siglo XV. En aquel entonces los gitanos eran tolerados, no perseguidos como en unos siglos posteriores (del XVI al XVIII). Los gitanos son originarios de India y hablan una lengua emparentada con el sánscrito. Naturalmente, cada país por el que pasaron, dejó unas cuantas palabras en su idioma.

El caso del nacionalismo alemán es más complicado que el eslavo. La clase dirigente —no se habla de otras clases de la sociedad— tenía dos conciencias o sentimientos: uno imperial y otro nacional alemán. Alemania era la cabeza del llamado Imperio Romano (después *Sacro Imperio Romano*), al cual pertenecían los Países Bajos, la mayor parte de Bélgica, varias partes de Francia, aproximadamente una mitad de Italia y también un país eslavo, Bohemia y Moravia. Además, los reyes alemanes o los emperadores romanos no habían dejado de ambicionar territorios más grandes porque la idea del Imperio era precisamente universal. Por tanto, su conciencia era imperial, no alemana. Pero al perder Italia y Burgundia, el Imperio se quedó limitado al territorio de habla alemana (Bohemia siguió siempre como una parte del Imperio), y entonces, a fines del siglo XV, nació el nombre de "Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana". Muchos historiadores opinan que el Sacro Imperio Romano de la nación alemana fue fundado con este nombre por el emperador Otto I en el año de 962, pero la verdad es que este término comenzó a emplearse hacia el año de 1500, en la época del emperador Maximiliano (abuelo de Carlos V), como lo demostró James Viscount Bryce en su obra clásica *The Holy Roman Empire* (p. 364). Entonces éste fue el primer sentimiento consciente de la nacionalidad alemana, diferente del imperial.

Esta conciencia territorial alemana se fundió después con el ya existente nacionalismo alemán que se puede llamar lingüístico y cultural. Desde el siglo X hasta el XII los alemanes emprendieron muchas guerras victoriosas contra los eslavos paganos, los wenden, como cruzadas contra el paganismo. En esta forma la conquista de los eslavos se justificaba a los ojos de los cristianos. Los alemanes se quejaron del carácter irreconciliable de los

eslavos, y no es imposible que estas guerras de religión se hubieran transformado en guerras nacionales. Otra fuente del nacionalismo alemán pudo haber sido el contacto de los inmigrantes alemanes con la relativamente atrasada población eslava, contacto que probablemente dio lugar a un sentimiento de superioridad germana. En vista de la magnitud de esta colonización, es enteramente factible que entre los alemanes se hubiera generalizado el sentimiento de su superioridad sobre los atrasados pueblos eslavos, los húngaros y los rumanos. Al rechazar el *Sachsenspiegel* en 1230 al rey de Bohemia como elector de los emperadores, porque no era elemán sino checo, dio muestra de un claro nacionalismo alemán. También a los polacos se les hizo sentir el peso de este nacionalismo. Así, en el concilio de Constanza, pocos años después de la derrota de la Orden Alemana por Polonia, un dominico alemán atacó al rey de Polonia, considerándolo "un tirano pagano" que debía ser asesinado. Sin embargo, aunque el rey de Polonia había nacido pagano, para entonces era católico como cualquier otro. Parece obvio que bajo la idea de una cruzada se escondía el nacionalismo. Probablemente los alemanes resentían como propia la derrota de la Orden de los Caballeros Alemanes por Polonia.

El nacionalismo ruso nació en la lucha de los príncipes y del pueblo ruso contra el yugo tártaro impuesto a Rusia en 1240. Algunos príncipes de Moscú se llegaron a casar con las princesas tártaras, pero eran matrimonios de conveniencia: Moscú logró conseguir bajo la soberanía de la Horda Dorada el derecho de recaudar tributos a los demás príncipes rusos; los príncipes de Moscú iban a la capital de la Horda Dorada para conseguir su nombramiento; la primera vez que el kan otorgó al príncipe de Moscú Iván I (descendiente de A. Nevsky y de Rurik) el título de gran príncipe, fue en 1328. Pero por debajo de la política se escondía un odio religioso de un cristiano ortodoxo por un musulmán, y sin duda también una hostilidad étnica, dada la diferencia racial entre ambos. La primera sublevación moscovita contra los tártaros tuvo lugar en el año 1250. Por más de un siglo los rusos fueron derrotados. Pero a la postre la Horda Dorada resultó ser un gigante con los pies de barro. El gran príncipe de Moscú, Dmitri Donsky, la derrotó en 1380. Y el dizque descendiente de Gengis Kan, Tamerlán, acabó con el poder tártaro en 1395. Aun así, Moscú tardó 85 años en sacudirse el yugo tártaro. Fue el gran príncipe Iván III el Grande, quien se libró definitivamente del tributo y de toda dependencia formal en 1480. El sentimiento popular ruso expresa esta lucha en un poema popular en que el héroe campesino Ilya Muromets "se arroja sobre la hueste tártara... atropella al tártaro con su caballo, traspasa al infiel con su lanza" (cit. en B. H. Summer, *Una retrohistoria de Rusia*, p. 34).

Este sentimiento, al parecer más religioso que nacional, se advierte ya en el *Cantar de las huestes de Igor* sobre la derrota del príncipe Igor en 1185 por los polovtsi (los cumanos que se fueron después a Hungría), com-

puesto a fines del siglo XII —si no es una obra apócrifa de los siglos muy posteriores—, y del cual citamos aquí algunos versos:

Igor... encabezó a sus valientes tropas contra el país de los polovtsi por el bien de la tierra rusa...
"Quiero", dijo, "romper mi lanza con ustedes, pueblo ruso, en la frontera del país de los polovtsi"...
Y aquí los valientes rusos terminaron su festín... y cayeron en defensa de la tierra rusa...
Y de todas partes los paganos invadieron victoriosamente a la tierra rusa...
Y un pesar se extendió por el país ruso derramando duelo en el pueblo ruso...
Es difícil vivir sin Igor para el país ruso...
Igor cabalga a lo largo del río Dnieper
a la iglesia de la Sagrada Virgen de Pirogosch...
Cantemos gloria a Igor, hijo de Sviatoslav...
A Vladimir, hijo de Igor.
Que vivan los príncipes y sus ejércitos que luchan por Cristo contra las fuerzas paganas.
(Traducción libre del texto inglés escrito por Dmytryshyn, *Medieval Russia.*)

Una crónica rusa, probablemente del fin del siglo XIV, describe con el mismo espíritu la derrota de los tártaros por el gran príncipe moscovita Dmitri Donsky en 1380. Se reproducen de ella algunas frases:

(Los rusos y los tártaros) pelearon de las seis hasta las nueve horas... y hubo muchos muertos en ambos lados. A las nueve Dios se compadeció de los cristianos; muchos vieron a un ángel y a los santos mártires ayudando a los cristianos; hasta los infieles (esto es, los tártaros musulmanes) vieron regimientos moviéndose en el aire y golpeando despiadadamente... (El gran príncipe dijo): "Quiero morir por Cristo antes que ningún otro, tanto con el hecho como con la palabra, para que todos los demás que lo ven, tengan valor".

Un espíritu más nacional que religioso se percibe en la crónica que describe el triunfo final de Moscú en 1480 sobre la Horda Dorada y cuyo párrafo final empieza con las palabras siguientes: "¡Valientes y audaces hijos rusos, defiendan a su país, la tierra rusa, de los tártaros!"

Una mezcla de sentimiento religioso y el nacionalismo ruso se percibe ya en 1326, cuando el arzobispo-metropolita de la iglesia ortodoxa rusa traslada su residencia definitivamente a Moscú, augurando así el gran futuro de esta ciudad. En Rusia, como en el oriente, la historia marcha despacio. Fue hasta 1498 cuando Iván el Grande asumió el título de "zar-autócrata elegido por Dios". Para entonces la avalancha turca había conquistado toda el Asia Menor y buena parte de los Balcanes. La debilitada Iglesia ortodoxa bizantina había aceptado en el concilio de Florencia en 1439 su unión con la Iglesia católica. Este acto de sumisión a la "herejía lati-

na" fue calificado en Moscú de traición al ortodoxismo y por tanto rechazado luego. Poco tiempo después, en 1453, vino lo inevitable, la toma de Constantinopla por los turcos. Este acontecimiento causó una honda impresión en Moscú; de ahora en adelante esta ciudad podría tomar el lugar de Constantinopla. Esto ya se vislumbró en la boda de Iván III, "soberano de todas las Rusias", con Zoe Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, en 1472. Desde entonces, Iván el Grande era "el nuevo zar Constantino para la nueva ciudad de Constantinopla: Moscú... Todos los imperios cristianos han tenido un fin y han venido finalmente al seno... del imperio ruso: pues dos Romas han caído, pero la tercera se mantiene en pie, y no existirá una cuarta" (*op. cit.*, p. 81).

Por 1500 ya se forma la idea de que Moscú es la tercera Roma, "madrecita Moscú", en el lenguaje popular la capital de la "Santa Rusia" y de la fe ortodoxa regida por el zar. El sistema cesaropapista se expresa en el dicho citado por Summer (*op. cit.*, p. 169): "Yo soy zar y sacerdote: hasta la hora de la comida sacerdote, después de la comida zar, y gobierno sobre más de trescientos treinta zares, y soy el defensor de la fe cristiana ortodoxa". El nacionalismo ruso estaba ligado, ya a fines de la Edad Media, al zar moscovita y a la religión ortodoxa.

El nacionalismo húngaro se originó probablemente en el siglo XIV, cuando, al extinguirse la dinastía nacional, los nobles húngaros tuvieron que escoger a un rey de una dinastía extranjera. Los primeros dos reyes, de la dinastía franco-italiana angevina, se volvieron en buena parte húngaros de modo que algunos historiadores no los consideran como reyes extranjeros. Las dificultades surgieron cuando el segundo rey angevino dejó sólo a dos hijas. La mayor, María, heredó el trono. Se casó con Segismundo, hermano menor de Wenceslao IV, rey de Bohemia. Segismundo se coronó como rey consorte en 1387 y después de la muerte de su esposa en 1395, gobernó solo hasta su muerte en 1437, lo que significa un reinado de cincuenta años.

Segismundo fue sumamente impopular en Hungría, no sólo por su carácter traicionero sino también por extranjero, por añadidura un checo. Ya en aquel entonces se percibió una mutua antipatía entre los checos y los húngaros, y en general entre los pueblos vecinos. Irónicamente, a diferencia de su hermano mayor Wenceslao IV, Segismundo no se consideró checo; su horizonte era más bien internacional: era rey de Alemania y emperador romano. Por supuesto, tampoco se sintió húngaro; hoy se le llamaría cosmopolita.

La gran diferencia étnica y lingüística que separaba a los húngaros de sus vecinos tanto eslavos como alemanes y rumanos, hizo que tal vez se volvieran más nacionalistas que los demás pueblos, y que su nacionalismo llegara a una especie de misticismo: que la verdadera Hungría radicaba en la Sagrada Corona (de la cual la corona de San Esteban, con la que se corona-

ban los reyes húngaros, era la manifestación material). De esta Sagrada Corona el rey era la cabeza y la nación, esto es, la suma de los nobles (los campesinos y los habitantes de las ciudades no contaban como parte de la nación), era el cuerpo.

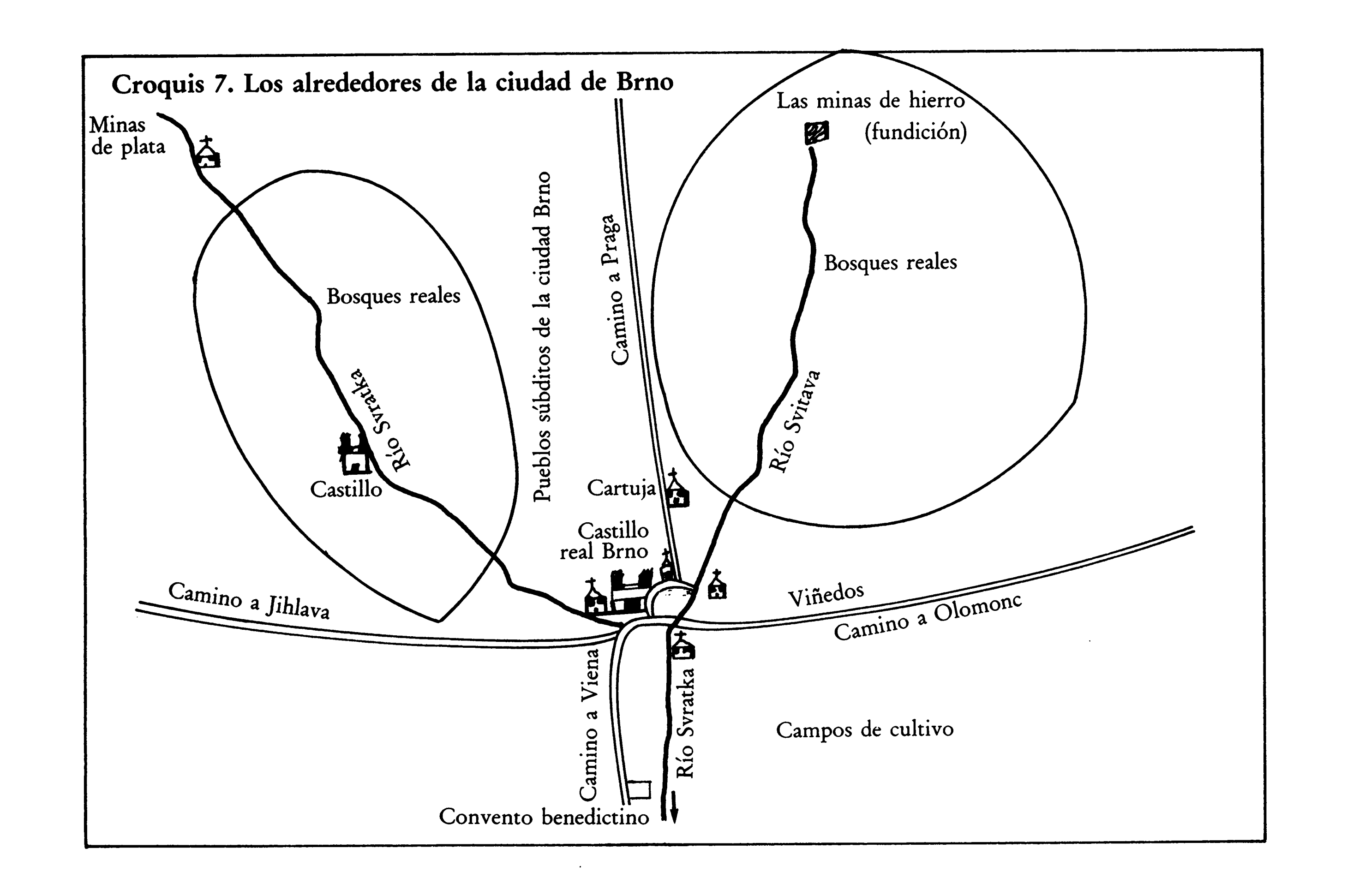
Al mismo tiempo se desarrolló la creencia de que Atila y los hunos, quienes habían sido en el siglo V dueños de la mayor parte de Europa, eran los antepasados de los húngaros —obviamente un sueño de grandeza.

Este espíritu nacionalista encontró una expresión adecuada en el rey popular Matías Corvinus (proclamado rey en 1458). Su segunda esposa era hija del rey de Nápoles, y cuando su suegro le envió a un maestro español de equitación, Matías Corvinus contestó: "Por siglos hemos sido famosos como excelentes jinetes, de modo que el húngaro no necesita que sus caballos bailen con las piernas cruzadas al estilo español".

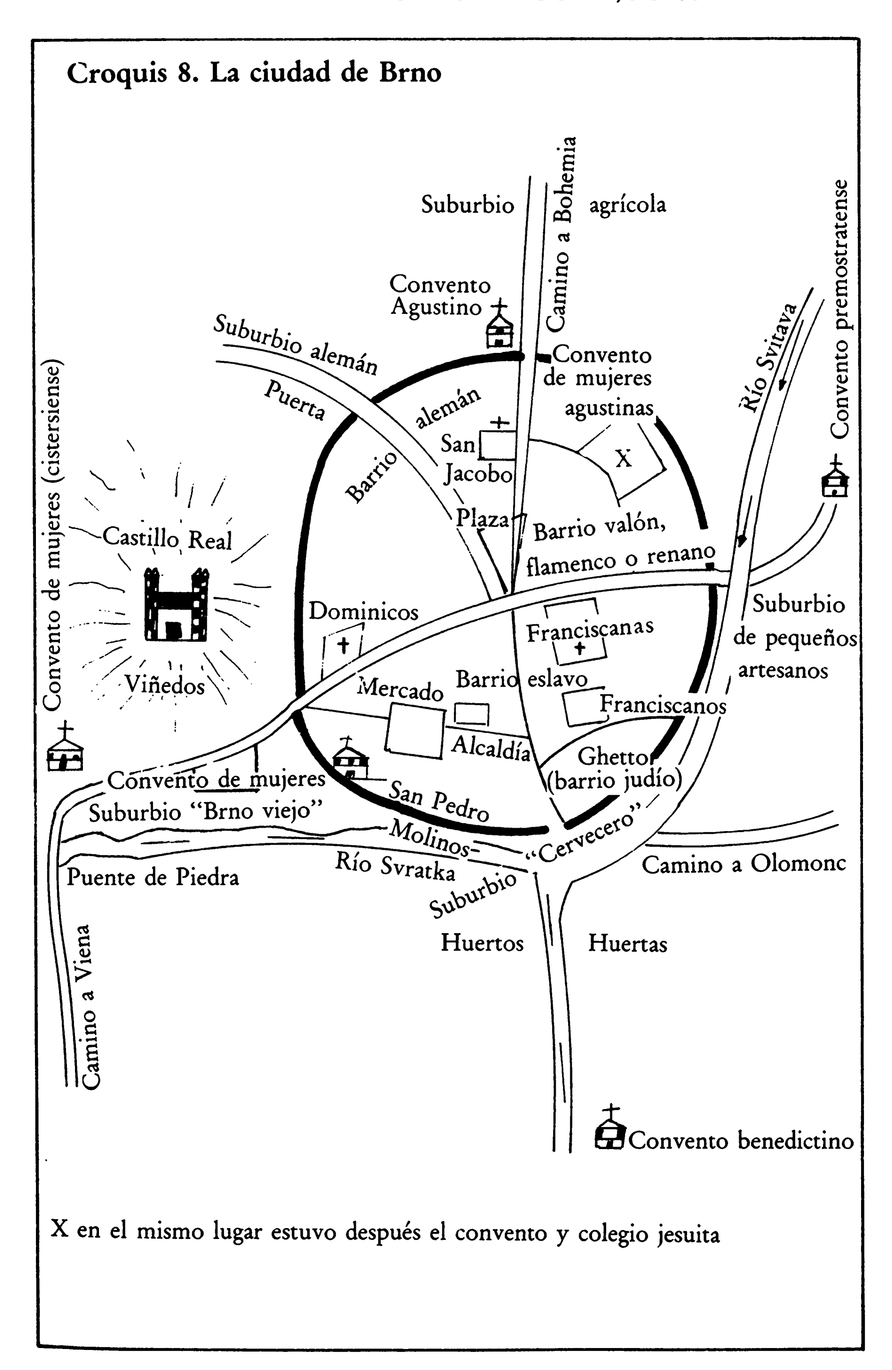
Una ciudad medieval centroeuropea

Después de presentar en una forma general el origen y el desarrollo de las ciudades medievales centroeuropeas, tal vez será interesante ofrecer ahora una imagen detallada de una ciudad centroeuropea. Para esto se ha escogido la ciudad de Brno, capital de Moravia, una provincia de Checoslovaquia. Brno se encuentra en una división geográfica de Moravia: al sur hay un terreno ligeramente ondulado con muchos pueblos agrícolas; al norte hay colinas y cerros cubiertos de bosques. Las tierras cultivadas al sur de Brno llegan hasta Viena; los bosques del norte, hasta la frontera de Bohemia y Silesia. Se entiende que en el siglo XI, cuando los documentos mencionan a Brno por primera vez, había muchos menos pueblos y mucha menos agricultura en la planicie ondulada que llega a Viena y muchos más bosques y aún menos pueblos al norte que hoy día (véanse los croquis 7 y 8).

La misma ciudad de Brno se halla en la confluencia de dos ríos que corren desde el norte, de los bosques, y se unen a las puertas de la ciudad para formar el río Svratka, que fluye después hacia el sur por una llanura fértil para desembocar en la frontera de Austria en el río Morava, que a su vez desemboca al oriente de Viena en el Danubio. A un lado de la ciudad de Brno se yergue un cerro en el que los príncipes de Bohemia construyeron en el siglo XI un castillo no sólo para imponer su ley en esa parte de Moravia, sino también como una protección contra las eventuales invasiones procedentes del sur y el sureste, de Austria y de Hungría. Al pie del castillo existía un pueblo eslavo (checo) con un mercado. Hoy es imposible decir si el pueblo nació después de la construcción del castillo para buscar su protección, o si el castillo fue edificado porque el pueblo ya existía allí y podía abastecer al castillo de comestibles, de la mano de obra y de otras cosas. Es posible que el pueblo con su mercado haya existido ya antes, pues el lugar


Croquis 7. Los alrededores de la ciudad de Brno
Minas de plata
Bosques reales
Río Svratka
Castillo
Pueblos súbditos de la ciudad Brno
Camino a Praga
Cartuja
Castillo real Brno
Las minas de hierro
(fundición)
Bosques reales
Río Svitava
Viñedos
Camino a Olomonc
Camino a Jihlava
Camino a Viena
Río Svratka
Campos de cultivo
Convento benedictino

Croquis 8. La ciudad de Brno



X en el mismo lugar estuvo después el convento y colegio jesuita

parece ser un centro natural de comunicaciones: hacia el norte iba un camino para peatones y caballos a Praga, hacia el oriente a Olomouc, entonces la capital de Moravia, que poseía el único obispado en la provincia, y hacia el sur a Viena.

Los benedictinos percibieron las potencialidades agrícolas de la región cuando fundaron, en 1050, un monasterio a unos diez kilómetros al sur de Brno en una llanura aún pantanosa. En el siglo siguiente fundaron otro convento más cerca de Brno.

Por el año de 1200 comenzó la inmigración de los alemanes. Su procedencia exacta se desconoce. Parece que algunos provenían del sur de Alemania, quizás también de Austria (los vínculos posteriores entre Brno y Viena parecen indicarlo), otros de Alemania occidental, concretamente de Renania, la región más adelantada de Alemania. El origen renano lo indica el nombre de una calle —calle del Rin. Según los documentos, los dos grupos extranjeros no se entendían entre sí, lo que ha llevado a algunos historiadores a pensar que los inmigrantes dizque de Renania eran en realidad oriundos del norte de Francia. Esto no es imposible, porque el origen renano significaría una procedencia de más allá del Rin, esto es, del poniente del Rin. Por otro lado, de una herencia romance nada quedó en Brno. Más bien parece que los provenientes de más allá del Rin inmigraron desde Flandes, región sobrepoblada en la que se hablaba una lengua semejante al alemán. Esto explicaría que los dos grupos no se entendieran. Además, Flandes era un gran centro de la industria textil de paños, por la que después se distinguió la ciudad de Brno. De cualquier modo, el grupo occidental, sea flamenco, valón del norte de Francia (o de la actual Bélgica) o renano, era bastante menos numeroso que el grupo procedente de Baviera o Austria, como consecuencia de lo cual predominó la lengua del sur de Alemania.

Al mismo tiempo que creció la inmigración, se fundaron los conventos de dos órdenes sin las cuales es imposible imaginar una ciudad medieval de Europa central y occidental: los dominicos se asentaron en 1227-1239, y los franciscanos en 1230-1231. En 1239 se establecieron las monjas de San Agustín (en el mismo lugar donde estuvo después el colegio y la iglesia jesuitas); también llegaron las monjas franciscanas.

Se ignora quién fue el locator o fundador de la ciudad, si es que lo hubo. Lo único seguro es que entre 1230 y 1240 se unieron los barrios alemanes con el barrio checo y con el pequeño gueto judío, y se construyó una muralla que dio a la ciudad una forma entre circular y elíptica, hasta donde lo permitía el terreno desigual. Brno, que recibió el nombre alemán de Bruenn, obtuvo el título de una ciudad real, esto es, que dependía única y directamente del rey de Bohemia; su alcalde era nombrado por el rey.

Brno se dividía aproximadamente en dos mitades: la mitad norte era la alemana con su parroquia de San Jacobo. Los renanos tenían su pequeña iglesia propia en la plaza triangular, después principal, aproximadamente

en el centro de la ciudad. El sur era de los eslavos (checos), que tenían su plaza o mercado cerca de la parroquia de San Pedro. El gueto (barrio judío) estaba en el extremo sur, cerca de la muralla. Por ser más avanzado y más próspero, el elemento alemán obtuvo una situación privilegiada. En 1293 la ciudad fue dividida entre la parroquia de San Jacobo y la de San Pedro, pero el sector alemán continuó siendo superior.

En los siglos XIII y XIV nacieron los suburbios, en los cuales se fundó una media docena de conventos y hospitales que se construían fuera de las murallas precisamente por razones sanitarias; en la orilla del río había molinos y se fabricaba la cerveza; del otro lado del río, los burgueses tenían sus huertas y, en las laderas sur de las colinas, había viñedos que eran propiedad sobre todo de la Iglesia. Esta última adquiría tanta riqueza que en dos ocasiones, en 1331 y 1353, se le prohibió comprar inmuebles en la ciudad. Igual prohibición se aplicó a los nobles. Los nobles eran checos que tenían castillos en esa parte de Moravia. Tal vez les atraía la ciudad con sus novedades. Pero el municipio se protegía contra el poder excesivo de la Iglesia y de la nobleza.

Aparte del castillo real de Brno, los reyes tenían otro castillo para la cacería en sus bosques, situado a más de diez kilómetros al noroeste de la ciudad. Más allá de este extenso bosque real, los cistercienses fundaron en 1233 un convento bastante modesto pero de una bella arquitectura. Gracias a su situación en medio de los bosques, el convento no fue quemado por los husitas en el siglo XV (se hablará de ellos en el capítulo próximo) y tanto la iglesia como el claustro se han conservado. Los cistercienses construían sus conventos en lugares más bien escondidos, en los bosques o cerca de un río, pues deliberadamente querían dar la impresión de humildad.

En otro bosque real, al norte de Brno, había en aquel entonces minas de hierro; el mineral se trituraba con unos martillos movidos por la fuerza hidráulica; los bosques proporcionaban abundante combustible para la fundición. El rey Wenceslao II protegió en 1297 estas minas mediante un decreto que prohibía otras minas y fundiciones en un radio de seis leguas alrededor de Brno.

Entre tanto la ciudad crecía. En el año de 1343 empezaron a llevarse los libros municipales de contabilidad y registro fiscal. De ellos se desprende que por 1350 Brno, con los suburbios, tenía 1700 causantes de impuestos, cantidad que corresponde aproximadamente a 8 000 habitantes. (Las ciudades de Alemania tenían entre 10 y 20 mil habitantes; la más grande, Colonia, tenía casi 50 000.) Para aquel siglo, Brno era una ciudad mediana, ni grande ni pequeña. Casi una mitad de los causantes vivían en las casas de su propiedad. La mayoría de las casas eran de madera; sólo los patricios tenían casa de madera con piedra. Únicamente los conventos, las iglesias y los nobles hacían construcciones sólo de piedra.

El rey ejercía un control sobre la ciudad mediante los alcaldes nombra-

dos por él. Probablemente gracias a la riqueza producida por la industria local, el margrave o conde de Moravia —que era siempre un miembro de la familia real— concedió en 1376 a Brno el derecho de elegir libremente a su alcalde.

En cuanto a la industria alimentaria, Brno recibió ya en 1243 el privilegio de fabricar cerveza. En el siglo XIV los consumidores se quejaron de la mala calidad de esta cerveza producida por fabricantes particulares y la comparaban con la buena cerveza hecha por un convento benedictino y en general por los señores. Las dificultades se solucionaron con el establecimiento de una fábrica municipal de cerveza.

En el siglo XV Brno tenía derecho de acuñar pequeñas monedas propias. Tal vez con este propósito la ciudad compró en 1239 unas minas de plata situadas aproximadamente a 30 kilómetros de la ciudad.

Pero la única industria realmente importante en Brno era la textil de lana. Los paños de Brno —no teñidos, naturales, de color gris— se exportaban a Viena y Hungría. En el río en el cual comenzaba el camino de Brno a Viena, había ya un puente de madera. Probablemente para aumentar la actividad comercial, el rey de Bohemia ordenó a la ciudad de Brno que construyera un puente de piedra. Semejantes puentes ya existían en varias ciudades de Bohemia. Un puente de piedra significa que el camino de Brno a Viena era carretero; probablemente las carretas transportaban el paño hasta la orilla del Danubio. Los paños deben de haber sido de buena calidad, a juzgar por una petición que hizo Viena en 1351 a la ciudad de Brno para que no dejara de estampar los paños con el sello, pues los paños de Brno se falsificaban.

Unas palabras sobre la estructura social de esta industria. La ciudad de Brno prohibió en 1292 los gremios de tejedores; de nuevo en 1352 y 1363, lo que significa que hubo una lucha constante entre los tejedores y los mercaderes. Estos últimos dominaron a los primeros. Por ejemplo, en 1367 se prohibió a los tejedores vender su paño al menudeo y comprar la lana, medida obviamente favorable a los comerciantes. Pero la situación comenzó a cambiar en 1378, cuando los tejedores lucharon por obtener una cierta influencia en el consejo municipal; parece que lo lograron. Los comerciantes aspiraban a convertir a los tejedores en sus trabajadores. Pero esta tendencia hacia un capitalismo incipiente fue cortada a fines del siglo XIV cuando se les permitió a los comerciantes de paños emplear en sus casas sólo dos o tres tejedores. Los gremios estaban avanzando. Hay una noticia de 1407 sobre una reunión, un "congreso" de los tejedores de Moravia en la capital, Olomouc. Varios decenios después, los tejedores ya podían comprar la lana y vender su paño al mayoreo. Se ignora qué efecto tuvo este triunfo gremial sobre la industria. En algunas ciudades, el poder gremial condujo a una cierta decadencia de la fabricación de paños.

Para terminar, unas tres notas. Los ejércitos husitas de 1419-1434 nunca

pudieron tomar la ciudad de Brno, por lo que se vengaron quemando los conventos de los alrededores. Los judíos fueron expulsados de Brno en 1454 y sus bienes confiscados por la ciudad. En 1486 dos alemanes introdujeron a Brno la imprenta. La primera obra impresa fue un libro para los clérigos.

En todo ese tiempo, Brno o Bruenn conservó su carácter alemán. El elemento checo-eslavo se hallaba en minoría numérica y ocupaba un lugar inferior en la escala social. A diferencia de muchas ciudades de Bohemia, que se volvieron checas durante las guerras husitas, Brno permaneció alemana.

LA CIUDAD DE NOVGOROD

La ciudad rusa de Novgorod era en algunos aspectos semejante y en otros diferente de las ciudades centroeuropeas descritas antes, tanto en lo general como en lo particular. Tanto en Novgorod como en las ciudades centroeuropeas, la actividad más notable fue el comercio. Pero su estructura era muy diferente. En Europa central las ciudades eran en gran parte alemanas, y era el elemento alemán étnico el que practicaba el comercio de exportación e importación y también el comercio interior. En Novgorod el comercio interior estaba en las manos de la gente local: en la región de Novgorod, situada casi en el paralelo 60, se cultivaban pocos cereales; la sobrevivencia de la ciudad dependía de las compras de los cereales en el sur; a cambio vendía pieles y otros productos del bosque. Los mercaderes de Novgorod tenían además, en otras ciudades rusas —que eran normalmente centros del gobierno—, almacenes, y eran considerados en Rusia como comerciantes por excelencia.

En cambio, el comercio de exportación de pieles y productos de madera, y el de importación del paño flamenco y de otras mercancías más refinadas a través del mar Báltico, estaban en gran parte en las manos de los suecos y los alemanes. Los suecos de Visby en la isla de Gotland, y después de ellos, los alemanes de las ciudades anseáticas del Báltico, se establecieron en Novgorod a fines del siglo XII. Pero no fundaron allí una ciudad alemana por el estilo de otras ciudades del Báltico y de las centroeuropeas. El sistema se parecía más bien a las "concesiones" que las potencias europeas tenían después en los países semicoloniales. Los alemanes tenían en Novgorod un establecimiento llamado "Petershof" por la iglesia católica de San Pedro, que habían erigido allí en medio de una ciudad de religión ortodoxa-griega. Tenían allí bodegas, cuartos para alojarse y comer, y un baño. Cuando las bodegas estaban llenas, usaban el espacio de la iglesia hasta que se prohibía tener mercancías en el altar. El Petershof estaba amurallado, se cerraba por las noches y ningún ruso podía quedar dentro. Ningún mercader alemán vivía en Novgorod permanentemente. Hacían dos viajes

al año y se quedaban pocas semanas. El comercio se hacía sobre la base del trueque en condiciones algo primitivas. Es obvia la diferencia entre Novgorod y las ciudades centroeuropeas, que eran unas verdaderas colonias alemanas en las que los inmigrantes extranjeros echaron raíces. El comercio anseático culminó en Novgorod en los siglos XIV y XV. Anterior a la sucursal de la Ansa en Novgorod, era la presencia en esta misma ciudad de los mercaderes suecos llamados varegos. A los varegos no hay que confundirlos con los vikingos, los fundadores con Rurik del estado ruso, como tampoco con aquellos suecos que ya estaban en Novgorod antes de la llegada de Rurik. Los varegos llegaron a Novgorod cuando los vikingos ya eran rusos, y fundaron también un establecimiento mercantil. Del año de 1217 hay la noticia de que en uno de los numerosos incendios —las construcciones en Novgorod eran casi todas de madera— se quemó también la iglesia católica varega con mucha mercancía. Con el tiempo, el establecimiento varego fue opacado y tal vez absorbido por el alemán.

Ahora viene lo interesante: no sólo los mercaderes suecos y alemanes se dedican al comercio en el mar Báltico sino también los mercaderes rusos del mismo Novgorod. Igual que los suecos y los alemanes, los rusos exportaban directamente los productos del norte de Rusia a las ciudades bálticas e importaban de ellas las mercancías de Europa industrial. Ya en el año de 1135 fundaron estos mercaderes de Novgorod la cofradía o guilda de San Juan Bautista. Después se estableció la costumbre de que esta cofradía diera al obispo (por supuesto, ortodoxo) de Novgorod una pieza entera del fino paño de Ypres cuando decía misa el día de su santo patrono. Según la *Historia de Rusia* de Vernadsky, estos mercaderes rusos construyeron en Visby, la capital de la isla sueca de Gotland, su iglesia ortodoxa y las bodegas para la mercancía; en otras palabras, hicieron en Gotland lo mismo que los de Gotland —los varegos— hicieron en Novgorod.

Según la *Crónica de Novgorod 1016-1471*, en el año de 1188 los mercaderes rusos fueron robados en Gotland por los varegos y en el continente por los alemanes. Para evitar estos incidentes en el futuro, Novgorod concluyó en 1195 con los alemanes y los suecos un tratado sobre la base de una reciprocidad. Un tratado nuevo fue concluido sobre la misma base en 1270; por ejemplo, se especificó que si un comerciante de Novgorod contraía una deuda en Gotland no debía ser arrestado. El mismo trato debería aplicarse a los mercaderes alemanes y suecos en Novgorod. El tratado contiene 26 cláusulas, pero la muestra anterior parece suficiente.

El caso de los mercaderes rusos dedicados a la exportación en el extranjero en el siglo XII, es seguramente interesante y al mismo tiempo extraño, pues los pueblos eslavos no daban muestra en ese tiempo —ni mucho después— de tener talento comercial. En las ciudades centroeuropeas el comercio estaba en las manos de los alemanes, al menos en la Edad Media. No es imposible que esos mercaderes de Novgorod hayan sido en parte des-

cendientes de aquellos escandinavos que ya se hallaban allí en el siglo VIII; o que simplemente hayan sido entre los eslavos una excepción por su inclinación al comercio. Aunque nunca hayan sido tantos ni tenido tanta importancia como los alemanes anseáticos, los mercaderes rusos de Novgorod nos presentan otra diferencia con las ciudades centroeuropeas.

También los grupos sociales y el gobierno de Novgorod revelan semejanzas y diferencias en Europa central. En la cúspide estaban los boyars, que normalmente monopolizaban la administración y, según la *Historia de Rusia* Kluchevsky, se dedicaban a hacer préstamos. Como aliados naturales de los príncipes, forman una analogía con la nobleza europea; sin embargo, no era una clase legalmente separada de las demás. Los terratenientes, propietarios de los bosques, que vendían maderas y pieles, formaban con los boyars lo que se podría llamar el grupo dominante. Luego venían los comerciantes y, por último, los artesanos, y los obreros. Hasta aquí, los libres. Los siervos y los esclavos estaban excluidos de los derechos civiles.

La existencia de los siervos o esclavos en Novgorod está comprobada en la *Crónica de Novgorod*. Por ejemplo, en el año de 1128 hubo una hambruna tan terrible que los padres ponían a sus niños en lanchas como regalo a los mercaderes extranjeros, o los mataban; los cadáveres de los muertos por hambre yacían en las calles y se alquilaba a los jornaleros para llevarlos fuera de la ciudad, ya que los siervos (¿esclavos?) no podían salir. En la traducción inglesa de la crónica se dice "serfs", pero bien podrían ser esclavos.

Otro ejemplo, esta vez con seguridad relativo a los siervos, data del año de 1229, cuando el príncipe Micael, al ser instalado, juró respetar la libertad de Novgorod y concedió a los siervos que habían huido a las tierras de otro dueño, el derecho de no pagar impuestos durante cinco años (obviamente se refería a los siervos que vivían en el campo; a la ciudad de Novgorod pertenecía una extensa región boscosa); los siervos que vivían en la ciudad debían seguir pagando los impuestos acostumbrados.

Novgorod ("Ciudad Nueva"), situada en la salida del río Voljov del lago de Ilmen, al sur del actual Leningrado, tenía una posición geográfica ideal para ser intermediaria comercial entre el mar Negro y el Báltico. Según la crónica, esta "Ciudad Nueva" fue fundada en el año de 862 por el vikingo Rurik en medio de la población eslava y también escandinava; esta última, también dedicada al comercio, había llegado en el siglo anterior. Novgorod dependió después del principado de Kiev hasta que, en el año de 997, el príncipe de Kiev Yaroslav le concediera autonomía. Novgorod se convirtió en un principado gobernado por los miembros de la dinastía Rurik, nombrados por los príncipes de Kiev.

En 1095 hubo un desacuerdo entre Novgorod, esto es, sus grupos dominantes, y su príncipe. El príncipe se fue y Novgorod pudo elegir así por primera vez a un príncipe, desde luego de la dinastía Rurik. Esto fue el primer paso de Novgorod hacia su libertad e independencia. Luego, en 1126,

se reunió una asamblea popular y eligió a un alcalde. Diez años después, la asamblea se volvió soberana. De este modo se dividió el gobierno de Novgorod. Al alcalde, procedente de los grupos dominantes, le correspondía la administración de la ciudad; al príncipe, la defensa de la ciudad y el territorio perteneciente a ella, en una palabra, la guerra. El poder del príncipe se debilitó aún más al establecerse, a mediados del siglo XII el principado electivo (de la dinastía Rurik). Cada príncipe nuevo tenía que firmar con Novgorod un contrato obligándose a no interferir en las elecciones del alcalde y otros oficiales por la asamblea. Los príncipes también se comprometían a no adquirir tierras en el territorio de Novgorod. La ciudad se llamaba a sí misma "Señor Novgorod el Grande".

En la segunda parte del siglo XIII Novgorod dio el último paso: por primera vez prescindió del príncipe. A partir de entonces, la ciudad a veces tenía a un príncipe, otras veces se gobernaba sola con alcaldes y otros oficiales encargados de asuntos militares. También los obispos se volvieron electivos en 1156.

En su papel de defensores de la ciudad y su territorio, los príncipes se mostraron eficaces. Así, Alejandro Nevsky derrotó en 1240 a los suecos en el río Neva y, dos años después, a la Orden de los Caballeros Alemanes, quienes, según la crónica, querían "humillar a la raza eslava". Las agresiones contra Novgorod desde el poniente ya no volvieron a prosperar. Novgorod pudo resistir también a los lituanos, paganos todavía; pero cuando llegaron en 1257 los enviados tártaros pidiendo tributo, Novgorod tuvo que someterse. El tributo pagado a los tártaros "que comen carne cruda" no parece haber sido muy oneroso. El comercio pudo continuar sin interferencia externa.

En su apogeo, Novgorod tenía por lo menos veinte iglesias —muchas de madera— y seis monasterios. La ciudad estaba dividida en dos partes: de un lado el río, la catedral de Santa Sofía, y del otro, la sección comercial, ambas unidas por un puente de madera. La catedral de Santa Sofía fue construida a mediados del siglo XI por arquitectos venidos de Constantinopla, y sustituyó a una estructura anterior de madera. Esta catedral tiene hasta la fecha una puerta de bronce del siglo XII, una de las pocas existentes en Europa. Pero la puerta no fue hecha en Rusia sino, al parecer, llevada a Novgorod de Suecia. (Otra puerta de bronce del siglo XII está en la catedral de Gniezno, Polonia. Otra, del siglo XI, está en la catedral de Hildesheim, en Alemania).

La *Crónica de Novgorod* cuenta una sublevación popular (¿de los comerciantes? ¿de los artesanos?) contra los boyars en 1418. En aquel entonces no había príncipe sino sólo alcaldes, y el obispo, autoridad máxima, aplacó la rebelión.

A causa de la abundancia de la madera no era extraño que casi toda la ciudad fuese de madera, lo que explica el gran número de incendios. Hasta

el Kremlin, la fortaleza, era en parte de madera. Apenas en el siglo XIV fue protegida por murallas de piedra.

Al fortalecerse el principado de Moscú, los días de la independencia de Novgorod estaban contados. Iván III, el Gran Príncipe de Moscú, acusó a los boyars y a los mercaderes de Novgorod de aceptar la protección del príncipe católico lituano. Esta supuesta alianza con el "latinismo" era vista en Moscú como una traición a la religión ortodoxa griega o rusa. En la breve guerra en la que Novgorod fue defendida por una alcaldesa, Iván ocupó la ciudad en 1471 y varios años después la anexó a Rusia moscovita, no sin antes llevarse a mil familias ricas a otras partes de Rusia.

El fin de Novgorod como un centro comercial llegó cien años después, en 1570, cuando el zar Iván el Terrible levantó contra ella la misma acusación. Como resultado, unos diez mil habiantes de la ciudad fueron asesinados y todas las tiendas y bodegas destruidas.

4. HACIA EL FIN DE LA EDAD MEDIA

La Iglesia alcanzó el apogeo de su poder durante el papado de Bonifacio VIII (1294-1303). El carácter orgulloso si es que no arrogante de este papa, hizo que Dante, quien era partidario del poder imperial, es decir del Imperio Romano, y adversario del poder papal, lo arrojara en su *Divina Comedia* al infierno. En su bula "*Unam sanctam*" de 1302 (las bulas y encíclicas pontificias reciben su nombre de las dos primeras palabras de su texto), Bonifacio declaró que "para la salvación es absolutamente necesario para todo ser el estar subordinado al pontífice romano". No sólo seres humanos ordinarios sino también todos los reyes y hasta el emperador romano debían obedecer al papa. Este último seguramente no sospechaba que el fin de su supremacía eclesiástica estaba muy cerca, y que él mismo sería arrestado por el canciller de Francia y que moriría al año siguiente, en 1303. El rey de Francia logró que los cardenales eligieran a un papa francés y que éste cambiara la capital papal a Avignon, en el actual sur de Francia. Roma era considerada como la capital del mundo y el prestigio del papa tenía su raíz en parte en su vínculo, considerado como indisoluble, con la ciudad eterna. La residencia papal permanente en Avignon mermó forzosamente el prestigio del pontífice.

Esto se reflejó en la actitud del poder civil hacia la riqueza eclesiástica y la Iglesia en general. Ya en el siglo XII tres sectas francesas, los albigenses en el sur, los valdenses en Lyon y los picardos en el norte del país, pidieron el retorno de la Iglesia a la pobreza evangélica. A pesar de la persecución, estas sectas no fueron exterminadas y fueron ganando adeptos en el extranjero, sobre todo en Alemania. La Iglesia combatió a estas sectas también con la ayuda de las órdenes de los dominicos y los franciscanos, quienes se dedicaron a predicar y confesar en todas las ciudades de Europa occidental y central, sin volverse ricos; en parte —se puede suponer— porque llegaron demasiado tarde, cuando toda la riqueza estaba ya repartida, y en parte porque se oponían a la adquisición de una riqueza excesiva. En las ciudades centroeuropeas, los dominicos y los franciscanos echaron raíces. El número de conventos de diversas órdenes en cada ciudad aumentó, y ya que los conventos estaban exentos de impuestos y la ciudad tenía que pagar un impuesto fijo, colectivo, al príncipe o al rey, con el crecimiento de los conventos y de sus bienes aumentaba la contribución de cada burgués. La Iglesia no

sólo poseía bienes raíces; en sus cofres se acumulaba el dinero con el cual —puesto que el préstamo a interés era prohibido— la Iglesia "compraba" el "interés perpetuo" (10%); las casas en las ciudades y las fincas rústicas estaban gravadas con ese interés. Estos factores seguramente no aumentaron la popularidad de la Iglesia en la Europa central del siglo XIV. El primer ataque contra una parte de los bienes eclesiásticos lo hizo el rey de Francia con la destrucción de la rica Orden de los Caballeros Templarios (1307-1312). Los Templarios tenían también propiedades en Europa central.

En la primera parte del siglo XIV, Alemania, Bohemia y Hungría sufrieron trastornos como resultado de la extinción de las dinastías nacionales. En Alemania, Albrecht I, el hijo del primer rey Habsburgo, logró ser rey de Alemania en 1298. Las crónicas lo describen como un gobernante enérgico, "duro como un diamante". Al fin, fue asesinado por su sobrino en 1308. Los príncipes electores estaban por el momento hartos de los Habsburgo y eligieron como su rey al conde Enrique de Luxemburgo. Poco tiempo después, Enrique logró conseguir para su joven hijo Juan la corona de Bohemia. Los nobles de Bohemia pusieron como condición que se casara con una descendiente de la dinastía nacional. Así Bohemia obtuvo en los Luxemburgo una prolongación de la dinastía nacional.

Después de la muerte de Enrique, rey de Alemania, siguió (en 1313) Luis, duque de Baviera. Pero su elección no fue reconocida por el hijo del rey Albrecht I, Federico, el duque de Austria. Después de una prolongada guerra entre ellos ganó Luis de Baviera, quien permaneció como rey de Alemania y emperador romano hasta casi la mitad del siglo. Las pretensiones del papa de Avignon condujeron en 1324 a un rompimiento abierto entre Luis IV y el papa. Ciertamente, Luis no era tan fuerte como los emperadores de la dinastía Hohenstaufen, pero tampoco lo eran los papas de Avignon con respecto a los papas anteriores que residían en Roma. Esta vez el papa excomulgó a Luis, pero éste apeló al Concilio General. En su lucha con el pontífice, Luis fue apoyado en 1338 por la asamblea de príncipes y ciudades imperiales, en Francfort. La asamblea protestó solemnemente contra las pretensiones del papa a la supremacía sobre el Imperio y declaró que éste dependía sólo de Dios. Una declaración semejante la hicieron los electores imperiales. Según esta proclamación, ya que el Imperio dependía sólo de Dios, el que era elegido por la mayoría de votos podía tomar el título de rey y ejercer todos los derechos soberanos sin que fuera necesario el consentimiento o aprobación del papa. Varios años después, un papa nuevo (por supuesto, de Avignon) excomulgó a Luis de nuevo.

Es interesante hacer notar que Luis IV empleó en su lucha contra los papas armas ideológicas. Dos sabios extranjeros de primera categoría pusieron sus plumas al servicio del rey. El primero, Marsilio de Padua, era su médico. En su obra *Defensor Pacis* (Defensor de la paz), llamó las pretensiones papales "rídiculas". En esencia, Marsilio de Padua subordinó la autori-

dad papal al estado y negó la primacía del obispo de Roma, o sea del papa. El segundo ideólogo al servicio del rey de Alemania fue Guillermo Occam, franciscano inglés y profesor de la universidad de París. Por sus doctrinas fue excomulgado y encontró asilo en la corte del rey Luis de Baviera. En su obra principal, *Dialogus*, Occam atacó las pretensiones papales a la autoridad temporal y limitó la autoridad espiritual del papado a la autoridad de la biblia. Sin duda, Occam fue mucho más lejos que Marsilio de Padua.

Sin embargo, las armas ideológicas no lograron salvar a Luis de Baviera. Después de excomulgarlo, el papa lo destituyó e hizo elegir como rey de Alemania a Carlos de Luxemburgo, nieto del emperador Enrique, por tres votos eclesiásticos y dos laicos. A pesar de residir en Avignon, bajo el control del rey de Francia, lo que le restaba prestigio, el papa logró deshacerse de su enemigo. Se necesitaba una fuerza mucho mayor que meras armas ideológicas para sacudir a la Iglesia hasta sus cimientos.

Poco tiempo después de la elección de Carlos de Luxemburgo, Luis de Baviera murió (1347). Carlos obviamente perteneció al partido papal. Después de ser coronado rey de Alemania en Aquisgrán, fue coronado emperador romano en Roma por un cardenal comisionado para esta tarea por el papa de Avignon. Carlos se mostró sumiso al papa, luego abandonó Roma y regresó pronto al norte.

El joven emperador era al mismo tiempo rey de Bohemia, habiendo heredado esta corona de su padre Juan. Recordemos que Juan se casó con una princesa checa; su hijo Carlos tenía, pues, una madre checa que era descendiente, además, de la antigua dinastía nativa del país. Más de cien años después, Carlos de Luxemburgo sería llamado "el padre de Bohemia y el padrastro del Imperio". Ciertamente, dedicó la mayor parte de su tiempo y sus energías al gobierno de Bohemia, pero no se le puede culpar por el desorden en que vivía Alemania, desorden que había comenzado en el siglo anterior. Carlos intentó implantar un orden mediante la Bula de Oro (Aurea Bulla), una especie de constitución. Se puede decir que la bula básicamente quedó en vigor hasta el fin del llamado Imperio Romano en 1806. Uno de los resultados más importantes de la bula fue el crecimiento del poder y la independencia de los electores. Ellos obtuvieron un poder soberano en sus territorios; el Imperio o el emperador no podían tener injerencia en ellos. Debía haber siete electores, cuatro de ellos príncipes laicos, a saber el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandenburgo y el conde palatino del Rin, y tres príncipes de la Iglesia, los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris. La bula estableció que las elecciones deberían tener lugar en Francfort. Es indudable que la Bula de Oro debilitó al Imperio en beneficio de los estados territoriales; contribuyó a legalizar la desintegración del Imperio, que ya existía de hecho.

Nieto de los reyes checos de Bohemia y checo por su madre, Carlos de Luxemburgo (Carlos IV como emperador y Carlos I como rey de Bohe-

mia) se enamoró de Bohemia, a pesar de haber sido educado en países mucho más adelantados como Italia y Francia. Se propuso implantar en Bohemia lo que había aprendido en los países avanzados y levantarla al nivel de ellos —hasta donde esto fuera posible.

Ya en el año de 1344, dos años antes de volverse rey de Bohemia, Carlos logró elevar el obispado de Praga, dependiente del arzobispado de Maguncia, a arzobispado. De entonces en adelante, Praga tendría su administración eclesiástica independiente, como ya la tenían desde hacía siglos Polonia y Hungría. En 1348, Carlos IV fundó en Praga una universidad según el modelo de la de París; era la primera universidad en Europa central, y por esta razón iba a tener profesores y estudiantes también de Alemania, Polonia, Austria y Hungría. Por esta razón los checos —maestros y estudiantes— obtuvieron en los estatutos de la nueva universidad sólo un voto de los cuatro totales. El ejemplo de Carlos IV fue pronto imitado en otros países. El tolerante rey Casimiro III de Polonia fue el primer seguidor al fundar en 1362 una universidad en la capital de su estado, Cracovia; él y sus sucesores embellecieron esta ciudad con varios edificios que siguen de pie hasta la fecha. En 1365, el duque de Austria fundó una universidad en su capital, Viena, mientras la catedral vienesa de San Esteban adquiría su forma actual. Después fueron fundadas universidades en tres ciudades importantes alemanas: en 1386, Heidelberg; en 1388, Colonia, y en 1392, Erfurt. Por último, también en Hungría fue fundada en 1367 una universidad que no prosperó mucho tiempo, probablemente a causa del cercano peligro turco.

Carlos IV, además, embelleció a Praga con el conocido puente de piedra, la catedral de San Vito, para cuya construcción llamó a un arquitecto francés y a un artista alemán, y con la construcción de otras iglesias y edificios. Bajo su reinado, la población de Praga alcanzó la cifra de 35 000 habitantes. Su contribución más importante fue, empero, haber dado paz al país que había sufrido desórdenes crónicos durante medio siglo.

Quizás el único defecto suyo fue su notable sumisión a los clérigos. Él mismo coleccionaba, esto es, compraba reliquias. El resultado de su devoción a la Iglesia fue el aumento en la riqueza y en el poder de ésta, ya rica de por sí. Como corolario, una desmoralización del clero tan notable que el mismo Carlos IV llamó a un predicador que devolviera al clero la piedad perdida. En los últimos años de su reinado en Bohemia y también en parte de Moravia, algunos sacerdotes predicaban en alemán y en checo al clero que volviera al camino de la moral; también aparecieron en Bohemia escritos, primero en latín y luego en checo, que empezaban a predicar una reforma de la Iglesia. Mientras esto sucedía, Carlos IV murió en 1378.

En el mismo año tuvo lugar un acontecimiento que debilitó aún más el prestigio de la Iglesia: en Roma, el cónclave de los cardenales eligió a un papa italiano que se negó a regresar a Avignon. Entonces los cardenales

franceses eligieron a un cardenal de habla francesa como antipapa con residencia en Avignon. Así surgió la división en la Iglesia llamada "El Gran Cisma". Es obvio que la Iglesia, con dos papas que se desconocían el uno al otro, provocó un escándalo universal que iba creciendo en la medida en que no había solución inmediata.

Huelga decir que en Italia estos escándalos, comenzando con el cautiverio del papa de Avignon, no se tomaban muy en serio. Italia era en el siglo XIV el país del renacimiento, escéptico y tolerante. Recuérdese el cuento de Boccaccio en el cual un judío parisiense hace un viaje a Roma para ver con sus propios ojos la piedad y la elevada moral de los clérigos. Sin embargo, no ve ninguna piedad ni moral ni fe sino todo lo contrario. Entonces decide bautizarse diciendo: "Si la iglesia ha perdurado con todos sus vicios e inmoralidades más de mil años, esto prueba que es la verdadera iglesia de Dios".

Este cuento no habría podido ser escrito en los países del norte, que eran piadosos y tomaban muy en serio todos los escándalos en la Iglesia. Los pueblos al norte de los Alpes se pusieron a pensar cómo acabar con la inmoralidad en la Iglesia. El ataque más penetrante a ésta lo hizo el profesor de la universidad de Oxford, John Wycliffe, quien ya antes del Cisma de 1378 pidió que los bienes de la Iglesia fueran confiscados y la Iglesia misma reducida a la pobreza evangélica; proclamó la superioridad del Estado sobre la Iglesia en los asuntos temporales, y la autoridad de la biblia en contra del dogma. Sobre todo, Wycliffe negó el dogma de la transustanciación (conversión del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo en la eucaristía), que tanto poder había dado a los sacerdotes; declaró que sólo los sacerdotes que vivían éticamente podían administrar sacramentos válidos; atacó, entre otras cosas, la veneración de los santos, la práctica de las indulgencias y la creencia en el Purgatorio. Wycliffe se salvó de la persecución gracias a la protección de la corona británica y del parlamento. El mero hecho de que haya podido difundir sus doctrinas sin ser perseguido como hereje, muestra cómo declinó el poder de la Iglesia.

Las doctrinas de Wycliffe encontraron un terreno fértil en Bohemia, donde ya existían en el siglo XIV muchos partidarios de las sectas que habían llegado de Francia a través de Alemania. Un predicador —el mismo que el rey Carlos IV había llamado a Bohemia con el fin de moralizar a la sociedad, sobre todo al clero— dijo a los nobles checos: "Si hacéis morir en la hoguera a todos aquellos que son considerados herejes, perderéis vuestros bienes, ya que todos vuestos siervos huirán". Aunque el predicador probablemente exageró la cantidad de los herejes en Bohemia, sin duda alguna ya eran numerosos.

De un estudio concienzudo de los archivos se ha podido deducir la riqueza de la Iglesia en Bohemia al finalizar el siglo XIV: la sexta parte de la tierra total en Bohemia era del rey; dos sextas partes pertenecían a la noble-

za alta y baja; y tres sextas partes, o sea, la mitad, pertenecía a la Iglesia secular y regular. La resultante corrupción del clero se puede apreciar en unos estatutos en los que el arzobispo de Praga prohibía al clero ejercer oficios laicos, dirigir carnicerías o tabernas, vestir a la moda, participar en bailes y torneos, practicar la simonía y la usura, jugar a los dados y mantener concubinas.

La situación en Bohemia se agravó bajo el reinado del hijo de Carlos IV, Wenceslao IV. El rey, que subió al trono en 1378, no tenía simpatía por el clero, pero, por otro lado, temía un conflicto con la Iglesia. A diferencia de su padre, quien era hombre de Estado, hombre que sabía conciliar los intereses de las clases dominantes de la sociedad, el joven Wenceslao IV prefería la compañía de los hidalgos y los burgueses. Escogía a sus consejeros de estas dos capas sociales y así hostilizó a la alta nobleza acostumbrada a tener voz y voto en el gobierno del país. En el país cundió el desorden. Un grupo de nobles importantes se sublevaron contra el rey y lo tuvieron preso por un tiempo. Igualmente sufrió el prestigio de Wenceslao IV cuando fue destituido por los tres votos clericales y un voto laico del trono alemán (Wenceslao había heredado de hecho la corona alemana de su padre Carlos IV). Los tres votos clericales se debían a algunas medidas antieclesiásticas dictadas por Wenceslao como rey de Alemania. La verdad es que Wenceslao se oponía al poder de la Iglesia, pero no tenía aptitudes para combartirlo. En realidad, si Wenceslao no era apto para gobernar a Bohemia, mucho menos apto tenía que ser para gobernar a la muchísimo más complicada Alemania. Después de una serie de episodios, Segismundo, el hermano menor de Wenceslao, fue elegido rey de Alemania y coronado en Aquisgrán en el año de 1414. Segismundo ya era rey de Hungría y estaba dispuesto, además, a asumir la corona de Bohemia, en caso de que lograra privar del trono a su hermano mayor. A diferencia de Wenceslao, quien entró a la historia como un hombre bonachón, Segismundo era ambicioso y duro.

Volvamos a Bohemia. En su conflicto con la alta nobleza checa, Wenceslao tenía aliados o por lo menos simpatizadores en la pequeña nobleza, empobrecida tal vez por su aumento demográfico. Algunos de estos aliados tuvieron la suerte de poder entrar al servicio de la corte real. Otros, menos afortunados, se volvieron mercenarios. Un grupo de ellos combatió en 1410 en el ejército polaco en la batalla de Grunwald contra la Orden de los Caballeros Alemanes.

El conflicto que el rey Wenceslao tuvo con el arzobispo de Praga le granjeó ciertas simpatías entre los partidarios de una reforma eclesiástica. La misma Iglesia estaba dividida entre la jerarquía acomodada, de un lado, y los diáconos, vicarios y predicadores pobres, sin empleo, de otro. Estos atacaban la jerarquía rica desde el púlpito, en torno del cual se agrupaba el pueblo de las ciudades, los artesanos.

A todas esas contradicciones se agregaron los problemas nacional y social. De las 99 ciudades de Bohemia, originalmente alemanas en su mayoría, a comienzos del siglo XV se contaban 39 con mayoría checa. Pero en muchos casos el dominante patriciado eran alemán. El sector checo era más pobre, y por esto tendía a favorecer una reforma de la Iglesia. El mismo rey exacerbó a la mutua aversión que existía entre los checos y los alemanes étnicos, al promulgar en 1409 un decreto que concedía a los checos tres votos y a los extranjeros sólo un voto en la universidad de Praga. Centenares de estudiantes y profesores alemanes salieron luego de Praga y el mismo año fundaron la universidad de Leipzig, en Sajonia. Y puesto que el elemento checo de la universidad de Praga era precisamente el partidario de una reforma eclesiástica, se fundió en ese momento la corriente reformista con el nacionalismo checo.

El hombre que supo aglutinar y dar voz a las corrientes religiosa, nacional y social, y que supo guiar a los checos por este camino fue Juan Hus, maestro de la universidad de Praga. Originario de Bohemia del sur, Hus estudió en la universidad de Praga, fue ordenado sacerdote y se volvió predicador apasionado de la reforma eclesiástica. Desde joven había dado muestra de su sentido de moral, como se puede ver en sus apuntes autobiográficos siguientes: "En la escuela, escuchaba con atención los discursos en que mis maestros (eran clérigos) hablaban de la humildad, de la pobreza, del valor y de otras virtudes, de tal forma que se diría que nadie podía dejar de ponerlas en práctica. Pero en sus actos no he encontrado rastro de ellas, antes bien el orgullo, la avaricia, la impaciencia y la cobardía". Igualmente había comenzado, desde que era sólo un alumno, a ser partidario de la sinceridad religiosa, como se ve en las líneas siguientes: "Cuando era estudiante, a menudo cantábamos en la iglesia, en los oficios, pero lo hacíamos para terminar cuanto antes, pues mientras cantábamos los sacerdotes hacían la colecta entre los fieles y abusaban de nosotros; abusaban de nuestros cantos... Se paga por la confesión, la misa, los sacramentos, las indulgencias, las bendiciones, el entierro, la absolución, los rezos: los sacerdotes siempre quieren dinero. Incluso el último centavo que la abuela ha guardado en su pañuelo por temor al ladrón tampoco quedará en sus manos: un cura se apoderará de él".

Durante varios años sus prédicas al pueblo de Praga fueron toleradas por el rey Wenceslao IV y también por el arzobispo de Praga. Pero en los años 1410-1412, durante la venta de las indulgencias pontificias, Hus estigmatizó este tráfico como una manifestación más de la simonía. Fue excomulgado y en 1412 el rey, como también una parte de la nobleza checa, se apartaron de él. Wenceslao IV, que tenía intereses financieros en la venta de las indulgencias, lo abandonó y Hus, al prohibírsele predicar en Praga, se fue a vivir a un pequeño castillo de uno de sus protectores nobles.

Hasta entonces Hus escribía en latín, obviamente para otros clérigos.

Pero una vez que sus relaciones con la Iglesia estuvieron cortadas, abandonó la esperanza de una reforma desde arriba y empezó a escribir en la lengua checa, para los laicos. En aquel entonces escribir sobre temas religiosos en el idioma vernáculo era algo nuevo y mal visto. Pero Hus siguió a un precursor que había escrito varios decenios antes que "si le fue permitido a San Pablo predicar a los judíos en lengua judía y en griego a los griegos, también está permitido escribir en checo para los checos". Si bien en sus escritos anteriores, redactados en latín, se percibe la influencia de Wycliffe, en sus escritos posteriores predomina, de hecho, un tono popular. Hus tenía más interés en la ética que en la teología; por ejemplo, pasó por alto la negación del dogma de la transustanciación por Wycliffe. A Hus no le llamaron la atención las discusiones teológicas sino la necesidad de mejorar la moral de los eclesiásticos. El hecho de que los escritos de Hus en checo hubieran causado en Bohemia tanto eco, muestra que había bastantes personas laicas que sabían leer. Para ellos, Hus tradujo la Biblia, siendo así los checos uno de los primeros pueblos europeos que pudieron leer la Biblia en su lengua. Incidentalmente, Hus simplificó la ortografía checa de tal modo que sus modificaciones son básicamente válidas hasta la fecha.

El nacionalismo de Hus, muy comprensible en un país tan pequeño como Bohemia, tuvo sus límites. Él mismo escribió que "si conociera a un extranjero de cualquier país que fuera virtuoso y amara más a Dios y buscara el bien con más ahínco que mi propio hermano, me sería más querido aquél que éste. Por eso prefiero los buenos sacerdotes ingleses a los sacerdotes checos malos, y un buen alemán a mi hermano malvado".

Entre tanto en Europa se levantaba un clamor para que se convocara a otro concilio general que destituyera a los dos papas y unificara de nuevo a la Iglesia. El concilio empezó a sesionar en el año de 1414 en la ciudad alemana de Constanza. Hus había sido llamado al concilio para responder a la acusación de herejía; aceptó porque sinceramente creía poder convencer al concilio que tenía la razón. Por supuesto, dada la situación, el viaje parecía peligroso. Hus lo emprendió al recibir un salvoconducto del emperador Segismundo, la máxima autoridad temporal del mundo cristiano. Hoy es fácil decir que Hus era crédulo, ingenuo, pero su sinceridad no se puede negar. Poco tiempo después de llegar a Constanza fue encarcelado y pasó varios meses en una mazmorra. El emperador lo abandonó a su suerte al darse cuenta de que el concilio lo consideraba como un hereje. No se le dio la oportunidad de defender sus puntos de vista; se le pidió únicamente que se retractara, a lo cual Hus se negó. Después de un interrogatorio, el emperador dijo: "No voy a defender a un hereje; más aún, si un hereje se muestra obstinado yo lo quemaría con mis propias manos". Así, Hus fue condenado de herejía y quemado en la hoguera en el año de 1415. (El concilio ordenó también que los huesos de Wycliffe fueran desenterrados y quemados.)

En Bohemia la noticia causó conmoción. Casi quinientos nobles checos enviaron una protesta al concilio. Por vez primera aparecieron llamas de una revolución. Comenzaron actos de violencia contra la Iglesia. Se puede pensar que no todos los nobles eran partidarios sinceros de Hus; sin duda muchos querían posesionarse de los bienes eclesiásticos. También los artesanos empezaron a negarse a pagar los derechos a la Iglesia —los artesanos de Praga eran los que escuchaban los sermones de Hus en pro de una Iglesia pobre.

Huelga decir que el concilio de Constanza pronto olvidó a Hus. Tenía problemas considerados como más graves. Su tarea era una reforma de la Iglesia "en su cabeza y en sus miembros". Pero prácticamente lo único que logró fue elegir a un solo papa nuevo, en lugar del que residía en Roma y del antipapa de Avignon. Por poco tiempo hubo tres papas, pero al final todos se pusieron de acuerdo y Martín V fue elegido papa romano en 1417; el concilio se disolvió al año siguiente.

Pero lo anterior no tuvo efecto sobre el desarrollo de los acontecimientos en Bohemia. El rey Wenceslao, quien no había hecho nada para salvar a Hus de la hoguera, fue incapaz de detener la ola de violencia. La revolución abierta estalló a mediados de 1419, cuando el pueblo armado, incitado por el sermón de un predicador radical, tomó por asalto la alcaldía de la ciudad de Praga y dio muerte a los consejeros municipales, que eran enemigos de la reforma. La caballería real se había mostrado impotente para mantener el orden. El rey se encolerizó, pero pudo ser apaciguado por sus consejeros, y confirmó el nombramiento de los nueve consejeros municipales. Sin embargo, su cuerpo debilitado, según parece, por el abuso del alcohol, no resistió el golpe. Dos semanas después, el rey, quien no tenía hijos murió de apoplejía y el trono checo quedó vacante. El heredero natural debía ser su hermano menor, Segismundo, rey de Alemania (todavía no se coronaba como emperador romano) y de Hungría, el mismo que había quebrantado su palabra al permitir que el concilio de Constanza quemara a Hus en la hoguera. Segismundo no era un candidato aceptable, según la mayoría del pueblo checo, para ocupar el trono de Bohemia; la mayor parte de los checos eran partidarios de las ideas de Hus y para ellos —llegaron a llamarse husitas— Segismundo era un traidor.

El trono quedó vacante y el país, sin gobierno. Los nobles —también algunos nobles católicos— y algunos burgueses comenzaron a posesionarse de los bienes eclesiásticos; el pueblo de las ciudades empezó a atacar los conventos; los quemaba y también quemaba a los monjes que no tuvieron la precaución de huir. Para la Iglesia la única solución consistía en proclamar una cruzada, lo que hizo en los primeros meses de 1420, cuando el papa Martín V invitaba a la cristiandad mediante una bula a tomar la cruz contra los "wycleffistas y husitas" de Bohemia. El rey Segismundo se puso al frente de un numeroso ejército compuesto de varias nacionalidades euro-

peas, ocupó a Moravia (que no era husita) e invadió a Bohemia con el fin de tomar su capital. Los husitas no tenían ejército, pero pronto encontraron a un organizador hábil, un hidalgo ciego, que logró derrotar a los cruzados en las cercanías de Praga.

Por el momento, Bohemia de Hus estaba salvada. Pero desde 1415 se habían formado varias sectas husitas. Los extremistas no reconocían diferencia entre los sacerdotes y los laicos. Un poeta católico se burló de ellos: "Han convertido en predicadores a los zapateros, sastres y muchachos, así como a los molineros, alfareros, carniceros, carreteros, toneleros, panaderos... a los barberos, talabarteros y a otros artesanos. Incluso han permitido predicar a las mujeres". Según los extremistas, "todos los fieles y no sólo los sacerdotes, pueden administrar los sacramentos".

Los moderados se limitaban a reclamar el derecho de predicar libremente la palabra de Dios, y el derecho de todos a recibir el santo sacramento bajo las dos especies. Importante era la abolición del reinado temporal del clero; la riqueza de la Iglesia era contraria a las enseñanzas de Cristo; los sacerdotes debían seguir el ejemplo del Señor y de los apóstoles. Era obvio que este punto beneficiaba a los nobles, quienes se apropiaban las fincas rústicas del clero, y a los burgueses checos, quienes se apropiaban sus fincas urbanas. Como consecuencia del nacionalismo que acompañaba la doctrina de Hus, la burguesía alemana, que hasta entonces había gobernado en la mayoría de las ciudades de Bohemia, fue expulsada y su lugar tomado por la burguesía checa, que también se quedó con los bienes confiscados a los alemanes. Como resultado, las ciudades en Bohemia se volvieron checas.

En los momentos de peligro nacional, cuando amenazaba una cruzada —después de 1420 llegaron otras, pero todas fueron derrotadas—, los radicales y los moderados se unían; en otros momentos regía entre ellos casi un estado de guerra. Por un tiempo los moderados lograron imponer a Bohemia su idea monárquica; un sobrino del rey de Polonia —en Polonia eran relativamente tolerantes— aceptó ser administrador de Bohemia. Pero en la práctica se puede hablar de un interregno en el cual gobernó la nobleza husita y la ciudad de Praga.

Estos círculos dominantes lograron en el curso de una docena de años lo que se habían propuesto —consciente o subconscientemente. Comprendieron también que entre su fe y la de la Iglesia católica, la diferencia no era tan grande. El país estaba devastado y necesitaba la paz. Por otro lado, la Iglesia se dio cuenta de que no podía derrotar a los husitas por medio de las guerras. Era preciso negociar.

Para ello el papa convocó a un concilio en la ciudad de Basilea, no muy lejos de Constanza. Los checos enviaron una delegación a Basilea en 1432. Esta vez el salvoconducto lo dieron el príncipe electo de Brandenburgo, de la dinastía Hohenzollern (cuyos descendientes serían emperadores alemanes de 1871-1918), probablemente un hombre tolerante, y otro noble ale-

mán. Pero la fuerza militar de los husitas era la mejor garantía de que la delegación regresaría sana y salva. Pronto surgió una división entre los husitas moderados que querían paz con la Iglesia, y los radicales, que querían continuar la revolución. En poco tiempo se vio que la única solución era la de las armas, y así se enfrentaron en 1434 dos ejércitos husitas. Los moderados ganaron la batalla, pero no hicieron prisioneros.

En 1436 se concertó en Basilea la paz entre la Iglesia y los husitas. La única concesión que éstos lograron fue el privilegio de la comunión bajo las dos especies, en Bohemia y Moravia, para los fieles que así lo pidieran. Como punto final, el emperador Segismundo fue elegido rey de Bohemia por la dieta del país y hubo de hacer el juramento de que respetaría la concesión otorgada por el concilio de Basilea a los husitas. Segismundo, en el poco tiempo que le quedaba, hizo todo lo posible por reinstaurar a la Iglesia católica, pero por fortuna para los husitas murió en 1437. Un noble husita se hizo administrador de Bohemia en 1448 y después fue coronado rey de Bohemia. Pero ya que los husitas formaban una minoría en el reino de Bohemia (que incluía Moravia y Silesia), el rey husita se vio obligado a heredar la corona a la dinastía polaca, que era católica moderada. Así se frustró la esperanza de muchos checos de fundar una nueva dinastía nacional.

Entre tanto, la familia Habsburgo había progresado. La hija única del emperador Segismundo casó con el archiduque austriaco Albrecht II. Austria era el feudo seguro de los Habsburgo; tenía aproximadamente la misma forma que hoy día; sólo Salzburgo no dependía de los archiduques porque era un principado eclesiástico del arzobispo de Salzburgo, muy rico por las minas de sal, que abundaban en la región. Pues bien, al morir Segismundo, la corona del reino alemán recayó en 1438 en el Habsburgo Albrecht II, yerno del emperador fallecido. En aquel entonces el Imperio Romano o el reino alemán estaba ya fragmentado en varios cientos de principados laicos y eclesiásticos que eran prácticamente independientes. El emperador (o el rey alemán, antes de ser coronado por el papa) no tenía mucho poder. Pero los diversos territorios alemanes tenían intereses comunes. Pasado el peligro husita, surgió un peligro mucho más grave para el mundo cristiano, a saber, la expansión turca (de ella se hablará más adelante). Este peligro fue probablemente uno de los motivos de la elección de un Habsburgo para el trono alemán. Los Habsburgo, firmemente asentados en Viena, eran a veces también reyes de Bohemia y de Hungría. El mismo Albrecht lo fue por poco tiempo, pues murió al año siguiente, en 1439. La unión de Austria, Bohemia y Hungría parecía la más indicada para defender el reino alemán y, por ende, a todo el mundo cristiano de la agresión turca. Así se podría explicar también que como rey alemán siguiente fuera elegido otro Habsburgo, Federico, duque de Stiria, provincia de Austria, quien fue después coronado por el papa en Roma como Federico III (ésta fue la última coronación imperial en Roma). Todos los emperadores o reyes alemanes

siguientes eran Habsburgo, de modo que hay una línea ininterrumpida de ellos desde 1438 hasta 1806, cuando el Imperio desapareció para ser remplazado por el imperio austriaco, que al fin fue abolido en 1918. En este largo lapso —más de seiscientos años desde el primer Rodolfo como rey alemán— sería difícil encontrar entre los Habsburgo hombres, estadistas y guerreros de gran talento. Quizás una sola excepción entre los Habsburgo centroeuropeos fue José II, de quien se hablará en uno de los capítulos próximos. El éxito asombroso de los Habsburgo se debe más bien a sus matrimonios. Así, el hijo del ya mencionado Federico III, Maximiliano, casó en 1477 con María de Borgoña, heredando así varias porciones muy valiosas de Europa como los Países Bajos. Su hijo Felipe, casó con Juana de España, hija de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla; el nuevo matrimonio tuvo por hijo a Carlos V. Otro matrimonio, de importancia fundamental para Europa central, fue arreglado en 1515 por el emperador Maximiliano con el rey de Bohemia, Ladislao, del modo siguiente: el segundo nieto del emperador (el primero sería Carlos V), el archiduque Fernando, casaría con la hermana del futuro rey de Bohemia Luis, de la dinastía polaca, mientras este último se casaría con una hermana de Fernando. En caso de que Luis muriera sin descendientes la corona de Bohemia caería en las manos de Fernando. Las consecuencias de este contrato matrimonial sobre el cual la nobleza de Bohemia no fue consultada, se discutirán en el capítulo siguiente. (Como se verá, Luis era también rey de Hungría, de modo que el contrato tenía consecuencias también para ella.)

El único país en que los Habsburgo fracasaron en su intento de dominio, fue Suiza. En el año de 1315 los suizos derrotaron a la caballería de los Habsburgo. En el periodo de 1332-1353 las ciudades Lucerna, Zurich y Berna se unieron a los tres distritos (cantones) campesinos originales; siguió la guerra contra los Habsburgo hasta que en 1386 éstos fueron derrotados decisivamente; al fin se restableció la paz en 1394. Pero en el siglo XV, los Habsburgo, ya emperadores, continuaron intentando someter a Suiza hasta que ésta se declaró independiente del imperio. En 1474 Austria reconoció a Suiza y por fin, en 1499, el emperador Maximiliano aceptó la disolución de los lazos de Suiza con el imperio o reino alemán.

Se ha hablado ya de los turcos. Por varios siglos, su dominio se limitó al Asia Menor, o sea, la Turquía actual, excepto la capital del imperio bizantino, Constantinopla, que los turcos no pudieron tomar. Dejando a Constantinopla a un lado, los turcos cruzaron el mar Egeo, se adentraron en los Balcanes y en el año de 1389 destruyeron el imperio serbio en la batalla decisiva de Kosovo Polo. Caído el así llamado imperio serbio, los ejércitos turcos se enfrentaron varios decenios después en el Danubio a los húngaros. Hungría tuvo a mediados del siglo XV a un gobernador popular, el héroe nacional Juan Hunyady. Hunyady fue un mero representante del rey de Hungría, quien era al mismo tiempo rey de Polonia. La caída de

Constantinopla a manos de los turcos en 1453, que significó el fin del Imperio Romano de oriente, no fue vista con mucha gravedad en Europa, pero Hunyady sabía que su país tendría que enfrentarse pronto y solo al avance turco. Hunyady salvó a Belgrado —un punto estratégico de suma importancia— y sus sucesores pudieron mantener firme la línea del Danubio por más de dos generaciones. Pero él mismo murió de la peste antes de que las operaciones críticas pudieran completarse. En 1458 la asamblea de los nobles húngaros eligió como rey al hijo de Hunyady, Matías Corvinus. Este rey nacional guerreó contra el rey nacional husita de Bohemia, Jorge. Al verse éste aislado —en los países del reino de Bohemia los husitas formaban una minoría—, y para impedir una alianza entre Hungría y Polonia contra Bohemia, ofreció la corona de esta última a un hijo del rey de Polonia, como ya se ha dicho. En efecto, el príncipe Ladislao de Polonia fue elegido en 1471 rey de Bohemia. Se le conoció como un títere en las manos de la nobleza. Por esta razón, al morir en 1490 el rey de Hungría, Corvinus, los nobles húngaros escogieron a Ladislao de Bohemia como su rey. El año de 1490 marca el principio de la unión personal de Bohemia con Hungría. Luis, hijo de Ladislao, siguió como rey de Bohemia y Hungría. Pero no tuvo la suerte de su padre. El sultán turco Suleiman, al frente de un ejército de 200 000 hombres, tomó en el año de 1526 la fortaleza de Belgrado e invadió el sur de Hungría. El inferior ejército húngaro se le enfrentó, pero fue decisivamente derrotado, muriendo el joven rey Luis en la batalla. Dos semanas después los turcos tomaron la capital húngara, Buda.

El acontecimiento más sobresaliente en lo que a Rusia se refiere en los siglos XIV y XV, fue el ascenso lento pero irreversible del estado moscovita, explicable tal vez por la posición geográfica céntrica de su capital en la Rusia europea, tal vez en parte por la dinastía local que produjo a varios gobernantes muy capaces. Huelga decir que Moscú tenía una magnífica comunicación fluvial con el río Volga y con la Horda Dorada. Resumamos los hechos: en el primer cuarto del siglo XIV el arzobispado fue trasladado a Moscú; en 1328 Iván I, descendiente de Alejandro Nevsky y, por ende, de Rurik, recibió del gran kan de la Horda Dorada, de quien era tributario, el título de Gran Príncipe. Iván I fundó así una dinastía que gobernó hasta 1598. En 1378 el Gran Príncipe Dimitry Donsky derrotó a los tártaros en el río Don. En el año de 1453 tuvo lugar un evento que afectó decisivamente el futuro del estado moscovita: la caída de Constantinopla ante los turcos. La influencia bizantina sobre Rusia no se puede exagerar. Con la palabra zar, los rusos designaban a los emperadores bizantinos. Ahora se la apropiaron los moscovitas, como también la palabra "autócrata" (esto es, zar autócrata), que viene del griego *autocrator*, que era uno de los títulos del emperador bizantino. Así, Iván III se hizo en 1462 "Gran Príncipe de toda Rusia" y diez años después se casó con la sobrina del último empera-

dor bizantino y aceptó el escudo bizantino de un águila de dos cabezas. Por último, en 1480 Iván III se hizo completamente independiente del gran kan tártaro de la Horda Dorada, ya entonces en decadencia. El mito de Rusia como heredera del Imperio Romano de oriente (esto es, griego, bizantino), y de Moscú como heredera de su capital estaba en formación....

A causa del avance constante de los turcos y del debilitamiento progresivo de los bizantinos, estos últimos buscaron apoyo en el occidente, sobre todo en Italia, con la esperanza de conseguir ayuda militar contra los turcos, esperanza que probó ser vana. Algunos bizantinos llegaron a vivir en Italia, como la sobrina del último emperador, que fue educada en Florencia. Al casarse con el Gran Príncipe moscovita Iván III, Sofía —así se llamó— llevó a Rusia a varios artistas italianos que embellecieron los interiores del Kremlin. Pero este contacto cultural entre Rusia e Italia fue sólo pasajero, pues la conquista turca de todos los Balcanes (esto es, de la península balcánica) y de Hungría, interrumpió las comunicaciones y acabó con este primer intento de contacto artístico entre Rusia y el occidente. (Recordemos que los refugiados bizantinos se fueron al occidente, pocos a Rusia. A los libros griegos que llevaron se debió, al menos en parte, el humanismo.) Rusia se quedó aislada hasta que Pedro el Grande estableció contacto con el occidente más de doscientos años después.

Por lo pronto, Venecia, interesada en conservar sus conquistas en el Mediterráneo amenazadas por los turcos, envió en 1476 a Rusia a un embajador que describió la vida en Moscú. De su narración, publicada por Dmytryshyn en *Medieval Russia*, se reproducen aquí varios párrafos.

> La ciudad de Moscú está situada en una pequeña colina y está construida enteramente de madera así como también el Kremlin. La atraviesa un río que se llama Moskva. De un lado del río está el Kremlin y una parte de la ciudad, del otro la otra parte. En el río hay varios puentes (supongo que de madera). Moscú es la ciudad principal y la residencia del Gran Duque. Está rodeada de bosques con los cuales, en realidad, la mayor parte del país está cubierta... El clima es tan frío que la gente permanece nueve meses al año dentro de sus casas. Ya que es difícil viajar en el verano a causa de los espesos bosques y la gran cantidad de lodo producido por el deshielo, se ven obligados a conseguir todas sus provisiones en la primavera, para lo cual usan los trineos en los cuales amontonan todo y que es fácilmente tirado por un caballo. Hacia el fin de octubre el río Moskva está congelado y se construyen sobre él toda clase de tiendas, de modo que casi nada se vende en la ciudad. A causa de que el río está rodeado por la ciudad y protegido del viento, hace menos frío sobre él que en la ciudad. Sobre este río congelado se puede ver todos los días toda clase de mercancía...
>
> Tanto los hombres como las mujeres son bien parecidos; pero es una raza ruda y grosera. Tienen a un papa nombrado por su soberano y tienen a nuestro papa en poca estima, diciendo que estamos predestinados a la perdición.

Se vanaglorian de ser grandes bebedores y desprecian a quienes no lo son. No tienen vino de ninguna clase pero beben un brebaje hecho de la miel y hojas de lúpulo, que no está mal cuando es añejo. La costumbre consiste en permanecer durante la mañana en los bazares y pasar el resto del día en las tabernas comiendo y bebiendo. El soberano no permite que todo el mundo fabrique el brebaje favorito; pues si todo el mundo tuviera la licencia de prepararlo, estarían embriagados constantemente y se matarían uno al otro...

Muchos comerciantes de Polonia y Alemania vienen a Moscú en el invierno con el único propósito de comprar pieles de todas clases; se necesitan muchos días para traer las pieles a Moscú, sobre todo desde el norte. Otros mercaderes van a la ciudad llamada Novgorod, ocho días de viaje al poniente de Moscú, que paga un tributo anual al Gran Príncipe...

La narración anterior no es muy favorable a Rusia y a los rusos. Pero no olvidemos que el que la escribió provenía de una de las ciudades más civilizadas y cultas de Europa. En realidad, Rusia estaba muy atrasada en relación con el occidente. En Rusia no había ciudades medievales con su población libre, tal vez con la excepción de Novgorod; no había universidades (la primera fue fundada en 1755 en Moscú), no había catedrales de un estilo muy refinado, no había industrias organizadas... y no hubo renacimiento ni humanismo.

En el capítulo anterior se ha mencionado una mejoría en la condición del campesinado centroeuropeo en los siglos XII-XIV. El campesino se volvía más libre y la cuantía de su trabajo forzoso para el señor disminuía; en muchos casos, en lugar del trabajo forzoso tenía que pagarle una cierta cantidad en dinero. Esta mejoría comenzó en Alemania occidental y se fue extendiendo hacia el oriente, hacia Alemania oriental, Bohemia, Polonia, Austria y Hungría. En el siglo XIV, sobre todo en su segunda parte, la situación de los campesinos en Alemania occidental comenzó a empeorar. El campesino iba perdiendo su libertad personal y trabajaba cada vez más para el señor. Algunas causas de esta reversión a la servidumbre se pueden identificar: la peste negra de 1349, que afectó (en Europa central) sobre todo a Alemania occidental, haciendo la mano de obra más escasa e induciendo así a los señores feudales a exigir a los campesinos un trabajo forzoso más intenso; los campesinos reaccionaban huyendo de su pueblo y entonces se decretaba que éstos debían quedarse, lo que los exponía a castigos en el caso de una fuga. Otra causa probable fue el envilecimiento de las monedas por los príncipes y, el en siglo XVI la devaluación provocada por la afluencia de la plata americana. Como una consecuencia de ella, el campesino que debía pagar una suma fija al señor, de hecho pagaba cada vez menos. Los señores hallaron la solución siguiente: obligaron a los campesinos a trabajar en las tierras señoriales, o a trabajar más allí donde ya existía el trabajo forzoso. Otra causa podría ser la fragmentación o desintegración del imperio, que dejaba al pueblo a merced de los pequeños o grandes estados territoria-

les. Hasta entonces, el emperador era el jefe supremo de la nación alemana, quien —se suponía— protegía a los pobres y desvalidos, incluso a los campesinos. Una vez perdido el poder imperial, los campesinos perdieron al que se imaginaban que era o pudiera ser su protector. En vista de lo anterior, es muy natural la consigna de un grupo rebelde campesino alemán de 1513: "Ya no queremos tener a los señores; obedecemos sólo al emperador y al papa". Por último, otra causa podría ser un incremento de la población, que probablemente aumentó la pobreza de los campesinos.

La servidumbre del campesinado alemán llegó a su extremo en Prusia, dominio de la Orden de los Caballeros Alemanes, en donde se decretó en 1494 que los campesinos fugitivos de un señorío podían ser ahorcados sin proceso alguno. Prusia (después llamada Prusia oriental) tenía entonces un rudo régimen militar. En otras partes de Alemania la condición del campesino no era tan desesperada. Pero la servidumbre era ya un hecho cuya abolición pidieron los campesinos alemanes en sus "Doce Artículos" de 1525. En uno de ellos pidieron servicios retribuidos con salario en lugar de los trabajos forzosos. La primera sublevación importante del campesinado alemán tuvo lugar en 1493, cerca de las fronteras de Suiza; los siervos alemanes bien sabían que no muy lejos de ellos vivían los libres campesinos suizos. La Gran Rebelión campesina estalló en 1524, también cerca de la frontera suiza y en un año fue ahogada en sangre. La servidumbre fue legalizada en todo el Imperio Alemán en el año de 1555.

En Bohemia las cosas sucedieron de un modo distinto. Todavía en la primera mitad del siglo XV los campesinos de Bohemia podían entablar demandas contra sus señores. Pero las guerras husitas cambiaron esta situación radicalmente. Ciertamente los campesinos no figuraron entre los dirigentes de la revolución; el movimento husita fue controlado por los nobles, los hidalgos y las ciudades y, dentro de estas últimas, por el elemento étnico checo. Pero es seguro que los campesinos —la mayor parte de la población del país— formaron parte de los ejércitos husitas. La guerra, que duró quince años, por lo menos (de 1419 a 1434), dejó a Bohemia devastada y despoblada. En el campo hacían falta brazos.

Así se comprenderá que ya en el año de 1453 la asamblea o junta de los nobles (que se podría llamar el parlamento), limitó por vez primera la libertad personal del campesino. Tales intentos se repitieron en varias ocasiones posteriores. Dicho sea de paso, las juntas también limitaron la posición y los derechos de las ciudades, las cuales habían conquistado durante las guerras husitas la igualdad con la nobleza. A partir de 1479 predominaron en las juntas de Bohemia los nobles católicos, quienes querían reducir el poder de las ciudades, husitas en su mayoría. Volviendo a los campesinos, en los años de 1472 a 1479 se limitó el cambio de los súbditos de un señor al otro. Luego vino el golpe final de 1487, cuando los nobles y los hidalgos decretaron que los nobles y los burgueses, quienes albergaban o daban tra-

bajo a los peones (los nobles tenían también haciendas propias) y a los campesinos fugados, deberían entregarlos sin demora a su señor original, so pena de pagar una multa considerable en plata. Así se legalizó la servidumbre en Bohemia. Paralelamente se prohibió a los campesinos la caza y la pesca y la posesión de los instrumentos necesarios para ello. Por último, se estableció en 1500 que sólo los nobles podían determinar el derecho.

En Moravia, provincia perteneciente a la corona de Bohemia, las condiciones eran diferentes. Moravia casi no sufrió durante las guerras husitas. Por consiguiente, el campesinado conservó su relativa libertad. También los nobles locales, todos ellos checos (las ciudades eran alemanas étnicas), eran tolerantes en materia de religión. En Moravia hallaron asilo en el siglo XVI los "hermanos de Bohemia", miembros de una secta pacifista y democrática que había nacido en Bohemia a causa de la desilusión provocada por la revolución husita, pero que fue luego perseguida en la misma Bohemia tanto por los católicos como por los husitas en el poder. Los "hermanos" se desenvolvieron en Moravia bajo la protección de la nobleza y fueron después llamados en el extranjero los "hermanos moravios".

También en Hungría el campesinado fue reducido a la servidumbre aproximadamente en la misma época que en Alemania y en Bohemia. Ciertamente, la asamblea de nobles (el parlamento húngaro) confirmó en el año de 1492 la libertad personal del campesino, por un lado, pero por el otro prohibió a los nobles exigir a los campesinos menos que una cierta cantidad de servicios y pagos, lo cual obviamente limitó la libertad personal del campesino. Luego, en 1504, la asamblea prohibió a los campesinos cazar y pescar, disposición importante porque al mismo tiempo se les quitaban las armas que podrían algún día voltear contra los señores. La caza se convirtió en el monopolio de la nobleza, en el gran deporte señorial.

En el año de 1514 tuvo lugar el evento decisivo: fue reclutado un ejército campesino para ir a pelear contra los turcos. Sin embargo, los campesinos, en lugar de ir contra los turcos, voltearon las armas contra sus señores. Esta auténtica sublevación campesina fue derrotada; su dirigente ejecutado con lujo de crueldad, y la asamblea de nobles condenó a todos los campesinos a una "real y perpetua servidumbre".

El principado de Moscú —en cuanto a la posición de los campesinos— se parecía en los siglos XIV y XV más bien a la Inglaterra de la era anglosajona: había muchos campesinos libres pero también había esclavos. En los siglos XVI y XVII los campesinos libres y los esclavos se convirtieron en siervos.

Los primeros pasos hacia la servidumbre en Rusia fueron dos decretos, de 1450 y 1463-1468. Según éstos, los campesinos rusos tenían permiso para abandonar su trabajo o cambiar de señor únicamente en cierta fecha del año, aproximadamente el 26 de noviembre, después de las cosechas y el cumplimiento de otras obligaciones anuales hacia sus señores. Esta libertad

tenía muy poco valor real, pues en esa fecha el inclemente invierno hacía prácticamente imposible que los campesinos se mudaran de lugar. Quienes se fueran en una fecha diferente deberían ser devueltos. Los señores en estos dos decretos son dos diferentes monasterios; sus campesinos podían ser —según dicen los decretos— aparceros y personas que debían dinero.

Curiosamente, en casi toda Europa central la condición del campesino empeoró en el siglo XV para terminar luego en la servidumbre. La explicación de esta tendencia no es fácil; pero es posible, por ejemplo, que en Hungría imitaron en 1492 el decreto de Bohemia de 1487, y que en Bohemia los nobles imitaron a los nobles alemanes, que para entonces habían sometido ya al campesinado.

5. LA REFORMA Y LA CONTRARREFORMA ALEMANIA Y SUIZA

Así como en Bohemia alrededor de 1400 la Iglesia había sido riquísima, así también lo fue en Alemania, Austria y Suiza unos cien años después. Los bienes eclesiásticos en el reino o imperio alemán se podrían detallar aproximadamente de la manera siguiente: en el sur del Tirol había vastos bienes de la Iglesia, sobre todo del obispado de Trento; el arzobispado de Salzburgo tenía toda una provincia de la Austria actual. En la Suiza actual, la Iglesia era igualmente rica en tierras, sobre todo en los obispados de Basilea y de Constanza. Más al norte, en los valles de los ríos Rin, Main y Mosela, o sea en los arzobispados de Colonia y Maguncia, y en los obispados de Estrasburgo, Wurzburgo y Bamberg, y en el arzobispado de Tréveris, respectivamente, vastas tierras pertenecían a la Iglesia; igualmente más al norte en Westfalia, en los obispados de Muenster, Osnabruck y Paderborn, y en los arzobispados de Brema y Magdeburgo. Además, en el Báltico, la Orden de los Caballeros Alemanes tenía los territorios de Prusia (después llamada Prusia oriental), Letonia y Estonia. Aun cuando estos territorios no formaban parte del imperio, pertenecían a la orden alemana, a los alemanes étnicos, y por tanto se incluyen aquí como parte de la Alemania étnica.

En conjunto se puede decir que aproximadamente la mitad del territorio alemán pertenecía a la Iglesia, a una de sus organizaciones o instituciones, al clero regular y al clero secular. Las mismas causas producen las mismas consecuencias, y así no es sorprendente que el resultado de esta riqueza fue —como había sido cien años antes en Bohemia— una decadencia en la moral del clero. No se quiere afirmar con esto que todos los clérigos o sacerdotes eran corruptos; ni siquiera se puede afirmar que la mayor parte de ellos lo era. Pero no olvidemos que a los ojos del pueblo los sacerdotes eran representantes de Dios y que poseían poderes concedidos a ellos por el pontífice, poderes, en una palabra, sobrenaturales. Por esto, como decían los romanos, *corruptio optimi pessima*, la corrupción del mejor es la peor.

El vaso se derramó en 1517. El papa León X había proclamado una indulgencia papal con el fin de obtener fondos para la reconstrucción de la basílica de San Pedro en Roma, de acuerdo con el proyecto de Miguel Ángel Buonarroti. León X había encomendado al arzobispo de Maguncia la-

tarea de colectar el dinero en Alemania, uno de los países más piadosos de Europa. El sacerdote Tetzel fue uno de los encargados de viajar por las ciudades alemanas y ofrecer varios beneficios espirituales, previo pago de una suma de dinero. Aun cuando la institución o la práctica de las indulgencias eran generalmente aceptadas, el modo agresivo en que fueron esta vez solicitadas y su aceptación natural por la curia romana, movió a Martín Lutero, profesor de teología en la universidad de Wittenberg, a escribir noventa y cinco tesis en las que expresó su desacuerdo con la indulgencia, y que clavó en vísperas de Todos los Santos de 1517 en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg. Aun cuando las tesis estaban escritas en latín, causaron una sensación inmediata. Alemania o por lo menos una parte de ella, estaba madura para una rebelión contra la Iglesia católica.

Lutero había nacido en 1483 en la ciudad de Eisleben, Alemania central, y su padre era a la vez minero y campesino. Luego de estudiar letras en la universidad de Erfurt en 1505, ingresó en el mismo año al monasterio agustino de la misma ciudad, donde estudió teología. Ordenado como sacerdote en 1507, se encargó un año después de la cátedra de teología en la nueva universidad de Wittenberg, fundada en 1502 por el príncipe elector de Sajonia. (Wittenberg, en la orilla del río Elba, estaba en el ducado de Sajonia.) En 1510 Lutero hizo un viaje a Roma con el fin de arreglar asuntos administrativos de la orden agustina. Permaneció allí aproximadamente cuatro semanas; no es de extrañar que a este monje alemán de una fuerte tendencia mística no le haya interesado el arte renacentista; para él, este arte era un lujo mundano y una parte de la corrupción moral. Había esperado encontrar una ciudad santa y encontró lo opuesto. No cabe la menor duda de que el viaje a la ciudad eterna dejó una huella profunda en su espíritu. De regreso en Wittenberg, Lutero volvió a su cátedra. Dos años después obtuvo el grado de doctor en teología.

La curia romana reaccionó rápidamente contra las tesis de Lutero. Comenzó una lucha entre él y la Iglesia, en la que Lutero se mostró más sagaz y más agresivo que Hus cien años antes; sin duda, gozaba también del apoyo de muchos hombres poderosos en Alemania. El papa le exigió que fuese a Roma a sincerarse, a lo que él se negó al recordar seguramente el destino del pobre Hus. El papa le dio entonces en 1520, en una bula, el plazo de sesenta días para que se retractara, so pena de excomunión. Lutero quemó en Wittenberg públicamente la bula pontificia. Ésta fue la declaración de guerra de Lutero a la Iglesia, y en especial al pontífice romano. Poco antes, Lutero había escrito en alemán el libro *Sobre el papado en Roma*, en el cual, en un estilo popular, negó el poder espiritual del pontífice y afirmó que la Iglesia no necesitaba tener a una cabeza visible.

Lutero se enteró que su excomunión por el papa era inminente. Pero en lugar de amedrentarse, decidió atacar con su pluma. Escribió un *Llamado a la nobleza cristiana de la nación alemana*, en la que apeló a los nobles

del imperio a sublevarse contra la tiranía y la corrupción del pontificado romano. Era lógico que lo escribiera en alemán porque los nobles europeos normalmente no conocían el latín, idioma de la Iglesia. En el mismo año en que publicó el *Llamado*, Lutero estaba trabajando en un folleto en latín titulado *De captivitate babylonica —Sobre el cautiverio babilónico—*, en el que identificó al papado con el reino de Babylón, que había subyugado y corrompido a la Iglesia de Cristo. Luego siguió el tratado *Sobre la libertad de un hombre cristiano*, que se publicó tanto en alemán como en latín. El intrépido polemista tuvo el valor de enviar la versión latina al papa León X con una carta en la que afirmó que la institución del pontificado romano estaba muerta. Y a la bula en que el papa lo amenazó con la excomunión, Lutero contestó con otro folleto titulado *Contra la repugnante bula del Anticristo.*

La Iglesia siguió su proceso acostumbrado. Ya que Lutero se negó a someterse, el papa lo excomulgó oficialmente el 3 de enero de 1521. Los ejemplares de las obras del hereje y su efigie de madera fueron quemados en Roma y León X pidió al emperador Carlos V su plena colaboración en la persecución de la nueva herejía. El emperador convocó el parlamento a la ciudad de Worms, y éste condenó a Lutero como hereje diez veces peor que Juan Hus, lo puso fuera de la ley y lo mandó aprehender. Pero el príncipe elector de Sajonia lo salvó mandándolo "encerrar" en la fortaleza de Wartburg, donde el "preso" permaneció olvidado casi un año. Allí, en la paz y la tranquilidad de una celda, Lutero pudo dar vuelo a su talento literario. Tradujo el Nuevo Testamento al alemán. La traducción se publicó casi en seguida, en 1522. (Más tarde, en 1534, concluyó la traducción de la Biblia entera.) Lutero volvió a Wittenberg en 1522 y empezó a organizar su Iglesia. Esta labor fue interrumpida por la sublevación campesina en la que Lutero se puso sin vacilar del lado de los nobles con su folleto *Contra las hordas asesinas y rapaces de los campesinos.* Igualmente combatió a la secta cristiana extremista de los anabaptistas. Su obra culminó con la formulación del *credo* llamado Confesión de Augsburgo. Su última obra, escrita en alemán, se tituló *Contra el papado establecido por el diablo* (1545). Lutero murió al año siguiente en la misma ciudad en la que había nacido.

¿Cuál fue la sustancia de la Confesión de Augsburgo? Se ha visto que Lutero atacó en primer lugar a la institución del papado y a los papas, pues éstos eran la cabeza y la columna vertebral de toda la jerarquía eclesiástica. La Confesión de Augsburgo, en primer lugar, reconoció precisamente a la Biblia como la única autoridad; en ella no se habla de papas ni de cardenales u otros altos dignatarios de la Iglesia; tampoco habló el Nuevo Testamento de los bienes de la Iglesia; no los había. En segundo lugar, la Confesión de Augsburgo negó la existencia del Purgatorio; parecía obvio que la fe en el Purgatorio conducía al pago de las misas dichas por las almas que allí sufrían, con la creencia de que su estancia en el Purgatorio se abreviaría. Des-

pués Lutero se manifestó a favor de la abolición total de los monasterios y los conventos y también del celibato. Habiendo sido un monje agustino, Lutero mismo se casó con una antigua monja y tuvo con ella familia. En la Confesión de Augsburgo, Lutero se declaró asimismo en favor de la confiscación de los bienes eclesiásticos, excepto de aquellos que eran esenciales para el culto y la vida de los sacerdotes. Por último, la Confesión negó la validez de la mayor parte de los sacramentos.

Los sacramentos de la Iglesia católica, como también de la ortodoxa griega (rusa) eran siete, los siguientes: el bautismo, la confirmación, la eucaristía, la confesión y la absolución de pecados (penitencia), la extremaunción, la ordenación de sacerdotes y el matrimonio. Salvo dos excepciones de menor importancia, los que administraban los sacramentos eran exclusivamente sacerdotes. Era obvio que los sacramentos daban a los sacerdotes un poder enorme sobre los laicos. El bautismo lavaba el pecado original, en la eucaristía se transformaban en las manos del sacerdote el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo; en la confesión auricular el sacerdote se enteraba de la vida íntima de sus feligreses; en la absolución de los pecados el sacerdote podía disminuir o aumentar la penitencia; con el matrimonio se evitaba que la gente viviera en pecado.

En las partes de Alemania donde predominaban los partidarios de Lutero, los nobles, incluyendo los príncipes laicos, se posesionaron de los bienes de la Iglesia. La riqueza y el poder de los príncipes aumentó y la Iglesia luterana quedó subordinada al Estado, a diferencia de la Iglesia católica, que nunca dejó de proclamar la supremacía del pontificado romano, en suma la teocracia.

Un contradictor de las doctrinas de Lutero surgió en el año de 1523 en la persona de Ulrich Zwingli, sacerdote y predicador de Zurich, Suiza. En ese año Zwingli estableció su doctrina propia en sesenta y siete conclusiones. Habiendo convencido al consejo municipal de esa ciudad de la rectitud de sus ideas, Zwingli prohibió la celebración de la misa, todas las imágenes fueron destruidas o sacadas de las iglesias y todos los ciudadanos fueron obligados a escuchar los sermones del nuevo reformador. Pero el radicalismo de Zwingli lo condujo a un conflicto con Lutero, sobre todo en el asunto de la eucaristía. Zwingli afirmó que las palabras de Cristo, "Esto es Mi cuerpo, esto es Mi sangre", deben entenderse simbólicamente, no literalmente, mientras que Lutero insistió en una interpretación estrictamente literal, o sea que Cristo estaba realmente presente en el altar, pero sólo para los que creían en su presencia y únicamente mientras duraba la ceremonia. Lutero y Zwingli se reunieron en 1529 para discutir los puntos de controvesia. Huelga decir que la reunión fue un fracaso, pues había un abismo entre el radicalismo de Zwingli, quien rechazaba todos los sacramentos, y la

posición relativamente moderada de Lutero. Lo único que los unía era su oposición a la Iglesia católica romana y su aceptación de la autoridad de la Biblia, aun cuando, como se ha visto, esta última se podía interpretar de modos diferentes. También diferían en lo relativo a la posición de la futura Iglesia. Mientras Lutero aceptaba a la Iglesia como una organización separada y sometida al Estado, para Zwingli la Iglesia debía constituir un solo cuerpo con el Estado, el cual tendría, por lo tanto, una organización teocrática.

Como escritor, Zwingli no fue ni tan fértil ni tan talentoso como Lutero. Su obra principal era *Christianae fidei brevis et clara expositio* (*Exposición breve y clara de la fe cristiana*). Sus doctrinas encontraron eco en algunos cantones (distritos) suizos de habla alemana, pero no en todos. Los cantones rurales que habían conservado la religión católica concluyeron en 1529 una alianza con la Austria católica para combatir la nueva herejía, mucho más radical que el luteranismo. El resultante conflicto armado terminó con la derrota de las fuerzas reformistas en la batalla de Cappel (1531). Zwingli murió en el campo de batalla.

Sin embargo, sus ideas prevalecieron. Independientemente de él, el francés Juan Calvino publicó en 1535 *Institutio Christianae Religionis* (*Institución de la religión cristiana*), en la que en una forma sistemática expuso ideas muy semejantes a las de Zwingli.

Perseguido en Francia por sus ideas, Calvino se estableció en 1542 en Ginebra, una importante ciudad comercial de habla francesa que no pertenecía aún a Suiza, sino a Saboya. En Ginebra, Calvino tenía muchos partidarios y, sin titubear, reguló allí la organización de la Iglesia y se apoderó del gobierno. Como Zwingli antes de él, Calvino reconoció como autoridad únicamente a la Biblia; rechazó la institución del papa y de los obispados (a quienes la iglesia luterana conservó); rechazó la ordenación y el carácter sagrado de los ministros de la religión; el culto de los santos y de las reliquias, de las imágenes y de la cruz no era, según Calvino, sino idolatría; prohibió el celibato de los sacerdotes, la confesión auricular y los votos monásticos; no había Purgatorio, y no debía haber, según él, indulgencias, ni misa ni sacramentos; los bellos altares desaparecieron de las iglesias, como también las imágenes y las estatuas, de modo que las iglesias quedaron extrañamente vacías. El régimen de Calvino en Ginebra era sin duda tiránico, aun cuando hay que reconocer que defendió con éxito la independencia de la ciudad contra el duque de Saboya, independencia conquistada ya antes de su llegada (en 1526).

Su carácter implacable se evidencia en el proceso y el trágico fin de Mi-

guel Servet, un importante científico español quien abrazó el unitarismo, una pequeña secta que negaba la existencia de la Trinidad (por esto se les llamaba también antitrinitarios) e insistía en que Dios era una sola persona, no tres como decía la Biblia. Encontrándose en Ginebra, Servet fue juzgado y condenado a muerte por hereje. Se dice que Calvino hubiera preferido que Servet fuese decapitado, pero prevaleció la opinión de la mayoría y así el hereje anticatólico y antiprotestante fue quemado en la hoguera en 1553. Los calvinistas podían ser igual de fanáticos que los católicos. El filósofo inglés Bertrand Russell se preguntó en *A History of Western Philosophy* cuál de las dos iglesias, la católica o la protestante, era mejor. Contestó que si bien ambas eran hostiles a la verdad científica, la Iglesia romana era por lo menos más favorable al arte.

Calvino murió en Ginebra en 1546. A causa del rechazo calvinista del culto de las reliquias, el lugar de su entierro no fue revelado y hasta la fecha se ignora. Se puede decir que Calvino abolió los monasterios y los conventos, pero convirtió a todos los ciudadanos en monjes (sin celibato); todo el mundo estaba reducido a una rigurosa vida semimonacal. A causa de la exposición sistemática de su doctrina y también del carácter férreo de su fundador, el calvinismo opacó en poco tiempo la doctrina de Zwingli y, con el tiempo, la absorbió.

El conflicto armado entre los príncipes protestantes y el emperador católico, conflicto apoyado, naturalmente, por los príncipes católicos del imperio, y esperado desde el año 1530, cuando los príncipes protestantes organizaron una liga formal contra el emperador, estalló un decenio después. La guerra terminó en 1555 con la "Paz Religiosa de Augsburgo", paz entre los luteranos y los católicos. El tratado permitió a cada príncipe alemán obligar a sus súbditos a aceptar la religión adoptada por él; esta regla se llamó *cujus regio hujus religio*. O sea, los príncipes protestantes podían convertir por la fuerza a aquellos de sus súbditos que eran católicos; los príncipes católicos podían hacer lo mismo con sus súbditos protestantes; en pocas palabras, los señores determinaban la religión del pueblo; el tratado permitió, además, a los príncipes luteranos conservar todos los bienes eclesiásticos ocupados hasta 1552; en otras palabras, se legalizó prácticamente toda la confiscación de los bienes de la Iglesia. La situación de las dos religiones en la Alemania de 1555 era aproximadamente la siguiente: el norte del país, exceptuando a Westfalia y el bajo valle del Rin, cuya ciudad más importante era Colonia, era luterano. Sus principados más importantes eran Sajonia y Brandenburgo. La confiscación luterana más radical fue la que realizó el Gran Maestro de la Orden de los Caballeros Alemanes, Albrecht Hohenzollern (pariente del duque de Brandenburgo, ambos de la familia o dinastía Hohenzollern), quien había disuelto en 1521 la Orden y se había proclamado duque de Prusia.

El ducado de Prusia lo formó con los territorios de la Orden, o sea Prusia (oriental). Sajonia se convirtió al luteranismo en 1529, y Brandenburgo en 1539. El catolicismo predominaba en el sur, también con algunas excepciones.

Cosa importante: la paz entre los católicos y los protestantes excluía a los calvinistas, considerados como demasiado radicales. No obstante, los calvinistas ganaron varias pequeñas regiones alemanas, sobre todo el Palatinado, pequeño estado situado en ambas orillas del Rin, con la ciudad universitaria de Heidelberg. Huelga decir que los calvinistas llegaron a predominar en la mayor parte de Suiza. En realidad, una Iglesia sin obispos sino sólo con ministros elegidos democráticamente, era algo que los luteranos de entonces no estaban dispuestos a aceptar. La secta extremista de los anabaptistas, que predicaba un comunismo religioso (también negaba la Trinidad) fue suprimida en una forma cruenta en 1535. Los mennonitas actuales forman lo que se podría llamar una versión moderada y pacífica de los anabaptistas.

Al fin, en la década de 1540, la curia romana comenzó a darse cuenta de la necesidad de una profunda reforma de la Iglesia católica. Tal reforma, combinada con una contraofensiva antiluterana y anticalvinista, salvaría a la Iglesia de la destrucción. (En España se realizó una reforma eclesiástica en un tiempo en que los papas aún no se percataban de los peligros que los amenazaban. La reforma de la Iglesia católica española tuvo lugar varios decenios antes del principio de la reforma luterana en Alemania.) Después de varios esfuerzos preliminares, como el restablecimiento de la inquisición en 1542 para la supresión de la herejía, y la introducción de una estricta censura de los impresos, fue convocado un concilio general a la ciudad de Trento, la ciudad más meridional del imperio. La asamblea fue inaugurada en 1545 y duró hasta el año de 1563, a causa en parte del hecho de que durante esos dieciocho años murieron cuatro papas. Uno de los actos más importantes del concilio fue el reconocimiento de la Compañía de Jesús como un arma contra la reforma protestante. La Iglesia romana salió del concilio renovada, más fuerte y lista para una lucha a muerte contra el protestantismo.

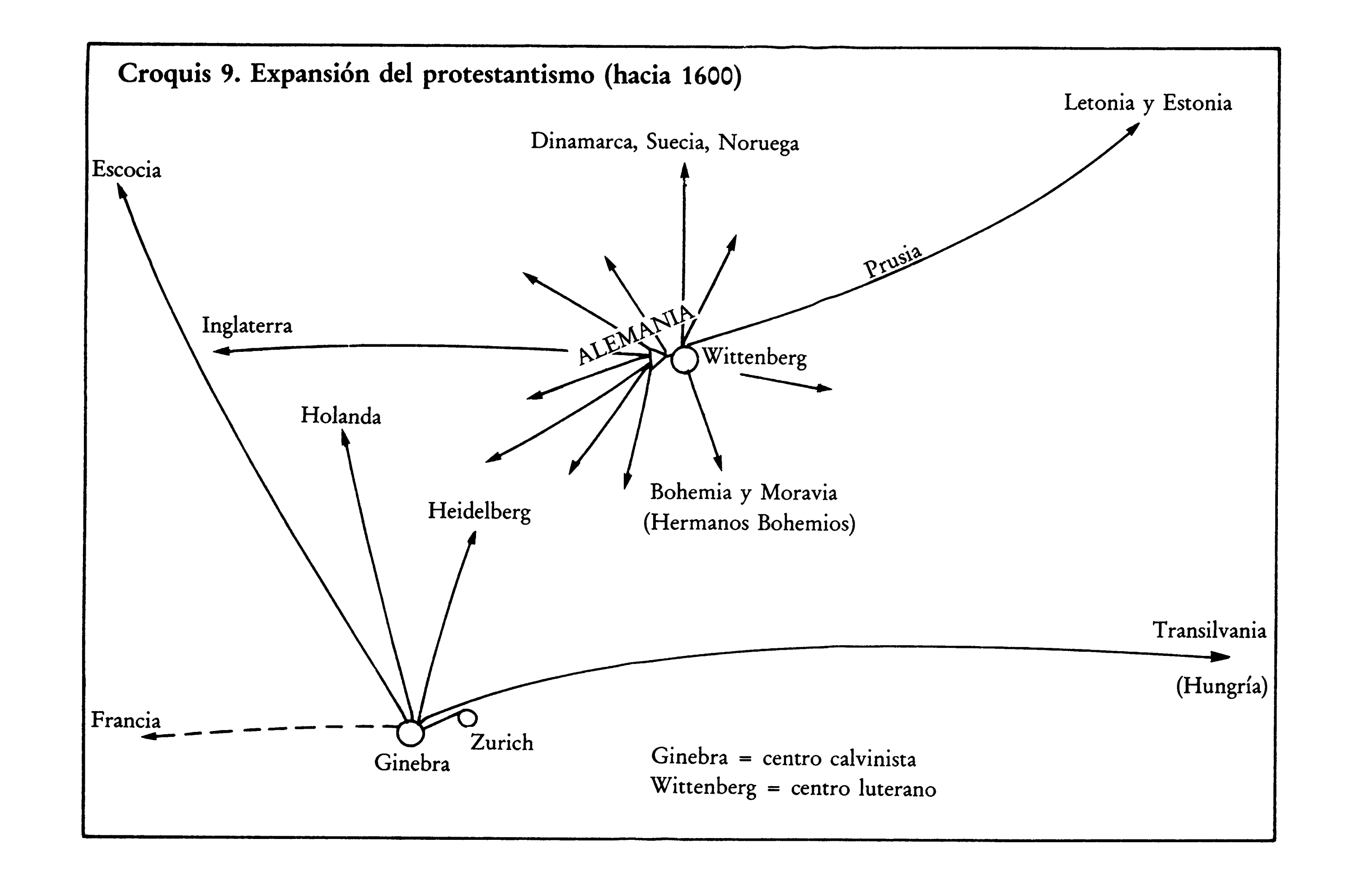
En una época de paz, posterior al tratado de Augsburgo (1555) entre los católicos y los protestantes, los jesuitas se dedicaron a preparar a la juventud para la futura lucha contra la Reforma protestante mediante la fundación de los colegios. Así fundaron en Alemania, Austria y los países checos unas dos docenas de colegios; unos cuantos en Polonia, uno en Hungría occidental (hoy Eslovaquia) y uno en la ciudad católica suiza de Fribourg. El nivel escolástico de estos colegios era muy elevado, y la juventud se vio atraída hacia ellos. La tensión entre la reforma y la contrarreforma aumentó en 1608, cuando se fundaron en Alemania una liga de los príncipes protestantes y otra liga de príncipes católicos. Era sólo cuestión de breve tiem-

po para que estallara una guerra entre ellos. La guerra comenzó en 1618 con un incidente al parecer insignificante en Bohemia, y se extendió en pocos años a toda Alemania. Algunas otras potencias europeas se vieron envueltas en ella. Con el tiempo la guerra comenzó a perder su carácter religioso, sobre todo cuando la católica Francia, rodeada por los Habsburgo, decidió apoyar a los protestantes alemanes. El agotamiento, la destrucción y la creciente indiferencia hacia la religión condujo después de treinta años a las negociaciones de paz. La paz llamada de Westfalia se concluyó en 1648 entre los católicos, los luteranos y los calvinistas, reconocidos así internacionalmente por primera vez. Suiza fue reconocida como un país soberano y neutral. El papa protestó contra la paz, pero no fue escuchado. Alemania quedó definitivamente dividida en el norte protestante y el sur católico, que incluía a Austria y a Bohemia. (La expansión del protestantismo se puede apreciar en el croquis 9.)

Los países checos, Austria y Hungría

Con la muerte sin herederos de Luis, rey de Bohemia y Hungría, en 1526, quedó vacante el trono de esos dos países. El candidato más viable resultó ser el archiduque de la vecina Austria, Fernando, hermano menor de Carlos V, quien le había cedido el dominio hereditario de Austria en 1522. Se ha mencionado ya el contrato matrimonial entre el emperador Maximiliano y el rey de Bohemia, Ladislao, de acuerdo con el cual el joven Fernando se casaría con la hermana de Luis y, en el caso de que éste muriera sin herederos, su cuñado heredaría sus posesiones. Se trataba, por supuesto, de un contrato privado, no aprobado por la nobleza de Bohemia; pero el contrato resultó sorprendentemente eficaz, pues aun cuando Fernando no tenía derecho a la corona de Bohemia, fue elegido en 1526 rey por la nobleza del país. Poco tiempo después fue elegido también rey de Hungría, dando principio así a la monarquía habsburgo austriaca, cuya cabeza gobernaría, por lo pronto, a los tres países, Bohemia, Austria y Hungría por separado. Su hermano mayor, el rey de España, pasaría tres decenios después la corona imperial romano-alemana, a Fernando, pero esta dignidad, como se ha dicho varias veces, no le daba mucho poder en Alemania.

Hay que mencionar aquí que una gran parte de Hungría estaba en manos de los turcos. Ya en el año de 1529 el ejército turco sitió por primera vez a Viena, la capital austriaca. Rechazados, los turcos se contentaron con el dominio sobre casi toda la planicie húngara. Los Habsburgo ejercían un control limitado únicamente sobre una franja en el poniente, sobre el montañoso norte de Hungría (hoy Eslovaquia, parte de Checoslovaquia) y el montañoso oriente, llamado Transilvania (hoy parte de Rumania).


Croquis 9. Expansión del protestantismo (hacia 1600)
Letonia y Estonia
Dinamarca, Suecia, Noruega
Escocia
Prusia
Inglaterra
ALEMANIA
Wittenberg
Holanda
Heidelberg
Bohemia y Moravia
(Hermanos Bohemios)
Transilvania
(Hungría)
Francia
Zurich
Ginebra
Ginebra = centro calvinista
Wittenberg = centro luterano

La gran transformación que ya estaba en curso en Alemania mientras los nobles de Bohemia debatían en 1526 quién debería ser su rey, era la Reforma luterana. El luteranismo se extendió pronto a Austria y a la población alemana étnica de Bohemia, Moravia y Hungría. Ahora bien, los Habsburgo eran, salvo raras excepciones, católicos fieles a los papas; por tanto, eran enemigos naturales de la Reforma. Sin embargo, al ser coronado rey de Bohemia, Fernando I tuvo que jurar que respetaría la modesta conquista de los husitas, la comunión bajo las dos especies. Fernando respetó su juramento; igualmente tuvo que tolerar la expansión del luteranismo. Se limitó a perseguir a los grupos radicales como a los Hermanos de Bohemia, muchos de los cuales tuvieron que emigrar a la tolerante Prusia y a la entonces tolerante Polonia; también persiguió a los anabaptistas alemanes que se habían refugiado en Moravia. Dentro de sus posibilidades, Fernando fomentó en Bohemia el restablecimiento de la fe católica. Así, en 1556 —varios años antes de que terminara el concilio de Trento— invitó a los jesuitas a establecerse en Praga, en la que pronto se distinguieron como campeones de un sistema nuevo de educación, lo cual contribuyó sin duda al triunfo final de la Contrarreforma en Bohemia.

El sucesor de Fernando I fue Maximiliano II, uno de los muy pocos Habsburgo con simpatía por el protestantismo. Pero por razones de política internacional o dinástica, vivió y murió dentro de la Iglesia católica, pues no ignoraba que si reconocía formalmente al protestantismo, la dinastía Habsburgo se dividiría en dos grupos hostiles —el grupo protestante alemán y el grupo católico español—, lo cual a la larga conduciría a su fin. En su breve reinado, Maximiliano continuó la política de su padre, aun cuando no podía lograr nada contra los protestantes austriacos. Pero la Contrarreforma no estaba inactiva. Todavía en el año de 1581 el consejo municipal de Graz, capital de Estiria, una provincia de Austria, pudo multar a todos los que asistían a un sermón católico; pero ya el año siguiente el gobernador de la provincia arrestó al alcalde y decretó la asistencia obligatoria de los habitantes a las iglesias católicas de la ciudad. Todavía en los años 1570, los nobles vieneses mostraban su falta de respeto a la Iglesia católica montando a caballo dentro de la catedral de San Esteban; pero pocos años después a uno de los ministros luteranos ya no le fue permitido predicar dentro de las murallas de la ciudad. Por 1595 sólo el gobernador de Estiria y su séquito inmediato comulgaban en Graz durante el Domingo de la Resurrección; un decenio después, hacia 1605, ya no existían servicios protestantes en Estiria. Una recatolización semejante tuvo lugar en las demás provincias austriacas. Una de las transformaciones más dramáticas de la historia es el éxito de la Contrarreforma en Austria —sin derramamiento de sangre.

En parte porque toda la Hungría central estaba ocupada por los turcos, y en parte porque el gobierno habsburgo no podía por esta razón controlar eficazmente el norte y el oriente de Hungría, los acontecimientos en este

último país se desarrollaron de otro modo. Los nobles húngaros de Transilvania, quienes habían aceptado la variedad calvinista del protestantismo, vieron la oportunidad de concluir una alianza con los turcos con el fin de librarse de los Habsburgo y mantener su independencia. Por un tiempo tuvieron una complicación con el comandante rumano Micael, quien logró por poco tiempo unir a todas las regiones de habla rumana bajo su cetro. Micael proclamó su decisión de volverse vasallo del emperador habsburgo y hasta hizo un viaje a Praga para rendir un homenaje a Rodolfo rey de Bohemia y al mismo tiempo emperador rumano-alemán. Pero esto no convenía a la nobleza calvinista húngara, y Micael acabó por ser asesinado.

La aceptación del calvinismo por la nobleza húngara oriental merece una explicación. La lengua oficial del gobierno y del parlamento húngaro era el latín y, puesto que Lutero escribió en gran parte en alemán y Calvino en latín, el calvinismo se convirtió, por decirlo así, en la religión nacional de la nobleza húngara de Transilvania. Pero era un calvinismo moderado, ya que Hungría era un país amenazado por un emperador católico y el sultán musulmán, con un campesinado rumano-ortodoxo-griego y con las ciudades de religión luterana.

Así sucedió que en el año de 1571 fue proclamada en Hungría oriental una tolerancia religiosa; tanto los católicos como los luteranos de las ciudades alemanas étnicas y los unitarios, quienes se habían refugiado allí, fueron tolerados por los calvinistas dominantes. Ante la embestida católica que venía desde Austria, los húngaros se sublevaron y su dirigente, Esteban Bocskay, no sólo concluyó una alianza con el sultán sino que rindió homenaje al Gran Visir en su campamento de Budapest, besó su mano y su rodilla y aceptó de sus manos la corona real de Hungría. Pero Bocskay no estaba destinado a fundar una dinastía. Los Habsburgo reaccionaron y empezaron a negociar directamente con el sultán. El resultado fue el tratado de Viena en 1606, en el cual Bocskay renunció a la corona húngara y se contentó con el principado de Transilvania, a cambio de una libertad prácticamente completa para los protestantes en Hungría, esto es, Transilvania y la actual Eslovaquia. A diferencia de Austria, la Contrarreforma sufrió en Hungría una derrota.

De los países dominados por los Habsburgo centroeuropeos quedaban aún Bohemia y Moravia —países de la corona de Bohemia—, en los cuales la Contrarreforma no podía por mucho tiempo ganar la batalla a los protestantes. Sobre todo los protestantes en Bohemia parecían muy combativos —de hecho estaban a la defensiva—, mientras que en la provincia de Moravia había una relativa tranquilidad, pues algunos de sus nobles más prominentes eran miembros de la secta protestante pacificista de los Hermanos de Bohemia y favorecían una paz con la Iglesia católica. Pero esta última estaba dominada por el espíritu de una Contrarreforma agresiva. El momento decisivo se acercó en 1617, cuando el parlamento de Bohemia, com-

puesto por la nobleza protestante y católica, aceptó como rey a Fernando Habsburgo, partidario de la Contrarreforma agresiva. Esto fue una señal para una ofensiva contra los protestantes. La administración de Bohemia, en manos de unos nobles católicos nombrados por el rey, quien residía en Viena, comenzó a cometer actos de provocación contra los protestantes tanto checos como alemanes étnicos avecindados en Bohemia. La situación internacional no era favorable a los protestantes de Bohemia cuando ellos al fin se sublevaron en 1618, destituyeron al rey Fernando II y eligieron al príncipe calvinista Federico V del Palatinado (en alemán *Pfalz*, una región cuya capital era Heidelberg) como rey de Bohemia. Federico era el príncipe calvinista más prominente en Alemania pero se mostró inepto para defender el baluarte más expuesto del protestantismo. Por un momento hubo una esperanza de que el príncipe de Transilvania, Gabriel Bethlen, quien se había aliado a los turcos y proclamado campeón de la causa protestante, acudiría en su ayuda. Pero Fernando II logró comprar la neutralidad de Bethlen con concesiones territoriales. Lo peor de todo fue que el luterano más prominente de Alemania, el duque de Sajonia, decidió unirse a los católicos Habsburgo. Con su vecina Moravia en actitud neutral, la pequeña Bohemia no podía esperar un triunfo sobre la Contrarreforma.

En el mismo año de 1618, comenzaron los combates entre los rebeldes de Bohemia y las fuerzas católicas, y que vinieron a ser el principio de la Guerra de Treinta Años, en la que habría de tomar parte la mayoría de los países europeos. Mientras Bohemia había recibido sólo una ayuda monetaria de los Países Bajos calvinistas, el partido católico tenía el apoyo del papa y de España y, sobre todo, tenía un competente dirigente militar en el duque Maximiliano de Baviera; además, como se ha dicho, el duque de Sajonia, a pesar de ser protestante —hubo una rivalidad entre los luteranos y los calvinistas—, se unió a los Habsburgo. Así abandonada, la pequeña Bohemia sucumbió en 1620 en la batalla de la Montaña Blanca, cerca de Praga. En vez de defender a su nuevo país, el rey Federico huyó precipitadamente de Bohemia, dejándola a merced de los vencedores. Por su ineptitud, Federico perdió no sólo su nuevo reino sino también sus posesiones hereditarias; Fernando II, emperador romano-alemán desde 1619, lo declaró fuera de la ley y persuadió a los demás príncipes electores del imperio a transferir el Palatinado calvinista y su voto electoral de Federico a Maximiliano, duque de Baviera, campeón del catolicismo militante, acto que cambió el equilibrio en Alemania en perjuicio de los protestantes.

Entre tanto, el partido católico vencedor comenzó a ejercer en Bohemia sus represalias. Por lo pronto fueron expulsados de Bohemia los predicadores calvinistas, y los jesuitas, expulsados por el gobierno rebelde en 1618, regresaron de nuevo a Praga. Los dirigentes de la sublevación protestante que no habían logrado huir fueron encarcelados y juzgados por una comisión imperial. Fernando II había decidido castigar a los derrotados con una

implacable crueldad. En 1621, medio año después de la derrota militar de los protestantes de Bohemia, veintiséis de sus dirigentes fueron decapitados en la plaza principal de Praga, frente al palacio municipal. Los ejecutados eran en gran parte nobles checos pertenecientes a varias iglesias protestantes; los nobles alemanes étnicos, compañeros de los checos en la sublevación contra los Habsburgo, eran una minoría. También unos cuantos burgueses fueron ejecutados.

Fernando II estaba ahora libre para dedicarse a la tarea principal de recatolizar al país. Al principio procedió con cautela porque no quería enojar a su aliado, el luterano príncipe de Sajonia, ni a los húngaros calvinistas. (Sajonia se unió después a los protestantes e invadió a Bohemia con la ayuda de los exiliados checos, en 1631.) Todas las religiones protestantes fueron gradualmente prohibidas, obligando así a sus partidarios a convertirse al catolicismo. Este proceso culminó en 1627, cuando todos los nobles de Bohemia, quienes aún conservaban la religión protestante, recibieron un plazo de seis meses para vender sus bienes y emigrar. Semejante medida fue decretada para los burgueses, a quienes, empero, no se les concedió plazo alguno. Se calcula que de este modo emigraron de Bohemia entre treinta y cuarenta mil familias, o sea entre ciento cincuenta y doscientas mil personas, aproximadamente el 5% de la población total que en 1620 se calculó en 3 millones. Por supuesto, los emigrados tuvieron que vender sus bienes en una fracción de su valor, de modo que se fueron empobrecidos. Los compradores católicos se enriquecieron. La mayor parte de los emigrados se fue a las partes protestantes de Alemania, otros a Hungría, sobre todo a su parte septentrional, llamada hoy Eslovaquia, a la aún en parte tolerante Polonia y a Holanda. Los campesinos no recibieron la opción de emigrar; eran siervos. Ya que también ellos eran en su mayoría protestantes, los nobles católicos les aumentaron los trabajos forzosos y otros deberes serviles. Muchos campesinos huyeron clandestinamente al extranjero.

El peor castigo impuesto a los nobles de Bohemia que participaron en la rebelión contra los Habsburgo —es decir, la mayor parte de la nobleza— fue la confiscación total ò parcial de sus bienes. Se calcula que así fueron confiscados tres cuartos del territorio de Bohemia. Pero el fisco de Fernando II no recibió de esa operación casi nada, pues en parte los bienes confiscados fueron vendidos para financiar al ejército durante la Guerra de Treinta Años, en parte fueron donados a los generales imperiales, a los oficiales y a otras personas. Los beneficiados fueron en gran parte extranjeros, austriacos y bávaros, quienes recibieron del emperador títulos de nobleza. Bohemia se convirtió así prácticamente en un país alemán en el sentido de que su nobleza se convirtió en alemana: los campesinos —siervos que hablaban el checo— no importaban. La Iglesia católica, que en un tiempo —antes de las guerras husitas— poseyó la mitad del territorio de Bohemia, esperaba

ahora que se le devolviera una parte del botín, pero no recibió casi nada; tales eran las necesidades de la guerra, la Guerra de Treinta Años.

Y así sucedió que poco tiempo después de la Paz de Westfalia (1648), en la segunda parte del siglo XVII, Bohemia era ya un país católico en el que nadie se acordaba de su pasado protestante. Moravia también se volvió católica, pero, a diferencia de Bohemia, sin derramamiento de sangre. Los protestantes, antaño tan abundantes en ella, sobre todo los Hermanos de Bohemia, llamados ahora los Hermanos Moravios, en su mayor parte emigraron; pero varios grupos protestantes lograron sobrevivir y practicar su religión clandestinamente en las montañas que formaban la frontera de Moravia con Hungría. A través de ellas mantuvieron un contacto secreto con sus correligionarios eslovacos. De este modo se sostuvieron allí hasta el decreto de tolerancia religiosa de 1781.

Polonia

Polonia, un país tan grande que en unión con Lituania llegaba desde el mar Báltico casi hasta el mar Negro, estaba más alejado de los focos de la Reforma. Por esta razón no fue tan afectado por ella como Alemania, Bohemia y Austria. Polonia permaneció en una mayoría preponderante católica, pero al mismo tiempo tolerante como lo había sido desde el siglo XIV. Los reyes de la dinastía polaca de origen lituano continuaron la política de tolerancia religiosa. A ella se debe, por lo menos en parte, un florecimiento cultural que otros países como Bohemia, sumergida en las luchas religiosas del siglo XVI, no tuvieron. El personaje más sobresaliente de ese renacimiento polaco fue el poeta Jan Kochanowski (1530-1584).

Las diversas corrientes protestantes no dejaron de ser en Polonia unas minorías elitistas que no alteraron la paz civil. Entre los grupos o sectas protestantes activas en Polonia se puede mencionar a los luteranos, que encontraron adeptos sobre todo entre la población étnica alemana. Luego penetró en Polonia la doctrina calvinista cuyo partidario más conocido fue la familia Radziwill, familia dominante en Lituania. A mediados del siglo XVI se asentaron en Polonia, bajo la protección de una familia noble, los Hermanos checos, expulsados de Bohemia por el rey Fernando, un Habsburgo. Con el tiempo, los hermanos checos residentes en Polonia se fusionaron con los calvinistas polacos. Como última ideología se puede mencionar el unitarismo (antitrinitarismo, arrianismo), que había sido llevado a Polonia por dos exiliados italianos apellidados Socini. Así se formó el grupo de los "Hermanos polacos". Si bien al principio los unitaristas colaboraron con los protestantes, ya en 1565 se dividieron, pues la fe en la Trinidad era esencial para los protestantes.

A pesar del carácter más bien pacífico de todas esas sectas, la Iglesia católica no estaba dispuesta a tolerarlas. Al terminar el concilio de Trento en 1564, el rey polaco Segismundo II Augusto aceptó inmediatamente sus decretos y expulsó a los herejes más extremistas. En 1565, apenas un año después, llegaron los jesuitas como la vanguardia de la Contrarreforma. El rey murió en 1572 sin hijos, extinguiéndose así la dinastía nacional polaco-lituana. El país se encontró al borde de una guerra civil. Para impedirla, los sectores dominantes se pusieron de acuerdo y proclamaron en 1573 la libertad de cultos, deteniendo por el momento a la Contrarreforma. En lo político, establecieron una monarquía electiva —de hecho una república de los nobles con un presidente-rey elegido de por vida. Así, el primer rey fue un francés, después un húngaro, después un sueco... Y hubo también reyes de origen polaco; el más famoso de ellos fue Jan Sobieski, quien contribuyó en 1683 a la liberación de Viena sitiada por los turcos... El último rey polaco fue Estanislao II Poniatowski.

Entre tanto fue progresando la Contrarreforma, aun cuando en Polonia nunca mostró la virulencia que manifestó en los países dominados por los Habsburgo, prácticamente todos ellos católicos fanáticos en el siglo XVII. El fortalecimiento gradual del catolicismo en Polonia se debió más bien, quizás, al nacionalismo: a las guerras entre Polonia y Rusia moscovita de religión ortodoxa-griega, y a la creciente propaganda germano-luterana. Así el catolicismo se volvió la religión nacional polaca. Polonia no participó en la Guerra de Treinta Años, pero tuvo sus guerras propias con Suecia protestante, con los turcos musulmanes y con los moscovitas ortodoxos. Después de la Paz de Westfalia, la Contrarreforma en Polonia se volvió más agresiva. En 1658 fueron expulsados los unitaristas mientras iban mermando las demás sectas protestantes. Y así, a principios del siglo XVIII, a los pocos no católicos que quedaban en el país, se les prohibió ser diputados al parlamento y tener puestos públicos.

Unas palabras sobre la pequeña Lituania. La unión de ésta y Polonia en 1385 benefició principalmente a Polonia, pues hizo de ella una potencia. También culturalmente, Lituania fue sucumbiendo ante Polonia, de modo que en el siglo XVI la nobleza lituana hablaba y escribía en polaco; sólo los campesinos (que eran, por supuesto, católicos) empleaban la lengua lituana.

La unión de ambos países era personal; Polonia y Lituania tenían al mismo rey pero conservaban sus instituciones propias. Esto cambió en el año de 1569, cuando la unión de los dos países se hizo real: se estableció un solo parlamento para los dos países en el que predominaron los polacos, que eran varias veces más numerosos que los lituanos. En esta forma Polonia fue absorbiendo a Lituania. Este proceso culminó en 1696, cuando la lengua polaca fue declarada lengua oficial en Lituania. La lengua lituana había sido considerada como inferior desde hacía tiempo.

Una suerte diferente tuvieron otros dos pequeños países bálticos, Leto-

nia y Estonia. A diferencia de Lituania, estos últimos países estaban dominados por la Orden de los Caballeros Alemanes. La cultura alemana, por estas razones políticas, predominaba allí. No era, pues, extraño que al disolverse la Orden de los Caballeros Alemanes, sus miembros, al aceptar la religión luterana, llevaran a cabo la misma reforma religiosa en Letonia y Estonia. Así, estos dos pequeños países se volvieron protestantes. (Las consecuencias de la Paz de Westfalia se pueden apreciar en el croquis 10. Véase también el mapa 3, Europa en el siglo XVII.)

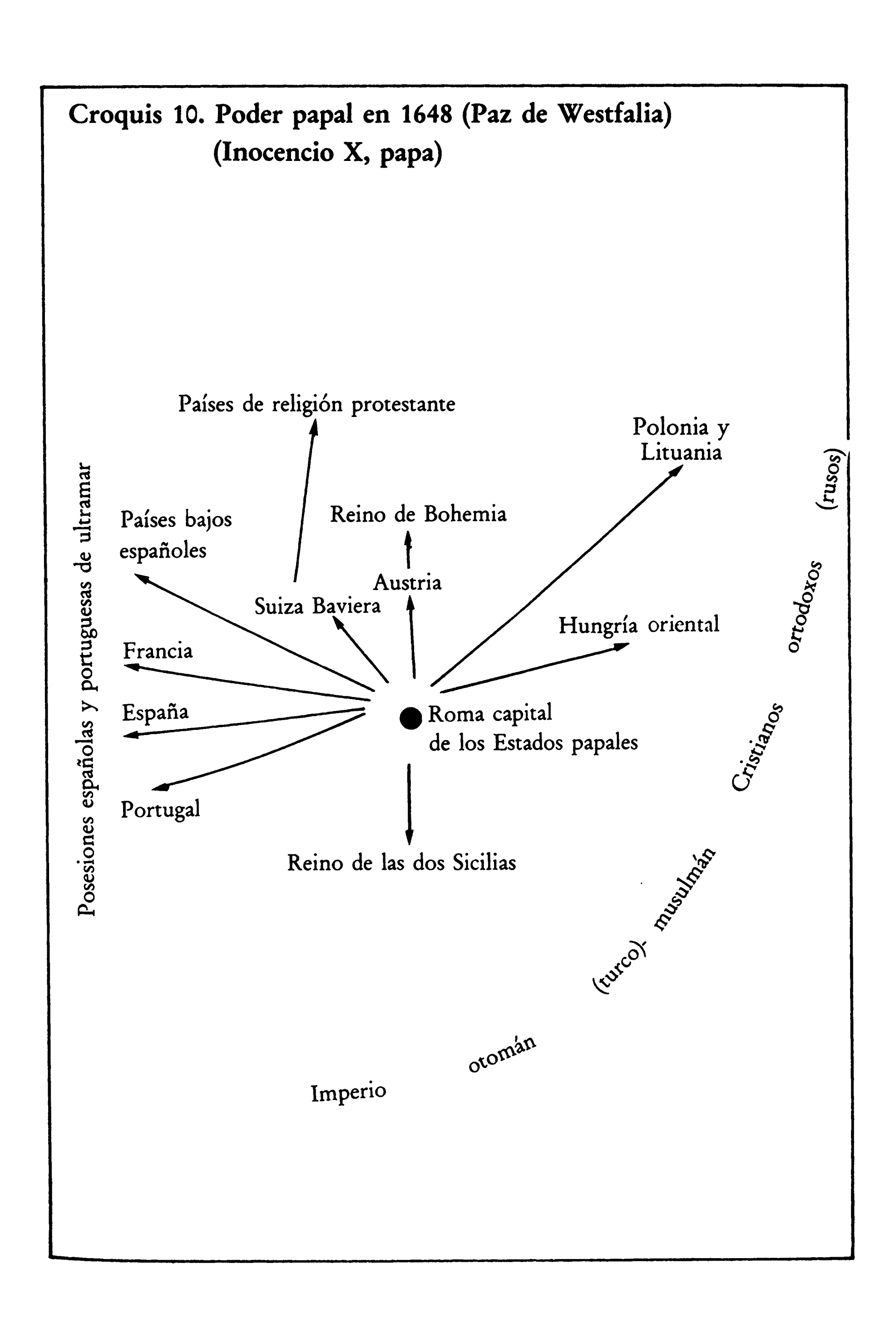
VIENA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Viena nació allí donde el valle del Danubio se ensancha y el río se divide en muchos brazos que antiguamente se podían vadear. Así, la ciudad situada en la orilla sur del río tenía comunicaciones abiertas no sólo a lo largo del Danubio —hacia el oriente y hacia el poniente— y hacia Venecia en el sur, sino también hacia Bohemia y Polonia en el norte. Viena era un importante centro comercial ya en los siglos XIV y XV. El testimonio de su riqueza es la catedral de San Esteban, construida precisamente en los últimos siglos de la Edad Media.

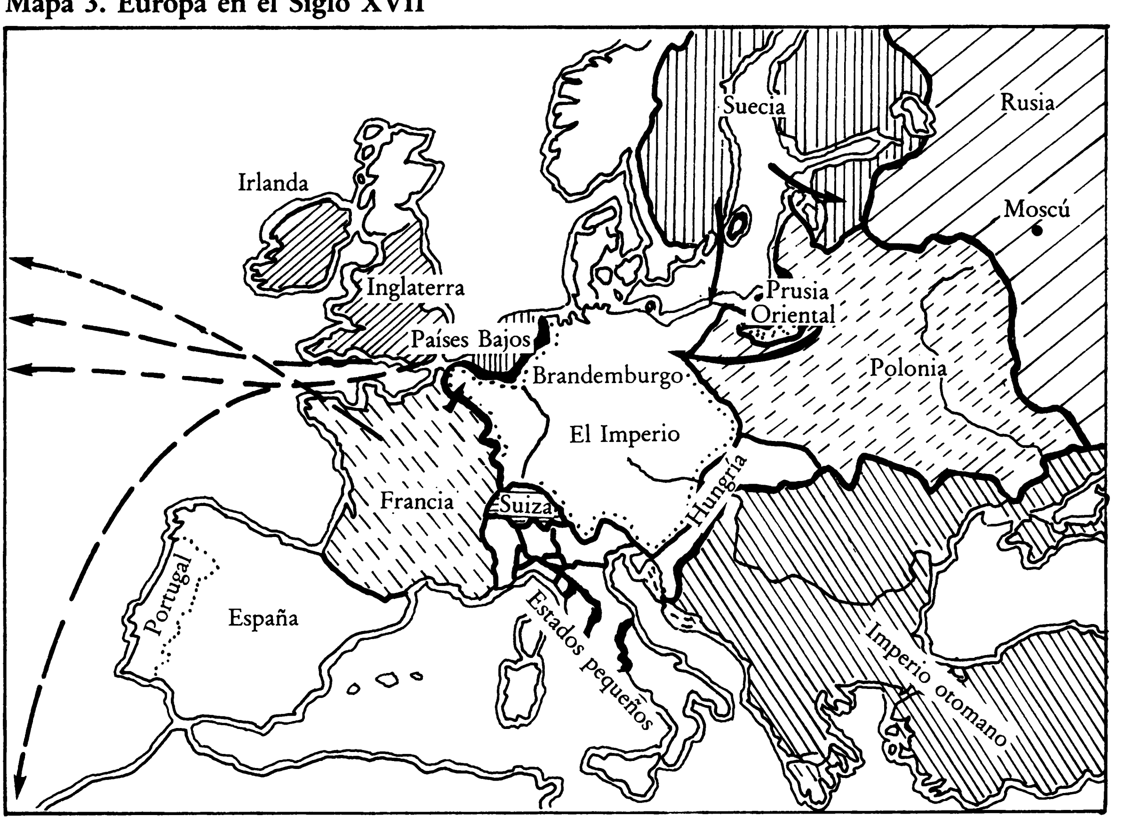
Los duques de Austria concedieron a Viena en los siglos XIII y XIV muchos privilegios, pero se reservaron el derecho de ejercer un cierto control sobre el alcalde. Tampoco perdieron los duques el poder de eximir a ciertos grupos o individuos, por ejemplo a sus propios acuñadores de moneda o a los mercaderes flamencos, importadores de los famosos paños, del control municipal. Fuera de estos límites, los vieneses eran relativamente libres: elegían a su consejo municipal y a su alcalde, y ejercían su jurisdicción propia en la ciudad y sus alrededores inmediatos.

Sin embargo, hacia el fin del siglo XV cambiaron las rutas comerciales y sobrevino la decadencia económica de la capital austriaca. La crisis fortaleció a los elementos democráticos, que se volvieron prominentes si no dominantes en Viena inmediatamente después de la muerte del emperador Maximiliano I en 1519. Su nieto, el duque Fernando I, bruscamente restableció el orden y otorgó en 1526 a la ciudad una constitución nueva que recortaba las libertades medievales y las sometía a un riguroso control de los Habsburgo.

En el siglo XVII Viena era administrada por cien burgueses de la ciudad, divididos en el consejo común de 76 miembros y en dos consejos especiales de una docena de miembros cada uno. Los 24 miembros especiales elegían a los 76 comunes. Sólo burgueses propietarios de inmuebles, que no eran meramente mercaderes, podían ser miembros de los dos pequeños consejos especiales. Estas veinticuatro personas formaban la "élite" o el patriciado. Todas las elecciones tenían que ser aprobadas por un comisionado


Croquis 10. Poder papal en 1648 (Paz de Westfalia)
(Inocencio X, papa)
Países de religión protestante
Polonia y
Lituania
Posesiones españolas y portuguesas de ultramar
Países bajos
españoles
Reino de Bohemia
Austria
Suiza Baviera
Hungría oriental
Francia
España
Roma capital
de los Estados papales
Portugal
Reino de las dos Sicilias
Cristianos ortodoxos (rusos)
Imperio otomán (turco)- musulmán

Mapa 3. Europa en el Siglo XVII



del gobierno Habsburgo. Es obvio que los 24 patricios elegían para el consejo común únicamente a los hombres dignos de su confianza, en especial a los maestros más prósperos de los gremios. Finalmente, los cien elegían al alcalde.

Por encima de la burguesía estaba la nobleza, también dividida en varios rangos. El lugar más alto lo ocupaban las antiguas familias austriacas; el más bajo, aquellos que habían obtenido su título de nobleza recientemente. A causa de que Viena ya era, de hecho, capital de Austria, Bohemia y Hungría, y que era la sede de una muy extensa corte, la nobleza era abundante. Era de esperarse que la nobleza que vivía de sus propiedades en el campo, empezara a comprar inmuebles dentro de la ciudad amurallada; con el tiempo la parte que pertenecía a los burgueses declinó considerablemente en favor de la correspondiente a los nobles. Al lado de la nobleza estaba la Iglesia con sus iglesias y conventos, que aumentaron en número y riqueza en esta era —la culminación— de la Contrarreforma. Había aproximadamente una docena de órdenes religiosas entre las tradicionales y las nuevas. Finalmente, encima de la nobleza y la Iglesia estaba la corte habsburga con sus innumerables sirvientes y sus gastos. Viena parecía más bien una ciudad de la corte, la nobleza y la Iglesia que de la burguesía.

Cambió la estructura y la composición social; la burguesía cedió el lugar a la nobleza. Viena decayó como centro comercial, pero se levantó como la sede de la corte habsburga. Es que estaba ubicada en el centro del Imperio Habsburgo, que incluía a Austria, Bohemia, Moravia, Silesia (al norte de Moravia) y Hungría.

En la segunda parte del siglo XVII había en Viena, dentro de la ciudad fortificada, 1 100 casas; a muchas de ellas les habían aumentado un piso a causa del aumento de la población y la escasez del espacio; había, además, suburbios, y en total casi 100 000 habitantes, una buena parte de ellos en los suburbios. Un fenómeno común en aquel entonces eran las plagas (peste bubónica). En la epidemia de 1679 y 1689 murieron 50 000 personas, cifra increíble. Las plagas continuaron hasta el siglo XVIII; la última de ellas tuvo lugar en 1713. Durante el sitio de Viena por los turcos en 1683, murieron allí muchos menos civiles que en las epidemias de peste.

Austria efectuó en 1673 una alianza defensiva, contra la Francia de Luis XIV, con los Países Bajos, considerados por la Iglesia como herejes. En vano se opuso el papa a esta alianza con los calvinistas. En cambio, el papa no objetó que la Sajonia luterana ayudara a Austria en 1683 contra los ejércitos turcos. Obviamente el enemigo principal eran los musulmanes.

El sitio de Viena duró tres meses, de julio a septiembre de 1683. Como se podía esperar, la población civil sufrió una terrible epidemia de disentería, pero al fin los turcos fueron derrotados y perseguidos hasta el interior de Hungría.

Viena —y no sólo ella— obtuvo de la derrota de los sitiadores un gran

beneficio: en el campamento turco hallaron los cristianos vencedores costales de café, sustancia hasta entonces desconocida en Europa central. Muy poco después del sitio varios griegos y serbios —todos ellos cristianos oriundos del imperio turco— comenzaron a abrir cafés en la ciudad de Viena. Por lo menos, así va la leyenda. Y como se sabe, los cafés hicieron a Viena muy atractiva tiempo después. (La información sobre Viena fue tomada del libro de John Stoye, *The Siege of Vienna*, Londres, 1964.)

RUSIA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

En la segunda parte del siglo XVI, Rusia fue dominada por el zar Iván IV llamado el Terrible. Sucedió a su padre —hijo de Iván el Grande— en 1533, a la edad de tres años. Como era común en los reinos donde el rey era un niño, Iván sufrió mucho durante la regencia de las antiguas familias principescas. A la edad de dieciséis años se hizo coronar al estilo bizantino, como el zar (emperador) de todas las Rusias, y un año después tomó el gobierno en sus manos.

Después se dedicó a reducir el poder de los nobles, muchos de los cuales descendían de las familias que gobernaban antes a otras provincias rusas y se sentían hasta cierto punto iguales a él. Quizás en parte a causa de su infeliz niñez, Iván recurrió a medios violentos. En este llamado reino de terror, que duró los últimos veinte años de su vida (1565-1584), rodaron las cabezas de muchos nobles.

En su afán de establecer una autocracia, Iván se enfrentó también a la Iglesia. Ciertamente, Iván el Terrible llevó a Rusia la imprenta (el primer libro —un texto eclesiástico— fue impreso en Moscú en 1564), pero ésta se quedó hasta el siglo XVIII en las manos de la Iglesia y se limitó a publicar libros religiosos en el idioma llamado eslavo antiguo. Las medidas del zar se dirigieron sobre todo contra la acumulación de bienes por la Iglesia, y sobre todo por los monasterios, muchos de ellos opulentos. (En la iglesia ortodoxa griega o rusa no había órdenes religiosas. Los monjes se dedicaban a la vida ascética y a la meditación, no al estudio, a diferencia de numerosas órdenes monásticas occidentales. No se puede afirmar que los monjes rusos hayan contribuido al desarrollo cultural de su país.) Iván el Terrible no titubeó en mandar quemar en la hoguera al arzobispo de Moscú Felipe, quien había osado pedir al zar moderación y clemencia. Este castigo cruel aumentó la sujeción de la Iglesia al Estado.

Con el fin de debilitar a la nobleza antigua, Iván IV creó a una nobleza nueva que dependía enteramente de él. A los nuevos nobles les concedía tierras a cambio del servicio al Estado, sobre todo al servicio militar. A cambio de los servicios, el zar favoreció a la nobleza nueva menoscabando la condición social del campesinado.

A causa de tantas purgas sangrientas, Rusia se debilitó y en su expansión dirigida contra el occidente, contra Polonia y Suecia, al zar no tuvo éxito. Hasta los tártaros que tenían su base en la península de Crimea, tuvieron fuerza suficiente para saquear y quemar Moscú en 1571-1572. Y es que Iván estaba concentrado en su intento de conquistar el acceso al mar Báltico. En estas guerras, que duraron un cuarto de siglo (1558-1583), Iván fue derrotado. En cambio, Rusia tuvo éxito en su expansión hacia el oriente, hacia Siberia. Pero esto está fuera de nuestro tema.

Esta herencia —un Estado nuevo que pareció más fuerte de lo que era— la recibió el hijo de Iván el Terrible, Fedor (Teodoro), quien "gobernó" de 1584 a 1598. De hecho el gobierno estaba en las manos del noble Boris Godunov, quien ambicionaba la corona imperial, de modo que al morir Fedor en 1598 sin hijos, como último descendiente de la dinastía nacional rusa, Godunov se hizo proclamar zar. Fedor tuvo otro hermano menor, Demetrio, quien había muerto en 1591, posiblemente asesinado por órdenes de Godunov.

Mientras tanto, las medidas impuestas a los campesinos en los tiempos anteriores tuvieron el efecto de que muchos huyeran de sus amos para ingresar en las filas de los cosacos en la frontera del sur. Los cosacos (la palabra viene del tártaro y significa "hombre a caballo") eran campesinos libres quienes, además, como excelentes jinetes, combatían a los polacos en Ucrania, entonces una posesión de Polonia. El éxodo de los campesinos era tan grave que Godunov concedió en 1597 a los terratenientes un plazo de cinco años para reclamar a los campesinos fugitivos. La situación empeoró durante la hambruna de 1601-1603.

Así comenzó un decenio de caos. En 1604 apareció de la nada un hombre que se declaró el hijo de Iván el Terrible, Demetrio, supuestamente asesinado en 1591 y se proclamó zar. En efecto, al morir Godunov en 1605, el impostor fue "reconocido" por su supuesta madre, la viuda de Iván el Terrible, y asumió el trono, para ser asesinado al año siguiente. Entonces los antiguos nobles colocaron en el trono a uno de los suyos, Basilio Shuisky. Apremiado por la crisis en el campo, el nuevo zar prorrogó en 1607 el plazo que los terratenientes tenían para reclamar a sus siervos fugitivos, a quince años; asimismo impuso multas a los terratenientes que albergaban a los siervos ajenos.

Un año después apareció otro impostor, el falso Demetrio II, quien al parecer era un revolucionario campesino. Como tal gozaba del apoyo de los cosacos y los campesinos. Según el hitoriador ruso M. Pokrovsky, la propiedad individual campesina creció en aquel entonces de tres a diez hectáreas, cifra que parece difícil de creer. El falso Demetrio II apeló a la ayuda militar polaca. El ejército polaco ocupó Moscú, pero Demetrio no lo pudo lograr y por esto no llegó a ser zar. Al fin fue asesinado en 1610 en una

reyerta privada. El mismo año el zar Shuisky fue destituido y recluido en un monasterio. El trono quedó vacante.

Mientras tanto, Moscú y el Kremlin estaban en manos del ejército polaco. Esta humillación nacional hizo que los rusos, inspirados en su religión, se unieran contra los polacos católicos. Se organizó un ejército compuesto de casi todas las clases sociales y que, al final de 1612, reconquistó a Moscú. La revolución social fue derrotada, pero el país se liberó de la ocupación extranjera.

En el año siguiente se reunió una asamblea nacional compuesta principalmente de los nobles y de los cosacos y eligió a Miguel Romanov, joven de dieciséis años, como zar. Era un miembro de la alta nobleza y un pariente de la primera esposa de Iván el Terrible. Con él comenzó la dinastía que iba a reinar hasta 1917. Huelga decir que los principios de la dinastía nueva eran difíciles, dado el agotamiento del país. Pero gradualmente la situación se normalizó, las clases dominantes se reafirmaron en el poder y el desarrollo de Rusia continuó donde había sido interrumpido al principio del siglo. El comercio creció; en Moscú hubo todo un barrio "alemán" que incluía a otros extranjeros protestantes y que daba un buen ejemplo a los rusos por su limpieza y orden. En la política exterior, Rusia condujo entre 1615 y 1667 ocho guerras, en las que recuperó más que el terreno que le había arrebatado anteriormente Polonia, sobre todo la ciudad de Smolensk (hoy en Bielorrusia; antes parte de Lituania-Polonia), y aumentó su poder al grado de hacer llegar su influencia a los asuntos internos de Polonia.

En los decenios de 1630 y 1640, Rusia era de nuevo un país autócrata como había sido en el reinado de Iván el Terrible. Adán Clearius, un alemán protestante que visitó Rusia cuatro veces en aquel tiempo, y que hablaba el ruso, describe las condiciones del modo siguiente:

> El gobierno del estado moscovita es déspota. El zar es un soberano tan absoluto que los nobles consideran un honor ser esclavos de su majestad. Ningún amo tiene más poder sobre sus esclavos que el zar sobre sus súbditos, no importa de qué condición social sean. Ningún pueblo en el mundo tiene una veneración más grande para su príncipe que los moscovitas, quienes son enseñados desde su infancia a hablar del zar como del mismo Dios... El zar no está sujeto a las leyes, él solo las hace y todos los moscovitas lo obedecen con una gran sumisión;... la justicia y la palabra de su príncipe es sagrada e inviolable. (P. 249 de B. Dmytryshyn, *op. cit.*)

Los datos anteriores los comprueba el código legal de 1649, que —entre otras cosas— legalizó la servidumbre completa de los campesinos, concedió a los nobles amplios privilegios, reforzó el absolutismo y prohibió el crecimiento de las propiedades eclesiásticas y monacales. El código trató también de los esclavos y de los cosacos (pp. 261-262 de B. Dmytryshyn,

op. cit.). La condición de los campesinos debe haber sido terrible a juzgar por otro decreto de 1661, que reforzó los castigos a los terratenientes que daban empleo a siervos ajenos (pp. 278-279 de B. Dmytryshyn, *op. cit.*). Por lo visto, muchos campesinos habían hallado asilo o albergue en las fincas de los nobles más bondadosos.

Aun cuando Rusia no había logrado un acceso al mar Báltico, sí logró conquistar la mayor parte de Ucrania, entonces perteneciente a Polonia. En 1648, un terrateniente cosaco de Ucrania, Jmelnicky, se levantó en armas contra la Polonia católica odiada por los cosacos, quienes eran fieles a la religión ortodoxa rusa. Seis años después, Jmelnicky hizo con el zar moscovita un convenio de alianza, el cual, de hecho, reforzaría la posición rusa en la región. Jmelnicky murió en 1657, pero para entonces ya estaba en curso una guerra ruso-polaca por Ucrania. Polonia fue derrotada y cedió en 1667 Kiev, capital de Ucrania, a Rusia. Simultáneamente fue reformado el ritual de la Iglesia rusa, con concesiones a Ucrania, para poder conservar la unidad de la iglesia ortodoxa griego-rusa.

De este modo creció la fuerza de Rusia en el siglo XVII. Al fin, Rusia tomó lugar en el concierto europeo al enviar en 1672 embajadas a todas las potencias europeas.

6. SIGLO XVIII. LA ERA DEL ABSOLUTISMO

ALEMANIA

Después de la Guerra de Treinta Años, en la parte norte (protestante) de Alemania empezó a descollar el hasta entonces poco conocido estado de Brandenburgo-Prusia, en el cual dominaba la dinastía Hohenzollern. El principado consistía en diversas regiones entre las cuales no había conexión alguna. Brandenburgo tenía su capital en Berlín y Prusia, llamada después Prusia oriental, estaba separada de Brandenburgo por un territorio perteneciente a Polonia. Tanto Brandenburgo como Prusia eran tierras estériles, lacustres, pantanosas y arenosas, en suma pobres. El cultivo que más se extendió en ellas fue el de la papa. Como consecuencia de las condiciones naturales, la población era trabajadora e inclinada a aceptar una disciplina impuesta desde arriba. Ambos territorios estaban dominados por una dinastía belicosa y una clase de nobles hacendados llamados *junkers*, quienes debían en parte su carácter duro a la lucha de siglos contra los nativos eslavos y prusianos.

Brandenburgo-Prusia había ya aumentado su territorio durante la Guerra de Treinta Años. Antes del fin del siglo XVII, ese estado era el país protestante más poderoso del Imperio Romano de la Nación Alemana, cuyos emperadores, no hay que olvidarlo, eran los católicos Habsburgo de Austria. Los gobernantes de Prusia se dedicaron sistemáticamente a mejorar su ejército, de modo que en la primera parte del siglo XVIII su país era reconocido como el más militarizado en Europa. Su ejército no era el más numeroso en Europa pero sí el más eficiente. Los margraves o príncipes de Brandenburgo se empeñaron también en mejorar la economía de su país. Los colonos de Holanda y los exiliados protestantes de Francia se asentaron en las tierras inhóspitas de Prusia y contribuyeron mucho al aumento de la prosperidad del país. La índole lacustre de Brandenburgo facilitó la construcción de los canales que llegaron a comunicar a la capital, Berlín, con el mar.

En 1701, el emperador Habsburgo Leopoldo I concedió al príncipe de Brandenburgo-Prusia el título de rey, por haberle ayudado en la guerra contra Francia. Ya entonces los Habsburgo católicos buscaban y obtenían apoyo de gobernantes protestantes contra Francia católica. El título de rey, por supuesto, aumentó el prestigio de la dinastía Hohenzollern. Ya a principios del siglo XVIII, dos potencias nuevas de Europa central y oriental,

Rusia y Prusia, se añadieron a las potencias ya existentes en la región, Austria y Polonia. (No se habla de las potencias de Europa occidental.) Austria y Polonia eran países católicos, Prusia era protestante y Rusia ortodoxa griega o rusa. En el juego del poder la religión ya no era tan importante, pero continuó siendo importante dentro del imperio alemán, en el cual la hasta entonces pequeña Prusia protestante se atrevió a retar a Austria, cuyos archiduques católicos eran al mismo tiempo emperadores de Alemania. Pero su autoridad había sido reducida al grado de que el título de emperador se convertía en honorífico.

El primer rey de Prusia que inició la lucha de su país por la supremacía en Alemania, fue Federico II, llamado también "El Grande", quien gobernó desde el año de 1740 hasta 1786, en total cuarenta y seis años. En el mismo año en que ascendió al trono, este rey, de treinta años de edad, invadió a Silesia, una posesión austriaca al norte de Moravia, con un pretexto cualquiera, y la gobernante de Austria, María Teresa, a la postre tuvo que reconocer este aumento en el territorio prusiano. Las guerras de Federico II, reconocido como un gran militar, no fueron siempre exitosas. Lo seguro es que lo acompañó una gran suerte. En 1762 estaba derrotado por Rusia. Pero el nuevo zar, Pedro III, quien acababa de ascender al trono y era un admirador incondicional del rey de Prusia, replegó a sus ejércitos en lugar de aplastarlo. La situación cambió después en Rusia (de esto se hablará en el lugar respectivo) y surgió la oportunidad de una colaboración rusoprusiana dirigida contra Polonia. Tal colaboración tuvo sus antecedentes: ya a fines del siglo XVII el joven zar ruso Pedro, llamado después El Grande, había sugerido al príncipe de Prusia una intervención conjunta en la elección del rey de Polonia después de la muerte del Sobieski (el que había salvado a Viena de los turcos).

En el siglo XVIII Polonia era mucho más débil que Prusia y Rusia. El ejército prusiano parecía tener una organización perfecta: los hijos de los ya mencionados *junkers*, los hacendados nobles prusianos, servían en él como oficiales, y los trabajadores agrícolas y los campesinos menos prósperos eran soldados. El Estado se preocupaba de que la agricultura no sufriera y así, dentro de lo posible, los trabajadores estaban siempre, en la época de las cosechas, en las haciendas. En suma, se puede decir que la relación entre el hacendado y el trabajador se hallaba reproducida —en cuanto a la disciplina y la obediencia ciega del trabajador— en la relación entre el oficial del ejército y el soldado.

No fue difícil para Federico II convencer a la emperatriz rusa Catalina para que juntos atacaran a Polonia. A principios de 1772 el proyecto rusoprusiano de repartirse Polonia fue presentado en la Corte de Viena como un hecho cumplido, y María Teresa fue invitada a tomar parte en él. Después de negarse por un tiempo a cooperar en este plan, María Teresa cedió a la presión de su hijo José, quien era ya emperador de Alemania. Así, en

lo que resultó ser apenas la primera partición de Polonia, Federico adquirió Prusia occidental, hasta entonces polaca, y en esta forma unió a Prusia oriental con Brandenburgo. También Rusia y Austria obtuvieron sus porciones. Polonia quedó trunca hasta que fue borrada del mapa en su tercera partición en 1795. El reparto de Polonia entre Prusia, Rusia y Austria cimentó la colaboración entre estas tres potencias absolutistas, colaboración que duraría, con algunas interrupciones, un siglo.

Como joven idealista, Federico II escribió un libro titulado *Anti-Maquiavelli*, en el que rechazó la política cínica defendida por el ilustre florentino. Pero con el primer reparto de Polonia, Federico II se convirtió en el mejor discípulo de Maquiavelo. En la política interior, Federico hizo mucho para modernizar a su país. En 1740 abolió el tormento, hasta entonces una práctica común en Europa. En lo personal era partidario del llamado deísmo, que enseñaba una religión racional o natural, sin dogma alguno. Como consecuencia de esta actitud que se puede llamar liberal, Federico introdujo en su reino una tolerancia absoluta hacia todos los cultos y credos. Concedió asilo, entre otros, al pensador materialista y ateo francés Lamettrie, y después también a Rousseau, cuya ciudad natal, Ginebra, ordenó la quema de sus libros. Pero la protección dispensada por el rey de Prusia no se limitó a los pensadores revolucionarios. Después de la supresión de la Compañía de Jesús en 1773 y el cierre de sus colegios, invitó a los jesuitas a enseñar en las escuelas prusianas. Tal vez se podría concluir que Federico era indiferente a la religión.

Como otros gobernantes europeos de la época, Federico II era admirador de todo lo francés. Admiraba la clásica literatura francesa y despreciaba las obras del joven escritor alemán Goethe, en cuyas obras se percibe el principio del romanticismo. Por supuesto, Goethe escribía en alemán, en una época en que el francés era la lengua de la literatura por excelencia. Es conocida la amistad de Federico con Voltaire, quien aceptaba con frecuencia su hospitalidad. A Voltaire se le puede considerar el mentor del rey de Prusia.

Federico intentó también llevar a cabo una reforma social en el campo, a saber la abolición de la servidumbre campesina, pero tuvo que abandonar este proyecto por oposición de la nobleza. Pero en algunos aspectos ayudó a los campesinos; hasta entonces los nobles tenían el privilegio de cazar en las tierras campesinas, sin respetar los cultivos y ocasionando gran daño en las cosechas. Este privilegio fue derogado.

En general se puede decir que tanto Federico II como el archiduque de Austria José II y la emperatriz de Rusia Catalina, hicieron en sus países muchas mejoras; pero en su política exterior mostraron una falta completa de respeto a los convenios vigentes y a la moral.

LOS DOMINIOS HABSBURGOS: AUSTRIA, BOHEMIA Y HUNGRÍA

En esta sección se tratará de Austria, Bohemia (con Moravia) y Hungría juntas, porque estaban dominadas por los mismos gobernantes y, por lo tanto, se hallaban hasta cierto punto en la misma situación. Sin embargo, a pesar de tener un mismo gobernante, había entre estos tres países diferencias básicas. Austria era meramente un archiducado; era también el país con menos recursos naturales por estar situado en su mayor parte en los Alpes poco productivos. Pero era el país dominante, ya que era la sede tradicional de los Habsburgo con su capital en Viena. En esta ciudad residía la corte y la alta nobleza, que tenía allí sus palacios. La Iglesia era riquísima; los monasterios reconstruidos alrededor de 1700 en el estilo barroco, estaban diseminados por el país. El territorio de Salzburgo, próspero por sus minas de sal, era un arzobispado formalmente independiente. (Los protestantes que antes abundaban en Salzburgo, fueron varias veces expulsados.) Se puede decir que la riqueza de la clase gobernante austriaca se debía en parte a los impuestos que pesaban sobre Bohemia y Moravia, y cuya recaudación era administrada en el interés de Austria.

Bohemia y Moravia eran dos países conquistados —véase el capítulo anterior—, dominados por la nobleza de origen sobre todo austriaco, que debía su posición al triunfo de los Habsburgo austriacos sobre los protestantes checos. Era natural que esta nobleza no defendiera la independencia de su país de residencia frente al dominio austriaco. La nobleza de Bohemia y Moravia, ahora de hecho austriaca, no trataba bien a sus súbditos checos —sobre todo a los campesinos— a causa de que el pueblo checo había adquirido la fama de ser "un pueblo hereje". Como consecuencia, las sublevaciones de los campesinos checos en 1680 condujeron a fortalecer su servidumbre. La condición del campesinado empeoró. Igualmente continuó la persecución de los protestantes que aún practicaban su religión en secreto. En 1725 fue decretada su expulsión de ambos países checos, Bohemia y Moravia. Y durante el decenio siguiente muchos miles de ellos fueron encarcelados y expulsados a Prusia, donde les fue concedido un asilo amistoso (también a los protestantes expulsados por el arzobispo de Salzburgo). Todavía en 1752 la profesión de protestantismo en Bohemia fue declarada un crimen equivalente a traición y rebelión.

A diferencia de Bohemia y Moravia, que eran países de la corona de San Wenceslao, Hungría, el país de la corona de San Esteban, no había perdido su orgullo nacional. A causa de una situación geográfica y geopolítica muy especial, los húngaros pudieron conservar el montañoso territorio de Transilvania ("región detrás de los bosques") —hoy parte de Rumania— donde mantuvieron su autonomía. Es que a diferencia de los países checos, Hungría no había perdido a su clase dominante, la nobleza territorial alta y baja que logró en parte, gracias a la distancia que mediaba entre Viena y Transil-

vania, mantener un grado considerable de independencia nacional. Los nobles húngaros protestantes calvinistas, lograron que los Habsburgo respetaran su religión. Las rebeliones húngaras contra Austria continuaron hasta el siglo XVIII. (Después de su derrota, Turquía había cedido en 1699 a Austria casi toda Hungría.) En 1707, el parlamento húngaro destituyó al rey de Hungría, un Habsburgo, y dio la corona a un noble húngaro. Pero el reino independiente de Hungría se pudo sostener sólo cuatro años; en 1711 los nobles húngaros firmaron un tratado de sumisión a Austria, en el cual, empero, conservaron su autonomía.

Hecho curioso, los Habsburgo, quienes eran únicamente archiduques de Austria, eran al mismo tiempo reyes de Hungría y de Bohemia. No hay que olvidar, además, que eran emperadores de Alemania (el llamado Imperio Romano de la Nación Alemana), título que no les daba mucho poder. Austria y Bohemia formaban parte del Imperio, pero Hungría no. Los Habsburgo dominaban, pues, varios territorios pertenecientes al Imperio, y un territorio grande, Hungría, que no pertenecía a aquél.

La monarquía habsburga centroeuropea se había convertido en una gran potencia europea en 1699 con la reconquista de casi toda Hungría, incluyendo a Transilvania. Pero los problemas no tardaron en presentarse. El emperador Carlos VI no tuvo hijos varones. Con el fin de asegurar el trono para su hija María Teresa, promulgó en 1713 la llamada "Sanción Pragmática", en la que proclamó la indivisibilidad de las posesiones habsburgas y la sucesión de su hija María Teresa. Carlos VI murió en 1740; con su muerte se extinguió la dinastía Habsburgo en línea masculina. Su hija ascendió al trono y, después de cinco años de dificultades y contratiempos, logró que su marido Francisco, duque de Lorena, fuera elegido emperador. Desde entonces la dinastía se nombró Habsburgo-Lorena; pero en la práctica los descendientes de María Teresa han sido llamados Habsburgo.

María Teresa fue una gobernante enérgica. Acometió la tarea de modernizar toda la administración del Estado, remplazando así el sistema existente desde los siglos anteriores. Sus consejeros ya no eran jesuitas sino nobles laicos. Creó así una burocracia que sería la base del gobierno austriaco por un siglo y medio. Con la emperatriz María Teresa, Austria pasó del periodo de un gobierno personal y arbitrario inspirado en la Contrarreforma militante, a la edad del despotismo ilustrado derivado del pensamiento de Voltaire. Era la época de la Razón —con mayúscula—, en que la clase dominante creía en un Dios razonable, ya no en un Dios déspota o vengativo. Las epidemias de la peste bubónica habían terminado durante la monarquía Habsburgo en la primera mitad del siglo XVIII y comenzó a prevalecer la idea de que el despotismo ilustrado era el mejor sistema de gobierno. El despotismo era necesario, se pensó, porque el pueblo no podía comprender las ideas modernas. Por esto era necesario imponerlas a veces contra las opiniones o los prejuicios populares.

Diez años después de ascender al trono en 1750, María Teresa instituyó una comisión para estudiar la situación de los campesinos. En la reorganización administrativa decretada al año siguiente, a las autoridades regionales les correspondía, aparte del control policiaco, el registro de la propiedad, los caminos, las pesas y las medidas, y también la investigación de las quejas campesinas contra sus señores. Estas autoridades eran nombradas por la corona y eran prácticamente independientes de la nobleza terrateniente, lo que era un factor que favorecía hasta cierto punto a los campesinos, cuyas quejas podían ser escuchadas ahora por unos oficiales gubernamentales imparciales. Dichas autoridades debían también supervisar el clero. Como católica piadosa, María Teresa no se atrevió a ir más lejos contra la Iglesia.

La situación cambió al morir su esposo en 1765. Entonces la emperatriz nombró a su hijo mayor, José, como co-regente. José era un volteriano puro. Una vez quizo visitar a Voltaire en la residencia que éste tenía cerca de Ginebra, pero tuvo que prometer a su madre que no haría tal cosa. Como buen hijo, José la obedeció: fue a Suiza pero se contentó con admirar el palacio de su admirado pensador desde fuera. Con José como co-regente en Austria, Bohemia y Hungría (José era también emperador alemán), el ritmo de las reformas se aceleró. En esos años ya existían varias logias masónicas (en Alemania, la primera fue fundada en 1737 con su culto a Dios como arquitecto del universo).

La oportunidad se presentó con la expulsión de los jesuitas de los países católicos occidentales (como se sabe, fueron expulsados de España y de Hispanoamérica en 1767). José desempeñó un papel activo en la lucha contra la Compañía de Jesús. Hizo una visita de incógnito a Roma durante el cónclave de 1769 y contribuyó a la elección del papa Clemente XIV, quien cuatro años después disolvería a toda la orden jesuita. María Teresa hizo todo lo posible por aplazar la decisión final y hasta dio a los jesuitas la oportunidad de transferir una parte de sus bienes a los países protestantes. La Compañía de Jesús era importante tanto por su riqueza, ahora confiscada por el Estado, como por su importancia en la educación. Únicamente en Bohemia había más de mil jesuitas en veinte colegios y doce casas. Las escuelas fueron puestas bajo el control estatal. El latín como lengua de la enseñanza fue sustituido en Bohemia por el alemán. Sobre las consecuencias de esa última medida se hablará más adelante. Los miembros de la orden no fueron expulsados; algunos se convirtieron en sacerdotes, pues el número de éstos no era suficiente; otros obtuvieron empleo como tutores en las familias nobles. Entre otras medidas tomadas en esos años por la monarquía habsburga, cabe mencionar la fijación de los derechos parroquiales, la limitación del derecho de asilo en las iglesias y del abuso de las procesiones como un modo de extraer dinero al pueblo, y la reducción del número de los días festivos. También fue abolido el tormento (en 1776).

Con la supresión de la orden jesuita en 1773 desapareció el pilar más

fuerte que sostenía a la Iglesia católica. Así pudo suceder que cuatro años después más de sesenta pueblos en Moravia se declararan abiertamente protestantes. María Teresa mandó arrestar a muchos de ellos y quitar a niños de sus padres. Gracias a la presión de José, se permitió a los protestantes la práctica de su religión en privado. Este incidente causó un conflicto agudo entre María Teresa y su hijo. La emperatriz murió tres años después, en 1780, y su hijo José II, ya plenamente convencido de la necesidad de reformas radicales, se lanzó ahora a ellas con todo su ímpetu. Las sublevaciones campesinas en la Bohemia de 1775 habían movido a su madre a reducir el trabajo forzado campesino en las fincas de los nobles, a tres días por semana, y a fijar las horas diarias del trabajo. Pero los nobles boicotearon esta reforma, convenciendo así a José de la necesidad de adoptar medidas drásticas.

Las reformas de José II se pueden dividir entre las relativas a la Iglesia y la religión, las tocantes a la servidumbre y al campesinado, y por último las que se refieren a las lenguas y las entidades étnicas de la monarquía habsburga. En 1781, un año después de ascender al trono, José decretó la tolerancia religiosa. Por supuesto, la religión católica continuó siendo la religión oficial del Estado, pero el decreto permitió el culto público a tres grupos minoritarios importantes: los luteranos, los calvinistas y los ortodoxos griegos. Estos últimos abundaban en la zona ucraniana y rumana de Hungría. Al mismo tiempo los miembros de estas iglesias recibieron plenos derechos civiles. Sin embargo, las diversas sectas protestantes, como por ejemplo los hermanos bohemios (moravios), siguieron siendo prohibidas, teniendo que escoger ahora sus miembros entre los luteranos y los calvinistas. Obviamente, a José no le interesaba la tolerancia completa sino únicamente una simplificación de la situación eclesiástica. El decreto también mejoró radicalmente la condición de los judíos, quienes hasta entonces no podían vivir en las ciudades. Por ejemplo, después de su expulsión de Viena en la segunda parte del siglo XVII vivían en un suburbio. La única ciudad en la monarquía en la que se les permitía vivir era Praga, donde tenían su gueto en el centro de la ciudad. Ahora, con el decreto de tolerancia se acabaron los guetos, los judíos podían residir en las ciudades, estudiar en las escuelas y las universidades, y podían practicar profesiones libres y oficios. Así, después de haber sido tolerados durante siglos en condiciones humillantes, los judíos se convirtieron de repente en hombres libres. A cambio de esto, se les obligó a sujetarse al servicio militar.

En 1782 José II afectó considerablemente la propiedad eclesiástica. Hasta entonces la Iglesia era propietaria en Austria de tres octavos —o sea, el cuarenta por ciento— del territorio. En una serie de decretos, José II disolvió aproximadamente la mitad de los monasterios y conventos, y confiscó sus propiedades para ser rematadas al mejor postor. La Iglesia, o al menos su sector regular, fue reducida a poseer el veinte por ciento del territorio nacional. Los monjes y las monjas fueron en parte pensionados, en parte

pudieron obtener curatos de nueva fundación. El resto del producto de las ventas se dedicó a la beneficencia pública. Al año siguiente vino otro golpe contra la Iglesia; la institución del matrimonio civil. En su racionalismo y espíritu de ahorro, José II llegó a ordenar que los muertos fueran enterrados en costales que debían ser después quemados en cal viva. Esta orden fue derogada por su sucesor.

Igualmente drásticas fueron las reformas de José II relativas a la posición del campesinado. Hasta entonces, el campesino era un siervo de la gleba que no podía abandonar su casa, contraer matrimonio sin el consentimiento del señor ni escoger un oficio. El campesino tenía que trabajar en las tierras del señor; lo que le producía su tierra propia en el poco tiempo que tenía disponible, apenas le alcanzaba para comer. Se ha dicho antes que la emperatriz intentó implantar algunas reformas en los últimos años de su reinado, pero que la nobleza las boicoteó. La nobleza, sobre todo la alta, poseía en 1780 un tercio de la superficie total de la monarquía. Era, pues, una clase o casta riquísima, y también poderosa si pudo frustrar los intentos reformistas de la emperatriz. La servidumbre era general en Bohemia, Moravia y Hungría, y en ella dominaban los "magnates", los grandes nobles latifundistas. En Austria propiamente dicha la servidumbre era menos severa, o había ya poca servidumbre. En Austria occidental, sobre todo en la provincia del Tirol, había campesinos libres. Una medida que María Teresa logró llevar a cabo fue la introducción en 1775 de arrendatarios libres en las tierras confiscadas a los jesuitas.

José II abolió en 1781 la servidumbre en Bohemia y Moravia, y en los años siguientes en las demás provincias de la monarquía. De acuerdo con estos decretos, el campesino ya no estaba atado a la gleba, esto es, ya podía emigrar de su pueblo; ya adquiría el derecho de casarse sin el permiso de su señor y de escoger un oficio sin consultarlo. Una disposición menor pero altamente significativa consistió en que el campesino ya no debía besar la mano de su señor o su representante e inclinarse hasta el suelo ante ellos. Los castigos inhumanos, como el encadenamiento con una dieta de pan y agua y la pena de los azotes, fueron abolidos; sin embargo, se especificó que el campesino aún debía obediencia a su señor "según las leyes en vigor" —en otras palabras la jurisdicción señorial no fue abolida sino sólo restringida. José II no tuvo la intención de proclamar la igualdad del campesino, sino que quiso introducir un moderado sistema de sujeción de los campesinos a sus señores. El soberano limitó también el derecho de los nobles a cazar y causar así destrozos a las cosechas campesinas. Hasta entonces los nobles perseguían a sus presas a través de los cultivos de sus súbditos, sin importarles el daño que esto les causara. Este abuso, pues, terminó. No es imposible que la abolición de la servidumbre y de los abusos señoriales haya salvado a la monarquía habsburga de una revolución, tal como estalló pocos años después en Francia. Si bien el campesino ya era personalmente

libre, seguía siendo súbdito de su señor. Otro decreto de José II dispuso que el campesino tenía derecho de apelar a la autoridad estatal contra los abusos de su señor; la autoridad le proporcionaría una ayuda legal.

Las miras de José II no fueron sólo sociales sino, tal vez en primer lugar, económicas. La abolición de la servidumbre debía conducir a que los hijos de los campesinos, en lugar de aumentar la fuerza de trabajo a disposición de los señores, se fueran a la ciudad a trabajar en las manufacturas o a aprender algún oficio. Esto de hecho tuvo lugar. Según las estadísticas gubernamentales, quizás algo exageradas, el número de los maestros de un oficio se dobló en Bohemia entre 1781 y 1788, y el número de las fábricas o manufacturas aumentó en un ciento cincuenta por ciento. El progreso registrado en Viena fue igualmente rápido. Este progreso fue facilitado por un fomento de la libertad económica; algunos gremios fueron totalmente abolidos, los privilegios de los demás restringidos y los gremios restantes fueron puestos bajo el control estatal. Monopolios mercantiles e industriales fueron suprimidos.

En el campo de los grupos lingüísticos o étnicos, las reformas de José II no tuvieron éxito —a largo plazo. En su afán de lograr una mayor simplificación y economía en la administración, el emperador ordenó implantar en todas las oficinas y escuelas de la monarquía el idioma alemán. José II no fue guiado por una preferencia teórica por el alemán; no era nacionalista en lo absoluto. Escogió el alemán porque era la lengua de la región más importante de su monarquía, en la que estaba su capital, Viena. El alemán (aparte de ser la lengua del "Imperio Romano de la Nación Alemana", cuyo emperador era José II) era la lengua de la corte vienesa, del ejército y también de los negocios y las profesiones. El sueño de José II fue quizás "germanizar", convertir en personas de habla alemana a los habitantes de toda la monarquía habsburga. Pero esto resultó ser imposible, como se puede ver en las cifras siguientes. En 1780, la población de Austria ascendía a 3.9 millones de habitantes; la población de Bohemia y Moravia ascendía a 3.9 millones de habitantes; la población de Hungría (sin Croacia), ascendía a 7.3 millones de habitantes. La población total de la monarquía ascendía a 15.1 millones de habitantes aproximadamente.

Ahora bien, de los 3.9 millones que vivían en Austria, 2.8 millones eran alemanes étnicos (o sea, su lengua materna era el alemán), 0.85 eran eslovenos (en la parte que es hoy yugoslava) y 0.25 italianos (en la parte que pertenece hoy a Italia). En Austria, pues, los alemanes formaban la mayoría. La situación era diferente en Bohemia y Moravia: había allí 2.5 millones de checos y 1.4 millones de alemanes. La minoría alemana era aún más pequeña en Hungría: 3.3 millones de húngaros (de lengua magyar), 1.5 eslovacos y ucranianos, 1.5 rumanos y sólo 1 millón de alemanes.

La población total de habla alemana en la monarquía ascendía a 5.2 millones. Era el grupo lingüístico más numeroso y José II se basó en parte en

esta cifra; pero no pensó que los alemanes eran de todas formas una minoría, un tercio aproximadamente. La mayoría consistía de otros grupos étnicos. El haber intentado obligarlos al uso dominante de la lengua alemana, tuvo a la postre consecuencias funestas para la monarquía y condujo en 1918 a su desintegración.

La oportunidad para implantar la política de la "germanización" se presentó con la abolición de la Compañía de Jesús y el cierre de sus colegios, que se efectuó en 1773. Los jesuitas enseñaban en la lengua latina. Al ser ellos alejados de sus colegios, surgió el problema de si la enseñanza debería continuar en latín. El gobierno en el cual el hijo de María Teresa tenía en muchos aspectos el mando, resolvió un año después que en los colegios de Bohemia y Moravia se enseñaría en alemán. El latín como una lengua muerta no podía ser útil para los propósitos prácticos que movían al futuro emperador. Ciertamente, los alemanes étnicos formaban en Bohemia y Moravia una minoría, pero el alemán era ya lengua dominante en la administración pública y prácticamente la única lengua en los negocios, las profesiones y las artes. El checo era considerado como la lengua de los campesinos. Entonces en 1774, el alemán fue convertido en los países checos en la lengua de la instrucción.

En las demás provincias de la monarquía se procedió de modo análogo. Incluso en Hungría, que no había perdido su sentido de independencia, José II tomó la misma medida. Curiosamente, el idioma oficial en Hungría era hasta entonces el latín. José II decidió, pues, en 1784 que el latín, como lengua muerta, no podía emplearse de manera oficial. Ya que la lengua magyar era el idioma de una minoría, y que la mayoría de la población hablaba varias lenguas eslavas, el rumano y el alemán, la única lengua práctica para propósitos oficiales, según José II, era el alemán, que era también la lengua de la administración y del ejército en la monarquía. Se decretó, pues, que el alemán sería el idioma oficial de Hungría. Los empleados que no pudieran aprender el alemán en tres años, serían despedidos. Al mismo tiempo, el alemán fue convertido en el único idioma de la enseñanza, con la salvedad de que en las escuelas primarias la religión podía ser enseñada en la lengua materna del alumno.

La reacción de los húngaros, los checos y los demás grupos étnicos de la monarquía, a las medidas que elevaban el alemán al lugar superior y excluían las lenguas nacionales, fue inmediata. Los pocos intelectuales checos que había pensaron: el latín estaba bien por ser el idioma universal de la Iglesia, pero ¿por qué el alemán?, ¿por qué no el checo? Apenas había transcurrido un año desde la implantación del alemán como el idioma de la instrucción, cuando apareció un libro en defensa del checo y de su literatura. Se despertó el interés por la historia nacional, y en el lapso de unos quince o veinte años se publicaron varias obras que glorificaban la lengua y la antigua literatura e historia checas.

La reacción de la clase dominante húngara fue tan violenta que José II no pudo implantar en Hungría su plan de "germanización". En medio de esta efervescencia José II murió en 1790. Su sucesor, Leopoldo II, permitió al año siguiente que en los colegios más importantes se enseñara en húngaro, o sea en la lengua magyar.

La reacción de los pueblos de la monarquía habsburga contra la imposición del idioma alemán fue inspirada, por lo menos en parte, por los libros del pensador alemán (de Alemania, no de Austria) Johann Gottfried Herder, quien, a su vez, se había servido de las ideas del filósofo ginebrino-francés Rousseau. En sus obras, publicadas a partir de 1750, Rousseau atacó a la razón y la civilización y predicó la emoción, los sentimientos, el "corazón" y el amor al pueblo sencillo y a los campesinos; el hombre no era una máquina sino un ser que siente; las leyes físicas no se aplicaban a él; junto con esto iba un amor apasionado a la naturaleza. El pensamiento de Rousseau era en realidad un ataque al de Voltaire y al despotismo ilustrado; era la aceptación de lo "natural" y la crítica de todo lo "artificial". Herder tomó de Rousseau el amor a lo natural y al pueblo. Hay que recordar que vivía en la época del rey de Prusia, Federico II, quien admiraba todo lo francés, "lo artificial". Ya en el año de 1767 Herder criticó al academismo francés, y tuvo mucha influencia en Goethe, lo que se percibe sobre todo en las obras de Goethe joven, escritas en 1771-1774 (*Goetz von Berlichingen*, 1771, y *Las aflicciones del joven Werther, 1774*). Herder, pues, fue el inspirador del romanticismo en la literatura alemana. Y no sólo esto. Fue también, por lo menos indirectamente, un inspirador de las aún no existentes literaturas de las naciones oprimidas de Europa central. Herder vio en las canciones y los poemas campesinos la fuente principal de la literatura; en 1778-1779 publicó lo que sería la primera colección de cantos folklóricos de muchos pueblos diferentes; así despertó el interés del público y de los intelectuales en las naciones que aún no tenían una literatura formal. Herder culminó su obra en 1784, cuando comenzó a publicar sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad.* En este libro (cuatro volúmenes) predijo un gran futuro para los pueblos eslavos. Esto fortaleció el naciente nacionalismo lingüístico de los eslavos de la monarquía habsburga, y también el de los rusos. El mundo eslavo estaba en el umbral del romanticismo. (De Rusia se hablará en la última sección de este capítulo.)

El caso húngaro fue algo diferente. Hungría nunca perdió su autonomía y conciencia nacional. No tuvo que empezar, pues, desde el principio. Simplemente reaccionó contra el centralismo lingüístico y literario.

A la era del racionalismo volteriano siguió en Europa central la era del nacionalismo romántico.

LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS Y SU EFECTO SOBRE ALEMANIA Y LA MONARQUÍA HABSBURGA

La Revolución francesa y, sobre todo, la era de Napoleón, tuvieron un efecto profundo aunque en un cierto sentido pasajero sobre el imperio alemán y la monarquía austro-húngara. En el año de 1792 estalló la guerra entre Austria y Prusia, por un lado, y la Francia revolucionaria, por el otro. La guerra duró en realidad, con varias interrupciones, hasta 1815. Después del encumbramiento de Napoleón en 1799, se acentuó la tendencia expansionista de Francia. En esta forma, dos años después toda la parte de Alemania situada al poniente del río Rin fue anexada a Francia. El Rin se convirtió así en la frontera "natural" entre Francia y Alemania. Este hecho reforzó la influencia francesa anticlerical y hasta cierto punto revolucionaria en la mayor parte de Alemania, que estaba situada al oriente del Rin. En esta parte de Alemania había muchos principados eclesiásticos, algunos muy extensos, hasta vastos, en los que los arzobispos, los obispos y los abades eran señores feudales. Entonces el parlamento imperial decretó en 1803 su expropiación y secularización. Por supuesto, esta medida se refería sólo a la sección católica de Alemania. En la sección protestante, los bienes y los privilegios eclesiásticos habían desaparecido durante la Reforma del siglo XVI.

En 1804 Napoleón se hizo emperador de los franceses. No cabe la menor duda de que abrigó la ambición de ser el heredero de Carlomagno y de gobernar a toda Europa desde París. Parece que en su tiempo tuvo la intención de eliminar a los Habsburgo y convertirse en emperador romano él mismo. Pero la historia se desarrolló de un modo diferente. Napoleón pronto entró en guerra con Austria y Rusia y las derrotó en 1805. Derrotó, pues, a dos emperadores que se consideraban sucesores de los emperadores romanos. Aun cuando el soberano austriaco Francisco era al mismo tiempo emperador "romano" de Alemania, su control sobre este último país se desvaneció con su derrota. Los estados alemanes situados entre Austria y el Rin, como, por ejemplo, Baviera, pasaron a depender ahora de Francia, convirtiéndose de hecho en sus protectorados o satélites. Napoleón formalizó esta relación mediante la creación al año siguiente de la Confederación del Rin, que incluía en total dieciséis estados alemanes. En el tratado correspondiente, estos estados se separaron del llamado Imperio Romano de la Nación Alemana y repudiaron sus leyes. Los príncipes tomaron títulos nuevos para patentizar su emancipación del emperador alemán; por ejemplo, el príncipe elector de Baviera se convirtió en rey, otros en grandes duques. Era obvio que el Imperio se estaba desintegrando. El enviado francés al parlamento alemán anunció que Napoleón ya no reconocía la existencia del Imperio.

El emperador "romano" Francisco dedujo la consecuencia lógica en el

curso del mismo año; disolvió el Imperio Alemán, abdicó como su emperador y asumió el título de emperador de Austria. Luego de mil y seis años, desde la coronación de Carlomagno, el Imperio Romano llegó a su fin.

En 1806, Prusia quedaba como el último estado independiente en el continente europeo. Inevitablemente, estalló una guerra entre ella y Francia, pues Napoleón seguía tratando de realizar su plan de conquistar paso a paso a toda Europa. Como era de esperarse, Prusia fue derrotada y perdió, en la paz de 1807, aproximadamente la mitad de su territorio. Uno de los ganadores fue Polonia, al ser restablecida a manera de satélite relativamente pequeño de Francia, como un premio a los polacos que lucharon lealmente al lado de Napoleón. También Austria tuvo que devolver a Polonia su parte del reparto. Prusia fue obligada a reconocer la Confederación del Rin, a la cual por su parte ingresaron Sajonia y otros principados alemanes que hasta entonces no formaban parte de ella. En esta forma, toda la Europa central llegó a obedecer al emperador de los franceses, restaurador y usurpador de la corona de Carlomagno.

Prusia estaba ocupada por el ejército vencedor. Pero en el mismo año de 1807 nació en ella una apasionada protesta contra Francia y Napoleón. Fue el filósofo alemán Fichte quien en sus *Discursos a la nación alemana* (1807-1808) despertó el nacionalismo alemán. Como los demás pensadores alemanes, Fichte había comenzado como discípulo y admirador de la filosofía francesa, pero ahora se volteó contra todo lo francés. Este fundador del nacionalismo alemán siguió predicando después en la universidad de Berlín, fundada en 1810.

Al mismo tiempo, el gobierno prusiano modernizó al país con una "revolución desde arriba". En el mismo año de 1807 fue abolida la servidumbre (hasta entonces dos tercios de la población eran siervos). Esta reforma liberó a los siervos, pero permitió a los terratenientes agrandar sus latifundios con las tierras comunales cedidas a ellos como compensación. Esto empobreció a muchos campesinos al grado de convertirlos en trabajadores asalariados. La reforma era más bien económica que social. En una medida diferente, el gobierno nacionalizó por completo los bienes eclesiásticos, tanto protestantes como católicos. En la esfera educativa fueron creadas las escuelas primarias únicas con el fin de lograr una sumisión absoluta del pueblo al Estado. Por último, fue implantado el servicio militar obligatorio. Éstas y otras medidas de esta "revolución" impuesta por el gobierno absoluto, en combinación con un nacionalismo extremo, fortalecieron en pocos años a Prusia, de modo que este país contribuyó considerablemente a la posterior derrota de Napoleón.

Entonces se supuso comúnmente que el Imperio Alemán sería restablecido. Pero la situación era diferente. Prusia, ya poderosa, no habría aceptado a los Habsburgo como emperadores. A manera de una solución temporal, se creó en el Congreso de Viena (1814-1815) la llamada Confederación

Alemana, asociación de 39 monarquías y 4 ciudades libres, con reuniones en Francfort y con el emperador de Austria como su presidente hereditario, con un poder muy limitado.

Los años 1814-1815 fueron también importantes para Suiza. Fue cuando la ciudad de Ginebra ingresó en la Confederación Suiza y cuando se firmó el convenio de unión de veintidós cantones (estados) soberanos suizos. La Confederación recibiría su constitución al fin en 1848.

POLONIA

El año de 1572 fue el punto a la vez culminante y crucial de la historia polaca. Es cuando, hacia el final de la popular dinastía polaco-lituana, Polonia logró su mayor florecimiento. Pero en dicho año la dinastía se extinguió y empezó un cambio en la estructura política que condujo a la postre a la decadencia y finalmente a la extinción de Polonia como un estado independiente. El cambio consistió en un aumento extremo del poder de la nobleza. La nobleza se apropió las prerrogativas de la realeza y, al mismo tiempo, excluyó a los burgueses y a los campesinos de toda participación en el gobierno. La nobleza formaba un diez por ciento de la población total. Todos los nobles eran considerados teóricamente como iguales, pero, de hecho, había una gran diferencia entre las contadas familias de los grandes latifundistas y varios millares de hidalgos.

Los nobles, reunidos en un parlamento, elegían al rey. La monarquía hereditaria polaca se convirtió en electiva. Polonia se transformó de hecho en una república de los nobles. El aumento en el poderío de la nobleza se reflejó en la consolidación de la servidumbre. La condición del campesinado empeoró.

En el parlamento, las decisiones se tomaban por unanimidad. Esta práctica, que se desarrolló gradualmente, se llamaba *liberum veto*. Esto significaba que bastaba un solo voto para nulificar un proyecto de ley. En su forma extrema, *liberum veto* fue introducido en el año de 1652. Las consecuencias de esta costumbre fueron gravísimas. No fue posible implantar reformas necesarias para el país ni aprobar medidas útiles, pues bastaba que se opusiera un solo miembro del parlamento; y se comprende fácilmente que nunca faltaba uno que opusiera su veto. La decadencia de Polonia fue más rápida a partir de 1652.

Polonia, rodeada de dos potencias voraces, Rusia y Prusia, no parecía darse cuenta del peligro que la amenazaba. Los gobiernos polacos limitaron los armamentos y renunciaron a la guerra agresiva. El pacifismo fue predicado y practicado. Contra la creciente influencia rusa y la amenaza de Prusia protestante, Polonia reaccionó con un nacionalismo extremo, una verdadera xenofobia y una discriminación tanto de los protestantes, predo-

minantemente alemanes étnicos que vivían en las ciudades, como de los ortodoxos, rusos y ucranianos étnicos de la parte oriental de Polonia. Esta discriminación, por su parte, daba motivo o pretexto a Rusia y a Prusia para intervenir en los asuntos internos del país.

A partir de 1757, las tropas rusas estaban en el suelo polaco permanentemente, lo que significó, de hecho, el fin de la independencia nacional polaca. Los acontecimientos siguieron hasta su trágico desenlace: el reparto de Polonia entre las potencias vecinas.

En 1763, la emperatriz rusa Catalina firmó un tratado con el rey de Prusia Federico II para intervenir juntos con el fin de asegurar la elección de su candidato, Estanislao Poniatowski, al trono de Polonia. Como era de esperarse, Poniatowski fue elegido por el parlamento polaco, pero nunca llegó a ser el verdadero rey de su país. En Polonia mandaba el embajador ruso. En 1767 Polonia fue obligada a aceptar la demanda de la emperatriz, quien exigía la igualdad política de los no católicos, o sea los ortodoxos rusos y ucranianos que formaban un partido rusófilo en Polonia. Así se convirtió Polonia en un satélite ruso. Contra estas exigencias rusas Polonia se sublevó en el año siguiente. Como una solución contra la rebelión polaca, Federico II sugirió un año después a la emperatriz rusa una división del desafortunado país entre ellos. Catalina estaba de acuerdo, pero se consideró que era conveniente convencer también a la emperatriz austriaca María Teresa, cuya sensibilidad católica podía ser ofendida por la agresión contra un país también católico. Esto se logró y así, en 1772, las tres potencias invadieron Polonia, quedándose cada una con una porción.

La reacción en la Polonia trunca fue inmediata. El partido reformista pidió la abolición del *liberum veto*, la igualdad civil de la burguesía y una mejoría en la condición del campesinado. Entre tanto las tres potencias se disgustaron entre sí, haciendo posible que, en 1790, Prusia hiciera una alianza con Polonia contra Rusia y Austria. Esta división de las grandes potencias dio ánimo a los reformistas para formular una constitución. Ya en 1788 había sido convocado el "Gran Parlamento". Un hecho característico es el de que entre los reformistas había un solo burgués; todos los demás eran nobles. La constitución, aprobada en 1791, se propuso corregir los defectos de los que adolecía la Polonia anterior. En primer lugar se aprobó una monarquía hereditaria; por cierto, Poniatowski era el rey, pero no tenía hijos y era satélite ruso. Se escogió, pues, a la moderada dinastía de Sajonia. Luego se abolió el *liberum veto* y se implantó la decisión por mayoría. El catolicismo fue reconocido como religión oficial, aunque tolerante con los demás cultos. Las estipulaciones siguientes son importantes, pues muestran que la constitución polaca no fue realmente revolucionaria; no hay que confundirla con su contemporánea constitución francesa. La nobleza continuó como clase dominante, según la constitución polaca; sólo se facilitó a los burgueses el ingreso a ella; en segundo lugar, la burguesía podía par-

ticipar únicamente en los asuntos de su interés. En tercer lugar, la servidumbre campesina no fue abolida; sólo hubo una declaración solemne en favor de los campesinos.

Pero la constitución polaca fue lo suficientemente revolucionaria para la emperatriz rusa. Un año después de ser aprobada, un ejército ruso de cien mil hombres invadió Polonia y, en tres meses, derrotó al ejército polaco de cuarenta y seis mil soldados. Pero Rusia no se iba a quedar sola. El rey de Prusia repudió el tratado con Polonia, la invadió y compartió en 1793 con Rusia este segundo reparto del país ahora indefenso (Austria no formó parte de este segundo reparto). Las potencias vencedoras volvieron a implantar en lo que quedaba de Polonia, la constitución antigua, con el *liberum veto* y otros artículos causantes de la decadencia polaca.

Se derramó el vaso: en Polonia estalló al año siguiente una insurrección popular bajo el liderazgo de un hidalgo, Kosciuszko (se pronuncia Koshchushco). En su manifiesto de mayo de 1794, el caudillo abolió la servidumbre campesina. Pero no proclamó la república; respetó al rey. La sublevación fue derrotada en 1795, y lo que quedaba de Polonia fue dividida entre Rusia, Prusia y, esta vez, también Austria. Polonia desapareció del mapa y, en 1797, las tres potencias establecieron un acuerdo secreto según el cual el nombre de Polonia sería borrado para siempre.

Las divisiones y la desaparición de Polonia como un estado independiente no logró, con todo, interrumpir la vida nacional polaca ni su lucha por la independencia. Los polacos se pusieron al servicio de Francia revolucionaria y de Napoleón. En 1807 Napoleón creó un estado polaco al que dio el nombre modesto de "Ducado de Varsovia", para no ofender a Rusia. Le dio una constitución más bien liberal y como duque nombró al rey de Sajonia, un aliado leal de Francia.

Después de la derrota de Napoleón, el zar ruso Alejandro I proclamó un "Reino de Polonia" que debería estar en una estrecha unión permanente con Rusia. El zar ruso sería el rey de Polonia. El zar dio al "Reino de Polonia" una constitución en apariencia bastante liberal: el país tendría su gobierno, su parlamento y un ejército. El reino de Polonia se puede considerar como una creación del Congreso de Viena (1814-1815). El Congreso había reconocido los derechos de Polonia como nación; por otra parte, el zar Alejandro I, en su idealismo juvenil, quiso otorgar a Polonia una cierta medida de independencia, o por lo menos autonomía.

RUSIA

Hacia el fin del siglo XVII Rusia era considerada por los habitantes de los países situados al poniente de ella, como un país asiático y semisalvaje. El cristianismo ortodoxo griego y la civilización bizantina formaban la dife-

rencia entre la mentalidad rusa y la centroeuropea. Dos siglos y medio de dominación tártara dejaron también una huella en las costumbres del pueblo y del gobierno. A los rusos mismos les gustaba acentuar la diferencia entre sí y los centroeuropeos. Estaban aislados por tres potencias enemigas, Polonia, Suecia y Turquía, de modo que recibían poco estímulo desde fuera. El clero ruso no tenía mucho que ofrecer en el aspecto cultural y, así, los rusos encontraron felicidad en la glorificación de la "Tercera Roma" y del formalismo de la religión griega.

Pedro el Grande cambió todo esto bruscamente. Con la impaciencia de un genio, Pedro rompió con el pasado, despreció las tradiciones antiguas y comenzó un proceso de intensa europeización. Pedro había ascendido al trono en 1682, a los diez años. En 1689 tomó el poder mediante un golpe de Estado. Disfrutaría de un poder absoluto hasta su muerte, acaecida en 1725. Desde su adolescencia había revelado un interés poco común en las cosas técnicas y en la amistad con extranjeros occidentales. Con el fin de educarse, el joven zar organizó un viaje a Europa central y occidental. Partió en 1697 con un grupo de doscientos cincuenta estudiantes y sirvientes. Él mismo viajó de incógnito. El episodio más conocido de su viaje tuvo lugar en Holanda, donde Pedro trabajó como aprendiz en la construcción de buques. Ya entonces abrigaba el plan de conquistar para Rusia un acceso al mar Báltico y hacer de ella una potencia naval. Sin duda, la educación de Pedro fue meramente práctica y, si se quiere, superficial, pero sirvió su propósito.

Al día siguiente de su regreso a Moscú, después de pasar un año en el extranjero, tuvo lugar la conocida escena en la que él con sus propias manos rasuró las barbas de los nobles más importantes. El zar ordenó también que todos los hombres y mujeres, exceptuando a los campesinos y al clero, deberían vestir trajes de estilo occidental, pues los trajes acostumbrados hasta entonces en Rusia eran, según él, de origen tártaro.

Éstas y otras tantas reformas causaron, como se comprende fácilmente, un descontento que condujo a una sublevación. La rebelión fue reprimida con mucha crueldad; alrededor de dos mil personas fueron ejecutadas en los lugares públicos de Moscú.

Y así se pudo dedicar el zar a la reforma de su ejército y, después, a las guerras que costaron la vida de una quinta parte de la población rusa. Su enemigo principal, aparte de Turquía, era Suecia, la primera potencia del mar Báltico. Después de muchos años de guerra, Suecia fue definitivamente derrotada en 1721. Rusia conquistó en ella a dos pequeños países, Estonia y Letonia. El sueño de Pedro estaba realizado: Rusia adquirió su salida más valiosa al Báltico. Estonia y Letonia eran dos países muy pequeños pero más avanzados que Rusia. Ésta no los absorbió en su sistema administrativo ni los colonizó. La nobleza rusa tampoco recibió tierras allí; los campesinos de Estonia y Letonia eran dominados por una nobleza alemana

étnica que pronto se adaptó a la nueva situación y sacó de ella una gran ventaja. Ya que estaba más preparada que la nobleza rusa, la nobleza alemana de estas dos nuevas provincias rusas encontró empleo en la corte rusa y en el ejército, la armada y también en la administración civil, en donde probó ser muy útil a Rusia. Esta asociación de la nobleza germano-báltica y la dinastía rusa duró hasta la revolución de 1917, que acabó con estos grupos dominantes.

A Pedro le estorbaba la tradición conservadora de Moscú. Resolvió entonces construir una capital nueva cerca del mar Báltico. Millares de siervos, campesinos y prisioneros de guerra fueron reclutados para trabajar en unas malsanas tierras pantanosas en las que fue fundado, en 1703, San Petersburgo, que había sido el proyecto favorito del zar. (En 1914, a principios de la Primera Guerra Mundial, el gobierno le cambió el nombre a Petrogrado; a partir de 1924 se ha llamado Leningrado.) Se calcula que más de cincuenta mil hombres perdieron su vida en la construcción de la nueva ciudad.

Durante el reinado de Pedro el Grande, empeoró la condición del campesinado: en 1722 el zar decretó que ningún siervo podría abandonar la finca de su amo sin un permiso escrito de aquél. La servidumbre se generalizó. Pero la nobleza tampoco tenía una vida fácil. El zar le impuso la obligación de servir al Estado, principalmente en el ejército.

En cuanto a las relaciones con la Iglesia, Pedro llegó a sujetarla permanentemente al Estado en 1721, mediante la abolición del patriarcado, que había sido hasta entonces la suprema autoridad de la Iglesia. El zar estableció también un riguroso control de los monasterios, sobre todo por motivos fiscales, aunque sin confiscar su bienes.

Como a muchos otros reyes y emperadores, también a Pedro el Grande se le presentó el problema de la sucesión. Pedro tuvo sólo un hijo, Alejo, heredero natural del trono. Pero resultó que Alejo no estaba de acuerdo con las reformas de su padre y que estaba en contacto con "las barbas largas", como llamaban al clero que se oponía a las reformas. Había, pues, el peligro de que después de la muerte de Pedro el Grande, el nuevo zar derogaría todas las reformas que con tanto empeño había llevado a cabo su padre. Pedro el Grande estaba decidido a impedir esto a toda costa. Obligó a su hijo a renunciar a sus derechos al trono en favor de su propio hijo, que era un niño recién nacido. Pero con el tiempo se descubrió que existía un grupo opositor y que Alejo gozaba de simpatías no sólo en el clero sino también en el pueblo común. La situación se tornó peligrosa para el zar. A los oídos de Pedro llegó el rumor de una conjura de una parte del ejército ruso, que pretendía asesinarlo y poner en su lugar a su hijo, Alejo. El zar prefirió dar a la situación un fin drástico y cruel: Alejo fue ejecutado o asesinado por órdenes de su padre (1718).

Pedro el Grande —así se llamaba en vida— murió en 1725 sin resolver

el problema de la sucesión. Gobernó después durante dos años su viuda Catalina I. Si bien Pedro murió sin hijos varones, dejó a dos hijas que resultaron importantes para el imperio ruso. Isabel fue emperatriz de 1741 a 1762. Durante su reinado se evidenció la antipatía del ejército ruso contra los consejeros alemanes que abundaban en el gobierno. En 1755 fue fundada en Moscú la primera universidad rusa que después sería importante. Soltera, sin herederos directos, Isabel trajo de Alemania al hijo de su hermana Ana, casada con un duque alemán. Este nieto de Pedro el Grande, que también se llamaba Pedro, casó con una noble alemana llamada Catalina. Ambos llegaron a Rusia como futuros emperadores. Al morir Isabel en 1762, Pedro III ascendió al trono. Como zar, continuó sintiéndose luterano y alemán. No desaprovechó ninguna oportunidad para insultar al clero ruso, al ejército ruso y al pueblo ruso. El número de sus enemigos crecía de día en día. Catalina fue más inteligente: se pronunció como amante de todo lo ruso. Admirador de Federico II de Prusia, Pedro III lo salvó de una derrota definitiva. Su esposa y un grupo de oficiales rusos lo obligaron en el mismo año a renunciar al trono y proclamaron a Catalina emperatriz de toda Rusia. Pocos días después, su esposo fue asesinado. Aun cuando Catalina no tenía derecho legítimo al trono, gobernó como Catalina la Grande hasta 1796, habiendo hecho caso omiso de los derechos de su hijo Pablo.

La usurpadora Catalina se coronó con gran pompa en el Kremlin de Moscú. Moscú siguió siendo la ciudad sagrada, pero San Petersburgo era la capital. La emperatriz le dio la forma que conocemos hoy día. Pedro el Grande planeó la ciudad como germano-holandesa; Catalina II le dio una elegancia franco-italiana.

La nueva empertriz era totalmente liberal en la cuestión religiosa. Primero confiscó en 1763 todos los bienes eclesiásticos; los sacerdotes se convirtieron en empleados a sueldo del Estado. Catalina fomentó también la inmigración de los refugiados; así, en 1771 llegaron a Rusia veintiséis mil exiliados religiosos. Por último, Catalina expidió en 1785 un decreto que permitía todos los credos, incluso el Islam.

En lo social, la nobleza rusa dominaba totalmente al país. Por los años 1760-1770, había medio millón de nobles; la población total de Rusia ascendía a veintiocho millones de personas. Sólo entre tres y cuatro por ciento de la población vivía en las ciudades, lo que indica un gran retraso en la industria y el comercio. La mayoría preponderante de los nobles tenía menos de cien siervos cada uno, pero hubo (en 1772) un príncipe que tenía más de veinte mil siervos. Los siervos trabajaban una mitad del tiempo para sí, y una mitad para el amo. Aparte de esto, había faenas que no se pagaban. Más del noventa por ciento de la población total era servil. El castigo corporal era una pena normal para los siervos. En 1776 Voltaire envió una instrucción a la emperatriz para la abolición del tormento. Pero esta reforma, como otras planeadas por la emperatriz, no fue llevada a cabo. La no-

bleza impidió la implantación de las reformas. Después de Pedro el Grande, esta clase privilegiada fue disminuyendo su servicio público; en 1762 los nobles fueron liberados de todas las obligaciones hacia el Estado, pero los campesinos no fueron liberados de la servidumbre, aun cuando ésta se justificaba usualmente con el argumento de que los nobles servían al Estado.

Catalina II pertenecía al grupo de los déspotas ilustrados como Federico II de Prusia y José II de Austria. Su mentor era Voltaire, con quien intercambiaba cartas. La emperatriz se vanagloriaba de su "alma republicana" y condenaba el despotismo en sus escritos teóricos. Pero su liberalismo no dejó de ser un artículo para la exportación. Como todos los déspotas, creía que era más capaz de cuidar a su pueblo que el pueblo mismo.

En el año de 1771 se sublevaron los cosacos —campesinos libres de las regiones limítrofes— guiados por Pugachev quien, según la costumbre en las revoluciones rusas, se hizo pasar por el zar Pedro III, quien dizque había escapado a los que lo iban a asesinar. Pugachev tenía el apoyo de los siervos a quienes liberó de sus obligaciones hacia sus amos. Los terratenientes eran asesinados y sus fincas quemadas. Al final, en 1775, la rebelión fue suprimida y Pugachev ejecutado en Moscú. La sublevación ejerció una influencia profunda en Catalina. Acabó con su fe en el liberalismo de los filósofos franceses y condujo a una estrecha colaboración entre el trono y la nobleza, alianza que duraría hasta la revolución rusa de 1917. Catalina llegó al extremo de otorgar a la nobleza en 1785 una especie de magna carta que confirmó que la nobleza no tenía ninguna obligación hacia el Estado. Sin embargo, la condición del campesinado no fue mejorada. La reacción en Rusia se fortaleció, sobre todo después del estallido de la Revolución francesa en 1789.

Paralelamente a esta reacción social y también política, se fue fortaleciendo el nacionalismo ruso. Así, en 1783 Catalina fundó la academia rusa con el fin de cultivar la lengua rusa. La academia laboró en la preparación del diccionario de la lengua rusa. Su primer volumen apareció en 1789. Aparte de esto, Catalina promovió a partir de 1786, la traducción de las obras clásicas al ruso. Còmo un efecto de la sublevación de Pugachev y de la Revolución francesa, Catalina llegó a odiar lo francés.

En la política exterior, Catalina dio muestra de su intención hacia Polonia desde 1764, dos años después de su ascenso al trono, cuando envió un ejército a ese país para imponer la elección de Estanislao Poniatowski como rey. Y en los años 1772-1795 tuvieron lugar los ya mencionados repartos de Polonia, en los que la emperatriz rusa tomó parte muy activa, sobre todo en el último.

En los repartos de Polonia se manifestó por primera vez una alianza entre las tres potencias absolutistas, Rusia, Prusia y Austria, basada en una cierta similitud de sus estructuras políticas y sociales: despotismo del Esta-

do y preponderancia de la nobleza. Esta alianza duraría con varias interrupciones un siglo.

En general se puede decir que los tres déspotas, Federico II de Prusia, José II de Austria y Catalina II de Rusia fueron en sus países un factor de progreso, pero en su política exterior mostraron una falta completa de ética.

Después de la muerte de Catalina II en 1796 ascendió al trono ruso su hijo Pablo I. Su reinado duró sólo cinco años. En 1801 fue asesinado por un grupo de conspiradores en parte por su tendencia a la tiranía y su desequilibrio mental, en parte por haber hecho la paz con Napoleón. Lo sucedió su hijo mayor, Alejandro I. El nuevo zar, joven e idealista, promulgó en el primer año una serie de reformas que fueron las siguientes: otorgó amnistía a los prisioneros políticos y a los exiliados; abolió el tormento; derogó la prohibición de importar libros extranjeros (prohibición decretada por su padre Pablo), y dio a los comerciantes y a los campesinos libres el derecho de adquirir tierra en propiedad privada, derecho que hasta entonces era el privilegio exclusivo de la nobleza. Dos años después promulgó una ley que permitía a los terratenientes liberar a sus siervos. Esto fue el primer paso hacia la abolición de la servidumbre. Aproximadamente cincuenta mil siervos fueron liberados conforme a esa ley. Después de la invasión francesa de Rusia en 1812, en la que Napoleón fue derrotado, y después del Congreso de Viena de 1814-1815, Alejandro I planeó, según parece, transformar a Rusia en una monarquía constitucional (no se olvide la constitución que otorgó en 1815 a Polonia) y abolir la servidumbre. Estos proyectos no fueron realizados, exceptuando la liberación de los siervos en las pequeñas provincias bálticas.

En el Congreso de Viena, Alejandro I formó una alianza estrecha con el emperador de Austria y el rey de Prusia. Juntos firmaron en 1815 el acta de la Santa Alianza, por la cual se comprometieron a conducir a sus gobiernos según "los principios de la santa fe, el amor, la justicia y la paz". Las palabras eran muy bellas pero la Santa Alianza se convirtió pronto, de hecho, en una fuerza reaccionaria. Así, cinco años después de su fundación, la Santa Alianza se pronunció en 1820 contra todo movimiento revolucionario. Se puede sospechar que los gobiernos reaccionarios de Austria y Prusia influyeron en el zar ruso haciendo de él un conservador. Parece que hacia el fin de su reinado, Alejandro era un hombre desilusionado porque había logrado realizar sólo una ínfima parte de su grandioso plan para la liberación de Rusia. De hecho, había renunciado a los ideales de su juventud. Alejandro I murió en 1825.

Para resumir los acontecimientos del siglo XVIII: por 1700, había en Europa central y oriental tres potencias: Austria, Polonia y Rusia. Además, Prusia estaba a medio camino de convertirse en una potencia. Alemania como tal estaba fragmentada en una multitud de gobiernos. Cien años después, la situación era diferente: sólo quedaban tres potencias, pero no las

mismas que existían por 1700. Hacia 1800, las tres potencias eran Austria, Prusia y Rusia. Polonia había dejado de existir como país.

A lo largo del siglo, Austria, Prusia y Rusia tuvieron gobiernos absolutistas. Este absolutismo se fue convirtiendo en el curso del siglo XVIII en un absolutismo llamado ilustrado, inspirado en las ideas de Voltaire. Los soberanos de estos tres países fueron ilustrados en su política interior pero cínicos en su política exterior.

En los últimos decenios del siglo XVIII apareció en Europa central, principalmente entre los escritores, una corriente nueva que se puede llamar romántica y que tuvo su raíz en el pensamiento de Rousseau. Esta corriente adquiriría una gran importancia en el siglo XIX.

Por último, los movimientos sociales o políticos basados en una ideología demócrata o revolucionaria no alcanzaron a llegar en el siglo XVIII desde el occidente a la aún atrasada Europa central y oriental. Tales movimientos cobrarían allí una gran importancia en el siglo XIX y aún más en el siglo XX.

7. EL SIGLO XIX. EUROPA CENTRAL

Ya se ha hablado en el capítulo anterior del Congreso de Viena (1814-1815). Uno de sus resultados fue la formación de una alianza entre Austria, Prusia y Rusia, las tres potencias que se habían repartido Polonia. Esta llamada Santa Alianza resultó ser un instrumento eficaz para la supresión de los movimientos liberales y revolucionarios. Hay que admitir que los pueblos centroeuropeos —exceptuando Polonia— estaban acostumbrados a vivir bajo un régimen absolutista. La Revolución francesa no los había afectado, atrasados como estaban en su mentalidad política. En esta era de la reacción, que comenzó después de la derrota de Napoleón, los pueblos centroeuropeos se dedicaron a desarrollar cada uno su cultura nacional propia. Este hecho se puede considerar como un gran logro de este periodo absolutista, pues, como resultado del progreso cultural, se iba formando una conciencia política, al principio tímida.

En julio de 1830, una revolución en Francia derrocó a la monarquía absoluta y estableció una monarquía liberal. Esta revolución encontró un eco en algunas partes de Europa central. En septiembre del mismo año estallaron revueltas en tres estados de Alemania occidental, donde los gobernantes fueron destituidos y los pueblos recibieron una constitución. Luego le tocó el turno a Polonia que, como se ha dicho en el capítulo anterior, tenía un ejército propio, pero, por supuesto, bajo el control ruso. En noviembre de 1830 estalló allí una insurrección contra la dominación rusa precipitada por la intención del zar Nicolás de emplear a las tropas polacas para marchar contra la revolución en Francia. A principios del año siguiente, el parlamento polaco proclamó la independencia de su país y destituyó al zar Nicolás. Pero varios meses después el ejército ruso, mucho más numeroso, derrotó al polaco y tomó la capital, Varsovia, después de una batalla de dos días. El fin fue fácil de prever: la constitución polaca fue derogada y en lugar de ella el zar decretó un nuevo estatuto orgánico, el cual, empero, se quedó en el papel. Polonia fue prácticamente incorporada a Rusia.

Ni Austria —cuya política estaba dirigida por su canciller, el reaccionario príncipe Metternich— ni Prusia fueron sacudidas por la revolución de 1830. A raíz de ella, las tres potencias que habían dividido a Polonia, estre-

charon sus vínculos. Una multitud de refugiados polacos cruzaron a Alemania camino a Francia y despertaron en aquel país simpatías de los elementos liberales. Pero la reacción parecía hecha de acero. Las décadas de 1830 y 1840 fueron años de una revolución económica en Europa central. En la década de 1830 se construyeron allí los primeros ferrocarriles. Con ellos crecieron las industrias fabriles y se desarrollaron industrias nuevas. Éstas se desarrollaron sobre todo cerca de los yacimientos de carbón. Los más productivos eran los de Alemania occidental, al norte de la ciudad de Colonia, en una región que pertenecía a Prusia. Después seguían, en lo relativo a su riqueza, los yacimientos carboníferos en el oriente, en la región que Prusia le había quitado a Polonia. Al suroeste de allí estaba la cuenca carbonífera de Moravia. También Bohemia poseía importantes minas de carbón, tanto cerca de su capital, Praga, como cerca de la ciudad de Pilsen (Plzen). Los yacimientos de hierro, dispersos en diferentes partes de Alemania, en Austria y también en Bohemia, formaron la base para el desarrollo de la industria pesada.

Las ciudades crecían, no sólo por el aumento natural de su población sino también a causa de la emigración de los campesinos a los centros industriales. Crecía el número de los proletarios, o sea, los trabajadores fabriles pero también aumentaba la clase media. Los artesanos y los campesinos prósperos podían ahora enviar a algunos de sus hijos a los centros de educación superior. También los hijos talentosos de los padres pobres de la ciudad y del campo podían ahora ingresar a los liceos y las universidades. Todos ellos llegaron a formar la clase media: industriales, comerciantes, abogados y médicos. Los jóvenes de esta generación nacida después de las guerras napoleónicas conocieron ciertamente la paz pero también la opresión brutal del absolutismo. Comenzaron a anhelar un régimen constitucional con libertad e igualdad social. No hay que olvidar que Austria y Prusia, los dos países más poderosos de Europa central, estaban dominados por la nobleza titulada. La clase media, la burguesía, empezó a aspirar a tomar parte en el gobierno. También el campo, influido por la ciudad, comenzó a cambiar. Ciertamente, los campesinos centroeuropeos eran personalmente libres pero aún tenían la obligación de trabajar un cierto tiempo —variable según la región— gratuitamente en las tierras o las haciendas de los nobles. Este trabajo forzoso, la llamada corvea, no era lo único que irritaba a los campesinos. Aparte de ella, los nobles terratenientes ejercían autoridad dentro de sus territorios. Obviamente también los campesinos comenzaron a aspirar a un régimen más igualitario. En esta forma, la clase media y los campesinos tuvieron el mismo propósito, la libertad y la igualdad. En la década de 1840, esta situación maduró gradualmente hacia una revolución.

Sin embargo, la clase media centroeuropea no estaba unida; estaba dividida verticalmente; cada nación o grupo lingüístico tenía su propia clase

media o burguesía. Con el progreso económico, Alemania desarrolló una burguesía muy próspera. De acuerdo con los conceptos del pensador romántico Herder, pueblos oprimidos deberían liberarse; de esto se dedujo que cada nación debería ser no sólo libre sino también estar unida políticamente. Así, los alemanes de Alemania y los de Austria comenzaron a aspirar a una unificación política. (Los alemanes o germanoparlantes suizos no se adhirieron a esta corriente a causa de su centenaria tradición democrática y republicana, opuesta a la tradición monárquica y aristocrática de Alemania y Austria.) Los checos de Bohemia y Moravia aspiraban a adquirir por lo menos una autonomía cutural, sobre todo un número suficiente de escuelas donde se enseñara en lengua checa. La clase dominante en Bohemia y Moravia era la nobleza austroalemana; los checos, en mayoría campesinos y obreros, llegaron a crear una clase media compuesta de comerciantes y profesionistas que se encargaron ahora de dirigir los destinos de esta pequeña nación. En el terreno político, los checos querían formar una tradición, de hecho enterrada durante doscientos años, la de la Corona de San Wenceslao. Este mito podría volverse de nuevo una fuerza política. Los eslovacos en Hungría aspiraban meramente a una libertad cultural.

La situación de los polacos era muy complicada a causa de la división de su país entre tres potencias muy disímiles, Prusia, Austria y Rusia. En general se puede decir que entre los polacos predominaba la aristocracia y que la clase media era poco numerosa. Había cierta semejanza entre Polonia y Hungría.

Hungría misma estaba económicamente atrasada en relación con otras naciones centroeuropeas situadas más hacia el poniente. En consecuencia, la clase media estaba poco desarrollada, y la nobleza alta y baja era la clase dominante; el grupo de los grandes terratenientes era en realidad el que gobernaba. Para mostrarlo en una cifra, 46 familias húngaras eran dueñas de diez mil kilómetros cuadrados; esto es 21 740 hectáreas por familia, superficie muy extensa para las dimensiones de Europa. Los nobles húngaros se consideraban herederos de los invasores húngaros originales; tenían un orgullo nacional. Para ellos, la Corona de San Esteban era una realidad viviente. Esta clase dominante logró del gobierno austriaco concesiones básicas en materia de la lengua. Ya en el año de 1805 se había permitido en el parlamento húngaro el uso del idioma húngaro al lado del latín. Luego, en 1843-1844, el húngaro fue proclamado la única lengua oficial; al mismo tiempo, las escuelas enseñarían sólo en este idioma. Esto fue un golpe no sólo contra el gobierno austriaco sino también contra las minorías nacionales en Hungría, las cuales, juntas, formaban la mayoría de la población. Prácticamente, los nobles nacionalistas húngaros tenían ya las riendas del poder en sus manos.

Estos antecedentes explican lo que sucedió en Europa central en 1848 y 1849. Como había sucedido en 1830, el impulso vino de Francia. En fe-

brero de 1848, una revolución en París derrocó al rey Luis Felipe; el 24 de ese mes proclamó la república. Esta vez el impacto de esta —ya tercera— Revolución francesa no se iba a limitar a varios estados alemanes cercanos a Francia, sino que iba a llegar a toda Europa central. La primera señal de una rebelión apareció en Hungría. Allí, apenas llegaron noticias de la revolución parisiense, el líder nacional Lájos (Luis) Kossuth (se pronuncia Layosh Koshut), descendiente de una familia de hidalgos eslovacos, pidió el establecimiento de un gobierno constitucional responsable ante el parlamento. Pocos días después, en Viena, capital de toda la monarquía habsburga, estalló una revolución con las manifestaciones de los estudiantes universitarios; el entonces odiado príncipe Metternich fue obligado a renunciar y se prometieron reformas al pueblo. De nuevo, varios días después, estalló una revolución en Berlín; el rey Federico Guillermo IV prometió otorgar una constitución. Se puede decir que la revolución en Prusia no tuvo los rasgos violentos que se manifestaron en algunas otras partes de Europa central. Los prusianos no eran revolucionarios. Lo mismo se podría decir de una asamblea general de alemanes prominentes, que se reunió a fines de marzo en Francfort, capital tradicional alemana. El propósito de la asamblea consistió en buscar la unificación de Alemania y de Austria bajo algún régimen constitucional. También se presentaron allí varios delegados austriacos. Entre tanto estallaron varias revueltas en Polonia, que fueron suprimidas por los ejércitos de las potencias ocupantes. Así como los germanoparlantes estaban reunidos en Francfort para discutir el futuro de la nación alemana, también los representantes de diversas nacionalidades eslavas se reunieron a principios de junio de 1848 en Praga, capital de Bohemia, en lo que se llamó el Congreso Paneslavo. El Congreso tuvo un carácter revolucionario: estaban presentes revolucionarios polacos y el anarquista ruso Bakunin y, por supuesto, ningún representante del gobierno zarista ruso. Entre tanto, en Praga estalló una revolución, que fue suprimida por el ejército austriaco. Esto fue el fin del movimiento revolucionario eslavo.

El gobierno austriaco, al recordar una sublevación campesina ocurrida dos años antes, abolió el 7 de septiembre la corvea, o sea el trabajo campesino forzoso en la tierra de los nobles; los campesinos pagarían por su libertad completa en pagos parciales. Otra concesión al pueblo fue la abdicación del emperador austriaco Fernando I en favor de su sobrino Francisco José I, de dieciocho años de edad (que gobernaría hasta 1916). Pero al mismo tiempo la monarquía y el ejército derrotaron la revolución en Austria y combatían la revolución en Hungría.

Tampoco en Alemania la reacción estaba dispuesta a dejarse borrar del mapa. La Asamblea Nacional Alemana reunida en la ciudad de Francfort estaba formada en su mayor parte por monarquistas liberales, partidarios de un gobierno constitucional responsable ante un parlamento; los monarquistas liberales no eran revolucionarios: buscaban establecer la unidad de

Alemania y la parte alemana de la monarquía habsburga por medios pacíficos. La asamblea trabajó en la preparación de una constitución que tomaría el lugar de la "Confederación Alemana" de 1815. Pero el estatuto de esta Confederación no podía ser cambiado sin el consentimiento tanto de Austria como de Prusia. Ninguna de estas potencias se mostró dispuesta a reconocer la autoridad legislativa de la Asamblea de Francfort. La asamblea o el parlamento de Francfort por fin terminó el proyecto de una constitución en marzo de 1849, y dos meses después envió a una delegación a Berlín para ofrecer la corona imperial hereditaria de Alemania al rey de Prusia, Federico Guillermo IV. Pero éste rehusó aceptarla de las manos del pueblo, como lo declaró varios días después. Este título, como dijo, lo podría recibir sólo de las manos de los príncipes. Entre tanto los delegados austriacos habían regresado a su patria. El imperio austriaco no podía obviamente formar parte de otro imperio, un imperio alemán. El fracaso de la Asamblea Nacional de Francfort, en su intento de lograr la unificación del país por los medios pacíficos, condujo a varias revueltas populares en el oeste y el centro de Alemania. Los sublevados fueron derrotados por el ejército prusiano. Al final, la Asamblea Nacional Alemana pareció demasiado revolucionaria a los monarcas alemanes, y fue disuelta en junio de 1849 por el ejército y con ello fracasó el intentó de unir a Alemania por medios parlamentarios. La Confederación Alemana de 1815 fue restablecida, lo que significó el triunfo de la reacción sobre el movimiento liberal. La unificación de Alemania (sin Austria) se realizaría años más tarde como una obra del ejército prusiano.

Mientras la reacción vencía a la revolución en Viena, Hungría estaba dispuesta más que nunca a defender su libertad. Ya en los primeros meses de 1848 Hungría había establecido un gobierno prácticamente independiente de Austria; se propusieron las finanzas independientes, una política exterior propia y un ejército húngaro. Austria aceptó estas condiciones en abril de 1848. Sólo quedaba la unión personal de Austria y Hungría bajo un monarca habsburgo. Pero con el triunfo de la reacción en Viena, Austria procedió a combatir la revolución húngara. Hungría no permaneció ociosa. A fines de septiembre de 1848, el dirigente húngaro Kossuth fue proclamado presidente del Comité de la Defensa Nacional, y rápidamente se organizó un ejército nacional. Austria no tardó en invadir Hungría. En quince días el ejército austriaco tomó la capital húngara, Budapest. El gobierno austriaco anuló el convenio de abril de 1848, que concedía al rebelde país prácticamente la independencia, en la creencia de que esto acabaría con la resistencia húngara. Pero Hungría no estaba dispuesta a rendirse. Su parlamento, reunido en una ciudad de provincia, proclamó a Hungría un estado completamente soberano dentro de sus fronteras históricas. Las fronteras históricas significaban la inclusión de los eslovacos, los ucranianos, los croatas y los rumanos dentro de Hungría. Acto seguido, el parlamento des-

tituyó a la dinastía Habsburgo y eligió a Kossuth regente del país. La república no fue proclamada. Obviamente, Hungría pensaba continuar una monarquía, por supuesto con una dinastía diferente. El título de regente había sido usado por Hunyadi, el gobernante popular del siglo XV, y sería usado en el siglo XX, entre las dos guerras mundiales por otro gobernante, Horthy. Los enemigos de Kossuth lo acusaron de aspirar a la corona. En fin, no es sorprendente que la nobleza húngara no haya sido republicana.

El ejército húngaro logró tomar de nuevo su capital. Un general voluntario polaco probó ser un comandante muy valioso para Hungría. Pero el final se podía prever. El zar ruso Nicolás I, quien temía que la revolución se propagara y extendiera a Polonia, ofreció ayuda al emperador austriaco Francisco José en interés de la solidaridad monárquica. El emperador austriaco aceptó la ayuda y en junio dos ejércitos rusos entraron a Hungría. En esta lucha desigual —los rusos y los austriacos contaban con 370 000 hombres y los húngaros sólo con 152 000, dos quintas partes de los efectivos enemigos— los húngaros fueron derrotados. Kossuth huyó a Turquía, pero, antes de huir, escondió la Corona de San Esteban, que llevaba consigo. El lugar fue después revelado a Austria, y fue trasladada a Viena. Años después, cuando a Hungría le tocó ganar, la corona fue devuelta a Budapest. Por el momento, Hungría fue sometida a un régimen militar. La reacción salió triunfante en toda la Europa central.

El gran error de Kossuth consistió en querer convertir por la fuerza a los eslovacos, los rumanos y los ucranianos en húngaros. Estos grupos también querían y pedían libertad para cultivar su lengua y su cultura. Al ver que se les negaban sus derechos elementales, las minorías (que juntas formaban mayoría) se unieron a Austria y contribuyeron a la derrota de Hungría. Pero los nobles húngaros siguieron dominando el país y oprimiendo a las minorías étnicas. A la postre, esto contribuiría a la derrota austrohúngara en 1918.

La época de la reacción (1850-1870) se caracterizó por un inusitado progreso económico. Las principales líneas férreas que hoy existen fueron construidas en aquellos años. También se desarrollaron las compañías navieras, sobre todo las alemanas, que transportaban a los pasajeros y las mercancías en barcos de vapor. Igualmente progresó la industria tanto pesada como ligera. El logro más importante de la industria pesada alemana fueron los altos hornos de la familia Krupp, situados en el valle del Rin, no muy lejos de Colonia. La empresa Krupp se hizo famosa por la fabricación de sus cañones, a los cuales Alemania debía un triunfo en más de una batalla. La monarquía habsburga tampoco estaba muy atrás con su empresa Skoda en Pilsen (Plzen), en Bohemia, la cual también fabricaba cañones, naturalmente, aparte de otros productos de la industria pesada. Era de esperarse que con el crecimiento de la industria, de las comunicaciones y del comercio se desarrollara también la banca. El banco más famoso de aquel tiempo

fue el perteneciente a la familia Rothschild, el cual, desde su lugar de origen, Francfort, se extendió a otras ciudades y a otros países; se fundaron sucursales en Viena, París, Londres y Nápoles. Los Rothschild se dedicaron a financiar los ferrocarriles de modo que una parte de la red ferroviaria centroeuropea se hallaba en sus manos pero, por otro lado, se abstuvieron de invertir en empresas industriales. Los primeros dos bancos alemanes con importantes inversiones de capital en empresas industriales fueron fundados en 1848 y en 1853. El crecimiento económico general duró en Europa central hasta el año de 1873, cuando sobrevino una crisis cuyos efectos se hicieron sentir durante varios años.

El hombre más notable de la era de la reacción en Europa central fue Otto von Bismarck, primer ministro de Prusia a partir de 1862 y de Alemania a partir de 1871. Su lema, expresado en 1862, era el siguiente: "las grandes cuestiones del día no se resuelven mediante discursos y mayorías parlamentarias, sino con sangre y hierro". Bismarck encajaba bien, pues, dentro de la tradición prusiana de un ejército formidable, el mejor organizado de Europa. Por supuesto, a Bismarck le ayudó el crecimiento de la industria pesada alemana. El economista moderno John Maynard Keynes observó que el poder de Alemania se debía más bien al carbón y al hierro, más que a la sangre y el hierro. Pero se puede decir que tanto Bismarck como Keynes tenían razón. Desde el principio, Bismarck defendió los derechos de la Corona y los privilegios de la nobleza. Como era de esperarse, se opuso al parlamento de Francfort y apoyó a la reacción militar.

La ambición de Bismarck consistía en un engrandecimiento de Prusia; aspiraba a que Prusia dominara Alemania. Pero había un obstáculo: Austria. Tanto Austria como Prusia eran miembros de la Confederación Alemana; de hecho, el emperador austriaco era su presidente. Austria era un país católico; Prusia era protestante. Austria estaba atrasada respecto de Prusia; sin embargo, era un imperio mientras Prusia era meramente un reino. Austria y Prusia semejaban dos gallos en un gallinero. Para Bismarck era una situación intolerable. Era preciso expulsar a Austria de la Confederación Alemana. Desde que fue nombrado canciller de Prusia en 1862, Bismarck comenzó a preparar la guerra contra Austria. Fue fácil hallar un pretexto. En 1864 Austria y Prusia juntas hicieron una guerra contra Dinamarca por dos territorios pequeños. La ganaron, y los diminutos principados fueron entregados a la administración conjunta de las dos potencias. La disputa entre ellas por los territorios recién adquiridos presentó a Bismarck un pretexto para realizar su propósito. Nombrado conde en 1865, Bismarck se propuso aislar a Austria de la ayuda de otras potencias europeas, trabajo en el que mostraría ser un gran maestro. En abril de 1866 firmó un tratado con Italia, en el que esta última prometió ayudar a Prusia contra Austria a cambio del territorio de Venecia, entonces austriaco. Con Rusia, Bismarck continuó teniendo buenas relaciones. El zar estaba agradecido a

Prusia por su ayuda contra la insurrección polaca en 1863, y aun cuando Rusia no podía ser partidaria de la unificación alemana, tampoco podía oponerse a Prusia en 1866. De modo que Austria se encontró sin aliados. Ciertamente, los estados católicos del sur de Alemania, como Baviera, simpatizaban con Austria, pero Prusia los subyugó en dos semanas. Después se lanzó contra Austria y la derrotó en siete semanas. En el tratado de paz, que siguió, Bismarck logró evitar que Austria fuera humillada. No le quitó ningún territorio (excepto los principados ya mencionados, antes daneses) porque sabía que algún día podría ser amiga y aliada de Prusia. Por supuesto, la Confederación Alemana fue disuelta y el liderazgo de Prusia reconocido en Alemania. Al fin, Austria fue excluida de Alemania.

La derrota austriaca causó en la monarquía habsburga una conmoción. Las minorías nacionales se dieron cuenta de su debilidad y levantaron la cabeza. Los húngaros se mostraron los más agresivos, así como habían sido en 1848-1849. Para evitar la desintegración de la monarquía, el emperador Francisco José decidió dividir la monarquía en dos partes: la parte austriaca con su capital en Viena, que sería gobernada por los alemanes étnicos de Austria, y la parte húngara con su capital en Budapest, que sería gobernada por los húngaros étnicos (los magyars). El imperio ya no sería austriaco sino austro-húngaro; también el emperador habsburgo, con su sede en Viena, sería en lo futuro emperador austro-húngaro. Los ministerios de Relaciones Exteriores, de Guerra y de Hacienda Pública serían comunes. En la práctica, por ejemplo, el ministro autro-húngaro de Relaciones Exteriores sería alternativamente un austriaco y un húngaro. En todo lo demás, por ejemplo en la justicia y la educación, Hungría sería totalmente independiente.

Estos arreglos del año de 1867 entre Viena y Budapest, fueron muy mal recibidos por las minorías eslavas de la monarquía habsburga, pues ellas esperaban un arreglo que protegería a todas las minorías por igual. En lugar de esto, los húngaros resultaron los únicos beneficiados. En particular, los políticos checos de Praga quedaron muy desilusionados. Para entonces, los checos tenían a su burguesía y una vida cultural desarrollada, de modo que no se sentían en modo alguno inferiores a los alemanes étnicos de Austria. Otra situación prevaleció en la parte húngara del imperio ahora dividido. Los eslovacos, los rumanos y los ucranianos no estaban tan adelantados como los checos. La opresión húngara de sus minorías nacionales aumentó. Se puede decir sin exagerar que la componenda entre Austria y Hungría de 1867 fue una causa importante de la derrota de la monarquía habsburga en 1918, de su desintegración y de la formación de los nuevos estados nacionales. Mientras el emperador Francisco José fue coronado en Budapest rey de Hungría con la —ahora devuelta— corona de San Esteban, el emperador nunca aceptó ser coronado rey de Bohemia con la corona de San Wenceslao. Y este desaire nunca fue olvidado por los checos. En protesta contra

el acto unilateral del emperador austriaco, los dirigentes políticos checos hicieron un viaje a Moscú en el verano de 1867. El resentimiento checo contra la monarquía austrohúngara condujo a una paradoja: la nación checa no tenía nobleza propia; sus dirigentes eran burgueses demócratas. Pero su odio contra la monarquía habsburga se volvió tan grande que estaban dispuestos a buscar una alianza con el régimen más reaccionario de Europa, el régimen zarista ruso dominado por el zar y la nobleza. En esta forma, los checos se convirtieron —por un tiempo— en partidarios del paneslavismo, corriente que pretendía unificar a los pueblos eslavos bajo dirección rusa. Así, el gobierno austriaco (o austrohúngaro) fácilmente enemistó a los checos y los polacos, adversarios jurados de Rusia sobre todo desde su sublevación fracasada antirrusa de 1863-1864, que fue suprimida por el ejército zarista con el apoyo de la Prusia de Bismarck.

Después de la guerra contra Austria, la atención de Bismarck se dirigió hacia el oeste, hacia el imperio de Napoleón III, debilitado por la aventura mexicana. Ya en el año de 1867 tuvo lugar la primera tensión francoprusiana. Sucede que el diminuto ducado de Luxemburgo, situado entre Francia y Alemania, tenía una guarnición prusiana. Entonces Napoleón III propuso comprar a Luxemburgo. Esto causó una ola de protestas en Alemania. La fricción entre Prusia y Francia fue aumentando hasta que en julio de 1870 estalló entre ellas una guerra. La guerra francoprusiana terminó en seis semanas con la derrota de Napoleón III, emperador de los franceses, y con el triunfo de Bismarck, canciller de Prusia. Napoleón fue capturado y en París se proclamó la república. Puesto que París siguió resistiendo al ejército invasor, éste estableció su cuartel general en Versalles. El resultado más importante de la guerra fue la unificación de Alemania bajo el mando de Prusia en la forma de un imperio alemán. En la sala de espejos del palacio de Versalles, el rey de Prusia, Guillermo I, fue proclamado el 18 de enero de 1871 emperador alemán (no emperador de Alemania; Bismarck no quería herir la susceptibilidad de los jefes de los estados alemanes menores, como el rey de Baviera y otros reyes, príncipes y duques). Diez días después, París capituló y se firmó un armisticio con Alemania. Al fin, en mayo, se firmó en Francfort el tratado de paz, en el que Francia cedía a Alemania la provincia de Alsacia y la mayor parte de Lorena, cuya riqueza en mineral de hierro contribuiría al crecimiento más rápido de la industria pesada alemana. Francia debía pagar al vencedor una indemnización de cinco billones de francos (un billón de dólares), y un ejército de ocupación alemán permanecería en el territorio francés hasta el pago total de la en aquel entonces enorme indemnización. El mismo año, Bismarck fue nombrado príncipe.

El resultado de esta breve guerra tuvo consecuencias profundas sobre el equilibrio de fuerzas en el continente europeo. Hasta entonces primera potencia del continente europeo, Francia cedía ahora la primacía a una na-

ción nueva, Alemania. Tenía que ser obvio que la nación derrotada aprovecharía la primera oportunidad para tomar la revancha. Por supuesto, Francia necesitaría para ello a uno o más aliados. Impedir que los adquiriera se convirtió en el objetivo principal de Bismarck en los dos decenios que le quedaban al frente del gobierno alemán. Para Bismarck era esencial atraer a dos aliados potenciales de Francia, a saber Rusia y Austria-Hungría. Bismarck se valió del temor de los emperadores de las dos monarquías mencionadas a la república y la revolución. (Hay que recordar que Francia y Suiza eran entonces las únicas repúblicas de Europa.) Por supuesto, había también monarquías liberales como la británica; pero los tres imperios —Rusia, Austria y Alemania— eran diferentes: podían tener un parlamento, pero los asuntos más importantes, como el del ejército, estaban exentos de su control y dependían directamente del emperador; eran pues, monarquías militares, autócratas en un grado mayor o menor. Bismarck había hallado su denominador común. Así, los tres emperadores se reunieron en Berlín en septiembre de 1872 y establecieron una colaboración en asuntos de interés común, un eco de la Santa Alianza.

El acuerdo de los tres emperadores no llegó a convertirse en una alianza. Por cierto, a principios de mayo del año siguiente (1873), Rusia y Alemania suscribieron un pacto de ayuda militar mutua que convenía sobre todo a aquélla, porque aseguraba la sujeción de Polonia; pero Austria-Hungría —la tercera potencia que, junto con Rusia y Prusia, había intervenido en la repartición de Polonia— se negó a adherirse al convenio. El movimiento nacionalista de la minoría eslava en la monarquía habsburga, que buscaba apoyo en el poderoso zar de todas las Rusias, era quizás la causa principal del enfriamiento de las relaciones entre ambas potencias.

Bismarck no pudo lograr que el ejército alemán permaneciera en el territorio francés. Francia pagó la totalidad de la indemnización y Alemania tuvo que evacuarla en septiembre de 1873. En ese momento, toda Europa era presa de una aguda crisis económica que había empezado en mayo en Viena. La indemnización francesa se había derramado sobre Alemania y dado un poderoso ímpetu al desarrollo económico; pero como suele suceder, el desarrollo fue demasiado rápido y especulativo. Este estado de inseguridad y agitación contribuyó a aumentar la tensión franco-alemana. Alemania comenzó a hablar de una guerra preventiva. Tal guerra terminaría, sin duda alguna, con otra victoria alemana y otro aumento del poderío alemán. Entonces Rusia y la Gran Bretaña, hasta entonces más bien hostiles a Francia, intervinieron por vía diplomática en Berlín. Bismarck se batió en retirada. Como una consecuencia, el pacto de los tres emperadores se resquebrajó.

A Alemania le convenía que Rusia se distrajera en otra parte. No tuvo que esperar mucho tiempo. El año de 1878 marcó el avance ruso en los Balcanes después de una guerra victoriosa contra Turquía. Los pueblos eslavos

de religión ortodoxa-griega, la misma religión a la que pertenecían los rusos, afirmaron su independencia, o por lo menos autonomía, del yugo turco. Estos dos pueblos, Serbia y Bulgaria, tenían, además, otros lazos culturales con Rusia, como el uso del mismo alfabeto cirílico de origen griego, y por estas razones se tuvo la impresión en Austria-Hungría y en Alemania de que serían peones en el programa ruso de expansión. En particular, Austria-Hungría temía que los éxitos de Serbia y Bulgaria alentarían a sus minorías eslavas católicas —los croatas, los checos, los eslovacos y los polacos— a luchar por su independencia. A fin de cuentas todos ellos eran "pueblos hermanos".

Austria-Hungría no se sentía segura y, en 1879, logró hacer con Alemania un pacto defensivo contra Rusia. Rusia protestó y esto dio a Bismarck la oportunidad de negociar un nuevo pacto entre los tres emperadores. El nuevo pacto ruso-austro-alemán, establecido en 1881 por tres años, era secreto: básicamente, Rusia y Austria-Hungría se repartieron en él a los Balcanes: Bulgaria cayó en la órbita rusa y Serbia en la austro-húngara. En mayo de 1882, Bismarck completó su obra —el aislamiento de Francia— con la "Triple Alianza" de Alemania, Austria-Hungría e Italia. Al vencerse en 1884 el acuerdo de los tres emperadores, los tres gobiernos lo prorrogaron por otros tres años. Pero al expirar de nuevo su vigencia en 1887, Rusia rehusó renovarlo a causa de la tensión con Austria-Hungría en los Balcanes. Alemania no podía perder su alianza de 1879 con la única otra potencia de lengua alemana —hermana pues, a pesar de las diferencias culturales—, pero tampoco romper los lazos amistosos con Rusia. Entonces Bismarck discurrió firmar con ella un tratado bilateral de neutralidad.

Con esta estructura compleja de tratados, Bismarck mantuvo el predominio alemán en Europa. Consciente del peligro de la inevitable "revancha" francesa, se mostró partidiario hasta el último momento de una amistad con Rusia. Su objetivo era evitar una guerra en dos frentes. Bismarck escribió que una guerra ruso-alemana, "con las gigantescas proporciones de su teatro, encerraría muchos peligros. Los ejemplos de Carlos XII (rey sueco derrotado por Rusia) y de Napoleón demuestran que los generales más capaces sólo con trabajo pudieron salir de la expedición a Rusia". En 1888 escribió que Rusia no podría ser derrotada: "semejante resultado, incluso después de las más brillantes victorias, está fuera de todo lo probable. Ni siquiera el fin más favorable de la guerra conducirá a la desintegración. . . de Rusia que descansa sobre millones de rusos. . . Es el Estado indestructible de la nación rusa, fuerte por su clima, por sus grandes extensiones y por la limitación de sus necesidades".

Por desgracia para Alemania, los sucesores de Bismarck no obedecieron su testamento.

Igualmente astuto fue Bismarck en su política interior. Para poder mantenerse en el poder sabía escoger bien el chivo expiatorio contra quien

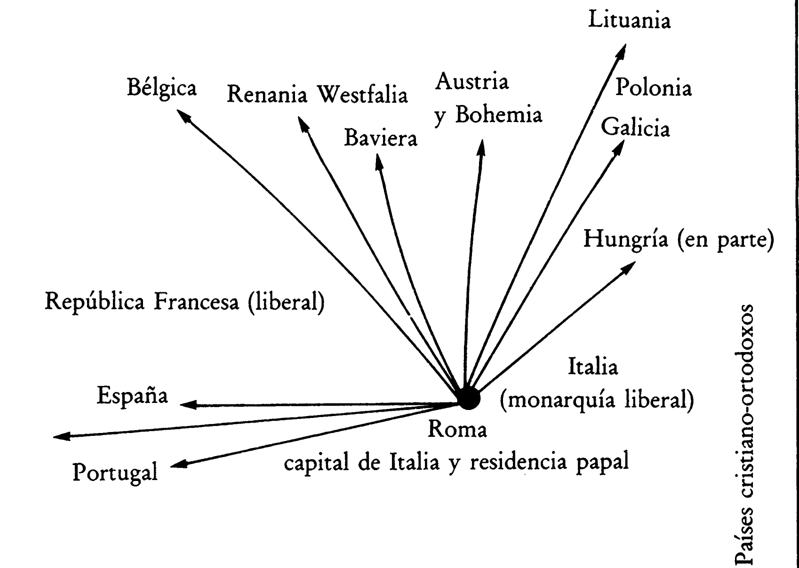
dirigir a la opinión pública. Una de sus víctimas fue la Iglesia católica, contra la cual desató lo que llegó a llamarse "la lucha cultural". El conflicto comenzó a raíz del concilio vaticano de 1870, que proclamó la infalibilidad del papa. (Las consecuencias de esta decisión se pueden apreciar en el croquis 11.) Muchos católicos alemanes no reconocieron este dogma nuevo; se llamaron a sí mismos "viejos católicos" y formaron una Iglesia propia en 1871. La Iglesia romana pidió luego que el gobierno alemán despidiera a aquellos maestros de escuela que fueran viejos católicos, a lo cual Bismarck se negó. Así declaró la guerra a la Iglesia y a los católicos. Bismarck formó una alianza con el Partido de los Liberales Nacionales en contra de los católicos (un tercio de la población alemana; los "viejos católicos" eran una pequeña minoría). Los católicos se defendieron fundando luego, en 1871, un partido político que llamaron el Centro, para indicar que no eran, por supuesto, revolucionarios, pero que tampoco eran partidarios del gobierno conservador o reaccionario alemán, caracterizado por el predominio del ejército y la policía. Contra la negativa de Bismarck de despedir a los maestros "viejos católicos", la Iglesia reaccionó excomulgando a estos últimos. Y entonces Bismarck expulsó a los jesuitas. En esta "lucha cultural", el gobierno alemán estableció varias medidas duraderas, por ejemplo el matrimonio exclusivamente civil. Con esta medida Alemania mostró su cara progresista; otros países, como Austria-Hungría, continuaron reconociendo sólo el matrimonio religioso. Al fin, la tirantez entre el Estado alemán y la Iglesia católica disminuyó y ambos contendientes hicieron las paces al verse que, por un lado, la Iglesia no podía imponer sus criterios pero, por el otro, tenía a un poderoso partido político católico que ya en el año de 1878 era el partido más fuerte en el parlamento (tenía de 90 a 100 diputados del total de 391). No quedaba más que pactar.

Bismarck encontró a otro chivo expiatorio en el partido socialista, que causó una sorpresa (desagradable para el gobierno alemán) al ganar en las elecciones nacionales de 1877 sólo doce curules, pero el nueve por ciento del voto total. Todo el mundo sabe que el movimiento socialista revolucionario o comunista alemán fue fundado por Carlos Marx y Federico Engels en 1847-1848. En aquel año revolucionario, Marx estaba aún asociado a los republicanos y los partidiarios de la unificación alemana por los medios revolucionarios. Después de fracasada la revolución de 1848-1849, Marx se dedicó principalmente a sus estudios, y años más tarde, en 1864, organizó a sus adeptos y a otros espíritus afines en una Asociación Internacional de Trabajadores.

Entre tanto nació en Alemania otro grupo socialista. Formado en 1863 por Fernando Lassalle como Unión General de Obreros Alemanes, esta agrupación aspiraba a crear cooperativas obreras de producción con crédito estatal. Es obvio que el socialismo de Lassalle era muy diferente del socialismo marxista. Hasta Bismarck tuvo por Lassalle una cierta simpatía. Pero

Croquis 11. Poder espiritual papal después de 1870 (incorporación de Roma a la monarquía liberal de Italia) (Pio IX, papa)





Países musulmanes

Lassalle —hombre de carácter aventurero— murió en 1864 en un duelo y su movimiento tuvo que ceder, luego de unos pocos años, el primer lugar al movimiento de inspiración marxista. En 1869, varios discípulos de Marx y Engels fundaron en Alemania el Partido Obrero Social-Demócrata Alemán. Por la presión policiaca, este partido se unió seis años después con los partidarios de Lassalle para formar el Partido Obrero Socialista, quedando así unido el movimiento socialista alemán. Este partido, en el que predominaban los partidarios de Marx, ganó como se ha dicho en las elecciones de 1877 el nueve por ciento del voto total de la nación. Entonces al año siguiente Bismarck decretó la llamada "Ley Socialista", que prohibió el partido, sus manifestaciones, su prensa y sus sindicatos; como resultado, aproximadamente seiscientas personas fueron condenadas a prisión. Pero los diputados socialistas continuaron en el parlamento. A pesar de la persecución, la doctrina marxista se fue popularizando en Alemania... En 1880, el Partido Socialista Alemán fue reorganizado en Suiza y se estableció un contrabando de la prensa socialista desde Suiza.

Bismarck no se limitó a la persecución del movimiento socialista. Intentó ganarse a los trabajadores mediante varias medidas positivas: ayudó a los tejedores de Silesia, quienes vivían en la miseria, con los fondos del gobierno. Pero más importantes fueron las siguientes medidas legislativas: en 1881 se implantó el seguro obligatorio de riesgos y enfermedades profesionales; después se implantó en Alemania el seguro obligatorio de enfermedad, invalidez y vejez, subsidiado por el Estado. Esta obra social de Bismarck quedó concluida en 1889. Sin duda, las cantidades pagadas a los trabajadores por concepto del seguro no eran grandes, pero probablemente suficientes considerando el nivel de vida obrera. No es remoto pensar que el seguro social alemán fue un factor en el fracaso de la revolución comunista alemana de 1918-1919. Bismarck había mostrado su capacidad de prever y prevenir.

Entre tanto, el Partido Socialista Alemán continuó creciendo. En las elecciones generales de 1890, el partido consiguió un millón y medio de votos —el veinte por ciento del voto total— logrando ser el partido numéricamente más fuerte; pero obtuvo sólo treinta y cinco diputados del total de 391. El mismo año fue fundado oficialmente de nuevo el Partido Social-Demócrata Alemán y al año siguiente adoptó un programa dogmáticamente marxista.

En las elecciones de 1890, los partidos Conservador y Nacional-Liberal, en los que se apoyaba Bismarck, perdieron la mayoría parlamentaria en favor de partidos populares tales como los Progresistas, el Centro y los Socialdemócratas. Para entonces, Alemania tenía a un emperador nuevo, Guillermo II (ascendió al trono en 1888), un joven impetuoso para quien la vieja Alemania de los nobles prusianos conservadores no tenía mucho significado. El desenlace lógico tanto de las elecciones como del desacuerdo

entre el emperador y Bismarck, fue la dimisión de este último en marzo de 1890. El nuevo gobierno se negó a renovar el tratado de neutralidad con Rusia; igualmente rehusó refrendar las leyes antisocialistas. Una era nueva empezaba para la política interior alemana y también para la política exterior, no sólo de Alemania sino de toda Europa.

En el imperio austrohúngaro continuó la lucha de las minorías étnicas por sus derechos nacionales. Por ejemplo, los checos boicotearon el parlamento de Viena después de la componenda entre Austria y Hungría de 1867. Esta actitud negativa no les produjo resultado alguno y entonces cambiaron de actitud en 1879. Por esto fueron premiados por el gobierno austriaco casi inmediatamente. En 1880 se decretó que todas las autoridades de Bohemia emplearan en cada caso la lengua usada por las partes en cuestión. Hasta entonces la lengua oficial de Bohemia era el alemán. Ahora los checos podían usar su lengua propia en el trato con el gobierno. Al año siguiente el gobierno dividió la universidad de Praga en dos, una checa y otra alemana. Hasta entonces, la universidad enseñaba únicamente en alemán (desde los tiempos de José II). A partir de entonces, los checos tendrían su universidad propia. Lo importante era el crecimiento del número de toda clase de escuelas checas. Lo mismo se puede decir de los eslovenos en el sur de Austria. En general se percibe en esa época un progreso de las minorías eslavas en Austria.

Sin embargo, en la parte húngara de la monarquía aumentó la opresión de las minorías. En 1869 había 1 921 escuelas primarias que enseñaban en la lengua eslovaca; este número fue reducido en cuarenta y dos años a 440 escuelas. Los eslovacos tenían también tres liceos (secundaria y preparatoria juntas), pero éstos fueron clausurados en 1874. Los rumanos tenían cuatro liceos que sobrevivieron a la opresión. A los alemanes de Transilvania les fue mejor pues tenían siete liceos. Se puede concluir que los eslovacos fueron los que más sufrieron bajo la opresión húngara.

Rusia

El zar Alejandro I murió en 1825, desilusionado por haber cumplido muy poco de su vasto plan de reorganización de Rusia. Ilustrado o no, Alejandro fue de cualquier modo un déspota. Después de su muerte tuvo lugar un interregno por un problema de sucesión. De éste se aprovechó un grupo de oficiales del ejército, al parecer masones, para organizar una sublevación con el fin de transformar la autocracia rusa en una monarquía constitucional. Pero los oficiales no tenían prácticamente ningún apoyo popular; Rusia no estaba preparada para un cambio. Esta revuelta de los "decembristas" —llamados así porque aquélla tuvo lugar en diciembre de 1825— fue, naturalmente, suprimida. El nuevo zar, Nicolás I, hermano menor de Alejandro, reafirmó el despotismo o la autocracia y comenzó a gobernar Rusia

con mano de hierro. Desconfiando ahora de la nobleza, entregó la administración del imperio a los obedientes burócratas, los más influyentes de los cuales eran los alemanes de Estonia, un pequeño país báltico subyugado por Rusia. Pero al mismo tiempo comprendió la necesidad de las reformas, sobre todo las relativas a los siervos.

La mayoría de la población rusa se componía de campesinos siervos. Eran pocos campesinos que gozaban de libertad. No todos los siervos eran campesinos. Los dueños de los siervos eran en parte nobles, en parte terratenientes sin título de nobleza. Muchos dueños de siervos eran pequeños propietarios con menos de diez siervos varones cada uno; los grandes terratenientes poseían centenares y hasta miles de siervos cada uno; el grupo de los grandes terratenientes tenían más de las cuatro quintas partes de los siervos. La riqueza de un hombre se medía más por el número de sus siervos que por la superficie de sus tierras. El padre del escritor Iván Turguenev (1818-1883) poseía cinco mil siervos. No todos estaban ocupados en cultivar la tierra. Había una orquesta de músicos siervos, un teatro de actores siervos, un servicio de polícia compuesto de siervos y hasta la familia tenía a un médico siervo quien había enviado a Alemania a estudiar. Sin embargo, todos los siervos eran tratados del mismo modo. No es de extrañar que Turguenev llegara a odiar a la servidumbre como el peor mal de Rusia. Ivan Goncharov describió a mediados del siglo, en su novela *Oblomov*, a un dueño de trescientos cincuenta siervos. Oblomov vivía en San Petersburgo como un empleado del gobierno; tenía dos criados y dos caballos; obviamente su propiedad no era muy productiva; tal vez una parte de las ganancias se quedaba en la bolsa de su administrador. Oblomov era un hombre perezoso y apático en sumo grado; ya en aquel entonces los nobles rusos tenían la fama de ser indolentes. Por supuesto, hubo también excepciones, pero éstas no lograron salvar a la clase entera de la ruina.

El zar Nicolás I promulgó dos leyes que mitigaron los peores rasgos de la servidumbre: en 1827 prohibió la compra de siervos a menos que el comprador pudiera dotarlos de tierra, y seis años después prohibió la separación de los miembros de una familia de siervos al venderse una propiedad territorial. Nicolás también mejoró considerablemente la suerte de los siervos que eran propiedad del Estado. Por último, promulgó una ley que dio al terrateniente el derecho de fijar las obligaciones de sus siervos permanentemente, a cambio de lo cual éstos recibirían su tierra a perpetuidad. Esto, como también las medidas anteriores, fue un paso hacia la liberación de los siervos.

En lo demás, Nicolás fue un gobernante absoluto. Después de la sublevación polaca firmó en 1833 un acuerdo secreto con Austria y Prusia, en el que las tres potencias se garantizaban mutuamente sus porciones de Polonia. Su temor a la revolución lo llevó en 1849 a suprimir la revolución húngara. Su ruina fue la guerra de Crimea, en la que varias potencias occidentales se unieron a Turquía para combatir el expansionismo ruso en el

mar Negro. Nicolás I murió en medio de la guerra, en 1855. La derrota rusa mostró que Rusia necesitaba reformas fundamentales. El nuevo zar, Alejandro II, estaba dispuesto a realizarlas, pero el problema principal era la servidumbre. En 1856 dijo que "sería mejor abolir la servidumbre desde arriba que esperar hasta que ésta sea abolida desde abajo". Cinco años después fue proclamada la tan esperada emancipación de los siervos rusos. Básicamente, los siervos obtuvieron la libertad personal incondicional, pero no recibieron la tierra individualmente sino en forma de propiedad comunal.

Las consecuencias económicas de la emancipación de los siervos en Rusia fueron semejantes a las de la abolición de la servidumbre en Europa central. Los antiguos siervos o campesinos pudieron dedicarse ahora a los oficios y emigrar a las ciudades para trabajar en las fábricas que en esos años comenzaron a crecer, sobre todo en la capital, San Petersburgo. Pudieron también trabajar en la construcción de los ferrocarriles, que comenzó aproximadamente en esa época y terminó antes del fin del siglo. Para entonces, cubría prácticamente toda la Rusia europea una vasta red de vías modernas de comunicación (el ferrocarril transiberiano fue terminado el primer decenio del siglo XX). Hecho curioso, los ferrocarriles rusos eran de una vía más ancha que las de Europa central y occidental, a excepción de las de la península ibérica. Sin duda, el gobierno ruso lo hizo como una medida de precaución, para dificultar una invasión militar enemiga.

Las consecuencias sociales de la abolición de la servidumbre en Rusia no fueron tan favorables. En primer lugar, arruinó a los pequeños nobles, a los hidalgos rusos que tenían pocos siervos cada uno. En segundo lugar, algunos campesinos emprendedores comenzaron a comprar tierras. En un cuento de León Tolstoy, "¿Cuánta tierra necesita un hombre?", escrito en 1886, o sea un cuarto de siglo después de la reforma de 1861, una propietaria de ciento veinte hectáreas decide vender su finca a los campesinos. Uno de ellos, por ejemplo, le compra dieciséis hectáreas. Así se formó un grupo campesino próspero. Pero la gran masa de ellos continuó viviendo en la miseria. La gran nobleza territorial comenzó a dar muestras de decadencia, como se hace notar en la novela de León Tolstoy, *Ana Karenina.*

No era de extrañar que haya surgido un movimiento que pretendiera realizar una revolución campesina. Por supuesto, los campesinos no sabían nada de esto. Eran normalmente los hijos de los clérigos (los clérigos en la Iglesia rusa se casaban), egresados de la universidad, quienes se volvieron revolucionarios. El primer intento de asesinar al zar Alejandro tuvo lugar en 1866. Cuatro años después se organizó una sociedad de revolucionarios conocidos como Narodniki, populistas. En 1876 un grupo dentro de los Narodniki formó una sociedad secreta con el fin de provocar una revolución campesina. Pero la policía se alertó y poco tiempo después cerca de ochocientas personas fueron encarceladas.

El fervor revolucionario fue interrumpido por la guerra ruso-turca de

1877-1878, pero resurgió de nuevo después de ella. En 1879 un grupo de los Narodniki organizó un grupo terrorista con el propósito de asesinar al zar. Después de tres intentos fallidos los terroristas tuvieron éxito: en 1881, Alejandro II fue herido mortalmente por una bomba. Hecho trágico, Alejandro II fue asesinado el mismo día en que había firmado un decreto que establecía elecciones para un comité imperial consultivo. Si bien esto no iba a ser un parlamento, era el primer paso hacia él.

El nuevo zar, Alejandro III, estaba determinado a acabar con todo el movimiento revolucionario. Para esto planeó elevar el nivel del pueblo ruso. En 1882 una ley especial mejoró la condición de los campesinos y estableció un banco de préstamos a quienes quisieran comprar tierra en el mercado libre. Al mismo tiempo estableció la inspección gubernamental de las fábricas para la protección de los trabajadores y limitó las horas de trabajo de los menores de edad y de las mujeres. Por lo visto, las horas de trabajo de los hombres adultos no tenían límites legales.

La policía acabó temporalmente con el movimiento revolucionario. Una conspiración para asesinar al zar fue descubierta a tiempo (en 1887). El líder de la conjura, un hermano mayor de Lenin, y otros cuatro compañeros fueron ejecutados. Al morir el emperador en 1894, toda la actividad revolucionaria había acabado, y muchas mejoras y reformas fueron nulificadas por la terrible hambruna de 1891 y una enorme epidemia de cólera.

El nacionalismo ruso que aspiraba al engrandecimiento territorial, tomó el nombre de paneslavismo. El paneslavismo pretendía liberar a los pueblos eslavos de religión griega o rusa y colocarlos bajo la protección de Rusia. Ya Pedro el Grande había denunciado el yugo bajo el cual gemían los pueblos cristianos de los Balcanes (todos los pueblos de la península balcánica, que no eran turcos, eran, a excepción de Croacia, cristianos de religión griega o rusa, llamada también ortodoxa). Catalina la Grande avanzó un poco en la expansión rusa hacia el sur, y adquirió derechos especiales en los principados de Valaquia y Moldavia que estaban aún bajo la soberanía turca. En el siglo XIX el paneslavismo triunfó con la liberación de Serbia y Bulgaria.

Los principados de Valaquia y Moldavia, situados entre Rusia y Bulgaria, eran de religión ortodoxa pero no eran eslavos. El movimiento nacionalista en estos principados comenzó antes de 1850. Muchos jóvenes nativos de ellos estudiaron en París y se enorgullecían de su propia lengua romance. Los principados se unieron en 1859 y eligieron como su primer príncipe a Alejandro Cuza, miembro de la antigua nobleza local. La unión de ambos principados, con el nombre de Rumania, se proclamó formalmente en 1861. El príncipe Cuza suprimió la servidumbre y confiscó los bienes monásticos, pero fue destituido en 1866 por la hostilidad que estas medidas progresistas habían ocasionado. El país eligió como príncipe nuevo a un descendiente de una dinastía alemana. El Congreso de Berlín de

1878 proclamó la independencia completa de Rumania, la cual se constituyó un reino tres años después.

Volvamos al paneslavismo, que aspiraba a la unión de los eslavos ortodoxos bajo la dirección rusa. Pero en el siglo XIX se formaron otras ideologías paneslavas. En un sentido más amplio, el paneslavismo abarcaba también a los pueblos eslavos católicos como los croatas, los checos, los eslovacos... En un sentido aún más amplio, según el paneslavismo llamado también "eslavofilia", Rusia tenía la misión de regenerar al occidente decadente y redimirlo con su religión ortodoxa. Ya que no eran movimientos organizados había una confusión en los conceptos. Por ejemplo, en su *Diario de un Escritor*, Dostoievsky mezcla el paneslavismo con la "eslavofilia".

Dentro de Rusia, el gobierno practicó una rigurosa "rusificación", conversión de todos los pueblos europeos bajo su dominio en rusos. Así, para acabar con la naciente literatura ucraniana, el gobierno ruso declaró en 1863 que la lengua ucraniana era sólo un dialecto campesino del ruso. Al final, Rusia prohibió en 1876 todas las publicaciones en ucraniano. Rusia trató del mismo modo a Polonia y a los países bálticos —Lituania, Letonia y Estonia—, pequeñas naciones que tenían su lengua y su cultura propias y no querían ser rusos. En Estonia, donde había muchos alemanes étnicos, también la lengua alemana fue suprimida de las escuelas y remplazada por la lengua rusa. Rusia practicó, pues, la misma opresión de las minorías étnicas que Austria y Hungría. Como era de esperarse, las minorías resistieron y lograron, a pesar a los obstáculos, formar una literatura propia.

UNA CIUDAD CENTROEUROPEA EN LA EDAD MODERNA

En el capítulo tercero se ha hablado de la ciudad de Brno (en alemán Bruenn), tal como estaba en la Edad Media. Ahora diremos algunas palabras sobre ella en la Edad Moderna. Primero se mencionarán algunos datos sobre la economía y la población. Durante el reinado de la emperatriz austriaca María Teresa, aproximadamente a mediados del siglo XVIII, fueron construidas cuatro carreteras pavimentadas (empedradas) que partían de Brno hacia los cuatro puntos cardinales. La más importante era la que iba al sur, a Viena, la capital de Austria. En 1764-1766 se fundó en Brno una fábrica estatal de paños finos con ciento veinte telares, que elaboraba una lana importada. En 1780 existían allí ya veinte grandes fábricas de paños. Hay que hacer notar que los primeros empresarios eran el Estado y los nobles; hasta después vinieron los particulares de la clase media, los primeros de los cuales eran inmigrantes de Alemania. En 1844 treinta y tres fábricas de paños tenían ya máquinas de vapor. Lo que más ayudó al crecimiento de la industria fue la abolición de los gremios en 1859. Así en 1900, Brno

contaba con 320 fábricas. El paño de Brno era muy conocido; una parte de él se exportaba a otros países europeos.

En cuanto a la industria pesada, el primer alto horno existía ya en 1750. En la segunda parte del siglo XVIII se comenzaron a explotar los yacimientos de carbón de piedra en una población cercana. Esta materia prima contribuyó al desarrollo de la industria pesada. En 1821 se estableció en Brno una fábrica de maquinaria, que hacía entre otras cosas, máquinas de vapor. Fábricas de maquinaria se multiplicaron con el tiempo, de modo que en 1938 eran cuarenta y una. En ese año, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Brno contaba con quinientas fábricas de toda clase, que daban trabajo a cincuenta mil obreros. En 1751 Brno obtuvo su primer banco.

Una ciudad tan industrial como Brno tenía que tener forzosamente buenas comunicaciones. En 1839 se inauguró la línea ferroviaria Brno-Viena. Era uno de los primeros ferrocarriles en el continente europeo y el primero en el imperio austriaco. En aquel entonces, Brno era la primera ciudad industrial de Austria. Después, Brno se convirtió en un importante nudo ferroviario, cosa muy importante para el transporte del carbón. En el transporte urbano, los tranvías, originalmente de caballos y después de vapor, se convirtieron en eléctricos a fines del siglo XIX.

En 1781 el centro de la ciudad (con un alumbrado de 277 lámparas de aceite) tenía 8 500 habitantes, y los suburbios habitados por campesinos y obreros checos, 10 500; en total 19 000 habitantes. La población creció con el desarrollo industrial. Entre tanto, en 1848 se instaló el alumbrado general de gas fabricado del carbón. En 1856, Brno con los suburbios tenía en total 44 000 habitantes, 9 000 alemanes y 35 000, checos. Los alemanes eran los habitantes principales del centro; si se compara su número con las cifras anteriores de los habitantes del centro, se ve que no aumentó mucho porque en los suburbios se instalaban muchos campesinos llegados de otros pueblos para trabajar en las fábricas. En 1910, la ciudad con los suburbios contaba con 125 000 habitantes; según los datos oficiales, dos tercios del total eran alemanes étnicos y sólo un tercio checos; pero el censo que reflejaba la política oficial de "germanización", esto es la conversión forzosa de eslavos en alemanes, registró a los que hablaban ambas lenguas (alemán y checo) automáticamente como alemanes sin preguntarles a cuál de las nacionalidades querían pertenecer. Así quedó inflado el número de los alemanes para que pareciera que formaban la mayoría de la población, cosa importante para la administración de la ciudad. Se puede decir que los habitantes bilingües eran en una gran mayoría checos, porque muy pocos alemanes étnicos hablaban el checo; la lengua dominante en la administración gubernamental, en el comercio y en la dirección industrial era el alemán, de modo que los alemanes no tenían necesidad de aprender el checo mientras los checos sí tenían la necesidad de aprender el alemán.

Es obvio que a los checos no les podía agradar este predominio, si se

quiere artificial, de la minoría alemana sobre la mayoría checa. El nacionalismo checo nació en Brno mucho más tarde que en la capital de los checos, Praga, porque Brno fue al principio una ciudad alemana en su mayoría y el elemento checo tardó en adquirir la conciencia de sus derechos. Pero una vez nacido, se volvió pujante y los profesionistas e intelectuales checos de la nueva clase desarrollaron con éxito una labor de proselitismo nacionalista entre la población de Brno, que era de origen checo pero que hasta entonces era indiferente en cuestión nacional o, por sumisión, partidaria de lo alemán. Los alemanes de Brno se veían así cada vez más presionados; como resultado, casi todos ellos eran nacionalistas alemanes (del Partido Liberal Alemán), hostiles a lo checo. Los alemanes de Brno tenían ya desde el año de 1848 su instituto tecnológico, institución indispensable en una ciudad tan industrial. Los checos de Brno lograron hasta en 1899 que el gobierno austriaco les concediera la fundación de un instituto tecnológico propio en el cual se enseñara exclusivamente en la lengua checa. Ya para entonces, los checos tenían en Brno su ambiente cultural propio, con músicos, novelistas y poetas.

Pero Brno aún no tenía una universidad. Los alemanes no la necesitaban porque iban a estudiar a la de Viena, y los checos apenas habían adquirido un instituto tecnológico. Fue hasta la independencia checa y la formación de la RepúblicaChecoslovaca en 1918 cuando se fundó la universidad de Brno.

Dos o tres párrafos más sobre el aspecto eclesiástico y religioso. Con la disolución de la Compañía de Jesús (1773) fueron clausurados su convento y su colegio, pero este último continuó funcionando con otra dirección. Con el emperador José II (1780-1790), en Brno fueron cerrados cinco conventos —casi todos— como también varias iglesias y capillas; asimismo, fueron cerrados los conventos de mujeres excepto uno. Sobrevivieron sólo dos conventos de hombres: los benedictinos en las cercanías de Brno, y los agustinos, famosos después por su abad Gregor Mendel, fundador de la genética. En 1777 Brno, que ya era la capital de la provincia de Moravia, se convirtió en una sede episcopal y al año siguiente se fundó allí una universidad; pero José II la clausuró, quedando en el imperio austriaco sólo dos universidades, la de Viena y la de Praga. En 1782 un grupo de nobles fundó en Brno una logia masónica. En aquel entonces la capa culta de la población se componía de doscientos nobles y ciento cincuenta y cinco clérigos; no era mucho para la población total de 20 000.

En una reacción contra el racionalismo ilustrado de las reformas de José II, los nobles y la Iglesia comenzaron a fomentar el interés en la geografía y la historia local y regional. De este modo, los nobles fundaron en 1794 una "sociedad científica" y en 1818 un museo. Por su parte, los benedictinos inciaron una docena de años después una investigación geográfica e histórica de la región. Así se promovió el patriotismo local y regional, esto

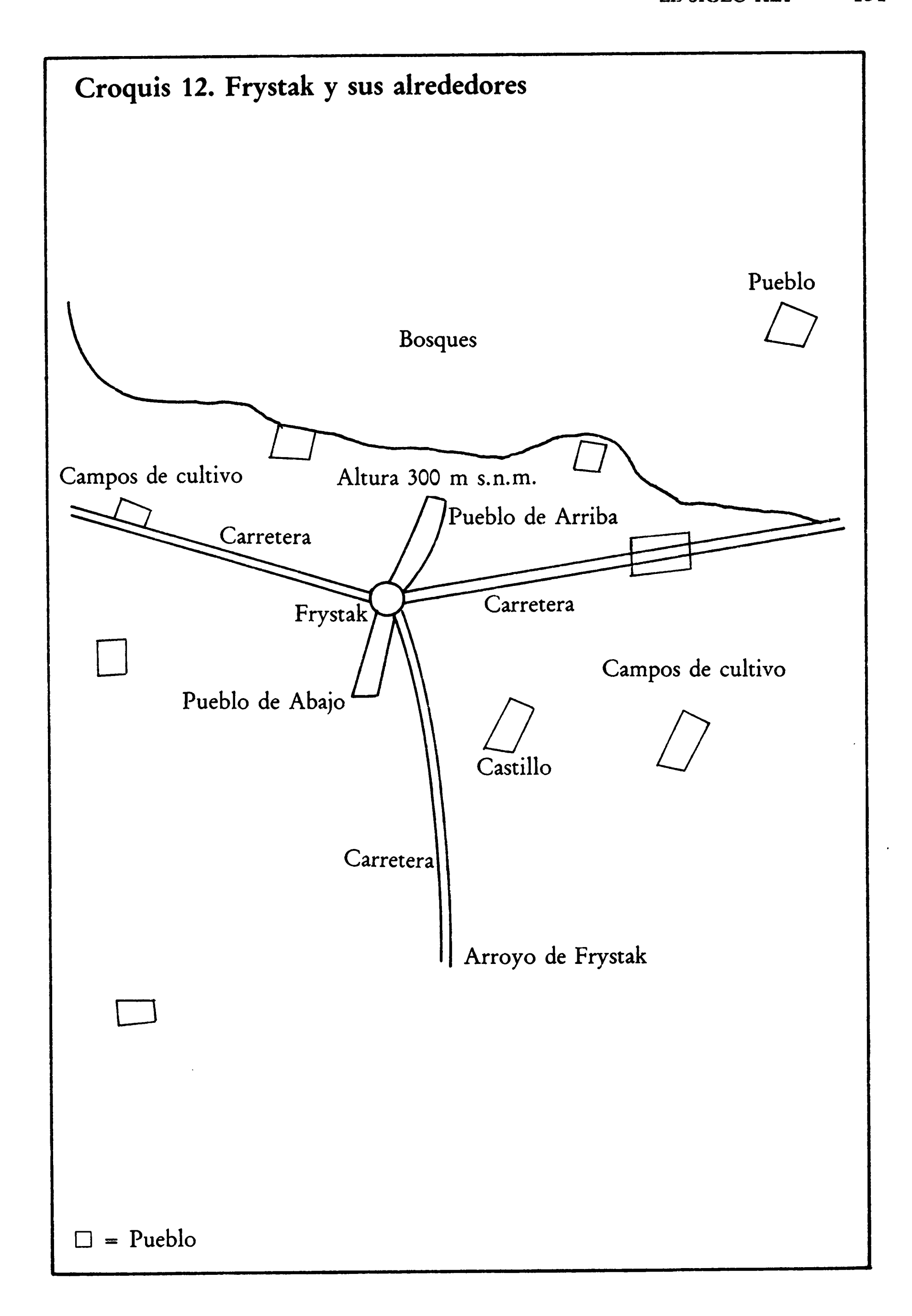
es, un patriotismo que abarcaba la provincia de Moravia, a diferencia del patriotismo regional de los checos de Bohemia.

La Iglesia sufrió un golpe con la abolición general del diezmo en todo el imperio en el año de 1848, pero empezó a rehacerse muy pronto al organizar a los campesinos checos de Moravia, católicos piadosos en una mayoría preponderante. En esta forma, un año después, en 1849, los clérigos organizaron para el campesinado de Moravia la "Unión de San Cirilo y Metodio" en recuerdo de los dos griegos que llevaron el cristianismo a Moravia en el siglo IX. Los fines de esta asociación eran culturales y sociales. Una vez controlados los campesinos por la "Unión", la Iglesia procedió a organizarlos políticamente. Un sacerdote fundó el Partido Popular, un partido católico de tendencia social progresista. Y así, sucedió que los campesinos, los artesanos y los pequeños comerciantes y propietarios en Moravia votaban en gran parte por el Partido Popular. En cambio, los trabajadores industriales de Brno votaban —desde que se decretó el sufragio universal— por el Partido Socialdemócrata, de tendencia internacional, a diferencia de los intelectuales de Brno, cuya mayoría simpatizaba con el movimiento nacionalista checo con su centro en la capital de Bohemia, Praga.

UN PUEBLO CENTROEUROPEO EN EL SIGLO XIX. LA VIDA EN EL CAMPO

Después de hablar de la ciudad de Brno, sería tal vez interesante decir algo sobre la vida en el campo en el siglo XIX. Para esto se ha escogido una localidad en la provincia de Moravia, en la actual Checoslovaquia. Frystak es una pequeña villa —población que es como un término medio entre la aldea y la ciudad— situada en una tierra ondulada y cultivada, a unos kilómetros de una serranía boscosa y a poco menos de 300 metros de altura sobre el nivel del mar. Se encuentra al oriente de Brno a una distancia de ochenta kilómetros en línea recta. Aquí se hablará principalmente del Frystak del siglo pasado. (Véase croquis 12.)

Su nombre checo, Frýstak, es una corrupción de la palabra alemana Freistatt, que significa lugar o sitio libre; en otras palabras, sus habitantes fueron desde el principio personas libres, no siervos. Frystak fue fundado por un señor feudal en el siglo XIV. Su nombre alemán no significa necesariamente que haya sido poblado por los inmigrantes alemanes. En aquel entonces estaba de moda dar nombres alemanes a las ciudades y los castillos. De todos modos, si hubo en Frystak en algún tiempo una población de habla alemana, desde hace siglos no queda ninguna huella de ella. Los habitantes locales hablaban un dialecto de la lengua checa. No conocían el alemán, que fue desde el siglo XVII la lengua oficial. Los habitantes de Frystak eran personalmente libres, pero debían a su señor la llamada corvea (del francés


Croquis 12. Frystak y sus alrededores
Pueblo
Bosques
Campos de cultivo
Altura 300 m s.n.m.
Pueblo de Arriba
Carretera
Frystak
Carretera
Campos de cultivo
Pueblo de Abajo
Castillo
Carretera
Arroyo de Frystak
□ = Pueblo

corvée), o sea el servicio o carga colectiva que consistía en varios días semanales de trabajo gratuito en las tierras del señor. En 1558 esta obligación fue reducida a la ayuda en las cacerías señoriales y al trabajo en el cultivo del lúpulo, cultivo necesario para la fabricación de la cerveza. Esta última obligación recaía sólo en los habitantes pobres de Frystak. Siete años después la villa de Frystak pagó al señor noble una suma convenida, quedando así totalmente libre de la corvea. Las aldeas cercanas seguían trabajando dos días y medio semanales en las tierras del señor. Esta carga duró hasta el año de 1848, que marca el fin definitivo del feudalismo en Europa central.

Los habitantes de Frystak eran principalmente campesinos-agricultores y ganaderos. Tenían tierras propias suficientes para cultivar cereales —centeno, trigo, avena y cebada— y papas para el consumo propio, y el nabo y el trébol para forraje. Los habitantes tenían sobre todo ganado vacuno —el número de vacas por familia dependía de su riqueza. Antiguamente se cultivaban mucho cáñamo y lino, el primero en las tierras planas y el segundo en las tierras montañosas. Eran materias primas para la industria textil local, de la que se hablará más adelante. En las aldeas vecinas (que no pertenecían a la villa de Frystak) se cultivaba también el lúpulo para la fábrica señorial de cerveza, que tenía monopolio de mercado local; o sea, los habitantes de Frystak tenían que comprar la cerveza a su señor; si bien ya no tenían que trabajar en las tierras del señor, no podían comprar la cerveza a otro proveedor. Los habitantes de Frystak también tenían que comprar a la destilería perteneciente a su señor el popular aguardiente de ciruela. El clima de la región no era lo suficientemente caliente para el cultivo de la vid. Pero los campesinos eran amantes del vino, y tenían que adquirirlo de su señor, que lo compraba al precio de mayoreo en el sur de Moravia, donde la vid sí se cultivaba. Es obvio que estos monopolios de la venta de bebidas alcohólicas, comunes en el imperio austriaco, producían elevadas utilidades a los señores feudales. Estos monopolios fueron abolidos a raíz de la revolución de 1848 junto con otros restos del feudalismo.

Los bosques eran en gran parte propiedad del conde (el señor feudal), quien en parte los explotaba económicamente y en parte tenía en ellos el monopolio de la cacería. Frystak había comprado una sección del bosque y lo estaba pagando a plazos. Con la caída del cultivo del cáñamo y de la industria textil (de ello se hablará adelante), creció más la agricultura; los campesinos se dividieron su bosque y lo transformaron en un campo cultivado.

La mencionada liberación de Frystak de los trabajos personales en el siglo XVI condujo al desarrollo de una industria doméstica de tejidos de cáñamo y, en menor grado, de lino, para el mercado de la ciudad de Brno. Ya que la producción local del cáñamo no era suficiente, los tejedores de Frystak adquirían en parte el hilo de cáñamo en las regiones vecinas. El proceso productivo tenía varias fases. Aquí basta decir que después de tejer-

se la tela en un telar de madera —pero un telar bastante complicado—, las telas se blanqueaban y abatanaban; por último se enrollaban en piezas de un tamaño *standard*. Las telas se llevaban a Brno en carros de cuatro ruedas tirados por dos caballos cada uno. El viaje duraba dos días. De Frystak salían entre quince y veinte carros siete veces al año. Aquéllos eran buenos tiempos, pero, naturalmente, no para todos.

Había tejedores ricos y tejedores pobres. Los ricos tenían a veces varios telares y empleaban a oficiales y a aprendices. Los tejedores pobres tejían en un solo telar propio. Al terminar un ciclo de producción, los tejedores prósperos compraban tejidos de cáñamo a los tejedores pobres y los llevaban junto con los suyos en los carros propios y con los caballos propios al mercado de Brno y, en cantidades menores, a otras ciudades.

A mediados del siglo XIX comenzó a sufrir la industria doméstica de Frystak por la competencia de los telares mecánicos. Empezó la fabricación de las telas de algodón, más baratas que las hechas de cáñamo. La fabricación de las telas de yute, aún más baratas que las de algodón, asestó el golpe final a la industria doméstica de cáñamo y lino de Frystak a fines del siglo XIX.

Si bien los habitantes de Frystak eran libres, en los asuntos administrativos y judiciales dependían de los condes de Seilern, quienes vivían en un castillo cercano. Lo habían adquirido en la primera parte del siglo XVIII y eran sus propietarios en el siglo XX todavía. Hasta el año de 1848, los alcaldes y otros funcionarios municipales eran ciertamente elegidos por los habitantes de Frystak, pero tenían que ser confirmados por un representante del conde, previo juramento de que desempeñarían su cargo con honradez y con fidelidad al señor feudal. En el archivo de Frystak se ha conservado el libro en que se asentaban todos los juramentos, que no eran pocos, pues el pueblo cambiaba a los alcaldes cada tres años. Todos los pleitos y acusaciones se ventilaban en la oficina señorial situada en la hacienda de los condes, cerca de su castillo. Pero los condes no se ocupaban personalmente de estos asuntos; para esto tenían a un empleado, al "señor superior" quien era prácticamente todopoderoso. Todo esto cambió a raíz de la revolución de 1848. Los habitantes de Frystak dejaron de estar sujetos a la justicia y la administración señoriales. Las elecciones de los alcaldes ya no tenían que ser confirmadas por el señor. También la justicia señorial dejó de existir. Todo el país fue dividido en distritos regidos por los gobernadores que eran nombrados por el Ministerio del Interior. Las capitales de los distritos eran siempre las ciudades, de modo que Frystak fue asignado a la ciudad más cercana, tanto para los asuntos administrativos como judiciales. Para éstos fueron creados los juzgados de distrito. A partir de entonces, los condes de Seilern se limitaron a administrar sus propiedades.

Frystak tenía en el siglo XIX aproximadamente novecientos habitantes que vivían en ciento cincuenta casas. Había, pues, seis personas por casa.

Pero esto no significa que cada matrimonio tuviera cuatro hijos. En las seis personas se incluye la servidumbre, que antiguamente era numerosa. Por supuesto, los campesinos y tejedores prósperos tenían varios sirvientes cada uno; los campesinos y los tejedores pobres no tenían sirvientes. Los pobres tenían la obligación de reparar los caminos, los "burgueses" no. Los campesinos o tejedores pobres no tenían derecho a pastar su ganado en los terrenos comunales ni usar los bosques municipales. Esta desigualdad fue eliminada en el convenio suscrito en 1832 por los representantes de ambos grupos. El convenio concedió a todos los habitantes de Frystak los mismos derechos, pero, por otro lado, impuso las mismas obligaciones para todos. Por supuesto, este convenio no abolió la desigualdad económica y social, pues continuaron existiendo campesinos con muchas tierras y campesinos con pocas tierras. Se puede calcular que los agricultores ricos —relativamente hablando— poseían alrededor de veinte hectáreas; los agricultores pobres, aldededor de cinco hectáreas.

Algunos párrafos más sobre la vida en Frystak. Antiguamente las casas eran de madera con techo de paja y con ventanas muy pequeñas que casi nunca se abrían, sobre todo nunca en el invierno. Sólo muy pocas casas eran de piedra o de tabique. Los más pobres tenían casas de adobe. Casi todas las casas eran de un solo piso, exceptuando unas cuantas que tenían dos pisos, sobre todo la posada, la alcaldía, la parroquia y una sola casa particular. Las casas se alumbraban con antorcha o con aceite de linaza. El incendio catastrófico de 1841 acabó totalmente con las casas de madera. Frystak era en aquel entonces bastante próspero a causa de su industria de tejidos de cáñamo, y pronto se repuso de este terrible golpe. Pero sus habitantes ya no construyeron casas de madera con techo de paja, materias muy inflamables, sino que hicieron casas de tabique con techos de teja. Sin duda, las casas nuevas ya no eran pintorescas como las antiguas, muchas de las cuales tenían fachadas adornadas, pero ofrecían mayor protección en el caso de un incendio.

En el siglo XIX los habitantes pobres de Frystak vestían trajes ligeros de tela de cáñamo o lino y andaban descalzos. Los ricos vestían pintorescos trajes de lana. Por supuesto, en el invierno, cuando había siempre nieve durante tres o a veces más meses, se necesitaba un abrigo.

La alimentación de los habitantes de Frystak consistía antiguamente en leche, queso, papas y pan, como también en otros platillos de harina que incluían diferentes tipos de postre. La carne, sobre todo de res, se comía sólo al mediodía, pero siempre exceptuando los viernes u otros días de ayuno. En el invierno se comía la carne de puerco, sobre todo ahumada, y salchichas. Las verduras no eran muy comunes, sobre todo las frescas. La mayor parte del año se comía la col fermentada llamada también choucroute (del francés), sencillamente porque no había verduras frescas. Las frutas abundan en el verano y el otoño, principalmente las cerezas, las peras y las

ciruelas, de las cuales se preparaba mermelada para el invierno y, como ya se ha dicho, se destilaba un aguardiente bien fuerte llamado slivovice, que los campesinos de Frystak preferían tomar con el estómago vacío. La cena consistía en un vaso de leche o de diversos productos lácteos, siempre con una o más rebanadas de pan. El desayuno consistía en una sopa aguada de papas; el café se preparaba únicamente en algunas fiestas familiares. Toda la familia y la servidumbre comían juntas al mediodía; todos se servían de una sola cazuela grande con cucharas de madera; no había tenedores ni cuchillos. El jefe de la familia cortaba con un cuchillo de cocina un trozo de carne en varios pedazos, según el número de las personas; todos tenían en una mano su ración de carne y con la otra se servían las papas y la chocroute de la cazuela con la mencionada cuchara de madera. De la descripción de los platillos y de las costumbres se deduce que se trataba de la alimentación en una familia acomodada. Por supuesto, las familias pobres tenían una alimentación menos variada y menos abundante.

De lo que ya se ha dicho sobre las casas-habitación, los trajes demasiado ligeros, la alimentación deficiente y la predilección por las bebidas alcohólicas, se puede deducir fácilmente que la salud de los campesinos de Frystak no era muy buena. La mortalidad era elevada. Había epidemias de varias enfermedades, sobre todo de viruela y de cólera. La epidemia del cólera, que causó muchas muertes en la región de Frystak, tuvo lugar en 1866. Los campesinos eran supersticiosos; estaban convencidos de que los ricos recibían el cólera del gobierno para "sembrarlo" y envenenar con él los pozos. En este estado de histeria colectiva se sospechó de varias personas que dizque "sembraban" el cólera; por ejemplo, se sospechó de un cura, amante de la naturaleza, quien solía andar con su breviario por el campo; hubo personas que afirmaron haber visto cómo "sembraba" el cólera. El cura fue amenazado de muerte pero,por fortuna, la epidemia terminó y él se salvó.

Unas palabras sobre la religión de los habitantes de Frystak. En el siglo XVI eran protestantes, pero la contrarreforma violenta del siglo XVII los convirtió en católicos muy piadosos. Tenían festividades en los días de ciertos santos, como se acostumbraba en los demás pueblos católicos. Las bodas, los bautizos, los entierros y otros momentos en la vida de los hombres eran una oportunidad para hacer una fiesta y "tirar la casa por la ventana". Las fiestas eran tan semejantes a las que existían o existen en otras naciones católicas que no es necesario dar mayores detalles sobre ellas.

Para terminar, me pareció interesante mencionar el archivo municipal de Frystak. Su documento más viejo data del año de 1558, mediante el cual los señores feudales liberaron a Frystak de la corvea. Se dice que los documentos más antigos fueron destruidos en el incendio de 1680. Luego siguen otros papeles del siglo XVI. En uno de ellos, de 1567, Frystak compró a sus señores una porción del bosque, por la cual debía pagarles una renta perpetua. En el año de 1724 se hizo un censo de los "burgueses" de Frystak y

también de sus habitantes menos pudientes. De 1794 data el ya mencionado libro de los juramentos. Del siglo XIX abundan documentos que establecían fundaciones para ayudar a la Iglesia y a los pobres. También se encuentra allí el antes mencionado convenio entre los "burgueses" de Frystak y sus habitantes menos prósperos. En 1846 aparece por vez primera una fundación cuyos intereses formarían una beca para los estudiantes nativos de Frystak. Y dieciocho años después, un grupo de hombres compuesto de varios clérigos y empleados públicos nativos de Frystak, aportó un capital cuyo rendimiento sostendría en sus estudios a varios becados pobres oriundos de la villa. Frystak estaba progresando....

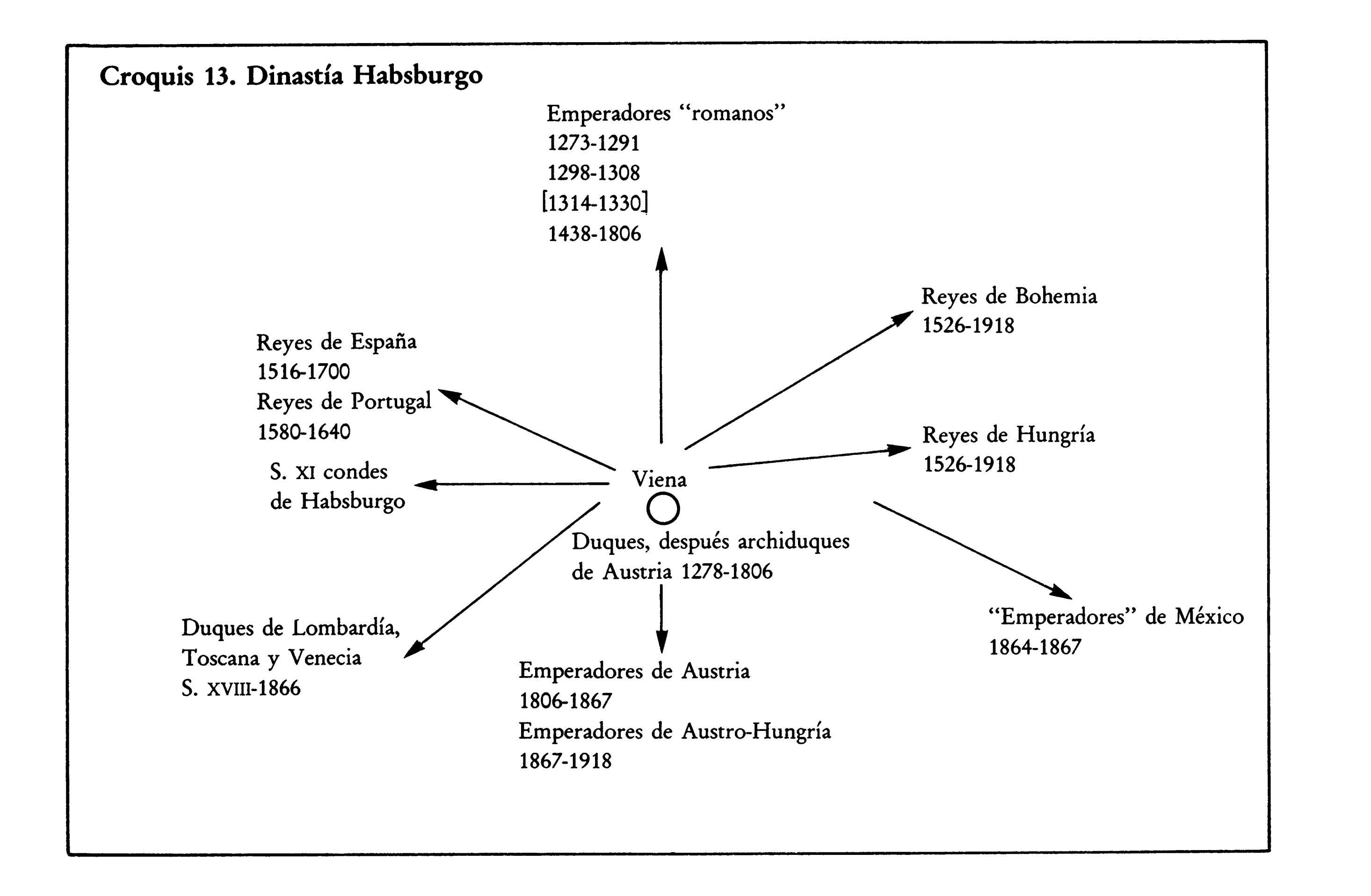
8. LA ERA DE LA VIOLENCIA (1890-1939)

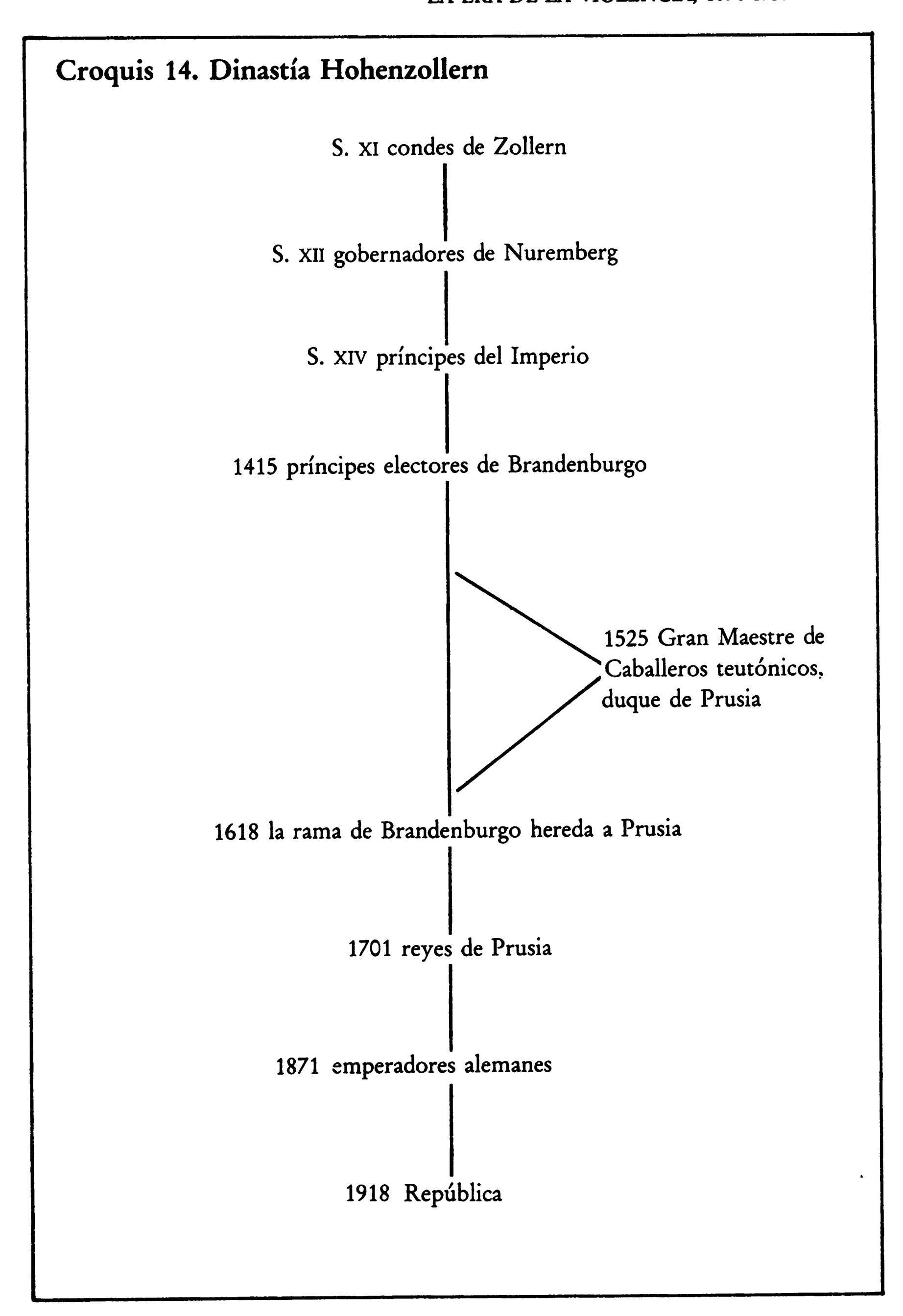
ALEMANIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA DE 1890 A 1913

Las consecuencias diplomáticas de la negativa alemana de renovar el tratado de neutralidad con Rusia eran previsibles; este acto hostil conduciría con seguridad a una alianza francorrusa. De hecho, el emperador alemán Guillermo II y sus consejeros la consideraron como inevitable de un modo u otro; ellos planearon contraponerle una alianza de Alemania con Inglaterra. El bloque de Alemania, Austria-Hungría, Italia y la Gran Bretaña resultaría más fuerte que el francorruso. A la luz del desarrollo posterior, estos planes parecen absurdos, pero a ellos les parecían factibles; Rusia y la Gran Bretaña se enfrentaban como enemigos en todo el continente asiático. Alemania moderna, con millones de sus habitantes progresistas y trabajadores, tenía más cosas en común —pensaron los círculos gobernantes alemanes— con Inglaterra que con Rusia reaccionaria y decadente. Visitante frecuente a la corte inglesa de su abuela, la reina Victoria, Guillermo II era admirador de lo inglés, sobre todo del poder naval. (La historia de las dinastías Habsburgo y Hohenzollern se sintetiza en los croquis 13 y 14.)

Así pues, doce días después de que se vencía el tratado rusoalemán sin ser renovado, Alemania firmaba con la Gran Bretaña un convenio de intercambio o trueque de ciertas posesiones territoriales. A cambio de una isla africana, Alemania recibió Helgoland, un diminuto islote estéril frente a la desembocadura del río Elba en el mar del Norte. El mapa muestra su obvia importancia estratégica, pero en aquel entonces Alemania prácticamente no tenía armada y la opinión pública inglesa simpatizaba con ese pueblo honrado, modesto y trabajador —simpatía que puede sentir un rico por un pobre mientras éste no muestre envidia o pretensiones. Guillermo II fortificaría a Helgoland en los años siguientes...

Dos meses después de la expiración del tratado rusoalemán, el zar Alejandro III intentó restablecer la amistad con Alemania en ocasión de su reunión con el emperador alemán; pero en vano. No por decisión propia, Rusia se vio aislada y así aceptó después de un titubeo inicial las ofertas francesas de una "entente" (entendimiento). Las negativas iniciales de Rusia se explican por la debilidad militar de Francia, pero la renovación, en mayo de 1891, de la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia por doce años, empujó a Rusia a los brazos de Francia. En verdad, difícil-


Croquis 13. Dinastía Habsburgo
Emperadores "romanos"
1273-1291
1298-1308
[1314-1330]
1438-1806
Reyes de España
1516-1700
Reyes de Portugal
1580-1640
Reyes de Bohemia
1526-1918
Reyes de Hungría
1526-1918
S. XI condes
de Habsburgo
Viena
Duques, después archiduques
de Austria 1278-1806
Duques de Lombardía,
Toscana y Venecia
S. XVIII-1866
"Emperadores" de México
1864-1867
Emperadores de Austria
1806-1867
Emperadores de Austro-Hungría
1867-1918


Croquis 14. Dinastía Hohenzollern
S. XI condes de Zollern
S. XII gobernadores de Nuremberg
S. XIV príncipes del Imperio
1415 príncipes electores de Brandenburgo
1525 Gran Maestre de Caballeros teutónicos, duque de Prusia
1618 la rama de Brandenburgo hereda a Prusia
1701 reyes de Prusia
1871 emperadores alemanes
1918 República

mente se podían hallar dos países más disímiles en su estructura política: uno era monarquía autócrata y reaccionaria y el otro república parlamentaria con tradición revolucionaria. Pero el hecho de encontrarse aislados los acercó. Y así sucedió que cuando una escuadra francesa visitó dos meses después una base naval rusa, el zar Alejandro escuchó con la cabeza descubierta la Marsellesa, el himno nacional francés y al mismo tiempo el himno de la Revolución.

Mientras tanto, Guillermo II estaba en Londres con la esperanza de persuadir a la Gran Bretaña a unirse a la Triple Alianza. Pero Inglaterra se negó a envolverse en conflictos continentales y, de entonces en adelante, su desconfianza hacia este hombre áspero y neurótico que presidía un país cada vez más fuerte en lo económico, lo militar y lo naval, fue en aumento.

En esta forma, Guillermo en un año dio al traste con la obra que Bismarck había necesitado más de un cuarto de siglo para construir; perdió la amistad de Rusia, sin ganar la de la Gran Bretaña.

La situación interior de Alemania se caraterizó por el progreso económico y, en consecuencia, por el aumento de la proporción del proletariado industrial en la población general. Era natural que el resultado de este desarrollo fuera el crecimiento del partido socialista. El Partido Socialista Alemán fue estimulado sobre todo por la fundación en 1889 de la Segunda Asociación Internacional de Trabajadores, conocida después como la Segunda Internacional. El congreso de fundación, que tuvo lugar en París en el centenario de la Gran Revolución, tuvo dos presidentes conjuntos, un francés y un alemán. Así se simbolizó la fraternidad socialista francoalemana en una época de tensión entre los gobiernos de ambos países. Para movilizar a la clase obrera y agitar en favor de la jornada de trabajo de ocho horas, el congreso acordó decretar el primero de mayo de 1890 una huelga general de un día de duración. Pero el Partido Socialista Alemán rehusó comprometerse a la huelga del primero de mayo por temor a las represalias policiacas; en Alemania estaba aún en vigor una ley de la era de Bismarck, que frenaba las actividades del partido. También en este campo el emperador Guillermo II quiso mostrarse joven e innovador; el resultado fue la derogación, el 1 de octubre de 1890, de la ley antisocialista bismarckiana. En las elecciones de 1890, el Partido Socialista ganó 1.4 millón de votos, casi el veinte por ciento del voto total, más que cualquier otro partido, pero obtuvo únicamente 35 curules del total de 397 en el parlamento alemán (el Reichstag) a causa de la "geometría electoral", que favorecía a los distritos rurales cuya población campesina era en gran parte conservadora, o por lo menos no socialista.

Al año siguiente, 1891, los delegados del Partido Socialista Alemán se reunieron en la ciudad de Erfurt para escoger un programa nuevo para su partido. Bajo la dirección del ideólogo o "teórico" marxista Kautsky, el congreso aprobó un programa que se ceñía a la ortodoxia marxista al pro-

clamar el inevitable fin futuro del capitalismo y la necesidad de que los obreros llegasen al poder político para realizar el socialismo. Pero el programa no mencionó ni una revolución violenta como camino al poder ni la dictadura del proletariado, como lo habían proclamado Marx y Engels. Este cambio sutil se veía simplemente en el nuevo nombre del partido: no era "comunista" ni "revolucionario" ni siquiera "socialista" (como se había nombrado el partido anterior), sino socialdemócrata. Dos años después, en 1893, los socialdemócratas ganaron 1.75 millón de votos y diez curules más. Era el partido numéricamente más fuerte, por supuesto aislado de todos los demás partidos, liberales, católicos y conservadores. En Alemania reinaba tanta tranquilidad política que se podía pensar que los socialdemócratas algún día alcanzarían más de la mitad del voto total y tomarían las riendas del gobierno por los medios constitucionales. Esto pareció confirmarlo el mismo Engels, quien poco antes de morir en 1895 escribió un prólogo a una edición nueva de un folleto viejo de Marx, *Las luchas de clases en Francia*, y a petición de algunos dirigentes socialdemócratas alemanes, lo formuló de tal modo que el lector pudiera deducir la posibilidad de una transición pacífica del capitalismo al socialismo.

En los años 90, el obrero industrial alemán ya no era el proletario de antaño. Las fábricas en las que trabajaba eran relativamente higiénicas y libres de accidentes y sus hijos iban a las escuelas públicas, en las que podían sentarse al lado de los hijos de los burgueses. Además, la implantación del seguro social obligatorio en los años 80 por Bismarck comenzaba a rendir sus frutos: el trabajador contribuía con una parte de su salario a formar un fondo del cual se le pagaban los gastos de su enfermedad y algún día se le pagaría su pensión de vejez. En el año de 1903 el número de los asegurados llegó en Alemania casi a veinte millones, lo que equivalía por lo menos a un tercio de la población total del país. Así, el antiguo proletario comenzó a tener interés en la continuación del régimen capitalista. Mientras los salarios fueron buenos y no hubiera desempleo, la revolución parecía una cosa muy lejana. La verdad era que los trabajadores manuales en gran parte no se interesaban por el socialismo; les importaba un mejoramiento de su vida material, y éste se lograba por medio de los sindicatos.

En vista de la situación descrita, no era pues de extrañar que otro teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, Bernstein, partiendo de la tesis formulada por Engels en 1895, comenzara a socavar en sus artículos las tesis fundamentales del marxismo. En 1899, Bernstein publicó *Las bases del socialismo* de acuerdo con el cual la proletarización progresiva no era un hecho, las crisis económicas no empeoraban, las condiciones de la vida obrera estaban mejorando y el partido socialdemócrata adquiría cada vez mayor fuerza en el parlamento, lo que haría posible reformas constantes dentro del sistema capitalista en beneficio de los obreros. Estos conceptos moderados de hecho dividieron, en el Partido Socialdemócrata Alemán, a

los marxistas dirigidos por Kautsky de los "revisionistas" inspirados por Bernstein.

Varios años después de que naciera la corriente socialdemócrata "revisionista", se radicalizó un grupo dentro del Partido Socialdemócrata. Fue un eco de la revolución rusa de 1905, la cual, a pesar de su derrota, despertó emociones revolucionarias en otros países. (De la Revolución rusa se hablará más adelante.) En Alemania, una dirigente socialdemócrata nueva, Rosa Luxemburgo, de origen judíopolaco, dio un viraje nuevo a las tesis marxistas aceptadas por el partido. En su folleto publicado en 1906, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Rosa Luxemburgo sostuvo que la lucha proletaria espontánea culminaría en una huelga general revolucionaria en la que el capitalismo se derrumbaría. Era difícil imaginar tal posibilidad sin derramamiento de sangre. En sus ideas, la autora se acercó así a los conceptos anarcosindicalistas franceses. Por lo pronto, estas ideas no hallaron eco en la masa de los trabajadores alemanes. El gobierno alemán sostuvo su estabilidad.

En cambio, en Austria la Revolución rusa tuvo repercusiones. En comparación con Alemania, Austria no tenía sufragio universal (masculino) todavía. En Alemania, Bismarck lo había implantado en 1871 y en Suiza se implantó tres años después. El Partido Socialdemócrata Austriaco, fundado por Viktor Adler en 1889, partido que era más radical que el Partido Socialdemócrata Alemán sin duda por las condiciones más bajas de la vida obrera en Austria, luchó durante años por las reformas sociales. En su lucha le ayudó la Revolución rusa. Manifestaciones de proporciones gigantescas en Viena obligaron al gobierno austriaco a conceder el sufragio general a principios de 1907, treinta y seis años después de su implantación en Alemania. En las elecciones que siguieron, el Partido Socialdemócrata Austriaco ganó 86 curules en el parlamento del total de 516.

El sufragio universal ayudó también a las minorías nacionales del imperio, hasta entonces discriminadas en su derecho de votar. El nuevo parlamento austriaco tenía sólo 233 diputados que eran alemanes étnicos, y 283 miembros de las diferentes minorías, casi todas eslavas. Esta situación agudizó el conflicto interétnico. Entre los alemanes austriacos, que ahora estaban en minoría, cundió el pangermanismo, un nacionalismo germano extremo que se había originado en Alemania y que, en el fondo, pretendía la incorporación de Austria católica a Alemania protestante. Las minorías eslavas reaccionaron reforzando su adhesión al paneslavismo. Por supuesto, no todos los alemanes eran pangermanos ni todos los eslavos eran paneslavos, partidarios de Rusia. Los obreros industriales austriacos, tanto alemanes étnicos como eslavos, votaron en gran parte por el partido socialdemócrata. De este modo, el régimen monárquico y aristocrático de Austria se veía debilitado tanto por la socialdemocracia internacionalista como por el paneslavismo de las minorías nacionales. Incidentalmente, aquí se percibe

ya la división de las naciones en clases sociales. Los obreros industriales eran socialdemócratas, la burguesía y la pequeña burguesía eran nacionalistas, independientemente de que fueran pangermanas o paneslavas, y los campesinos y los hacendados apoyaban a los distintos partidos católicos.

El sufragio universal, empero, no fue implantado en la sección húngara de la monarquía. En 1906 el emperador austrohúngaro, Francisco José, no logró imponer el sufragio general en Hungría. En la población total de Hungría, que ascendía a 19 millones, había únicamente 1 200 000 personas con derecho a voto; este número aumentó en 1913 a 1 650 000, cantidades que aseguraban la continuación del régimen de la aristocracia húngara. Los eslovacos tenían en el parlamento húngaro sólo siete y los rumanos catorce diputados, una proporción insignificante del total de 413 diputados.

El paneslavismo de las minorías eslavas en Austria recibió un ímpetu también de dos eventos ocurridos en la península balcánica en 1903 y 1908. (Esta obra no cubre la historia de la península balcánica, de modo que los acontecimientos se tratarán con suma brevedad.) Hasta entonces, los dos países balcánicos eslavos, Serbia y Bulgaria, estaban más o menos tranquilos, el primero como, de hecho, un protectorado austrohúngaro, y el segundo como un satélite ruso. Pero en 1903 el rey de Serbia, el último de su dinastía, fue asesinado y remplazado por un rey de otra dinastía. El nuevo rey buscó ayuda de Rusia contra el imperio habsburgo. Cinco años después, el gobierno austrohúngaro anexó a Bosnia, región habitada por serbios y perteneciente hasta entonces nominalmente a Turquía. Este acto agresivo causó una gran conmoción no sólo en Serbia sino también entre las minorías eslavas del imperio habsburgo, que lo condenaron como hostil a las ambiciones eslavas de liberación nacional. Entonces la pequeña Serbia se propuso liberar a los serbios y a los croatas, aún súbditos de Austria-Hungría, y unificarlos en una Gran Serbia. Para entonces, también los demás pueblos eslavos súbditos del imperio comenzaron a preparar la lucha por su independencia nacional.

Por lo pronto, Serbia y Bulgaria se unieron para atacar a Turquía (Imperio Otomán), que con su programa "panislámico" perseguía a los cristianos (eslavos) en el territorio que le quedaba en Europa. En la guerra de 1912 derrotaron a Turquía y aumentaron su territorio. Pero en el año siguiente se pelearon por el botín. Serbia salió victoriosa, casi doblando en poco tiempo su territorio y población.

Serbia era amiga de Rusia y Francia, y enemiga de Austria-Hungría y de Turquía, que era amiga de Alemania. Aduciendo entonces que el equilibrio de poder en Europa había sido alterado, Alemania aumentó los efectivos de su ejército. Francia, con una población y por tanto un ejército menos numeroso, reaccionó extendiendo su servicio militar de dos a tres años. Hacia fines de 1913 una gran guerra entre las potencias parecía inminente. Un incidente podía hacerla estallar en cualquier momento.

RUSIA DE 1894 A 1913

El nuevo zar, Nicolás II, ascendió al trono ruso en 1894. Su padre había logrado suprimir toda actividad revolucionaria y terrorista y en el país reinaba la tranquilidad. Pero no por mucho tiempo. En Rusia tuvo lugar, precisamente en el último decenio del siglo XIX, un crecimiento muy rápido de las industrias y del número de los obreros proletarios. Las pésimas condiciones en que trabajaban y vivían condujeron a una serie de huelgas a mediados del decenio. Las huelgas tuvieron por resultado la ley de 1897, que limitó las horas diarias de trabajo a once horas y media. Pero esto no paró la nueva ola revolucionaria. En el año de 1898 se fundó el Partido Socialdemócrata Ruso, que adoptó un programa rígidamente marxista. Este partido tuvo mucho éxito, sobre todo entre los trabajadores de San Petersburgo. Tres años después se formó en Rusia el Partido Social-Revolucionario con un programa democrático y agrario, partido que adoptó los métodos terroristas. Dicho partido buscó apoyo sobre todo entre los campesinos. Finalmente, la burguesía rusa formó en 1903 lo que se llamaría después el Partido Constitucional Democrático. El gobierno reaccionó organizando sindicatos dirigidos por la policía y tal vez no organizando, pero por lo menos tolerando las matanzas de los judíos. Pero la ola revolucionaria era irreversible.

Uno de los miembros más activos del Partido Socialdemócrata Ruso era Vladimir Ulyanov, conocido como Lenin (los revolucionarios usaban seudónimos por razones de seguridad), nacido en 1870 en el seno de una familia de funcionarios gubernamentales. A la vuelta del siglo, Lenin ya era un hombre maduro; ya había escrito folletos revolucionarios, había estado en la cárcel y había viajado a Europa central y occidental para familiarizarse con el movimiento socialista de allá. En el año de 1900 comenzó a publicar el periódico Iskra ("Chispa", se pronuncia Yiskra), que se imprimía en Europa central y llegaba a Rusia de contrabando. Así se convirtió gradualmente en el dirigente de su partido. Desde el principio, Lenin fue partidario de un trabajo arduo y de una disciplina férrea a la que deberían someterse todos los miembros del Partido. Lo anterior resultó ser el tema central del congreso del Partido Socialdemócrata Ruso celebrado en Europa occidental en 1903. Lenin insistió en esa disciplina férrea a la que se llamó "centralismo democrático"; "democrático" porque entre los miembros del Partido había una discusión libre; pero una vez adoptada una resolución por mayoría de votos, todos deberían obedecer a la dirección central ("centralismo"). Lenin obtuvo en el congreso una mayoría de los delegados, pero la minoría rehusó obedecerle. En esta forma, el Partido se dividió en dos, el de la mayoría (los "bolcheviques") y el de la minoría (los "mencheviques"). Algunos mencheviques afirmaron que el bolchevismo conduciría a la larga a la dictadura del mismo Lenin o del que fuera dirigente (más tarde

lo fueron los secretarios generales del Partido), en lo que, se puede decir, no se equivocaron. Huelga decir que el Partido Socialdemócrata Ruso tomó su nombre del Partido Socialdemócrata Alemán. Pero a diferencia de este último, el cual creyó básicamente en el desarrollo pacífico de Alemania, tanto los bolcheviques como los mencheviques estaban convencidos que el régimen zarista podría ser derrocado únicamente mediante una revolución violenta.

La revolución estaba cerca, pero mencionemos primero la situación exterior de Rusia. La cooperación militar francorrusa, de la que ya se habló, se extendió también al terreno económico. El capital acumulado por los ahorradores franceses había empezado a fluir a Rusia a fines de los años ochenta. En los días en que la escuadra francesa visitaba a Rusia, un empréstito fue emitido en Francia para financiar la construcción del ferrocarril transiberiano, un proyecto gigantesco. (Este ferrocarril fue terminado en 1904.) La "entente" rusofrancesa de 1891 se convirtió entre diciembre de 1893 y enero de 1894 en un convenio militar secreto dirigido principalmente contra Alemania y Austria-Hungría. El pacto fue reafirmado en 1899 y reforzado por una convención naval en 1912. El pacto era secreto (fue publicado después de la Revolución rusa de 1917 por el gobierno bolchevique) y en 1914, al empezar la gran guerra, Alemania no conocía su contenido.

Entre tanto surgió una complicación para Rusia. El emperador alemán Guillermo II y el zar "de todas las Rusias", Nicolás II, eran primos hermanos. Guillermo sabía que la guerra de Alemania contra Francia y Rusia era inevitable. Era preciso distraer al confiado zar en otra parte del mundo. Guillermo le hablaba a su primo acerca del "peligro amarillo", con el resultado de que Nicolás se vio inducido a una expansión más agresiva en Manchuria. Era verdad que Rusia no tenía puertos libres de hielo y sólo la lejana Manchuria le podía ofrecer uno. El ferrocarril transiberiano estaba casi terminado. Rusia logró infiltrarse en Manchuria, en aquel entonces una provincia china, y posesionarse allí de un puerto libre de hielo todo el año. Esto iba contra las miras de Japón. Entonces el gobierno japonés decidió atacar en febrero de 1904 a la armada rusa en dicho puerto. En la guerra que siguió, Rusia fue derrotada y tuvo que firmar una paz humillante en septiembre de 1905. Para entonces, el gobierno zarista se tambaleaba. Con el hambre y el sufrimiento bélico, cundieron las huelgas, las sublevaciones agrarias y los motines en el ejército y la armada. La Revolución culminó en octubre de 1905 con una huelga general que paralizó a Rusia por diez días y que fue dirigida en la capital del país por un "soviet" (consejo, comité) de representantes obreros, el primero de su género. La huelga general debía conducir al derrocamiento del gobierno zarista y al establecimiento de un gobierno obrero-campesino. Pero el zar logró dividir a los revolucionarios: prometió una constitución y un gobierno responsable al parlamento. Los extremistas fueron aislados; continuaron resistiendo pero al final

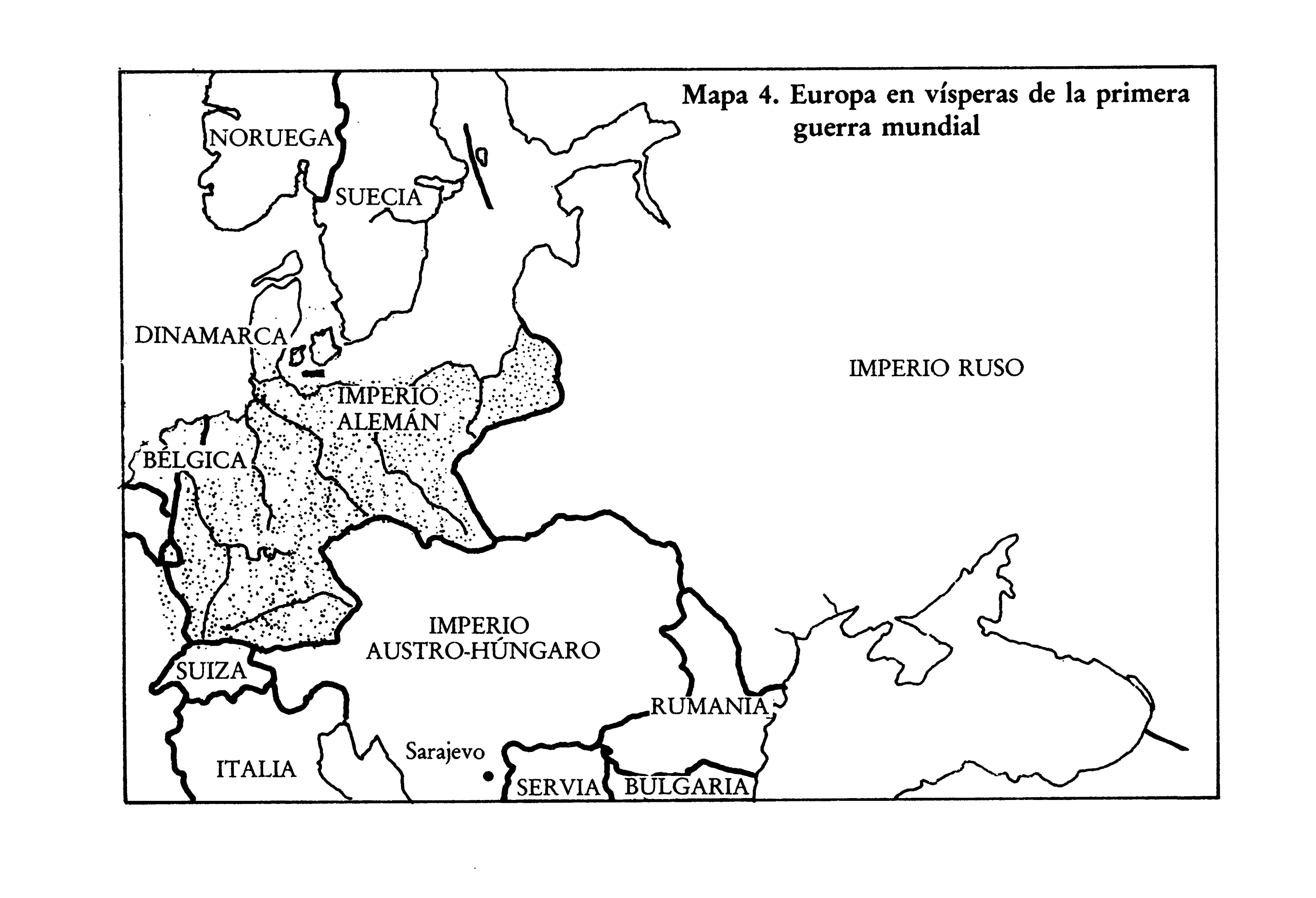
fueron derrotados a fines del año. La marea de la Revolución bajó durante el año siguiente, 1906.

Rusia salió debilitada de la guerra y la revolución, pero las dos guerras balcánicas de 1912-1913 pusieron la gran guerra entre las potencias a la orden del día. Como se ha dicho, cualquier incidente, por más insignificante que fuera, podía provocarla. Los ejércitos de las potencias como también sus estados mayores estaban listos.

La Primera Guerra Mundial

El incidente que precipitó la gran guerra fue el asesinato del heredero al trono austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914 durante su visita a la ciudad de Sarajevo, capital de la posesión austrohúngara, situada cerca de la frontera con Serbia. (Véase el mapa 4, Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial.) Los motivos de los asesinos —o de quienes los habían inducido a cometer el atentado— fueron probablemente los siguientes: el emperador Francisco José tenía 84 años y no podía vivir muchos más. Ahora bien, su heredero Francisco Fernando planeaba reconstruir el Imperio Habsburgo dando mayor voz y voto a las minorías católicas eslavas —la checa, la eslovaca, la polaca, la croata y la eslovena— y de hecho transformándolo en un imperio dominado por los eslavos, siempre que fueran católicos. Esto iba contra los intereses de Serbia, país eslavo pero de religión ortodoxa griega (como Rusia y Bulgaria), porque la realización de este proyecto frustraría el sueño de una Gran Serbia que incluiría a todos los eslavos del sur, los que forman la Yugoslavia actual. Entonces un grupo terrorista serbio decretó la muerte del archiduque. El atentado, empero, parece más complicado. La reconstrucción del imperio, pensada por el archiduque, iba también contra los intereses de los alemanes en Austria y de los aristócratas húngaros, quienes perderían su posición dominante en el imperio. Ciertamente es extraño que el gobierno austriaco sospechara la preparación del atentado y, sin embargo, dejara ir al archiduque a Bosnia a una muerte segura. Por último, también es posible que los asesinos sencillamente hayan querido abatir a un miembro de la odiada monarquía habsburga y que su visita a Sarajevo haya presentado una oportunidad fácil, porque la ciudad se hallaba cerca de Serbia y estaba habitada por serbios.

Sea como fuere, el 28 de junio el archiduque fue muerto a tiros mientras recorría Sarajevo en un coche abierto. Varios días después del atentado, el anciano emperador austrohúngaro envió un mensaje al emperador alemán Guillermo II, en el que admitía que "no se podía demostrar la complicidad del gobierno de Serbia. No obstante, en el fondo es imposible dudar de que la política del gobierno de Serbia va dirigida a la unificación de los



Mapa 4. Europa en vísperas de la primera guerra mundial

eslavos del sur y por consiguiente contra los dominios de la casa de los Habsburgo...". Era obvio que quería evitar la grave decisión de comenzar la guerra.

En cambio su colega más joven, Guillermo II, se decidió inmediatamente por la guerra. Hombre de cincuenta y cinco años, Guillermo II vio en el atentado de Sarajevo su oportunidad y empujó a Francisco José a que adoptara una actitud agresiva y a la postre intransigente hacia Serbia, que la haría resistir y así obligaría a Rusia a correr en su ayuda, con lo cual Alemania ganaría tiempo para su ofensiva bélica en Francia. En esta forma el gobierno austrohúngaro acusó el 23 de julio al gobierno de Serbia de haber preparado el atentado y le exigió que permitiera a las autoridades austriacas entrar a Serbia para realizar allí investigaciones acerca del asesinato. Serbia debía responder a esta exigencia dentro del plazo de cuarenta y ocho horas. Ésta se negó a aceptar la presencia en su territorio de representantes oficiales austriacos con poderes especiales que la convertirían de nuevo en un protectorado austriaco. Esto bastó para que Austria-Hungría le declarara la guerra el 28 de julio. El mecanismo de las alianzas comenzó a surtir su efecto y una semana después Europa estaba en guerra. Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto y dos días después a Francia mientras invadía Bélgica. La Gran Bretaña, que no tenía alianza con nadie, declaró la guerra a Alemania al día siguiente por haber violado la neutralidad belga.

Una de las razones por las cuales Alemania se dio prisa para declarar la guerra a Rusia fue para ganar el apoyo de los socialdemócratas con la consigna de una guerra contra "el reaccionario zarismo ruso". El gobierno alemán calculó que con esta demagogia progresista lograría justificar la guerra a los millones de personas que habían votado por el partido socialdemócrata. No se equivocó. La Internacional Socialista había pedido en sus dos congresos de 1907 y 1910 una huelga general para impedir una guerra entre naciones, y en el último congreso de 1912 pidió "el derrocamiento de los gobiernos capitalistas" en el caso de que estallara una guerra. En el mismo año, los socialdemócratas alemanes habían ganado 4.25 millones de votos y 110 curules, con lo que se convirtieron en el partido parlamentario más fuerte. Pero en lugar de protestar contra la guerra, los diputados socialdemócratas al Reichstag se alinearon detrás del gobierno y aprobaron los créditos bélicos. El nacionalismo alemán prevaleció sobre el internacionalismo socialista.

Los pocos socialistas que habían permanecido fieles a sus ideales, sufrieron las consecuencias de su actitud en una y otra forma. Quien con más fuerza se oponía a la guerra en Alemania era una mujer, Rosa Luxemburgo —ya mencionada antes—, y fue encarcelada. Al estallar la guerra, todos los diputados socialdemócratas apoyaron al gobierno alemán pero menos de medio año después un solo diputado socialdemócrata se atrevió a votar en

el parlamento contra la guerra. Éste fue entonces privado de la inmunidad parlamentaria y encarcelado.

En Rusia la situación era diferente. La desorganización de la burocracia zarista había hecho posible que los revolucionarios más peligrosos se escaparan al extranjero y desde allí dirigieran las actividades de sus partidos en Rusia. El estallido de la guerra sorprendió a uno de esos grupos en Suiza, país tradicionalmente neutral. Los que no estaban en Suiza se refugiaron rápidamente allí. Entre todos condenaron la guerra. Los más extremistas, los bolcheviques encabezados por Lenin, pidieron que el pueblo y el ejército ruso derrocaran por la violencia al gobierno zarista.

Así como Lenin vio en la debilidad de Rusia una oportunidad para derrocar al gobierno ruso y establecer a la postre la dictadura del proletariado, también los dirigentes de las naciones oprimidas por Austria-Hungría vieron en la guerra la oportunidad para debilitar al régimen austrohúngaro y a la postre establecer su independencia nacional. En esta forma, se hicieron partidarios de Francia y Rusia (los Aliados) contra Alemania y Austria-Hungría (las Potencias Centrales). Los dirigentes de las minorías que vivían en el Imperio Habsburgo huyeron a Francia —algunos también a Rusia— y desde ahí dirigieron el movimiento revolucionario de su nación y al mismo tiempo lucharon por convencer a los gobiernos aliados, Francia y la Gran Bretaña, que el Imperio Austrohúngaro debía ser destruido y que cada minoría debía formar un Estado independiente y soberano. De hecho ya se sabe que las minorías en el Imperio Habsburgo juntas formaban una mayoría. Al estallar la guerra, Austria-Hungría tenía aproximadamente cincuenta millones de habitantes; las naciones dominantes o privilegiadas, los alemanes étnicos y los húngaros (los magyars) juntos eran veinte millones mientras que las minorías —cuyos nombres ya se conocen—, eran treinta millones. No era difícil llegar a la conclusión de que si todas esas minorías nacionales se opusieran al imperio, Austria-Hungría tendría que ser derrotada en la guerra y dividida en varios estados independientes. Y así sucedió, como se verá más adelante.

La excepción entre las minorías eslavas del imperio la formaban los polacos, quienes decidieron que la opresión rusa era peor que la alemana y la austriaca y resolvieron desde el principio luchar contra Rusia al lado de Austria. José Pilsudski, antiguo socialista y ahora nacionalista polaco (después mariscal y dictador de Polonia) organizó, desde 1914, un grupo armado en la parte austriaca de la antigua Polonia para combatir a Rusia con las armas en la mano.

Al comenzar la guerra, la población de las Potencias Centrales era la siguiente: Alemania tenía 65 millones y Austria-Hungría 51 millones de habitantes, en total 116 millones; la de los Aliados era la siguiente: Rusia, 167 millones, Francia 40 millones y la Gran Bretaña 45 millones, en total 252 millones de habitantes. En el potencial humano, los aliados obviamente

eran superiores pero no hay que olvidar que la gran parte de la población rusa se componía de campesinos primitivos en comparación con los centroeuropeos. Y esto, por supuesto, se reflejaba en la calidad de los ejércitos. Por otra parte, una buena proporción de la población austrohúngara estaba contra su gobierno y esto también se reflejaba en lo poco confiable de sus soldados.

Alemania producía 14 millones de toneladas anuales de acero, y Austria 7 millones; en total 21 millones. Gran Bretaña producía 6, Francia 3 y Rusia 4 millones de toneladas; en total 13 millones. En la producción de acero, y por consecuencia en la fabricación de armamentos, las Potencias Centrales llevaban la delantera.

De las cifras anteriores sería difícil deducir quién sería el vencedor en esta sangrienta contienda.

La meta alemana era llegar a París, pues suponía, quizás correctamente, que con la toma de su capital Francia se rendiría. Pero no lo lograron; la guerra se estabilizó y los soldados se enfrentaban unos a otros en las trincheras. Alemania afrontaba ahora una guerra en dos frentes. Durante el mes de agosto, Rusia había aprovechado la concentración de las fuerzas alemanas en Francia para invadir a Prusia oriental. Llena de optimismo, la capital rusa ofreció cien mil dólares al primer soldado ruso que entrara a Berlín. Alarmado, el gobierno alemán nombró al general Hindenburg, ya retirado, jefe del ejército de oriente, con el general Ludendorff como jefe de su estado mayor. Entre los dos derrotaron al ejército ruso a fines del mismo mes de agosto. En un gesto de patriotismo, Rusia cambió el nombre de su capital de San Petersburgo a Petrogrado. A Rusia le fue mejor en el frente austriaco, en el cual logró tomar la parte del Imperio Habsburgo poblada en su mayoría de polacos, quienes probablemente preferían el dominio austriaco al ruso. Rusia se acercó peligrosamente a las regiones pobladas de checos y eslovacos, simpatizadores del Gran Hermano eslavo. Pero no tuvo fuerza suficiente para cruzar los montes Cárpatos y en el año siguiente (1915) fue forzada a retroceder a su territorio propio. Alemania penetró considerablemente en la tierra rusa. Ya entonces Rusia empezaba a revelarse como un gigante con los pies de barro.

El año de 1916 se iniciaba en el occidente sin la esperanza de una decisión. Alemania intentó de nuevo derrotar a Francia pero fue rechazada. Los adversarios volvieron a la guerra estacionaria de las trincheras. En cambio, Alemania se apuntó triunfos en los Balcanes. Bulgaria se unió a las Potencias Centrales contra Serbia al mismo tiempo que las tropas austroalemanas tomaban Belgrado. De los países balcánicos, Serbia encaraba una derrota frente a una aplastante superioridad numérica. Los aliados intentaron entonces causar dificultades a las Potencias Centrales en la retaguardia: en un tratado secreto ofrecieron a Rumania territorios pertenecientes sobre todo

a Austria-Hungría. Rumania declaró la guerra al Imperio Habsburgo pero fue derrotada y ocupada por Alemania en diciembre de 1916.

El país occidental que más sufrió por la guerra fue Francia. Para ella era esencial impedir una repetición futura de tal devastación de su territorio. Para esto necesitaba garantías territoriales, o sea aumentar su zona de influencia a costa de Alemania, la que consistiría en la creación de un Estado independiente y neutral en todo el lado izquierdo (occidental) del río Rin, que estaría ocupado por el ejército francés hasta el cumplimiento de todas las cláusulas del futuro tratado de paz con Alemania. Rusia, que estaba sufriendo el peso de la guerra en el oriente, concedió lo anterior a Francia en un tratado secreto a cambio de cesiones de territorio alemán a favor suyo. En otras palabras, Rusia y Francia se concedieron mutuamente en un tratado secreto, porciones de Alemania; una Alemania trunca dejaría de ser la primera potencia del continente europeo. Francia y Rusia tomarían su lugar.

A fines de 1916, dos años y medio después del inicio de la guerra, la situación era la siguiente: en el frente occidental, Alemania tenía en su firme poder a Bélgica y al norte de Francia, dos regiones industriales por excelencia. El frente oriental se había estabilizado en la línea que iba de Riga en el mar Báltico al mar Negro. Alemania estaba en posesión de lo mejor de la industria de Europa continental y de una parte de fértiles tierras rusas. (Además, Alemania controlaba los Balcanes y el Imperio Otomano.)

En la segunda parte de 1916 empezaba a cundir en los países combatientes de ambos bandos un profundo cansancio y laxitud. Millones de soldados habían muerto ya y en el horizonte no se avizoraba ninguna solución, ninguna esperanza de una pronta victoria o derrota, del cercano fin de la guerra.

Entre las Potencias Centrales, el pueblo alemán fue el que menos sufrió gracias a su mayor riqueza, a su mejor organización y a su espíritu de sacrificio. Pero aun en Alemania el pueblo ya tenía que comer un pan hecho de una mezcla de harina, papa y raíces forrajeras. Austria-Hungría estaba peor a causa de su mayor pobreza, ineficiencia y falta de patriotismo. El aprovisionamiento cada vez peor de Viena y otras ciudades austriacas empezaba a producir hambre. En un gesto de protesta contra esta situación y contra la guerra en general, el socialdemócrata Federico Adler abatió a tiros en un restaurante vienés al primer ministro conde Stuergkh. El asesino esperaba sacudir al país y lo logró. Era hijo del fundador y dirigente máximo del Partido Socialdemócrata Austriaco, Viktor Adler. Los socialdemócratas rechazaban los actos de terrorismo; pero la existencia de una dictadura militar y policiaca que suprimía toda libertad de expresión y de crítica, indujo a Adler a cometer el atentado y así despertar al país con el riesgo de perder su vida propia. Un mes después del asesinato de Stuergkh, moría a la edad de ochenta y seis años el emperador Francisco José. Su suce-

sor Carlos I intentó cambiar de política pero no pudo hacer mucho. El Imperio parecía condenado a ser borrado del mapa.

El eslabón más débil en el bando aliado era Rusia. Nicolás II, zar desde 1894, era un hombre totalmente inepto para ocupar el trono en circunstancias tan difíciles. A partir de 1906 estaba dominado por su esposa, una princesa alemana, que a su vez se hallaba bajo el hechizo de Rasputín, un campesino místico y sibarita al mismo tiempo, que había logrado con sus poderes hipnóticos mejorar la salud del heredero al trono, enfermo de la incurable hemofilia. A través de ellos, Rasputín adquirió tanta influencia en la política que su recomendado Stuermer fue nombrado primer ministro del gobierno ruso en febrero de 1916. La situación militar empeoró aún más y se sospechó que los tres, Rasputín, la zarina y Stuermer, de origen alemán, conspiraban para traicionar a Rusia en favor de Alemania. Ante una oleada de protesta, Stuermer fue obligado a renunciar. Resultó más difícil deshacerse de Rasputín, considerado como el culpable principal de la situación. Rasputín no tenía puesto a que renunciar; no lo necesitaba, pues tenía asegurada su influencia sobre la zarina. Al propio esposo de la sobrina del zar, príncipe Yusupof, le tocó esta tarea desagradable. Lo asesinó en su palacio después de una orgía —que tanto le encantaban a Rasputín— el 30 de diciembre (el 17 de diciembre según el viejo calendario ruso) de 1916. Este acto de liberación nacional llegó demasiado tarde.

La Revolución rusa

De repente el pueblo entero comprendió toda la podredumbre del régimen. El hambre iba en aumento, el abastecimiento de pan en Petrogrado se desmoronó, estallaron huelgas que culminaron en la victoriosa insurrección de soldados y obreros el 11 de marzo (27 de febrero) de 1917.

El zar disolvió el parlamento pero los diputados desobedecieron, y cuatro días después anunciaron la formación de un gobierno provisional con el líder del Partido Constitucional Demócrata como ministro de Relaciones Exteriores, y Alejandro Kerensky, diputado socialrevolucionario, como ministro de Justicia. El zar renunció al trono el mismo día en favor de su hermano, pero este último renunció a su vez al día siguiente. El trono quedó vacante y se decidió que la índole del gobierno ruso sería determinada por una asamblea constituyente. Era obvio que Rusia sería una república.

El gobierno provisional no era la única autoridad en Petrogrado o en Rusia. Los obreros y los soldados no habían conquistado el poder para entregárselo al gobierno provisional, así que organizaron, según la experiencia de la revolución de 1905, un soviet de diputados o representantes obreros, de hecho otro gobierno. El gobierno provisional podía funcionar gracias al apoyo del soviet controlado a la sazón por los partidos revolucio-

narios moderados; pero esta situación podría conducir al caos o a otra revolución en el caso de que un partido radical se apoderara del soviet capitalino y de los soviets que surgían en otras ciudades del país.

La revolución prácticamente eliminó a Rusia como combatiente efectivo. Desde el punto de vista de los Aliados occidentales, la revolución era una victoria para Alemania pues ésta con la desorganización progresiva que se podía esperar en Rusia, podría gradualmente concentrar más y más fuerzas en el occidente. Los Aliados se reforzaron en abril de 1917 con la entrada de los Estados Unidos de América en la guerra contra Alemania. Ya era tiempo. En Rusia acababa de derrumbarse el zarismo. A primera vista esto parecía buena señal porque el zar había estado rodeado por varios germanófilos y ahora el gobierno nuevo ofrecía proseguir la guerra contra Alemania con más vigor. Pero el pueblo pedía la paz. A Alemania se le presentó la oportunidad de aprovechar esta situación para sus fines. En la neutral Suiza había un grupo de revolucionarios bolcheviques rusos; cuyo líder, Lenin, buscó la manera de regresar a Rusia tan pronto como estallara allí la revolución. El camino a través de los países aliados le estaba vedado, por lo que la única posibilidad era llegar a Suecia a través de Alemania. En Alemania se concibió la idea de ayudar a Lenin a llegar a su país. El alto mando Ludendorff-Hindenburg la aprobó y un intermediario llevó la propuesta alemana a Zurich.

El resultado fue uno de los convenios internacionales más extraordinarios de la historia. A cambio del precio de los boletos de ferrocarril para cerca de cuarenta personas (Lenin insistió en pagarlos para evitar que se le acusara en Rusia de aceptar el "oro alemán"), Alemania se comprometió a transportar al grupo a través de su territorio en un carro especial, cerrado y sellado, extraterritorial, como vehículo diplomático. El convenio fue sólo verbal, pero a Alemania le convenía cumplirlo. Ludendorff calculó que Lenin sembraría caos en Rusia con una derrota militar como consecuencia y que Alemania podría concentrar todas sus fuerzas contra Francia y triunfar; por su parte, Lenin calculó que así haría la revolución proletaria en Rusia. El juego era arriesgado, pero el premio elevado.

Lenin, su esposa y sus compañeros llegaron a Petrogrado vía Suecia y Finlandia el 16 de abril de 1917. La situación en aquel momento era la siguiente: el gobierno provisional estaba comprometido a continuar la guerra contra Alemania, pero el pueblo pedía la paz. Los soviets estaban dominados por dos partidos moderados: los socialrevolucionarios, partidarios de una reforma agraria, y los socialdemócratas mencheviques. Los socialdemócratas bolcheviques formaban una pequeña minoría.

Al día siguiente de su regreso, Lenin dio a su partido la consigna de negar cualquier apoyo al gobierno provisional, oponerse a la guerra por ser una contienda imperialista y exigir que se diese todo el poder a los soviets. Por supuesto, los bolcheviques eran minoría en todas partes pero las con-

signas estaban destinadas a volverse populares. A las peticiones anteriores agregaron la paz inmediata sin anexiones o indemnizaciones, fraternización en el frente bélico con los soldados enemigos y ocupación inmediata de tierras por los campesinos.

En esos días llegó a Petrogrado, procedente de Canadá, el socialdemócrata independiente León Trotsky. Trotsky había sido presidente del soviet de San Petersburgo en 1905 y, en esta capacidad, dirigente de la primera revolución; como orador y escritor gozaba de gran popularidad entre los revolucionarios. De regreso del exilio se unió a los bolcheviques.

La propaganda bolchevique crecía gradualmente. En el congreso de los soviets, que reunió en junio de 1917 a los delegados de los soviets de todo el país, los bolcheviques contaban sólo con 105 diputados del total de 777; la gran mayoría consistía en socialrevolucionarios y socialdemócratas mencheviques, partidarios de la continuación de la guerra contra Alemania. En realidad, la fuerza de los bolcheviques era mucho mayor porque la mayor parte de los delegados en dicho congreso provenían de las ciudades de provincia; lo decisivo era el poder de la población capitalina; los bolcheviques adquirían poco a poco una preponderancia en el soviet de Petrogrado y en los soviets de los soldados estacionados cerca de la capital. El programa bolchevique se oponía diametralmente al de los moderados. Era obvio que ese programa se podía realizar sólo previo derrocamiento del gobierno provisional y de la mayoría existente en los soviets.

Los bolcheviques sufrieron un tropiezo en julio cuando una insurrección de masas en Petrogrado fue reprimida por el ejército, y Lenin tuvo que huir para evitar que lo asesinaran o acusaran de ser espía alemán y Trotsky (quien no había regresado vía Alemania) encaró a los tribunales; pero resurgieron más fuertes en septiembre cuando lograron obtener la mayoría en el soviet de Petrogrado. Trotsky ocupó ahora su presidencia y un mes después formó un Comité Revolucionario Militar. Dirigido por Lenin desde su escondite, el partido bolchevique se preparaba para tomar el poder. Se decidió que sus fuerzas armadas compuestas de soldados, marinos y obreros tomarían el poder en la ciudad un poco antes de la inauguración del segundo congreso de los soviets el 7 de noviembre de 1917, y presentaran así al congreso un hecho consumado.

El primer ministro, Kerensky, sospechaba de estos planes y acababa de ordenar el arresto del Comité Revolucionario Militar y la supresión de la prensa bolchevique. Pero los bolcheviques se le adelantaron. En este ambiente de tensión se abrió el congreso con 390 bolcheviques del total de 649 delegados. En los libros de historia hay discrepancias en cuanto a los números exactos; de cualquier modo los bolcheviques al fin lograron obtener la mayoría. Los diputados moderados abandonaron el congreso al enterarse del derrocamiento del gobierno provisional.

A una propuesta de Lenin, el congreso aprobó luego las resoluciones

para proponer a los beligerantes abrir inmediatamente negociaciones para terminar la guerra, para dividir inmediatamente en Rusia todas las tierras a quienes las trabajaban y para formar un nuevo gobierno que se llamaría el Consejo de Comisarios Populares, o Comisarios del Pueblo, que remplazaría al gobierno provisional cuyos integrantes estaban sitiados en el Palacio de Invierno, antigua sede de los gobiernos zaristas, por los guardias revolucionarios. Era el último reducto del gobierno; fuera del palacio, toda la capital ya estaba en manos de los bolcheviques. Al fin se rindió el gabinete, en el cual sólo faltaba Kerensky, quien había logrado huir y entonces, ya con más calma, se organizó el primer Consejo de Comisarios con Lenin como su presidente, Trotsky como comisario de Asuntos Exteriores, Stalin como comisario de Asuntos de las Minorías Nacionales, y otros.

Los bolcheviques habían tomado a sus adversarios por sorpresa. Pero las clases sociales hasta entonces dominantes no estaban dispuestas a dejarse borrar del mapa. En esta atmósfera se llevaron a cabo las elecciones para la asamblea constituyente. Los bolcheviques obtuvieron en ellas tan sólo el 25% del voto total contra el 58% conquistado por los socialrevolucionarios. Pero ya no importaba. Los bolcheviques estaban en el poder. Les bastaba el apoyo de los obreros y soldados más agresivos. La discrepancia entre la mayoría bolchevique en el congreso de los soviets y su minoría en la votación para la asamblea nacional se explica por el hecho de que la membresía de los soviets se limitaba a los obreros y los soldados, mientras que en las elecciones para la asamblea constituyente participó toda la nación. Huelga decir que el gobierno bolchevique no iba a tolerar a una asamblea que se podría convertir en un foco peligroso de oposición. Cuando se reunió, pues, la nueva asamblea constitucional en Petrogrado en enero de 1918, fue dispersada por las tropas leales al gobierno bolchevique. Desde su cárcel alemana, Rosa Luxemburgo enjuició severamente este acto antidemocrático de Lenin.

Los bolcheviques habían prometido al pueblo ruso la paz. Ahora tenían que cumplir, aunque no era fácil. Rusia estaba de hecho derrotada por Alemania, cuyos ejércitos habían avanzado hacia el Este sin encontrar resistencia efectiva. El gobierno bolchevique, por supuesto, no quería perder el territorio ocupado. Para recuperarlo se necesitaba un ejército que el nuevo gobierno ruso no tenía o que estallara en Alemania una revolución semejante a la rusa. Los bolcheviques esperaban que los soldados alemanes en el frente ruso se contagiaran con el espíritu revolucionario, que se sublevaran contra sus oficiales y que los trabajadores allá en Alemania los secundaran. Creían con firmeza en una revolución proletaria mundial que llegaría al poder primero en Alemania. Entonces optaron por darle largas al asunto: firmaron sin dificultad el armisticio pero se negaron a firmar el tratado de paz; después de un mes de negociaciones en la ciudad de Brest-Litovsk, ocupada por el ejército alemán, Trotsky declaró el 10 de febrero

de 1918 a la delegación alemana: "Ya no estamos en guerra pero rehusamos firmar la paz", declaración única en su género en la historia.

Ludendorff, convertido prácticamente en dictador alemán, no iba a tolerar tal broma. Su plan era firmar la paz con Rusia lo más pronto posible para trasladar el ejército alemán a Francia. En el ejército alemán comenzaba a notarse el efecto corrosivo de la Revolución rusa, y el fresco y bien alimentado ejército norteamericano se fortalecía en Francia. Por tanto, había que actuar rápidamente. Berlín anunció el fin del armisticio con Rusia y los ejércitos alemanes avanzaron inmediatamente en territorio ruso, ocupando territorios abandonados por el ejército ruso, en plena huida. Para Lenin no había remedio; había que firmar la paz a cualquier precio. Las nuevas condiciones alemanas eran muchísimo más severas, per; la delegación bolchevique las firmó el 3 de marzo. Comenzando por el norte, Rusia perdía a Finlandia, los países bálticos pequeños, a saber Estonia, Letonia y Lituania; renunciaba a Polonia y a Ucrania, rica en granos tan codiciados por Alemania; por último, también a los países del Cáucaso, Georgia, Armenia y Azerbaidján, este último rico en petróleo. En esta lucha por el tiempo, Alemania logró un triunfo, por más pasajero que resultara en el futuro. La guerra en dos frentes terminaba; al fin Alemania tendría una superioridad numérica en Francia. A corto plazo, Ludendorff había calculado bien.

Huelga decir que los bolcheviques no tenían la intención sincera de cumplir con el tratado; simplemente querían sostenerse en el poder, sobrevivir, ganar tiempo mientras se gestaba la revolución proletaria en Alemania y otros países de la Europa occidental.

En un gesto de desafío, el partido bolchevique cambió de nombre pocos días después de la firma del humillante tratado; el partido, que hasta entonces se llamaba Partido Obrero Social-Demócrata Ruso (bolcheviques), decidió llamarse Partido Comunista Ruso. Muchos socialrevolucionarios y mencheviques hasta entonces favorables al gobierno bolchevique pedían que Rusia continuase en la guerra contra Alemania y se opusieron a la paz por separado. Pero los bolcheviques estaban en el poder; sólo su derrocamiento podría cambiar la situación. El cambio de nombre del partido dominante no hizo sino patentizar el rompimiento definitivo entre ambas facciones socialdemócratas: la moderada conservó el nombre de socialdemócrata, y la radical adoptó el nombre empleado por Marx en 1848.

A mediados del mismo mes de marzo de 1918 el gobierno soviético y las oficinas centrales del Partido Comunista se mudaron a Moscú; Petrogrado estaba demasiado cerca de los ejércitos alemanes o de la influencia alemana; además, Rusia ahora trunca sería gobernada más fácilmente desde su centro en Moscú. También se hicieron cambios importantes en el gobierno: Chicherin, un diplomático profesional, tomó la cartera de Asuntos Exteriores en lugar de Trotsky, a quien se encomendó el ministerio de guerra. Sin duda, Alemania ya no era peligrosa; el peligro venía de los anticomunis-

tas rusos, quienes comenzaban a sublevarse contra los bolcheviques. Era imperativo organizar un ejército que se llamaría después el "ejército rojo".

La guerra civil entre los bolcheviques, por una parte, y los socialrevolucionarios, los mencheviques, los demócratas y los partidiarios del zarismo, por la otra, estalló a mediados del año de 1918. Durante esta guerra ambos bandos cometieron actos de crueldad; por ejemplo, los bolcheviques ejecutaron en julio al zar y a toda su familia a fin de que los "blancos" —los contrarrevolucionarios— no lo pudieran utilizar como bandera en su lucha contra la revolución. Los "blancos" lograron establecer en varias partes de Rusia pasajeros gobiernos anticomunistas. La guerra civil culminó después de la derrota alemana en Francia con la intervención anglofrancesa en apoyo de los antibolcheviques. El gobierno soviético buscó apoyo mundial con la fundación de la Internacional Comunista, la Tercera Internacional, a principios de marzo de 1919. En varias ocasiones los bolcheviques estuvieron a punto de sucumbir pero al fin prevalecieron. La guerra civil y la intervención anglofrancesa terminó con el triunfo completo del gobierno comunista en los últimos meses de 1920. La cruenta guerra dejó al país sin recursos, agotado y hambriento.

Rusia quedó firmemente en las manos de los bolcheviques pero era una Rusia más pequeña que la anterior a 1914. Al derrumbarse el poder del ejército alemán en noviembre de 1918, los bolcheviques estaban luchando por su vida contra los "blancos". El ejército alemán se retiró de Rusia a Alemania pero el nuevo ejército rojo no tuvo fuerza suficiente para ocupar los territorios desalojados por el ejército alemán. De este vacío de poder se aprovecharon los dirigentes nacionalistas de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia —que habían sido cedidas a Alemania por Rusia comunista— para proclamar repúblicas independientes. Rusia a la postre tuvo que reconocer su existencia.

EL FIN DE LA GUERRA Y LA PAZ (1918-1919)

Alemania lanzó su esperada ofensiva en la primavera de 1918. De nuevo sus ejércitos avanzaron hacia París aun cuando ya no se le pudieron acercar tanto como en 1914. En el verano empezaron a retroceder y a fines de septiembre Ludendorff llegó a la conclusión de que todo estaba perdido. Alemania envió a una delegación civil para que aceptara, sin discutir, el armisticio, de acuerdo con el cual Alemania debería retirar sus tropas gradualmente hasta el lado derecho del Rin. El armisticio fue firmado el 11 de noviembre. En la guerra habían caído cerca de 8.4 millones de soldados y un mayor número de civiles; total de víctimas, veinte millones. El costo total de la guerra se ha calculado en 332 billones de dólares.

Los Aliados no exigieron que el ejército alemán entregara sus armas,

le dieron la oportunidad para que se retirara en forma ordenada. Entre tanto en Alemania había estallado la revolución, iniciada con la sublevación de la armada el 3 de noviembre y culminada seis días después, con la huida del emperador, la proclamación de la república y el establecimiento de los soviets en varias ciudades. Obviamente los Aliados no querían que Alemania siguiera el ejemplo ruso. El partido socialdemócrata alemán se dividió: los moderados formaron el gobierno y aceptaron la desagradable responsabilidad de tratar con los victoriosos Aliados; los extremistas presionaron para llevar a cabo una revolución violenta. Rosa Luxemburgo, quien había criticado el bolchevismo por su tendencia autoritaria, fue arrastrada por la corriente; participó en diciembre en la fundación del partido comunista alemán y en su levantamiento armado de enero de 1919. El levantamiento fue aplastado por el gobierno socialdemócrata y por el ejército, y Rosa Luxemburgo fue capturada y asesinada por un grupo de oficiales.

El imperio austrohúngaro se desplomó al mismo tiempo que Alemania. La revolución tomó en él la forma de establecimiento de pequeños estados nacionales independientes. Algunos de esos países, en su mayoría eslavos, alcanzaban la independencia por primera vez en su historia; otros la restablecían. Así, Polonia se formó con los fragmentos de Rusia, Alemania y Austria; Checoslovaquia surgió directamente de la desintegración de Austria-Hungría: su parte occidental, Bohemia y Moravia, poblada de checos, con una considerable minoría alemana, pertenecía hasta entonces a Austria; su parte oriental, Eslovaquia, en la que se hablaba una lengua muy semejante a la checa, formaba hasta entonces parte de Hungría. Otras dos naciones, Rumania y Serbia, ampliaron su territorio: Rumania a expensas de Hungría, con la provincia de Transilvania poblada de rumanos y unas minorías húngaras y alemanas; Serbia se transformó en el reino Serbocroata, llamado después Yugoslavia, fusión de la parte sur-eslava de Austria-Hungría con Serbia y Montenegro. En teoría, los croatas que habitaban en la parte antes austro-húngara, eran católicos y usaban el alfabeto latino, debían ser iguales a los serbios que eran de religión ortodoxa griega y usaban el alfabeto cirílico (ruso) pero de hecho los serbios llegaron a ocupar los puestos dominantes en el nuevo país, con el resentimiento croata contra los serbios y su dinastía como consecuencia.

Los países nuevos, Polonia y Checoslovaquia y los países ya existentes antes de la guerra pero agrandados, Rumania y Yugoslavia, nacieron como resultado de los movimientos de independencia basados en el principio lingüístico, es decir que los pueblos que hablaban la misma lengua o una lengua muy semejante, deberían formar un país soberano. El presidente de los Estados Unidos de América Wilson influido por Tomás Masaryk, profesor de filosofía en la universidad de Praga (después presidente de Checoslovaquia), quien se hallaba a la sazón en Washington, proclamó este principio en octubre de 1918.

Pero al trazarse las fronteras de esos países considerados ahora como vencedores, sus gobiernos incluyeron dentro de su territorio también regiones pobladas de alemanes y húngaros. Así surgió el problema de las "minorías nacionales" empleado después por Alemania.

Como restos truncos del derrotado y luego desaparecido Imperio Austrohúngaro, quedaron las pequeñas repúblicas de Austria y Hungría, con sus capitales desproporcionadamente grandes y con el abastecimiento de alimentos desorganizado. En Hungría cundió el comunismo en los primeros meses de 1919 pero fue derrotado al poco tiempo; se estableció entonces una monarquía aristocrática sin rey, con Horthy como regente; en Austria se sostuvo el Partido Socialdemócrata que impuso la república; el campo continuó simpatizando con la Iglesia católica y la monarquía.

En enero de 1919 se inauguraba en París la conferencia de paz. El presidente nortamericano Wilson, impaciente por implantar la era de la justicia y la democracia internacional y por realizar su proyecto predilecto, la Sociedad de las Naciones, llegó a mediados de diciembre de 1918. La conferencia empezó de hecho casi un mes después. No asistieron los representantes de los países derrotados, quienes serían llamados después únicamente para firmar los documentos aprobados por los países victoriosos; tampoco asistieron los representantes de Rusia, en la que el régimen bolchevique estaba envuelto en una implacable guerra civil contra sus adversarios apoyados por los aliados. Wilson, el presidente del país cuyo peso había inclinado la balanza en favor de los Aliados, tuvo la máxima autoridad. Los temas más importantes fueron las garantías alemanas a Francia y las reparaciones por los daños causados en la guerra. Francia pidió la formación de un estado independiente en el lado izquierdo del Rin. Wilson había pedido la devolución de Alsacia-Lorena a Francia. Esto era aceptado por todos. Pero tanto Wilson como Lloyd George derrotaron la propuesta francamente anexionista de Francia. Como una concesión a ella, aceptaron la ocupación de dicho territorio por una fuerza inter-aliada por 15 años. Wilson no había mencionado para nada la compensación por daños causados en la guerra; Wilson siguió la consigna pacífica de una "paz sin anexiones ni indemnizaciones", consigna adoptada también por los bolcheviques. Ciertamente, Wilson no había pedido territorio ni indemnización para los Estados Unidos pero otra cosa eran las reparaciones alemanas exigidas por los aliados europeos. Los Estados Unidos habían prestado a sus aliados europeos más de diez billones de dólares; ahora la economía de estos países estaba agotada; su deuda a los Estados Unidos (además, la suma necesaria para reconstruir el devastado norte de Francia) la podrían pagar sólo con el dinero proveniente de Alemania por concepto de reparaciones. Lo anterior quizá podría explicar en parte la indecisión de Wilson sobre este asunto. El tratado se limitó a estipular la obligación de Alemania de pagar por todos los daños pero dejó la suma total y la forma de pago para discusiones futuras.

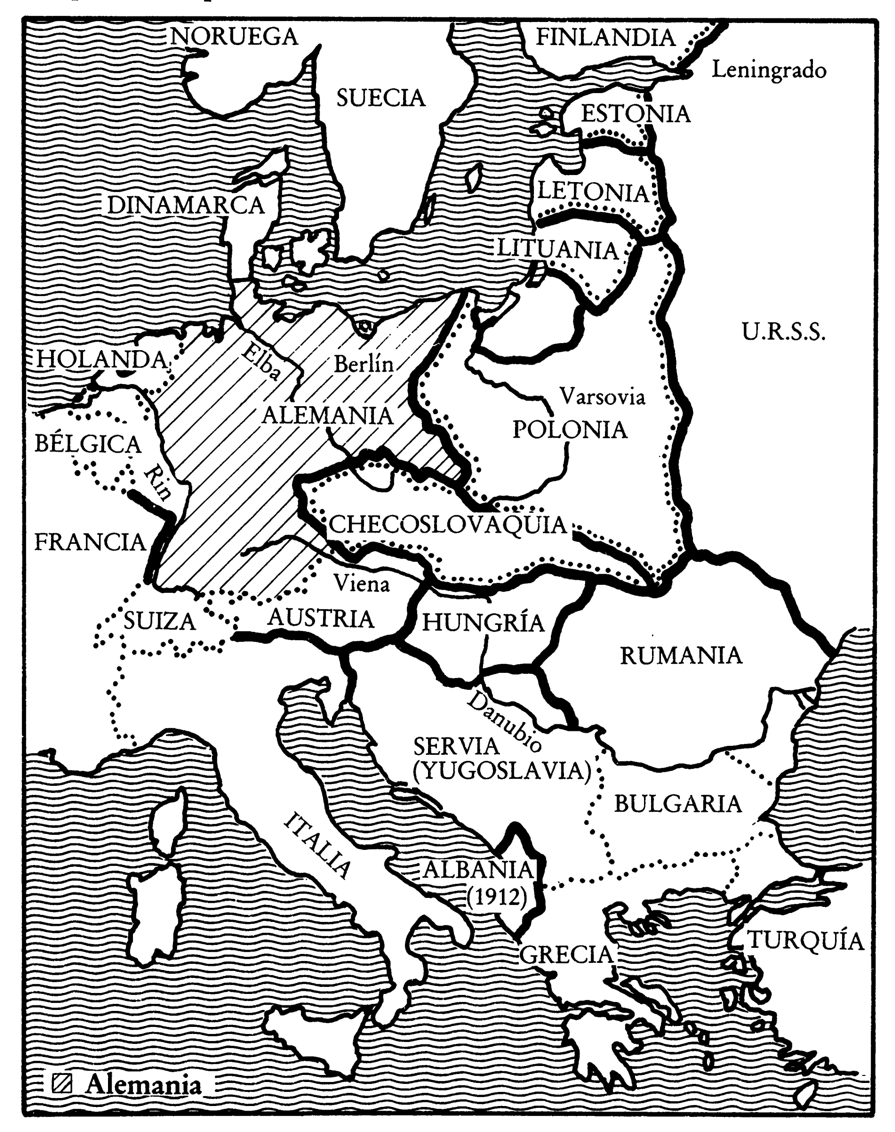
El tratado de paz con Alemania fue firmado el 28 de junio de 1919. (Véase el mapa 5, Europa después del Tratado de Versalles.)

ORÍGENES DEL NACIONALSOCIALISMO ALEMÁN (1919-1923)

En los días de enero de 1919 en que los comunistas combatían en Berlín y en Munich, capital de Baviera y metrópoli del sur alemán, se fundaba el Partido Obrero Alemán con el fin de luchar contra el socialismo y el comunismo. Veteranos de guerra desesperados por la derrota militar de su país y semi —o seudo— intelectuales que habían leído sobre la superioridad de la raza nórdica, se propusieron convencer a los obreros hambrientos de que deberían oponerse no sólo al capitalismo sino también a "los rojos" —los socialdemócratas y los bolcheviques—, pues "los rojos" eran un instrumento del judaísmo internacional. ¿No eran judíos muchos de sus dirigentes? Y ¿no eran judíos muchos banqueros? Los nacionalistas alemanes inyectaron así a su programa un elemento étnico, derivado de un viejo prejuicio religioso. Así encontraron en la pequeña minoría judía a un chivo expiatorio. Siempre es más fácil culpar a los demás del fracaso propio. La sublevación comunista de Berlín fue aplastada y sus líderes asesinados. Reflejos de este sangriento conflicto llegaron a Munich. Un joven oficial nacionalista de los descritos antes, asesinó en febrero al primer ministro de Baviera, el socialista Kurt Eisner por haber proclamado la república el 7 de noviembre y así (en el concepto de ellos) facilitado la derrota. Como reacción contra este acto terrorista se proclamó a principios de abril en Munich una república soviética. Un mes después, las tropas del gobierno capturaron a Munich y acabaron con la comuna. Siguieron los fusilamientos en masa. A fines de junio los delegados alemanes firmaban en Versalles la paz; parecía que Alemania podría gozar de una cierta estabilidad. Poco tiempo después el veterano de guerra y ex dibujante sin trabajo Adolfo Hitler ingresó al Partido Obrero Alemán a fin de combatir también el tratado de Versalles. Pronto se adueñó de él, le dio un programa (los "25 puntos") y otro nombre, Partido Nacional Socialista Obrero Alemán y le dio un símbolo, la bandera en la que el color rojo representaba la idea social, el blanco la nacional y la cruz gamada (suástica), la misión del hombre ario en el mundo.

Para el grupo de esos veteranos desarraigados la guerra no había terminado. Alemania no había sido derrotada en los frentes de batalla; su ejército había sido traicionado por unos políticos civiles confabulados para provocar la caída del país. Pues ¿no era verdad que el ejército se mantenía bien en el occidente cuando empezaron a sublevarse las ciudades y a formar gobiernos que pedían la paz? Esta interpretación tiene un grano de verdad: la propaganda comunista proveniente desde el oriente y transmitida por los soldados alemanes y los ex prisioneros de guerra, que regresaban a Alema-

Mapa 5. Europa Central en 1921



nia de Rusia, comenzaba a rendir sus frutos. Ludendorff se había equivocado a la larga en su trato con Lenin. Pero la explicación no deja de ser superficial: invierte el orden causal. Alemania no fue derrotada por la revolución, sino la revolución tuvo lugar en un país cuya población civil sufría hambre y cuyo ejército era inferior en cantidad y calidad a los ejércitos aliados combinados. En el mejor caso se podría decir que la revolución aceleró la firma del armisticio.

Pero quienes habían crecido con la idea de que el ejército alemán era invencible tuvieron que buscar culpables entre los revolucionarios. Tres de ellos, R. Luxemburgo, Liebknecht y Eisner ya estaban muertos. Pero aún vivían muchos más. Había que limpiar Alemania del marxismo (esto es el comunismo y la socialdemocracia) y de los judíos. Una vez restablecida moralmente, Alemania podría combatir el tratado de Versalles, lo que obviamente se podría hacer sólo con un ejército. Así, los entonces jóvenes como Hitler (en 1919 tenía 30 años) se propusieron llegar al poder para buscar la "revancha" con Francia.

El plan de conquistar Rusia surgió con algunas ideas nuevas y otras viejas: la "geopolítica" de Karl Haushofer y la idea del escritor romántico alemán del siglo XVIII, Herder, de que los pueblos eslavos son por naturaleza pacíficos y sumisos mientras que los germanos, guerreros y agresivos, lo que haría esta tarea más fácil. Para tal "cruzada contra el bolchevismo" se encontraría el apoyo en el Occidente. Por el momento, Alemania no tenía fuerza para oponerse a la ocupación aliada de una parte de su territorio. Lo único que podía hacer era ofrecer una resistencia pasiva. Según una antigua tradición internacional, se daba por sentado que los países derrotados pagarían una compensación a los países vencedores. El artículo 231 del Tratado de Versalles contenía una innovación: en él Alemania aceptó su responsabilidad exclusiva por haber lanzado una guerra de agresión y que, por tanto, debería indemnizar a los países agraviados —victoriosos— por todos los daños y perjuicios. Este carácter punitivo de las reparaciones fue especialmente irritante a los ojos de los alemanes, ninguno de los cuales estaba dispuesto a aceptar la tesis de que su país era el único malo y que los Aliados eran todos buenos. En esta oposición se unían todos, nazis y socialistas, conservadores y liberales, ricos y pobres, católicos y protestantes.

El monto total de las reparaciones fue fijado a principios de 1921 en 56.5 billones de dólares, pagaderos en 42 anualidades, disposición destinada a despertar un odio entre los alemanes más jóvenes pues ¿por qué deberían ellos pagar por los discutibles delitos de sus padres? Tres meses después fue reducida a 33 billones pagaderos de nuevo en muchas anualidades. La cantidad parecía aún muy elevada (en 1871 a Francia se le obligó a pagar un billón de dólares después de una guerra limitada y breve); además, un país al borde de una guerra civil y sin crédito internacional no podría pagar. Pero, sobre todo, faltaba la voluntad de hacerlo.

El caos económico europeo, la necesidad de poner la economía alemana sobre bases firmes para que el país pudiera pagar reparaciones y la estabilización del régimen comunista en Rusia, junto con su nueva política de convivencia pacífica con Occidente, condujo a la organización de una conferencia económica internacional que se inauguró en Génova en el Palazzo di San Giorgio, el edificio de uno de los bancos más antiguos del mundo, en abril de 1922. La Gran Bretaña y Francia mostraron interés en negociar con Rusia la cuestión de la deuda zarista a los aliados por muchos millones de dólares. El delegado soviético, Chicherin, declaró estar dispuesto a pagar la enorme deuda zarista a los gobiernos y a los inversionistas de Gran Bretaña y Francia siempre que estos países pagaran los daños causados por su intervención militar en 1919 en el territorio soviético, que ascendían (según el delegado) casi a lo doble. Rusia puso condiciones inaceptables porque ya había llegado a un entendimiento secreto con Alemania. El convenio entre estos dos países, firmado pocos días después de la inauguración de la conferencia en Rapallo, cerca de Génova, versó sobre el establecimiento de las relaciones diplomáticas y económicas; fue una cortina de humo, detrás de la cual se escondía una cooperación militar. Dado que el tratado de Versalles limitaba seriamente al ejército alemán, Rusia permitió que se entrenaran unidades alemanas y se probaran armas nuevas en su territorio, en conveniencia de ambos. Por odio o desconfianza de los Aliados, el gobierno capitalista alemán pactó con la Rusia comunista.

Después de lograr salir de su aislamiento internacional y de ganar de hecho a un aliado, aumentó la resistencia de Alemania a pagar reparaciones. Como consecuencia, a principios de 1923, Francia y Bélgica ocuparon el Ruhr, la región más industrializada de Alemania, a fin de obligarla a pagar. El gobierno alemán no pudo, o tal vez no quiso, impedir que el desempleo y la inflación sumiera al país en el caos; proliferaron las conspiraciones. Quizás alentado por la llegada al poder en Italia, el año anterior, de Benito Mussolini, a quien admiraba, Hitler organizó en Munich, en noviembre de 1923, una sublevación con la participación del general Ludendorff, con la esperanza de que el prestigio de este hombre en los círculos militares inclinara la balanza a su favor. Pero el ejército descartó a su ex comandante por sectario y excéntrico. El plan falló, catorce sublevados perdieron la vida y Hitler pasó poco más de un año encerrado en una fortaleza militar en compañía de Rudolf Hess, a quien dictó allí el primer tomo de *Mi lucha*.

INTENTOS DE ESTABILIZACIÓN ALEMANA (1924-1929)

Con el fallido golpe de Estado en Munich coincidió una mejoría en la situación económica. Alemania declaró estar dispuesta a reanudar los pagos. Primero en Alemania y luego en Francia llegaron al poder personas más

conciliadoras y, como consecuencia, el Ruhr fue desocupado a mediados de 1925, previo acuerdo sobre el monto de las anualidades y sobre la reconstrucción de la economía alemana con la ayuda de los empréstitos norteamericanos.

No hay que olvidar que todos los países vencedores, con excepción de Estados Unidos, ya se habían cobrado las reparaciones, o una parte de ellas, mediante el aumento de su terriotorio a costa de Alemania. Por ejemplo, Francia recuperó Alsacia-Lorena, rica en mineral de hierro, y se aseguró el dominio de la riquísima cuenca carbonífera del Sarre, habitada en su totalidad por alemanes, por un plazo de 15 años, a cuyo término la suerte de la región se decidiría por un plebiscito. También la ocupación del Ruhr resultó costeable. Muchos alemanes eran de la opinión de que, como reparación, esto bastaba y sobraba. En la opinión francesa, esta interpretación se podía aplicar a la cuenca del Sarre pero decididamente no a Alsacia-Lorena, antiguo territorio francés injustamente incorporado a Alemania en 1871; y el carbón del Sarre no bastaría para resarcir en 15 años a Francia de todos los daños y perjuicios.

En cuanto a Alemania, su estabilización no pudo borrar los sentimientos de su población, como lo mostraron las elecciones presidenciales en la primavera de 1925. En las primeras, ningún candidato obtuvo el número de votos necesario pero se pudo observar que la izquierda moderada y el centro recibieron más votos que la derecha (en esta última, el candidato nacionalsocialista Ludendorff recibió sólo 1% de los votos). Las elecciones tuvieron que repetirse.

Los partidos de derecha nombraron como su candidato común al mariscal de campo Hindenburg, comandante en jefe de las fuerzas armadas en 1916-1918 y héroe nacional. Hindenburg venció por un margen pequeño al candidato común de la izquierda moderada, debilitada por la candidatura independiente del partido comunista. Obviamente, la mayoría de Alemania no estaba conforme con el estado de cosas y el triunfo de Hindenburg —monarquista de corazón— significó que la nación en su sentir íntimo no aceptaba ni la derrota ni la república.

Alemania se proponía lograr que, una vez desocupada la cuenca del Ruhr, las fuerzas francobelgas desocuparan la Renania, por donde corría el río Rin. Pero ya que no tenía fuerza debería lograrlo por otros medios. Así, en octubre de 1925, Alemania reconoció en la Conferencia de Locarno sus fronteras occidentales fijadas por el Tratado de Versalles como inviolables. Pero se negó a garantizar las fronteras de Polonia y de Checoslovaquia, países con fuertes minorías alemanas, obligando a Francia a firmar con ellos un pacto de ayuda mutua. Y entonces Alemania reafirmó medio año después su amistad con la Unión Soviética.

Por supuesto, Alemania lo hacía para reforzar su posición en la mesa de las negociaciones con las potencias occidentales. A principios de sep-

tiembre de 1926 fue admitida en la Sociedad de las Naciones; dejó de ser vista como culpable y comenzó a ser tratada como igual. Así logró al fin, en junio de 1929, la reducción de capital de las reparaciones a 9 billones de dólares y la evacuación de Renania, que terminaría en junio de 1930, cinco años antes del plazo fijado por el Tratado de Versalles. La crisis económica mundial de 1930-1932 dio al traste con el intento de resolver pacíficamente el problema alemán.

Hacia la Segunda Guerra Mundial

En Europa central, en especial en Alemania (en este país el desempleo alcanzó en 1932 la cifra de 6 millones, 10% no de la fuerza de trabajo sino de la población total), la crisis económica causó un crecimiento fenomenal del nacionalsocialismo. En 1928 el Partido Nacional Socialista obtuvo entre 2 y 3% del voto total de la nación; tres años después, un tercio del voto total y el número correspondiente de diputados al Reichstag. Se convirtió así en el partido político más fuerte, pero carecía de mayoría parlamentaria para gobernar. Su radicalismo social repelía a mucha gente igualmente nacionalista. Y al mariscal de campo, Hindenburg, le repugnaba la posibilidad de que un antiguo cabo del ejército alemán y, por añadidura, austriaco recién naturalizado alemán, gobernara el país. Pero al fin se transó y el 30 de enero de 1933 el presidente Hindenburg encargó a Hitler la formación del gabinete en que grupos nacionalistas conservadores estarían en minoría. El tiempo que Hitler había perdido en sus diez años de oposición al gobierno lo recuperó ahora en medio año; el 14 de julio se decretó que el Partido Nacional Socialista sería el único partido legal en Alemania. El Estado totalitario era un hecho.

Hitler había fanatizado no sólo a los alemanes sino también a los austriacos, quienes ahora pedían su incorporación al Reich. Esto iba contra los intereses del dictador italiano Mussolini, quien veía en la pequeña Austria su zona de influencia y protegía a su gobierno conservador-católico. La desaparición en 1918 del Imperio Austrohúngaro y de la dinastía Habsburgo había dejado a la Iglesia católica sin protección. Esto cambió a partir del Tratado de Letrán de 1929 entre la Iglesia e Italia. Mussolini adoptó la política de ayudar en otros países a los movimientos católico-fascistas. Hitler se apresuró a concluir un concordato con el Vaticano en el mismo mes de julio de 1933, dos semanas después de la disolución "voluntaria" del partido católico alemán ("El Centro"). Lo que menos quería Hitler era un enfrentamiento con Mussolini, con quien planeaba formar una alianza. Por supuesto, Austria se uniría a Alemania, pero todavía no. Con el fin de calmar a Mussolini, Hitler buscó una entrevista personal. Los dos hombres se reunieron por primera vez en Venecia, a mediados de junio de 1934. No

hubo acuerdo entre ellos ni simpatía del italiano hacia su más joven admirador alemán, sino más bien celos. Dos semanas después, Hitler liquidó en un solo día, mediante una purga sangrienta, a sus enemigos dentro y fuera de su partido. Se convirtió en amo del país. Por cierto, Hindenburg, de 87 años de edad era aún el jefe titular de Alemania, pero sus días estaban contados. La violencia es contagiosa; los nazis en Alemania ya habían probado y saboreado la sangre. Los nacionalsocialistas austriacos se desbocaron y el 25 de julio de 1934 intentaron tomar el poder en Viena. El intento en que el primer ministro austriaco perdió la vida, fracasó. Pocos días después moría Hindenburg y Hitler era proclamado Fuehrer, el Caudillo.

Hitler continuó progresando: en enero de 1935 ganó el 90% de votos de la población del Sarre (cuenca carbonífera cedida por 15 años a Francia a cuenta de reparaciones) en favor de su reunificación con Alemania. Era obvio que los alemanes en los países limítrofes de Alemania favorecían en gran mayoría su incorporación al Reich. Esto lo demostraron las elecciones generales de 1935 en Checoslovaquia, único país centroeuropeo con elecciones libres en las que los nacionalsocialistas, disfrazados con otro nombre, obtuvieron dos tercios del voto de la minoría alemana. Tanto los austriacos como las minorías en otros países presionaban ahora para su unificación inmediata con Alemania, mediante agitación y creación de incidentes. El problema para Hitler era, pues, cómo unir en breve plazo bajo su gobierno a todos los alemanes, antes de lanzarse a objetivos lejanos. Debilitada la influencia italiana en Austria, Hitler fortaleció la suya en el convenio de 11 del julio de 1936.

Y en octubre de ese mismo año se formó la alianza germanoitaliana (el Eje Roma-Berlín). Un mes después, Alemania complementó el "Eje" con la firma del pacto Anti-Komintern con Japón. Era una alianza antisoviética disfrazada de un pacto contra la Internacional Comunista. Alemania aún no estaba lista para proclamar sus objetivos finales. Un año después, Italia se adhirió al pacto Anti-Komintern. En los últimos meses de 1937 Hitler tomó la decisión de "resolver" la cuestión de Austria y de Checoslovaquia. Aprovechando la debilidad de Francia y la Gran Bretaña como también su acuerdo verbal con Mussolini, Hitler primero (en marzo de 1938) ocupó Austria y medio año después, en la conferencia de Munich con la Gran Bretaña, Francia e Italia, logró con promesas y amenazas que Francia abandonara a su aliada, Checoslovaquia, y que entre todos la presionaran para que entregara a Alemania las regiones habitadas por alemanes. A cambio, Hitler prometió solemnemente no pedir más territorio. Abandonada por Occidente, Checoslovaquia aceptó entregar a Alemania, a Polonia y a Hungría casi una mitad de su territorio.

De este modo, Hitler no sólo incorporó a diez millones de alemanes al Reich sino que también conquistó territorio de gran importancia estratégica. Confiando en su buena estrella, Hitler decidió continuar. Bajo un pre-

texto, el ejército alemán ocupó el 15 de marzo de 1939 el resto de Checoslovaquia, indefensa por haber sido privada de sus fortificaciones y su ejército; su parte occidental, Bohemia y Moravia, se convirtió en un "protectorado" y su parte oriental, Eslovaquia, en una república formalmente independiente, "protegida" por Alemania. Esta violación de la palabra solemnemente empeñada indignó al primer ministro británico, Neville Chamberlain, hasta entonces inclinado a confiar en Hitler, y alarmó a Polonia, socia de Alemania en el reparto de Checoslovaquia. Era obvio que Hitler quería proceder inmediatamente a la "solución" del problema de la minoría alemana en Polonia. El 28 de marzo, el mismo día en que Madrid se rendía al general Franco, Hitler denunció el pacto de no agresión con Polonia de 1934 y, tres días después, Gran Bretaña y Francia se comprometían a apoyar a Polonia. Los incidentes comenzaron a sucederse, como un año antes en Checoslovaquia.

LOS PAÍSES SUCESORES DE AUSTRIA-HUNGRÍA, 1919-1938

Como se ha dicho antes, a fines de 1918 el Imperio Austrohúngaro se desintegró. Los tres países, Austria, Hungría y Checoslovaquia, se formaron con trozos del antiguo Imperio Habsburgo. Los dos países ya existentes, Serbia y Rumania, se agrandaron con porciones del imperio. El caso de Polonia fue más complicado: se reconstituyó la Polonia antigua con pedazos de Austria, Alemania y Rusia.

Desde el principio, esto es desde el fin de 1918, hubo una diferencia radical entre Austria y Hungría, por un lado, y los otros cuatro países, por el otro. El ejército austrohúngaro había sido derrotado al mismo tiempo que el ejército alemán. Alemania tenía sólo dos minorías nacionales: la polaca y la alsaciana, una minoría muy pequeña de habla alemana pero de sentimientos franceses. Los territorios en que habitaban estas dos minorías fueron separados de Alemania en 1919, pero la mayor parte del país estaba poblada de alemanes y por esta razón los Aliados vencedores lo dejaron casi íntegro. El caso de Austria-Hungría era diferente. Dos minorías, los alemanes étnicos y los húngaros eran las dos naciones dominantes del Imperio Habsburgo. La mayor parte de la población del Imperio comprendía varias naciones oprimidas que anhelaban la derrota del Imperio, la cual les daría su independencia. Por lo tanto, a la derrota del Imperio Austrohúngaro siguió su desintegración y la proclamación de la independencia nacional en cada una de las regiones oprimidas. Mientras los Aliados vencedores, sobre todo Francia, trataron a Austria y a Hungría como a los países derrotados, trataron a los países nuevos y a los agrandados como a sus aliados vencedores. En consecuencia, si bien toda la posguerra en lo que había sido el Imperio Habsburgo fue una época difícil, lo fue mucho más para Austria y Hun-

gría, los dos países derrotados, que para los cuatro países vencedores: Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Serbia (llamada después Yugoslavia).

Pero todos los componentes del antiguo Imperio Habsburgo tenían un problema común: el Imperio había sido dominado por la gran propiedad territorial de la nobleza y la Iglesia. Entonces la tarea principal que tenían ante sí los nuevos gobiernos era una reforma agraria. Su objetivo consistía no sólo en hacer real y efectiva la justicia para millones de campesinos sin tierra, o con muy poca, sino también en conservar el orden social basado en la propiedad privada. En general, este segundo propósito se logró, salvo un trastorno momentáneo en Hungría. La derrota de 1918 había afectado a Hungría más que a cualquier otra vecina no sólo por la miseria en que había quedado sino también por el nacionalismo ofendido de una nación orgullosa. En noviembre de 1918 se proclamó en la Hungría trunca una república liberal. Pero en marzo del año siguiente su gobierno entregó el poder a los socialistas, quienes a su vez incorporaron a los comunistas. Estos últimos establecieron un régimen soviético que duró 133 días. En lugar de repartir las tierras como había hecho Lenin en Rusia, los comunistas húngaros las socializaron y así hostilizaron al campesinado. Al final fueron suprimidos por una sangrienta contrarrevolución aristócrata que estableció una monarquía sin rey, sólo con un regente que gobernó hasta 1944. El régimen contrarrevolucionario llevó a cabo una muy modesta reforma agraria que no afectó en lo mínimo al gobierno de la nobleza.

En el otro país derrotado, Austria, la situación era diferente. El fuerte partido socialdemócrata proclamó la república en noviembre de 1918 y expulsó a los Habsburgo del país. El partido se caracterizó por su radicalismo social de modo que impidió que el partido comunista adquiriera importancia. Los socialdemócratas austriacos también lograron dar al país una constitución federal que les garantizó su control de Viena, en la que realizaron después muchas reformas sociales. La situación en el campo era la siguiente: había grandes propiedades de la nobleza pero los campesinos al mismo tiempo tenían tierra. En esta forma el campo formaba un sólido bloque conservador, católico y con simpatías monarquistas y después fascistas. Esta división del país en dos bloques irreconciliables tuvo por consecuencia que ambos organizaran grupos paramilitares, entrenados para una eventual guerra civil. Con el tiempo el campo iba prevaleciendo. Después de todo, la mayoría de la población era campesina. También se hacía sentir la influencia de la Italia fascista. Los socialdemócratas fueron empujados a la oposición. Después de muchas provocaciones se sublevaron en febrero de 1934 pero fueron derrotados en una breve y sangrienta lucha. Al primer ministro conservador de tendencias fascistas no le sirvió mucho su triunfo sobre la socialdemocracia, pues varios meses después él mismo fue asesinado por los nacionalsocialistas austriacos.

En Checoslovaquia fue proclamada, a fines de octubre de 1918, una re-

pública democrática. Hasta entonces la clase dominante allí era una nobleza de terratenientes de origen extranjero. Tanto por motivos nacionalistas como por motivos sociales fue decretada en 1919 una reforma agraria que permitió como superficie máxima de una propiedad 150 hectáreas de tierra cultivada y 250 hectáreas de tierra en general. Las grandes propiedades fueron repartidas en su mayor parte entre los campesinos pobres y campesinos sin tierra. En esta forma, el partido campesino hostil a los latifundios se convirtió en uno de los partidos dominantes de la república, junto con los socialdemócratas. Esta alianza de dos partidos dominó la política checoslovaca hasta el año de 1938.

En Polonia también fue proclamada la república en 1918. A diferencia de Checoslovaquia, en Polonia la nobleza territorial era polaca, portadora tradicional del nacionalismo. De este modo, la reforma agraria allí era más tolerante con los terratenientes. En 1921, dos mil familias nobles eran dueñas en promedio de 3 mil hectáreas cada una; este pequeño grupo social era propietario, pues, de 60 000 kilómetros cuadrados, aproximadamente una sexta parte del territorio nacional (388 000 km^2). En el curso de la independencia polaca, se repartieron —hasta 1938— aproximadamente 3 millones de hectáreas o sea 30 000 km^2. En la suposición de que estas tierras habían sido quitadas al grupo noble mencionado antes, aún les quedaba a los nobles 1 500 hectáreas por familia, en promedio. Es comprensible que la democracia en Polonia no funcionó muy bien. Hubo un hombre fuerte, el mariscal Pilsudski —ya mencionado en la parte relativa a la Primera Guerra Mundial— que tomó el poder mediante un golpe de Estado en 1926 y lo conservó hasta su muerte en 1935. No es de extrañar que Pilsudski haya tenido simpatías hacia los gobiernos reaccionarios; así concluyó en 1934 un pacto de no agresión con la Alemania de Hitler.

En Rumania continuó la monarquía ya existente antes de la guerra. En 1919 este país duplicó su territorio principalmente mediante la adquisión de Transilvania, hasta entonces húngara. En 1921 se decretó una reforma agraria que limitó la propiedad a 500 hectáreas en Rumania vieja; en los territorios nuevos se fijó una superficie máxima menor. Es que en Rumania vieja los grandes terratenientes eran rumanos étnicos mientras que en Transilvania había muchos terratenientes nobles húngaros. Entonces la ley de reforma agraria se propuso afectar menos a los rumanos y más a los extranjeros, sobre todo a los húngaros. En consecuencia, esta reforma no fue muy satisfactoria. En 1930, al terminarse de hecho el reparto, quedaban 6 700 propiedades mayores de 200 hectáreas, que formaban una pequeña fracción de uno por ciento del total de fincas, pero que comprendían 47 000 kilómetros cuadrados, o sea el 24% de la superficie total. En contraste, quedaban 2 460 000 campesinos pobres que poseían hasta cinco hectáreas cada uno y formaban el 75% de los propietarios totales, con 55 350 kiómetros cuadrados, o sea el 28% de la superficie total.

En Yugoslavia la monarquía protegió a la porción dominante que eran los serbios. Como resultado del desacuerdo entre las diferentes naciones eslavas, que tomó una forma sangrienta, el rey Alejandro se proclamó dictador en 1929 (fue asesinado en 1934 por unos agentes de la minoría croata, tal vez ayudados por el dictador italiano Mussolini). De todos los países sucesores del Imperio Austrohúngaro, Yugoslavia era el país más atrasado. En él no hubo reforma agraria.

Los países sucesores del Imperio Habsburgo —se habla sólo de los países vencedores— heredaron algunos defectos del Imperio. El principal era que tenían dentro de sus fronteras minorías nacionales: en Checoslovaquia había una considerable minoría alemana étnica y húngara; Rumania tenía una minoría húngara y alemana; en Yugoslavia había una minoría húngara y alemana y en Polonia, una minoría alemana, rusa y ucraniana. Aun cuando eran meramente minorías —no mayorías como en el Imperio Habsburgo—, causaron problemas y entre otras causas dieron un pretexto a la Alemania de Hitler para organizar una campaña nacionalista alemana que a la larga condujo a la Segunda Guerra Mundial.

RUSIA. ESTALLA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La alteración del equilibrio en Europa, que había convertido en otoño de 1938 a Alemania en su primera potencia, estaba destinada a afectar el futuro de Europa y del mundo. Afectó sobre todo a la política exterior de Rusia.

Rusia había recorrido un camino muy largo desde el fin de 1920 cuando el gobierno bolchevique derrotó las últimas fuerzas contrarrevolucionarias y estableció su autoridad en todo el país, truncado como estaba a consecuencia de la derrota rusa en la guerra mundial y del nacimiento de los países nuevos gobernados por grupos anticomunistas a lo largo de sus fronteras occidentales. El territorio que quedaba era de todos modos más que suficiente para probar el experimento comunista.

Después de tres años de guerra civil durante la cual sólo un régimen completamente centralizado permitió que el pueblo no muriera de hambre, Lenin decidió cambiar de política: en marzo de 1921 sus propuestas fueron aceptadas por el décimo congreso del Partido Comunista. Así nació la NEP, la nueva política económica, que dio cierta latitud al comercio privado sin olvidar el programa de industrialización planeada. La vida se reanimó para la gran mayoría de la población, pero para los miembros del Partido Comunista sufrió una modificación importante: en 1922, Lenin tuvo su primer ataque de arteriosclerosis y José Stalin fue elegido secretario general del Partido, con Molotov como su asistente. Ayudante fiel de Lenin desde hacía años, Stalin se había distinguido por la dureza de su carácter ("Stalin" significa "hombre de acero"; su apellido de familia era Dzhugashvili), y

Molotov, uno de los pocos bolcheviques de origen burgués, se convirtió en el martillo de su jefe ("molotov" = martillo). Estos cambios personales fueron de graves consecuencias: al empeorar la salud de Lenin durante el año de 1923, Stalin se posesionó del aparato del Partido —desde entonces el puesto de secretario general suele ser el puesto clave porque en sus manos se concentra toda la información confidencial y secreta— y al morir Lenin en enero de 1924, Stalin tomó las riendas del poder. Su rival más importante, Trotsky, fue privado gradualmente de sus puestos y prestigio y, al principio de 1929, expulsado del país.

Al mismo tiempo entraba en vigor el primer plan quinquenal y se decretaba la colectivización de la agricultura hasta entonces predominantemente individual. Si bien los planes quinquenales, con su acento sobre la industria pesada, tuvieron éxito como instrumento de preparación de Rusia para la guerra, la colectivización de la agricultura y su corolaria liquidación de la clase de campesinos ricos y medianos, los "kulaks", ha sido criticada tanto desde el punto de vista humano como desde el tecnológico.

En su politica exterior, para Rusia fue desde el principio importante tener la seguridad en sus dos flancos, el occidental y el asiático. En Europa se alió de hecho en 1922 con la otra potencia discriminada, Alemania.

Era obvio que Stalin, siempre un admirador de la fuerza, prefería un arreglo con Alemania al arreglo con las potencias occidentales, ya entonces vacilantes, débiles —Stalin estaba convencido— o mal intencionadas, hipócritas. Todo indica también que Stalin se quedó admirado de la fuerza desplegada por Hitler en la purga sangrienta de sus rivales del 30 de junio de 1934 y que aprovechó el asesinato de su lugarteniente en Leningrado, Kirov, acaecido cinco meses después, para realizar una purga, aún más sangrienta, de todos sus enemigos reales o potenciales o los qué pudieran considerarse como potenciales por el desconfiado dictador. Las purgas se prolongaron por varios años pues muchas de las víctimas no eran simplemente asesinadas o fusiladas (como lo habían sido los rivales de Hitler) sino preparadas para confesar en un juicio sus actos de traición a favor de Alemania. Así confesaban los antiguos compañeros de Lenin, bolcheviques de origen judío, el haber espiado para los nacionalsocialistas enemigos de los judíos. En vista de no haberse hallado en los documentos alemanes secretos, descubiertos después de la guerra, ninguna prueba de esos cargos, se puede deducir que las acusaciones eran falsas.

Ya que Alemania no aceptó el ofrecimiento de Stalin de enero de 1934, Rusia firmó en mayo de 1935 un tratado de alianza y ayuda mutua con Francia, la potencia más amenazada por el deseo alemán de revancha militar. Al mismo tiempo firmó un tratado semejante con Checoslovaquia, aliada desde hacía años de Francia y situada estratégicamente entre Rusia y Francia; sin duda país pequeño pero a los ojos de Hitler era una cuña metida en el cuerpo de Alemania. La alianza franco-checo-rusa bloqueó las am-

biciones alemanas sólo por poco tiempo. En 1938 Alemania supo aprovechar la impresión predominante en el Occidente de que el ejército rojo había sido prácticamente destruido con el fusilamiento de sus tres mariscales, incluso el jefe del Estado Mayor y de varios cientos de sus generales y que, por tanto, no se podía contar con Rusia como una aliada eficaz contra Alemania. En París se llegó a la conclusión de que era preciso entenderse con Alemania.

Por otro lado, el no haber sido consultada ni mucho menos invitada a la conferencia de Munich, a pesar de ser aliada de Francia, causó en Rusia la impresión de que el Occidente se había confabulado contra ella con Alemania. El fortalecimiento súbito de Alemania impulsó ahora a Rusia a buscar su seguridad por otros medios, dado que a Chamberlain, primer ministro británico, no le agradaba la idea de una alianza con un país comunista. El tiempo apremiaba. Hitler ya no podía controlar las fuerzas que él mismo había desatado; ni quería controlarlas pues, como dijo a un embajador occidental, si era inevitable la guerra la prefería ahora que tenía cincuenta años. Al ver que otra conferencia de Munich, en la que Gran Bretaña y Francia aceptarían una amputación de Polonia, no era posible, Hitler ofreció a Stalin por su neutralidad una parte de Polonia, de Rumania y los países bálticos excepto Lituania, que sería incorporada a Alemania. Era un precio elevado pero Hitler tenía prisa. La oferta fue irresistible: el 23 de agosto de 1939 se firmó en Moscú el pacto rusoalemán de "no agresión"; dos días después, se firmó en Londres el tratado anglopolaco de ayuda mutua.

La suerte estaba echada. El 1° de septiembre la invasión alemana a Polonia daba principio a la Segunda Guerra Mundial.

EPÍLOGO

Alemania derrotó a Polonia en pocas semanas y los representantes soviéticos y alemanes se reunieron el 30 de septiembre de 1939 en Moscú para fijar las fronteras definitivas entre ambos países. El pacto Hitler-Stalin del 23 de agosto había incluido a Lituania en la esfera alemana, pero cinco semanas después Lituania fue cedida por Alemania a Rusia. Alemania se hallaba ya en una situación desventajosa pues tenía a cuestas la guerra contra Francia y Gran Bretaña mientras que Rusia tenía la ventaja de ser una potencia neutral. Y de esto se aprovechó Stalin.

Siguieron después las conocidas campañas alemanas en Escandinavia y en Europa occidental, que culminaron con la entrada del ejército alemán a París el 14 de junio de 1940. Luego comenzó el "Blitz" alemán contra Inglaterra pero en octubre del mismo año ya estaba claro que Alemania no podía o no quería invadir Gran Bretaña. Stalin llegó a la conclusión de que Hitler había llegado a los límites de su poder y que le esperaba en el Occidente una guerra larga. Entonces Rusia comenzó a voltearse contra Alemania. Stalin se quejó de la presencia alemana en Rumania y de las garantías dadas por Alemania a las fronteras de Rumania, país vecino de Rusia en el cual esta última tenía un obvio interés. Para allanar la fricción entre ambas potencias, el ministro alemán de Relaciones Exteriores, Ribbentrop, invitó a su colega soviético Molotov a sostener pláticas en Berlín. Molotov llegó a la capital alemana el 12 de noviembre de 1940. Las conversaciones comenzaron inmediatamente. A Molotov no le gustó la garantía alemana a Rumania; preguntó por la actitud alemana respecto de una garantía similar rusa a Bulgaria. También expresó un interés ruso en Yugoslavia. Ribbentrop no cedió ni un ápice de la posición alemana relativa a los Balcanes. En lugar de repartirse los Balcanes con Rusia, Ribbentrop propuso a Molotov que Rusia se expandiera al sureste —al golfo Pérsico, indirectamente a India. Así Rusia entraría como miembro al Eje Alemania-Italia-Japón. A Molotov todo esto le pareció demasiado nebuloso; contestó que para discutir esto no era tiempo todavía. Sin llegar a un acuerdo, Molotov partió a Moscú el 14 de noviembre.

Hitler no estaba dispuesto a ceder una parte de los Balcanes a Stalin y entonces ordenó, el 18 de diciembre de 1940, preparar la guerra contra Rusia. La invasión fue planeada para mediados de mayo del año siguiente, lo

que, se supuso, daría tiempo a Alemania de tomar Moscú antes de la llegada del invierno. Pero a Alemania le esperaba una sorpresa desagradable en los Balcanes. El 27 de marzo de 1941 tuvo lugar en Yugoslavia un golpe de Estado militar contra el gobierno que había entrado al Eje Berlín-Roma-Tokio una semana antes. Hitler decidió luego invadir Yugoslavia, lo que realizó el 6 de abril. El mismo día Stalin firmó en Moscú un tratado de amistad con Yugoslavia, y expresó la confianza de que el ejército yugoslavo detendría al ejército alemán por largo tiempo. Ciertamente, Yugoslavia y luego Grecia fueron conquistadas por Alemania en poco más de un mes, pero esto fue suficiente para retrasar la invasión alemana a Rusia. La invasión comenzó el 21 de junio y el invierno sorprendió a las tropas alemanas ante Moscú. El ataque a Moscú fracasó y con él la conquista de Rusia por los alemanes.

Las campañas militares de los años de 1942-1945 son harto conocidas, de modo que no es necesario ocuparse de ellas. La guerra terminó con la derrota del "Imperio Milenario", un sueño de Hitler inspirado en el Imperio Romano de Carlomagno, el cual, en efecto, había perdurado un milenio. En 1945 Europa fue dividida en dos esferas de influencia: una oriental y otra occidental, que parecían bien firmes y sólidas, pero, a juzgar por los acontecimientos que tuvieron lugar en los últimos meses de 1989, están a punto de ser disueltas. Según parece indicar el desarrollo reciente, Europa central y oriental serán libres.

OBRAS CONSULTADAS

Bazant, Jan: "Minería medieval de la plata y el cobre en Europa Central"; *El Trimestre Económico*, vol. XX, núm. 4, oct.-dic., 1953.
——, "Una hipótesis sobre el origen del capitalismo", *El Trimestre Económico*, vol. XXII, núm. 2, abr.-jun., 1955.
——, "Economía medieval y crisis del feudalismo", *El Trimestre Económico*, vol. XXVI, núm. 2, abr.-jun., 1959.
Beck, F. y W. Godin: *Russian purge and the extraction of confession*, Nueva York, 1951.
Beloff, Max: *The age of absolutism 1660-1815*, Londres, 1962.
Benes, Eduard: *Memoirs of Dr. Eduard Benes*, Londres, 1954.
Benns, Lee F.: *European history since 1870.*
Bernard, Paul P.: *Jesuits & Jacobins*, 1971, Illinois.
Bryce, James Viscount: *The Holy Roman Empire*, Londres, 1961.
Churchill, Winston S.: *The Second World War*, 5 vols., Nueva York, 1948-1951.
Craig, Gordon A.: *The politics of the Prussian Army 1640-1945*, Oxford, 1956.
Crankshaw, E.: *The fall of the House of Habsburg.*
Denis, Ernest: *Boheme depuis la Montagne Blanche*, París, 1903.
Dmytrishyn, Basil, editor; *Medieval Russia, a source Book, 900-1700*, Nueva York, 1967.
Dopsch, Alfons: *Die wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit*, 1922.
——, *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea*, México, 1951.
Duczynska, Ilona: *Workers in arms. The Austrian Schutzbund & the Civil War or 1934*, Nueva York, 1978.
Dvornik, Francis: *The making of Central an Eastern Europe.*
Elliott, J. H.: *Europe divided 1559-98*, Londres, 1968.
Engels, Friedrich: *Germany: revolution and counterrevolution.*
Fitzgerald, Walter: *The new Europe*, Nueva York, 1946.
Freud, Sigmund: *Obras completas*, 3 tomos, Madrid, 1973, ed. Biblioteca Nueva.
Goerlitz, Walter: *History of the German General Staff 1657-1945*, Nueva York, 1953.
Halecki, Oscar: *Borderlands of Western civilization. A History of East Central Europe*, Nueva York, 1952.
——, *The limits & divisions of European history.*
——, "Modern Poland until the partitions (1506-1795)", en *A Handbook of Slavic Studies*, Harvard, 1949.
Halphen, Louis: *Les barbares* (Peuples et Civilisations, vol. V), París, 1948.

——, *L'essor de l'Europe* (Peuples et Civilisations, vol. V), París, 1948.
Heiden, Konrad: *Der Fuehrer*, Boston, 1944.
Hitler, Adolf: *Mi lucha*, 9a. edición, México, 1975, ed. Época.
Hubatsch, Walter: *Studies in medieval & modern history*, 1985, St. Martins.
Janos, Andrew C.: *The politics of backwardness in Hungary 1825-1945*, Princeton, 1982.
Kann, R. A.: *History of the Habsburg Empire, 1526-1918*, Berkeley, 1974.
Kantorowicz, Ernst: *Kaiser Friedrich der Zweite*, Berlín, 1927.
Kitchen, Martin: *The coming of Austrian fascism*, Londres, 1980.
Kluchevsky, V. O.: *A history of Russia*, Nueva York, 1960.
Kochan, Miriam: *Life in Russia under Catherine the Great*, Nueva York, 1969.
Kubizek, August: *Young Hitler*, Londres, 1954.
Launay, Jacques de: *Major controversies of contemporary history*, 1965.
Lauterbach, Richard E.: *These are the Russians*, Nueva York, 1945.
Lenin, V. I.: *El estado y la revolución*, La Habana, 1975.
Lippert, Julius: *Sozialgeschichte Boehmens in vorhussitischer Zeit*, Viena, 1896.
Luetzow, Count V.: *Bohemia. An historical sketch*, Londres, 1939.
Luxemburgo, Rosa: *La acumulación del capital*, Madrid, 1933, ed. Cenit.
Macartney, C. A.: *Independent Eastern Europe*.
——, *Hungary, a short history*, Edinburgh, 1962.
——, *The Habsburg Empire 1790-1918*, Londres, 1969.
——, *The Habsburg & Hohenzollern Dynasties in the 17 & 18th Century*, Nueva York, 1970.
Macek, Joseph: *La revolución husita*, México, 1975.
Marx, Karl: *Judenfrage*, 1844.
——, *La guerra civil en Francia*. Prólogo de F. Engels, 1895.
—— y F. Engels: *El manifiesto comunista*, 1848.
Mason, John W.: *The dissolution of the Austro-Hungarian Empire, 1867-1918*, Nueva York, 1988.
Massie, Robert K.: *Nicolas and Alexandra*, Nueva York, 1972.
Mazour, Anatole G.: *Russia, tsarist and communist*, Princeton, 1962.
McNeill, W. H.: *Plagues an peoples*, Nueva York, 1976.
Mehring, F.: *Carlos Marx*, Madrid, 1932.
Mosley, Leonard: *The Reich Marshal. A biography of H. Goering*, Nueva York, 1975.
Musat, Pierre: *De Marx a Hitler*, París, 1933.
Mutton, Alice F. A.: *Central Europe*.
Nietzsche, Friedrich Wilhelm: *Más allá del bien y del mal*, Madrid, 1975, Alianza.
Novak, Frank: *Medieval slavdom and the rise of Russia*, Westport, 1970.
Odlozilik, Otakar: *The Hussite king*, Nueva Jersey, 1965.
Okey, Robin: *Eastern Europe 1740-1985*, Londres, 1982.
Oldenbourg, Zoé: *Catherine the Great*, Nueva York, 1966.
Pirenne, H. y otros: *La fin du Moyen Âge* (Peuples et Civilisations, vol. VII), París, 1946.
Pokrovsky, M.: *History of Russia*, Nueva York, 1966.
Poole, Dewitt C.: 'Light on Nazi foreign policy', *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 1, octubre de 1946.

Potemkin, V. P. y otros: *Historia de la diplomacia*, t. 2, *De la paz armada a la primera guerra mundial (1871-1914)*, México, 1976, Grijalbo.
Previté-Orton, C. W.: *The Shorter Cambridge Medieval History*, 2 vols.
Ramm, Agatha: *Germany 1789-1919. A political history*, Londres, 1967.
Reed, John: *Ten days that shook the World*, Nueva York, 1967.
Reinhardt, Kurt F.: *Germany-2000 years*. 2 vols., Nueva York, 1961.
Roland-Holst, H.: *Rosa Luxemburg*, Zurich, 1937.
Rugg, Dean S.: *Eastern Europe*, Londres, 1985.
Russell, Bertrand: *A history of Western philosophy*, Nueva York, 1945.
Russell, Francis: *The Horizon Concise History of Germany*, Nueva York, 1973.
Schreiber, Hermann: *Teuton and Slav, the struggle for Central Europe*, 1922.
Seara Vázquez, Modesto: *Del Congreso de Viena a la Paz de Versalles*, México, 1969, UNAM.
——, *La paz precaria; de Versalles a Danzig*, México, 1970, UNAM.
Senn, Alfred: "Slavic linguistics", en *A handbook of Slavic studies*, Cambridge, 1949.
Serge, Víctor: *El año I de la revolución rusa*, México, 1975.
Seton-Watson, R. W.: *A history of the Czechs and Slovaks*, Londres, 1943.
——: *The Southern Slav question & the Habsburg monarchy*, Nueva York, 1969.
——, *Racial problems in Hungary*, Nueva York, 1972.
Southern, R. W.: *The making of the Middle Ages*, Londres, 1953.
Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, 4 vols., Madrid, 1934, Espasa-Calpe.
Stalin, José V.: *Cuestiones del leninismo*, Moscú, 1941, Ediciones en lenguas extranjeras.
Steed, Henry W.: *The Habsburg monarchy*, Nueva York, 1969.
Stern, Fritz: *Gold and Iron. Bismarck, Bleichroeder and the Building of the German Empire*, Nueva York, 1979.
Stoye, John: *The siege of Vienna*, Londres, 1964.
Strakhovsky, Leonid I.: "Imperial Russia", en *A Handbook of Slavic Studies*, Harvard University Press, Cambridge, 1949.
Sumner, B. H.: *Una retrohistoria de Rusia*, México, 1985.
Sumner, B. M.: *Peter the Great and the emergence of Russia*, Nueva York, 1976.
Taylor, A. J. P.: *The Habsburg monarchy 1809-1918*, Penguin, 1964.
Topitsch, Ernst: *Stalin's war. A radical new theory of the origins of the Second World War*, Londres, 1987.
Toynbee, Arnold: *A study of history*. Abreviado en 2 vols. por D. C. Somervell, Londres, 1954-1957.
Trotsky, L.: *Mi vida*, 2 vols., México, 1946.
Varios: *The Czechoslovak contribution to World culture*, Londres, 1964.
Varios: *The New Cambridge Modern History*, vol. XII, 1898-1945, Cambridge, 1960.
Vernadsky G. y M. Karpovich: *A history of Russia*, New Haven, 1948.
Wheeler-Bennett, John W.: "Twenty years of Russo-German relations 1919-1939", *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 1, octubre, 1946.
Wiskeman, Elisabeth: *Czechs and Germans*, Oxford, 1938.
——, *La Europa de los dictadores (1919-1945)*. *The Cambridge Economic History of Europe*, vols. I-VI, Cambridge, 1952-1966.

Wollenberg, Erich: *The Red Army*, Londres, 1938.
Zycha, Adolf: *Das boehmische Bergrecht des Mittelalters auf Grundlage des Bergrechts von Iglau*, 1900.

FUENTES*

Fuentes romanas:
Tacitus, *Germania y sus tribus*, año 98.

Fuentes teutonas (francas y alemanas) (en latín):
Fredegar, *Historia Francoram*, siglo VII.
Anonymus Salisburgensis
Varios, *Annales Fuldenses*, 680-901.
Einhard, *Anales*, 788-795.
——, *Vida de Carlomagno*, siglo IX.
Reginon de Prüm, *Crónica*, termina en 906.
Widukind, *Crónica Saxonum*, 967-973.
Helmond, *Crónica Slavorum*, siglo XII.
Annales Sangellenses, 709-918.
Annales Xantenses, 640-874.
Annales Mettenses, 687-830.
Annales Weingartenses, 708-936.
Lampert V. Hersfeld: *Anales*, 1073-1077.
Otto V. Freissing: *Crónica mundial hasta 1158*, continuada en 1209.

Fuentes bizantinas (en griego):
Constantino VII, *De la administración del imperio*, 912-959.

Fuentes hebreas:
Crónica Josippon (fin del siglo IX).

Fuentes árabes (descripciones, libros de viaje):
Abú Ali Ahmad, *Kitab al-alák*, 903-913.
Jbrahim- ibn-Jacub, *Relación sobre los eslavos*, 965-973.

Fuentes eslavas antiguas (en eslavo antiguo):
Anónimo: *Vida de Constantino filósofo*, 870-880.
Clemente (?): *Vida de Metodio, arzobispo de Moravia*, hacia 890.

Fuentes checas (en latín):
Cristián: *Vida y pasión de San Wenceslao y Santa Ludmila su abuela*, 992-994. Su autenticidad es discutible.

*Para la historia más antigua de Europa Central y Oriental.

Cosmas: Crónica de Bohemia, termina en 1125 (utiliza en parte *Crónica de Reginon*).
Fuentes rusas (en eslavo antiguo):
Cantar de las huestes de Igor, fin del siglo XII, autenticidad discutible.
Crónica de Nestor, 1114.
Crónica polonorum de Gallus (en latín), termina en 1113.

Fuentes húngaras (en latín):
Gesta Hungarorum, fin del siglo XII.
Annales Posonienses, 997-1203.

CRONOLOGÍAS

ALEMANIA

486	Clodoveo funda el reino de los francos, que incluye una parte de Alemania occidental.
750	Maguncia, arzobispado (San Bonifacio).
750	(Aproximadamente) existen más de 10 obispados y otros tantos monasterios.
768-814	Carlomagno, rey de los francos.
772-805	Carlomagno efectúa la expansión de los francos al Este (somete a sajones y bávaros).
795	Carlomagno derrota y extermina a los ávaros.
800	Carlomagno coronado en Roma como "emperador romano".
814	Muerte de Carlomagno.
843	División del reino franco en la futura Francia y Alemania.
911	Extinción de la dinastía carolingia.
919	Enrique I de Sajonia, rey alemán.
920	Se menciona ya *regnum teutonicum* —nacimiento de Alemania.
962	Otto I el Grande coronado en Roma como emperador.
S. X, 2a. parte	Auge de la minería de la plata en Goslar.
919-1024	Dinastía sajona funda Alemania y la extiende al este.
1024-1125	Dinastía franco-sálica.
1075-1080	Primera guerra entre los papas y Alemania por la *investitura.*
1122	Concordato de Worms entre emperadores y papas.
1143	Fundación de la ciudad de Luebeck (Lübeck) en el Báltico. Emigración alemana al este del río Elba. Guerra con los eslavos.
1170	(Aproximadamente) auge de las minas de plata en Freiberg, Sajonia.
1152-1190	Reino de Federico Barbarroja. Sus guerras con el papa.

1190	Fundación de la Orden de Caballeros Teutónicos; en 1230 se asientan en Prusia y en 1283 completan su conquista.
1138-1254	Dinastía Staufen.
1190	(Aproximadamente) composición de la Canción de los Nibelungos.
1212-1250	Reino de Federico II.
1254-1273	Extinción de la dinastía; *interregnum*. Caos en el imperio.
1273	Rodolfo Habsburgo elegido rey de Alemania.
1346-1437	Dinastía de Luxemburgo.
1348-1350	Gran peste negra.
S. XIV y XV	Gradual desintegración del imperio.
1385-1409	Universidades de Heidelberg, Colonia, Erfurt y Leipzig.
1438	Los Habsburgo, reyes y emperadores del "Sacro Imperio Alemán" hasta 1806.
1453	Biblia de Gutenberg, imprenta; humanismo.
1517-1546	Lutero divide Alemania con la Reforma religiosa.
1555	Paz entre católicos y luteranos; calvinistas no reconocidos.
1524-1535	Anabaptistas niegan la Trinidad; sometidos por la fuerza.
1545-1563	Concilio de Trento inicia la Contrarreforma católica con los jesuitas.
1618	Estalla la guerra entre católicos y protestantes.
1648	Paz de Westfalia entre católicos, luteranos y calvinistas pero se persigue a protestantes en países cuyos gobernantes son católicos.
S. XVIII	Despotismo ilustrado.
1701	Prusia se convierte en reino.
1740-1786	Federico II el Grande, rey de Prusia, tolerante con cualquier religión.
1806	Desaparece el imperio "romano" como resultado de la expansión napoleónica.
1815-1866	Confederación alemana.
1866	Prusia derrota a Austria.
1870	Prusia derrota a Francia y establece al año siguiente el imperio alemán.
1914-1918	Primera Guerra Mundial.
1918	Derrota de Alemania y proclamación de la República Alemana.
1933-1945	"El Tercer Reich" (el tercer imperio) y la Segunda Guerra Mundial.
1945	Derrota de Alemania y su división en esferas de influencia.

AUSTRIA

739	Fundación del obispado de Salzburgo.
795	Carlomagno destruye a los ávaros en el este.
798	Arzobispado de Salzburgo.
803	Carlomagno funda Ostmark (embrión de la futura Austria).
976-1246	Dinastía de los Babenberger, primero condes, después duques de Austria.
1225	(Aproximadamente), arzobispo de Salzburgo, arzobispo príncipe.
1246	Extinción de la dinastía. Ottokar II, rey de Bohemia, se posesiona de Austria.
1278	Rodolfo Habsburgo derrota a Ottokar y convierte a Austria en patrimonio para sus hijos.
1365	Fundación de la universidad de Viena.
1522	Carlos V transfiere posesiones alemanas a su hermano Fernando, duque de Austria.
1526	Fernando, duque de Austria, también rey de Hungría y de Bohemia.
1529	Primer sitio de Viena por los turcos.
1618	Principia la Guerra de 30 años.
1619-1637	Fernando II lleva a cabo contrarreforma agresiva en Bohemia y Austria.
1648	Paz de Westfalia: príncipes alemanes protestantes, independientes del emperador católico Habsburgo.
1683	Turcos derrotados frente a Viena.
1699	Turcos pierden toda Hungría.
1740-1780	Emperatriz María Teresa, modernizadora de Austria y Bohemia.
1780-1790	Su hijo José II, reformador religioso (tolerancia); abolición de la servidumbre.
1806	Francisco II, duque de Austria, renuncia a la corona imperial "romana" y se convierte en emperador de Austria.
1814-1815	Congreso de Viena.
1848	Revolución popular en todo el imperio.
1848-1916	Francisco José I, emperador.
1867	Transformación de Austria en Austria-Hungría. El emperador se corona rey de Hungría.
S. XX	Crecientes tensiones internacionales e interétnicas.
1914-1918	Primera Guerra Mundial. Austria con Alemania y Turquía contra Serbia, Rusia, Francia e Italia.

1918	Derrota de Austria-Hungría. Austria, ahora trunca, se convierte en República.
1933	Creciente influencia de Mussolini sobre el gobierno austriaco.
1934	El partido socialdemócrata suprimido por el ejército.
1934	Intento de un golpe nacional-socialista en Austria, fracasa.
1938	Incorporación (Anschluss) de Austria a Alemania.
1939-1945	Segunda Guerra Mundial.
1945	Restablecimiento de Austria independiente.

SUIZA

S. XIII	Parte del imperio "romano".
1218	Ciudades de Zurich y Berna declaradas libres, sujetas directamente al imperio.
1231	Distrito de Uri declarado libre, dependiente sólo del imperio.
1240	Distrito de Schwyz declarado libre, dependiente sólo del imperio.
1264-1291	El conde Rodolfo Habsburgo (rey en 1273) no reconoce la libertad de Schwyz.
1291	"Unión eterna", de Uri, Schwyz y Unterwalden.
1315	Los suizos derrotan a caballeros Habsburgo.
1332-1353	A tres distritos originales se unen Lucerna, Zurich y Berna.
1386	Suizos derrotan a los Habsburgo austriacos. En 1394 se firma la paz entre ellos.
1499	Suiza se declara independiente del imperio, lo que reconoce al emperador Maximiliano.
1522-1530	El reformador Zwingli gana adeptos en Zurich y regiones adyacentes.
1526	La ciudad de Ginebra de hecho independiente de Saboya.
1536	Calvino predica en Ginebra contra la Iglesia. Ginebra calvinista.
1618-1648	Suiza neutral durante la Guerra de 30 años.
1648	Paz de Westfalia la reconoce como país soberano.
1814-1815	Ginebra ingresa a la Confederación Helvética.
1815	Convenio de unión de 22 cantones (distritos, estados) soberanos.
1848	Constitución de la Confederación.

BOHEMIA Y MORAVIA

805	Jefes de tribus checas se someten a Carlomagno.
830-903(907)	Reino de Gran Moravia.
863	Constantino (Cirilo) y Metodio introducen el cristianismo en Moravia.
903(907)	Reino de Gran Moravia destruido por los húngaros. Centro de gravedad de la organización política checa se traslada a Praga, Bohemia.
929	San Wenceslao, príncipe de Bohemia, asesinado.
S. X	Bohemia se somete al imperio "romano"-alemán.
973	Praga, obispado.
995	Unificación de Bohemia mediante exterminio de una familia rival.
S. XIII-XV	Auge de la minería de la plata.
1212	Emperador Federico II confirma título de rey a los príncipes de Bohemia.
1306	Extinción de la dinastía nacional con el asesinato del rey Wenceslao III.
1344	Praga, arzobispado.
1348	Fundación de la universidad de Praga.
1346-1378	Carlos IV, de Luxemburgo, hijo de una princesa checa, rey de Bohemia.
1415	Muerte del reformador Juan Hus en la hoguera en el concilio de Constanza.
1419	Muere rey Wenceslao IV. Principia revolución religiosa husita.
1434	Derrotados husitas radicales, los moderados establecen paz con la Iglesia.
1471-1526	Reina en Bohemia y Moravia dinastía polaco-lituana de Jagello.
1526-1918	Dinastía Habsburgo reina en Bohemia y Moravia.
1620	Derrota de los protestantes checos. Contrarreforma católica. Fin de la independencia checa.
1781	Emperador José II (y rey de Bohemia), abolición de servidumbre; tolerancia religiosa.
1800	(Aproximadamente) principia renacimiento cultural y político checos.
1848	Revolución de Praga derrotada; abolición de la corvea (trabajo forzoso) campesina.
1867	División de Austria en Austria y Hungría.
1882	Fundación de la universidad checa de Praga.

1907	Sufragio universal favorece a los socialistas y nacionalistas checos.
1918	Se proclama República checoslovaca. Destruida en 1938-1939, se restablece en 1945.

POLONIA

967	Príncipe Mieszko I bautizado.
968	Primer obispado polaco en Poznan.
997	Martirio de San Adalberto.
992-1025	Boleslav I (Chrobry), duque de Polonia.
1000	Fundación del arzobispado polaco en Gniezno.
1001	Boleslav I recibe del emperador título de "patricius".
S. XIII	Minas de sal cerca de Cracovia, capital de Polonia.
1241	Cracovia destruida por los mongoles.
1257	Reconstruida sobre todo por inmigrantes alemanes.
S. XIV s. XV	Guerras intermitentes con la Orden de los Caballeros Teutones.
1333-1370	Reinado de Casimiro III el Grande. Tolerancia religiosa.
1348-1349	Asilo a los judíos que huyen perseguidos de Alemania.
1364	Fundación de la universidad de Cracovia.
1386	Extinción de la dinastía nacional en línea masculina.
1386	Jageylo, Gran duque de Lituania, es bautizado; se casa con la nieta de Casimiro III y se vuelve rey de Polonia.
1410	Derrota decisiva de los Caballeros Teutones por el ejército polaco.
S. XVI	Florecimiento de Polonia bajo la dinastía polaco-lituana. Humanismo. Tolerancia religiosa.
1572	Extinción de la dinastía polaco-lituana. Principia monarquía electoral, no hereditaria, con dominio de la nobleza ("Liberum veto")
1573	Proclamación de la tolerancia de cultos.
S. XVIII, XIX y XX	Decadencia de Polonia
1772	Primera división de Polonia entre Rusia, Prusia y Austria.
1791	Llega la Constitución demasiado tarde.
1793	Segunda división de Polonia.
1794-1795	Sublevación popular de Kosciuszko y tercera división de Polonia. Polonia desaparece del mapa.
1807-1815	Ducado de Varsovia, influencia de Napoleón.
1815-1830	Reino de Polonia (de hecho protectorado ruso).
1830, 1848, 1863-1864	Revoluciones nacionales polacas contra Rusia.

1918	Polonia, una república libre y soberana.
1919-1935	El mariscal Pilsudski, quien combatió contra Rusia, hombre fuerte de Polonia.
1934	Pilsudski concluye un tratado de no agresión con la Alemania nacional-socialista.
1938	Polonia participa en el reparto de Checoslóvaquia.
1939	Alemania invade y ocupa Polonia.
1944-1945	Reconstitución de Polonia dentro de las fronteras actuales.

HUNGRÍA

889	Arpád, jefe de los *magyars* (hoy llamados húngaros), inicia migración con ellos al Oeste.
895	Los húngaros se asientan en Hungría bajo la jefatura de Arpád y otros seis jefes.
900	Comienzan invasiones al Poniente.
907	Destruyen el reino de Gran Moravia.
955	Definitivamente derrotados por Alemania con ayuda de Bohemia.
1001	San Esteban, tataranieto de Arpád, bautizado y coronado rey. Fundación del arzobispado en Esztergom.
1222	Bula de oro-privilegios de la nobleza (*ius resistendi*).
1239	En Hungría se asientan 30 000 Kumanos (asiáticos) que huyen de los mongoles.
1241	Hungría ocupada y devastada por los mongoles (tártaros).
1290	Rey Ladislav, hijo de una Kumana, asesinado por la tribu de su madre.
1301	Extinción de la dinastía Arpád.
1395	Universidad de Buda (en el S. XV dejó de existir).
S. XV	Invasión turca (otomana) y ocupación de una parte del país por el invasor.
S. XVI	Juan Hunyadi —gobernante popular.
1526	Nueva derrota húngara y muerte de su rey; Fernando, archiduque de Austria, rey.
1526-1918	Los Habsburgo, reyes de Hungría.
S. XVI-1699	Los turcos dominan Hungría, excepto en Transilvania, su parte oriental.
1571	Hungría oriental conserva su autonomía; es calvinista y tolerante.
1699	Expulsión de los turcos del territorio húngaro.
S. XVIII, 2a. mitad	Nace el nacionalismo húngaro.

1777	Universidad de Buda (parte occidental de Buda-Pest).
1791	El húngaro se empieza a enseñar en escuelas.
1805	El húngaro en el parlamento al lado del latín, lengua oficial.
1843	El húngaro, la única lengua oficial.
1848-1849	Revolución húngara bajo la dirección de Kossuth, derrotada.
1867	Los húngaros ganan autonomía con la creación de Austria-Hungría.
1918	Austria-Hungría pierde la guerra; se independizan eslavos y rumanos. Hungría queda trunca.
1919	Revolución comunista bajo Béla Kun, derrotada por los conservadores.
1939-1945	Segunda Guerra Mundial. Hungría entra a la guerra en 1941 al lado de Alemania.
1945	Hungría restablecida con sus fronteras anteriores a 1939.

RUMANIA

S. III	Provincia romana bajo el nombre de Dacia.
S. XIII	(A fines) se forman los principados de Valaquia y Moldavia.
S. XVI	Los principados están bajo la soberanía turca.
1859	Principados se unen con el nombre de Rumania, pero siguen bajo soberanía turca.
1864	Fundación de la universidad de Bucarest.
1881	Rumania se convierte en reino independiente y soberano.
1914-1918	Durante la guerra, Rumania está al lado de los aliados. Su territorio aumenta en 1919-1920
1941	Entra a la guerra al lado de Alemania; pero el golpe de estado de 1944 logra armisticio con los aliados. Rumania restablecida con sus fronteras anteriores (aproximadamente).

RUSIA

839	(Fecha incierta) tratado entre Bizancio y rusos (vikingos).
850	(Fecha incierta) Rurik (semimítico), príncipe de Novgorod.
864	Su hijo Oleg funda el principado de Kiev.
954	Princesa de Kiev, Olga, descendiente de Oleg, bautizada en Constantinopla.

988-989	Príncipe de Kiev, Vladimir, nieto de Olga, acepta el cristianismo bizantino (ortodoxo).
1019-1054	Su hijo, Jaroslav el Sabio, primeras leyes.
1100-1200	Primera crónica histórica escrita por Nestor en eslavo antiguo.
1231-1241	Invasión mongola por un sobrino de Gengis-Kan. Rusos, vasallos de tártaros tolerantes.
1308-1326	Cambio del arzobispado de Kiev a Moscú .
1328	Iván I (Kalita), descendiente de Rurik, "gran príncipe" de Moscú.
1328-1598	Dinastía Kalita gobierna en Rusia.
1378	Derrota de tártaros por rusos.
1453	Caída de Constantinopla a manos de los turcos. Moscú es considerada como tercera Roma.
1462	Iván III, "gran príncipe de toda Rusia", se casa en 1471 con princesa bizantina.
1480	Iván III, independiente del Gran Kan de los tártaros. Fin de la soberanía tártara.
1547	"Gran Príncipe" Iván el Terrible se llama emperador (zar). Reino de terror.
1598	Extinción de la dinastía Kalita. Después siguen años de desorden y caos.
1613-1917	Dinastía Romanov.
1689-1725	Gobierna Pedro el Grande, modernizador de Rusia.
1703	Pedro funda la ciudad de San Petersburgo, la nueva capital en lugar de Moscú.
1721	Pedro derrota decisivamente a Suecia y domina el mar Báltico.
1741-1762	Su hija Isabel, emperatriz.
1755	Fundación de la primera universidad rusa en Moscú.
1762-1796	Catalina la Grande, emperatriz de Rusia.
1764	Catalina confisca bienes de la Iglesia e implanta muchas reformas.
1800	(Aproximadamente) primeras obras literarias en lengua rusa.
1796-1801	Hijo de Isabel, Pablo I, emperador, asesinado.
1801-1825	Alejandro I, emperador, de tendencia liberal, al menos al principio.
1814-1815	Triunfo ruso en la guerra contra Francia y formación de la Santa Alianza.
1855-1881	Alejandro II, zar, asesinado por terroristas.
1861	Abolición de la servidumbre.
1847-1876	Años de actividad del anarquista Bakunin.

1883	Plejanov funda en exilio primer grupo marxista ruso.
1898	Fundación del Partido Socialdemócrata ruso.
1903	El Partido se divide en bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios).
1904-1905	Guerra ruso-japonesa y la primera revolución rusa.
1917	Revolución bolchevique con Lenin a la cabeza.
1918	Ejecución del zar Nicolás II.
1924	Muerte de Lenin; le sigue Stalin como hombre fuerte de la Rusia comunista.
1928	Principia el primer plan quinquenal.
1936-1938	Sangrientas purgas de los enemigos de Stalin.
1939	Pacto entre Alemania y Rusia.
1940	Desacuerdo entre ellas por las esferas de influencia.
1941	Pacto de no agresión entre Rusia y Japón.
1941	Invasión de Rusia por Alemania.
1941-1945	Guerra entre ellas; Rusia, vencedora.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir
en agosto de 1991
en los talleres de Offset Setenta, S.A. de C.V.,
Víctor Hugo 99, Col. Portales, 03300 México, D.F.
La fotocomposición y formación se hizo
en Literal, S. de R. L. Mi.
Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes
para reposición. Cuidó la edición
el Departamento de Publicaciones
de El Colegio de México.